

EL RINCÓN DEL ECO

Raquel
Zieleniec





El rincón del eco



© Raquel Zieleniec

© Yaugurú

ISBN: 978-9974-719-76-7

NARRATIVIVAS / 26

Colección dirigida por Gustavo Wojciechowski

Buenos Aires 421 apto. 1

Teléfono: 598 2 9152941

<macadgster@gmail.com>

julio 2017

Montevideo - Uruguay

Diseño: maca

EL RINCÓN DEL ECO

Raquel
Zieleniec





PRÓLOGO

Somos lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros

J. P. Sartre.

Igual que Patricia Iturbide, me encuentro en algún sitio del Río de la Plata, a punto de comenzar una lectura que me llevará hacia «una saga familiar llena de ocultamientos, verdades desconocidas, recuerdos y separaciones en tiempos de dictaduras». Este es el primer guiño que nos lanza Raquel Zieleniec. Apenas ingresados, nos instala en una escena especular donde pasamos a formar parte de la trama, casi sin darnos cuenta.

Como en un juego de muñecas rusas iremos develando los sucesos, al mismo tiempo que los personajes de nuestra propia *saga*, removerán también sus ecos, desde algún rincón. Una épica dentro de otra épica, la continuidad de la vida y las generaciones, los secretos que nos anteceden, el pasado que cuenta.

La novela se desliza como un ejercicio de palimpsesto. Al igual que en los papiros medievales, se van reescribiendo nuevos capítulos sobre los rastros de antiguas versiones. Pasado y presente alternan entre España y el Río de la Plata, en busca de acontecimientos silenciados que puedan explicar el devenir de las identidades y los sentidos del legado.

El relato nos introduce en una cartografía de tiempos y rutas múltiples que atraviesan el océano yendo y viniendo, con la misma insistencia que el eco. En ese movimiento se expresan las tensiones entre lo viejo y lo nuevo, las distintas subjetividades de época, los vínculos, las dictaduras que configuran los contextos.

En la madurez de la vida, alguien toma coraje para internarse en un viaje genealógico hacia *PeñasdeArriba*, tierras de

olivares y aceitunadas. Quiere oír *la voz de la montaña*, sentir la fuerza del *levante*, descubrir las palabras que captura ese rincón. Así, inaugura un camino de indagaciones hacia otros posibles encastres en la novela familiar.

Retazos de recuerdos y testimonios fragmentados, van marcando el ritmo narrativo por donde se cuele el eco de voces acalladas, llenas de rivalidades y violencias ancestrales. Los acontecimientos se engarzan en una delicada filigrana que va develando las opacidades de la historia, para hacer posible la reescritura de otra versión.

El rincón del eco se despliega en un movimiento espiralado que en cada giro re-significa los sucesos de la trastienda familiar. Casi como en un proceso psicoanalítico, se expresa la fuerza de las transmisiones que nos habitan, la circularidad de lo reprimido gritando en el eco, el misterio del retorno.

En esa dramática transitan los personajes por avatares profundamente humanos, el amor, el erotismo, la locura, la muerte y las soledades. Entre ausencias y presencias, los jóvenes de hoy dialogan con los del novecientos y los fantasmas con los poetas. La autora construye una dimensión alucinada que recuerda la estructura de los sueños, sin resquebrajar el pacto ficcional. Y pone a jugar en metáforas, los mecanismos en que se expresa el inconsciente.

De ahí que el texto cabalgue entre la historia y la memoria, entre el descubrimiento de hechos ocultos y el rescate del drama encriptado, es decir, las motivaciones, sentimientos y sentidos de esos hechos. Raquel Zieleniec consigue transmitir la urgencia de los personajes por completar el relato de sus orígenes y así evitar el destino que captura el futuro en mera repetición.

En algún punto de su lectura, este relato adviene en una invitación a transitar por la experiencia genealógica personal. Nacidos en tierras jóvenes cargadas de historias de inmi-

grantes, es inevitable la identificación con algún acontecimiento o personaje –vivo, muerto o espectral–, de los que la novela nos presenta.

El eco llama también al lector, convoca la memoria de sus orígenes y cruza nuevamente el Atlántico, trayendo los nombres que pudieran quedar arrinconados.

Adriana Frechero



EL RINCÓN DEL ECO

VIEJO PEREYRA

PEÑASDEABAJO

Antonio&Juana



Antonio

&



José Antonio

PEÑASDEARRIBA

Angustias



Maruja (protegida)



M.ª de las Lilas

Jesús



José&Cristina



Rosario

Francisco



Uruguay

Federico



Pablo

Viejo Pícaro

Amigo de Francisco

MADRE

M.^a Rosa&Fernando

Ramón

Paco

Toledo

Madrid (accidente)

Carmen&Juan Carlos

Sebastián

Felipe

Rafael

Padre de Fernando

1

La editorial BIBOOKS es un imponente prisma de metal y vidrio que desafía al Río de la Plata. Si un observador dirige su mirada hacia el lado opuesto, puede ver una plaza de tupido follaje bordeada por una reja perimetral que permanece atada por hiedras que avanzan sin piedad. Alrededor de la fuente que centra la plaza, los árboles aparecen poblados por pájaros incrustados en apretada multitud. No importa demasiado su canto, en su departamento editorial nadie tiene ocasión de escucharlos. En el subsuelo el zumbido electrónico de la imprenta resuena amenazante como un gigantesco insecto devorador.

En el cuadrilátero de la planta central los escritorios obsesivamente alineados mantienen a raya, cada tantos metros, a seres absortos en las computadoras. Del lado del río se distribuyen pulcras e intimidantes oficinas, de cristal esmerilado, con sus respectivos rótulos. Sobre la pared del fondo emerge una oscura puerta de madera lustrada: JEFE DE EDICIÓN.

Patricia Iturbide –Patty, como suelen llamarla– abandona su lugar para dirigirse al servicio. Hace un instante ha visto pasar a Carina. Antes de entrar al baño se detiene un minuto, vacila. Desliza el pulgar por el esmalte de sus uñas y luego decidida empuja con fuerza la puerta.

—No fuiste ayer a la reunión.

—No pude, tenía otra cosa –responde Carina visiblemente molesta, mientras la observa a través del espejo que se extiende por encima de los lavatorios.

—¿Te viste con Esteban?

—¡Quién sos vos para hacerme esa pregunta! —dice luego de dudar un segundo.

—Dale, contame. Como él tampoco estuvo en la reunión ayer, es obvio para mi que salieron juntos. Qué nochecita habrán pasado, ¿eh? —alega bajando la voz.

Ambas permanecen en guardia.

—Patty, no seas tan inquisitiva, no tenés por qué investigarme.

—Carina, dejate de joder, cantame la justa. Esteban me venía buscando hace rato y cuando para sacármelo de encima me fui a la cama con él, tuve que darle largas después hasta que lo despaché. Me parece que quedó un poco quemado porque no le di más bola. Pero a mí no me importa, quedátelo. El asunto es que no tome venganza contigo, sabiendo que somos amigas.

—Gracias, muy gentil de tu parte al advertirme —Carina arruga el papel que tiene en la mano y lo arroja con violencia a la papelería.

—A ver Carina, ¿no querés que te diga por qué lo largué, no querés saber cómo me fue con él?

—No, Patty, no quiero saber, me ponés nerviosa, no me gusta hablar de estas cosas, cada cual sabe qué hacer.

—Sí, sí. Sé que vos sos medio pacata... eso es cosa tuya. Yo solo quería advertirte... además no... qué te voy a decir, no pudo, conmigo no pudo. Y más te digo, no pudo con él mismo, al final se levantó y se fue... ¡Te pusiste colorada!

—Patty, no me gusta hablar de esto.

—Pero Carina, estamos grandes ya. Te pregunto porque una amiga anda buscando un *touch and go* y para eso Esteban podría servirle. Pero si vos salís con él... solo decime y ya no me meto más, ¿salís con él o no?

—Pues lo voy a decir con una sola palabra y no voy a hablar más de esto, ¿estamos de acuerdo?

—Dale.

—Sí, estoy saliendo con él.

—¡¡¡El muy *cerdo*!!! —Patty golpea la pared con fuerza— ¡Yo sabía!

—¿Por qué decís...? ¡Ah! —se lamenta al darse cuenta— ...sigue saliendo contigo. Qué estúpida soy, querías sacarme información. No sé qué clase de amiga sos.

—El muy hijo de puta, ayer esperé que llegara a la reunión porque quedamos en salir después y no vino. Ese cerdo...

Patty gira sobre sí misma, lamentando no poder dar un portazo con la puerta vaivén. Carina se precipita detrás.

—Esperá Patty... vos no podés... adónde vas... esperá.

—No tengo nada que esperar, voy a decirle lo que pienso a ese cerdo hijo de mil putas.

La espesa *moquette* no lograba ahogar el furioso taconeo de Patty. A su paso quedaban los escritorios del personal adjunto y los boxes ejecutivos. Todos ellos la ven arremeter disipando el aire a su paso y se preguntan: «¿qué escándalo va a hacer esta mujer ahora?».

Ella se dirige, rauda, hacia la puerta de «Dios», como suelen llamarle todos al jefe y, sin golpear, la abre con vigor. Apenas traspasa el umbral, se oye un «Aquí estás mal bicho... contigo quería hablar» antes de que la puerta se cierre y sus gestos dejen abortada la visión para el resto del personal.

Ya dentro, luego del portazo, se detiene y lo mira sonriendo con malicia.

El hombre levanta la cabeza y de inmediato se hace cargo de la situación, despliega una sonrisa irresistible y comienza a incorporarse. Impecable, rapado a cero. Con una barba corta enmarcando su boca de labios firmes, Esteban desmesura sus ojos azules, que conllevan una sonrisa calculada y se levanta dispuesto a calmarla.

La tranquilidad repentina de Patty lo desconcierta. Mientras se acerca al ventanal, echa una mirada hacia atrás donde tiene al río de testigo y acciona el comando que nubla la visión desde la planta.

Patty continúa avanzando y acercándose. Esteban da vuelta la esquina del gigantesco escritorio transparente y acude a su encuentro.

Ella comprime su pecho contra el suyo, se restriega avanzando la cadera, lo acaricia con la fuerza de su pierna levantada, ríe divertida, echa la cabeza atrás y dice:

—El insaciable Esteban necesita varias... y como una no le alcanza, aquí traigo la mía para que vayas haciendo boca hasta la noche, porque tendremos una fiesta privada... o ¿serías capaz de volver a negarte?

—No, no creo, estoy todo disponible para vos —contesta visiblemente aliviado.

—Eso me suponía. ¿Y qué más tenés para mí hoy?

—Tengo una novela de amor.

—Ah, ¡¡¡qué *tierno*!!! ¿Te estás burlando de mí? ¿En pleno siglo XXI?

—¿No existe el amor en nuestro siglo?

—¿Vamos a hacer elucubraciones filosóficas, querido? Prefiero otras elucubraciones...

—Esta noche te llevo algunas cosas que te van a motivar.

—¡¡¡Adelantame!!!

—¡¡¡Ya vas a ver!!! Lo que te adelanto es la novela que te asigné para evaluar.

—¿Estás hablando en serio?

—Lo juro.

—¿Un romance al viejo estilo? —pregunta mientras hojea rápidamente el contenido.

—Sí. Una saga familiar llena de ocultamientos, verdades desconocidas, recuerdos y separaciones en tiempos de dictaduras.

—¿De dictaduras? —pregunta con interés—. ¡Ah! ¿Qué sabemos del autor?

—Por qué *autor*, la dictadura no es solo cosa de hombres.

—Es una mujer... ¡De seguro que la conocés!

Él ríe enigmático.

—Sos un cerdo.

—Ya. Tomala —contesta él conduciéndola hacia la puerta con una mano en la espalda.

—¿Dónde empieza la noche? —pregunta Patty.

—Voy para tu casa.

—¿21 horas?

—21 horas.



EPISODIO I

El eco de mis pasos

(Relato de Francisco)

Los últimos metros fueron los más estruendosos de aquel largo trayecto. El tren los traqueteó, arrasó y engulló al fin, antes de detenerse en el andén de aquel pueblito español, tan empeñado en ocultarse entre las sierras. La opresión en mi garganta se hizo más intensa, ¡había llegado a destino!

Miré por la ventana de mi compartimiento. La estación lucía cierto estilo ecléctico, con arcadas de medio punto y macetones arábigos a los lados, coqueteando con su influencia andaluza. Bien ganada su dignidad, preservada con orgullo, se mantenía prolija, pintada de blanco.

De pronto, desde ambos flancos, dos puertas –invisibles desde el frente– se abrieron con un golpe seco, expulsando de su interior a los guardias. Estos, hicieron su entrada marcando el paso con un ritmo corto y rápido. Como viejos soldaditos de plomo llenos de energía recién acopiada, se encasquetaron sus quepis a la par, se desplazaron algunos hacia un lado del hangar y el resto hacia el otro extremo y en un alarde de precisión, intercambiaron silbatos breves, varias morisquetas y señales enigmáticas.

Una multitud desusada para una localidad tan pequeña, ocupaba el apeadero. Todo el pueblo parecía haberse congregado allí. ¿Vendría en el mismo tren alguien merecedor de tal agasajo?

Tomé la maleta, apretada entre mis pies como un perro fiel, dejé suspirar un momento a mis pulmones y me dispuse a descender. Repasé mentalmente las fotos de mis primos,

para reconocer quién de ellos vendría por mí. Desde luego la tía María Rosa estaría demasiado vieja para aguardar de pie la llegada del hijo de su hermano que, por vez primera y desde Montevideo, se avenía por fin a conocer a la familia.

¡Por qué habré dejado pasar tanto tiempo! Arrastrando junto con mi equipaje un resto de inquietud y remordimiento, vacilé un instante invadido por el impulso de retroceder y esconderme en el tren para proseguir viaje. Pero allí estábamos; yo llegando y ellos esperándome. Y la curiosidad que se había despertado en mí, hacía ya dos años, borraba toda vacilación.

Fue cuando bajé los tres escalones y puse un pie en tierra, que el acontecimiento volvió sobre mí, derribándome como un infarto: ese era el pueblo de mi padre. Estaba pisando el mismo suelo que él abandonó hacía más de sesenta años, sin retornar jamás. El vértigo hizo bascular mi entendimiento hacia la extrañeza, donde aquel tiempo y este, parecían darse cita en la punta de mi pie.

Interrumpí mis cavilaciones. Eché un vistazo a mi alrededor y antes de reconocer alguno de aquellos rostros que parecían elevarse hacia mí, José estaba a mi lado y con una ancha sonrisa, me gritaba:

—¿¡Federico...!?

De pronto yo estaba en sus brazos y él en los míos. Ese era *mi* primo... *un* desconocido... ¿qué estaba haciendo yo allí...?, ¿con quién? Nos palmeábamos las espaldas haciendo mucho ruido, para borrar la mutua turbación.

—Hombre, qué gusto tenerte entre nosotros, ya era tiempo...

Y otros y otros apretones siguieron, sin que pudiera saber qué parentesco me unía a aquellos hombres y mujeres que se sucedían entre mis brazos, a aquellos niños que parecían revoltar las sierras alrededor nuestro. Aún no reaccionaba cuando ya estaban cargando mi maleta y me conducían hasta un

enorme automóvil negro, despintado... el tonillo español empezaba a rodearme con garbo y penetraba en mi cerebro como una caricia plena de matices.

Arrancamos. Detrás nuestro, tres o cuatro autos acompasados en caravana, vuelven a evocarme la impresión de *demasiada gente*. Todas las preguntas que traía conmigo, se prologaron en un comentario:

—¡Qué cantidad de gente había en esa estación...! ¿Venían por alguien en especial?

—¡Por ti, hombre! —respondió José con una carcajada, disfrutando de antemano la función de cicerone que iba a cumplir para mis desconciertos, durante toda aquella semana que yo peregrinaría por sus alrededores.

—Por... ¿mí? —no podía creerlo.

—Claro, en este pueblo casi todos somos parientes. Y han venido a conocer al hijo de Francisco Pereyra. Puedes apostar que los viejos recuerdan a tu padre... ¡no fueron muchos los que abandonaron el pueblo y España, para irse al otro lado del mundo y ya nunca más volver! —su voz brotaba con alegría, sin sombra de reproche— Hombre —agregó con voz de complicidad— creo que todos van a decirte que te le pareces como una gota de agua a otra... digo ¡por las fotos!

Casi todos somos parientes. Eso no lograba encajar en mi cabeza. ¿¡Todo un pueblo!?. La frase me hace el efecto de una bofetada. El horror me eriza la piel. De golpe, mi lejana y desconocida familia se ha vuelto una tribu montaraz y salvaje, poblada en base a fornicaciones culposas, incestos y violaciones.

—Todos... ¿parientes? —mi voz esbozó lo que mi silencio concluyó.

Sensible, José ahuyentó mis pensamientos sin dejar de reírse de mí y ordenó los lazos. Unas pocas familias habían colonizado aquel lugar: a través de los años escasean pobladores nuevos ya

que la gente prefería instalarse en las grandes ciudades donde la felicidad parecía venderse a raudales. Muchas veces los varones –sobre todo los varones– mordidos por el hipnotismo urbano marchan como sonámbulos en pos de aquella luminosidad. La ciudad –¿su sonrisa socarrona lo instala entre los impolutos?– nunca resulta el paraíso prometido, pero allí eligen a sus mujeres y esa es la felicidad que traen de regreso, la que renueva cada vez, al pueblo.

Los recambios, sin ser demasiados, habían resultado los justos para no caer en desprolijidades. ¿Estaba yo satisfecho ahora? ¿Satisfecho?

Ya me sentía en deuda con aquel pueblo. No sé si por la fuerte presencia con la que me habían marcado o por la perenne huella que había dejado el abandono de mi padre.

Debo ser además –me dije tratando de recuperar mi distancia– debo ser el evento del año en el pueblo. Me odié por pensarlo.

Aún no logro recordar en detalle todo lo que me sucedió, aunque se presente enmarcado en un empinado paraje de sierras, siempre señalando al cielo. La semana se bamboleaba desde mi viejo desasosiego a una desconocida paz que se iba metiendo por mis poros. La nueva emoción me acunaba con afectos, bromas y cánticos. Recibía historias que rasgaban las guitarras y se abrían en círculos concéntricos de música, fandango y letra.

Durante algún tiempo luego de mi regreso a casa, me desconcertaba la imagen de un metrónomo que percutía sin cesar mis oídos con ritmo lento, apacible. Insistió y se repitió hasta que el instrumento se borró de la imagen y la escena se volvió pura percusión. Fue entonces que en su lugar, pude recuperar el eco de mis pasos resonando por las callejuelas del pueblo.

...mis pasos resonando por las callejuelas del pueblo...

Sí, me gustaba deambular solo, sintiendo en mi piel resonar

la aspereza de los adoquines, los muros de las casas, las manchas de color en los balcones y el olor a frijoles fritos en el aire.

Al principio el eco parecía tener vida propia. Restallaba con fuerza en las paredes, a cada paso. Luego se absorbía en humos azules para hacerse voluta entre los balcones, rumbo al cielo, arrastrando consigo aromas de albahaca y tomillo que se desprendía de los macetones. El eco se llevaba mis pasos, me despojaba de mi propia acción para reclamarme burlón, desde no sé qué otro lugar.

Sin que mis pies se posaran, por momentos un reflejo retumbaba en el silencio. Nadie que cruzara alguna calle. Los sigilos borbollaban solitarios dentro de las casas, las cocinas, los almacenes, las tabernas, las tiendas... nadie andaba por las angostas veredas: La calle quedaba despejada, despojada, disponible. Y el pueblo parecía empeñado en hacerme escuchar señales que yo no sabía reconocer.

Y entonces sucedió algo extraño. Mientras el eco de mis pasos resonaba en el pueblo de mi padre, aquel iceberg oscuro y solidificado que albergaba en mi pecho, enhiesto cual signo de admiración, comenzó a ablandarse. De lento pasaje, gota a gota, iba soltando en lágrimas pequeñas, unas perlas preciosas llenas de enigmas azules que en tantos años, no había sabido descifrar. Y las preguntas se multiplicaban. El eco las hacía virar, las volvía hacia mí. Casi podía verlas rebotar y restitirse como sollozos, en mi pecho. Hiriéndome, con un chasquido de dolor.

Recibía la señal del clan familiar, aún sin comprender. Rozaba mi propio escondrijo: era necesario recuperar todas las preguntas. Para ello debía atravesar ese dolor y hacerlas mías.

¿Qué le había sucedido a mi padre? ¿Qué eco resonaba en mí de lo que a él le había ocurrido?

Creo que nunca había querido saberlo. No sé qué temía encontrar. Aún ahora no sabría si lo deseo o no. Despertaba en

mí una urgencia de saber qué carcomía mi estómago de impaciencia e irritación. Entendí por fin que en pos de ese saber, había echado a andar.

Yo llegaba con páginas en blanco en busca de los trazos que habían sellado primero la vida de mi padre y luego, la mía. De la rebeldía de sus veinte años que lo había empujado a dejarlo todo, pretendiendo cortar la historia con un cruento hachazo. Dos décadas tormentosas que saltaron desde él como pulgas sin pudor, para anidar en mi cuerpo. Y las hice mías. Me vi a mí mismo repitiendo su historia, impelido a dejar mi casa un año después de su muerte. Cumplía yo, entonces, mis veinte años.

Pero en aquel pueblo, retroceder con la historia para recuperar el momento actual, era un vaivén que me arrullaba cada día, desde la mañana a la noche. El tiempo transcurría para mí con el recién placer adquirido de quien se pierde sin miedo, porque se descubre eslabón en una cadena interminable que siempre ha sostenido el transcurso de la vida, sin saberlo. Y logra develar ese algo de sí mismo que permaneció ignorado.

Dejarme columpiar por la historia era develar eso desconocido de mí, reencontrar al abuelo, al tatarabuelo y más aún, al mismo Carlos III.

Pero no a mi padre.

¿Había dejado mi padre todo para ir en busca de lo que nunca pudo hallar? Tal vez fuera esta paz que jugando con mi pelo se volvía susurro entre mis sienes, reverberaba en mis pasos sobre los adoquines. Tal vez él la había abandonado al no poder hacerla suya y no había podido dármela. Sin saber bien qué era eso... ¿habría venido yo por mi herencia?

María Rosa, mi tía vieja vestía de riguroso negro, como todas las mujeres de su condición. Era una anciana arrugada y alegre pese a su eterna estampa de luto. O tal vez gracias a ella, que le permitía recoger mieses perdidas, en el regazo de su

atuendo. El negro, estrenado con la muerte de su madre, supo sostenerse con otros y sucesivos difuntos. Nunca faltan muertos en una familia numerosa. Luego, los ritos se entrelazan, se vuelven un vicio. O costumbre. Tal vez una impronta de mujeres exhibe con impudicia sus muertos, sin dejar de cargarlos, pero sin cesar de hacerlos presentes. Los muertos son imprescindibles para la vida de un pueblo con la condición de permanecer invisibles. Como el follaje que los rodea, como las sierras que los envuelve. Ahíta de duelos, la tía vieja se engalana con el último muerto que lleva consigo desde hace diez años: su marido.

Las preguntas que había imaginado perentorias, no acudieron a mí. Me fui impregnando de evocaciones al ritmo de su voz cálida y grave, del sepia indefinido de las fotos tiñendo vidas desaparecidas. Mi historia parecía volver a empezar desde aquel cúmulo de rostros ordenados con el rigor de las fechas, desde la imagen de ese mocetón que llevaba mis rasgos, en la tristeza eterna de mi padre. Su mirada huyendo por el horizonte, el peso de sus silencios, iban sellando para siempre los recuerdos.

Por los confines volvían mis diecinueve años, cuando aún no desplegaba las preguntas y él ya se había muerto. Me había abandonado a mí también.

Recorriendo aquel álbum de imágenes, la tía vieja se detenía para alternar alguno de sus seres entrañables con otros, que suponía míos. Yo percibía su mirada demorándose en mi rostro, cuando no se creía a su vez, observada. Esa mirada, esa insistencia suya, se transformaba en un llamado tan fuerte que no pude sustraerme. Turbado por la falta de palabras que el gesto desnudaba, no lograba encontrar la frase justa que terciara nuestras miradas. De pronto ya no fue necesario. Giré mi cabeza y me dejé capturar en sus ojos húmedos y pardos, en esa hondonada que iluminaba una senda inédita. Y una vez más en

esa semana, uno por uno, cada trozo aún comprimido de mi pecho, se desprendía y sucumbía más allá de sus ojos, más allá de su rostro. Todo mi ser... tan solo... ¡desmayaba!

Fue ella quien acarició mi cabeza y murmuró en un susurro:
—¡Te pareces tanto...!

Y por fin, lo hice. Tendí los brazos hacia aquella anciana que cobijó su ternura en mi pecho. Las lágrimas asomaban a nuestros ojos cuando el abrazo nos estrechó a los tres.

La tía vieja continuó sollozando en mis brazos. El desconuelo la sacudía y la ahogaba casi, sin que yo supiera qué hacer. Temí que su corazón no pudiera resistir tanto estertor y quise detenerla. Pero su cadencia me hacía prolongar el abrazo. De pronto me parecía una adolescente necesitando amparo y hasta perdón. ¿Qué podía saber yo lo que en ella se derramaba? Era la oportunidad de dejar fluir mi propio caudal de lágrimas sin sentirme tan avergonzado.

José me llevó a su taberna de pisos de madera y mostrador quebrado. Cinco mesas por escenario donde todo huele a mosto. Me presentó a los parroquianos. Eligió la más alejada al fondo. Insistió en invitarlos con un vinillo y se burló de mí.

—Este año vamos a tener una buena cosecha con las olivas, las vieras tú cuando el sol les pinta ojillos dorados... el aroma se te pega en la nariz y el sabor al paladar...

—Toda la familia en las olivas, ¡eh!

—Mira pues, desde el abuelo del abuelo del abuelo..., parece mucho tiempo, ¿no? ¡Tal vez desde el siglo dieciocho!

—¿Por qué no? Se lleva en la sangre. Mi padre, que Dios lo tenga cuidadito en el cielo, nos contaba los proyectos del abuelo. Cuando él era un niño sentado en la gran mesa familiar, el abuelo tomaba un vinillo como éste antes de la comida y brindaba ¡por los olivares Pereyra! Cada día preguntaba a cada uno de sus seis hijos, por los brotos nuevos. Seis hijos que pro-

metían ramificar por seis, aquellas olivas y volverse embriones que multiplicarían las familias y los olivares. Luego, seis por seis por seis habrían de generar más de doscientos brotes nuevos que se multiplicarían por seis por seis por seis... el mundo entero quedaría poblado de alegres Pereyra esparcidos sobre la faz de la tierra dilapidando olivas y niños... –la mirada de José se enterneció, las palabras se escabullían para brotar en sus ojos humedecidos y la boca las expulsaba en sonoras carcajadas.

Me uní a las carcajadas de José, lo cual aumentó sus agudos próximos al chillido y estimuló aún más mi risotada de tono grave. El contrapunto se extiende, gana volumen y se despliega al resto de los parroquianos. Ya todos estamos soltando un concierto de risas en aquel bar, contagiándonos la alegría, sin que importe demasiado de qué ríe cada quién. El dueño del bar se suma al jolgorio, invita con la jarra de vino rubí para todos. No falta el jamón serrano, las olivas, el requesón y el pan sin levadura.

Por la puerta entreabierta se cuele un hombre. Hay algo en él que no sé definir, pero me resulta familiar. Se acerca a nuestra mesa y sin esperar invitación, abraza a José y se hace lugar. José lo zarandea con cariño y entre frases entrecortadas me suelta un «éste es mi amigo Antonio, vieras como canta...» y ya estoy encariñado con él y aún no he oído su cante, pero me sé su incondicional admirador.

¿Será que he pasado la media docena de copas?

Estamos en ronda. Las anécdotas se sobran y desbordan las mesas, sumándose al carcajeo. El tiempo se va deslizándose sin tope de copas... las copas se sobran sin tope de tiempo... el tiempo desborda con copas sin tope... ¡ay!

Creo que fue la hija de José que le puso tope a la juerga. Rosario Pereyra era bonita, natural y bien formada, sin sofisticación. Su

pelo negro caía lacio sobre la piel cetrina y su perfil evocaba las cariátides de los templos helénicos. Contuvo muy divertida la burla, nos tomó a José y a mí del brazo y marchó rumbo hacia la casa donde su madre había vuelto a calentar la cena por tercera vez.

No podría recordar cómo terminó aquella velada. Creo que Antonio estaba pidiendo una guitarra para acompañar su cante... ¿o tal vez llevaba la propia?

A la mañana siguiente, me dispuse a bajar las escaleras —confieso— un poco avergonzado. José estaba desayunando, me hizo una señal con el brazo y yo me senté a su lado. Cristina, su mujer, nos sirvió jugo de naranja y zanahoria, nos miró de reojo, blandiendo bajo amenaza la humeante jarra de café.

De muy buen humor y mejor apetito, no fue necesario recordatorio alguno para que José retomase el relato, en el preciso lugar que lo dejara la velada anterior.

—Las ilusiones del abuelo se desplegaban a la hora del almuerzo y se digerían junto con la comida. Su entusiasmo se propagaba como la peste en cada uno de los hijos. A medida que pasaban los días el proyecto iba creciendo. Quería poblar toda España con sus olivares. Decía que si no le daba la vida, lo vería desde el lugar que el buen Dios le asignase, fuera el cielo o el infierno.

Sonreí imaginando la escena y traté de buscar entre los hijos, a mi padre, el menor de los varones y suponer su reacción. Sin darme cuenta, la pregunta resonó en voz alta:

—¿Mi padre fue el único que al irse del pueblo no siguió ese camino?

—Tu padre era el único que no quería saber nada de olivares. Se ponía como pimiento picante cada vez que el abuelo traía el tema, que, como ves era cada día y todos los días. Se volvía hosco y querellante, ¡bramaba que todo eso ya lo había

hartado! Francisco se levantaba de la mesa sin terminar de comer. Arrojava la cuchara sobre el plato, su furia hacía saltar la silla... y salía como perseguido por un rayo.

—¿Por eso dejó el pueblo? —quise apresurarme a zanjar la vieja duda.

—Se fue de pronto, sin avisar a nadie, sin despedirse de nadie. Se fue en busca de un sueño diferente. Dice mi padre que el tuyo se empeñaba en soñar otra vida —José atajó mi gesto—. No, no sé cuál, nadie lo sabía, ni siquiera él mismo. Decía que en esa casa no había lugar para otros sueños, que las olivas bloqueaban su pensamiento. Tenía pesadillas nocturnas. Las olivas le caían encima, toneladas de olivas, golpeándolo, derribándolo, ahogándolo. Despertaba gritando de terror y estallaba en sollozos. Mi padre dormía a su lado y trataba de calmarlo. Pero las pesadillas se repetían y testigo de tanta ansia, él mismo le sugirió que se fuera del pueblo, al menos por un tiempo. Jesús, mi padre, decía que el ansia que gastaba Francisco a veces le daba temor —José hizo una pausa y agregó—: ¡Vaya, estoy repitiendo las palabras y el tono de mi padre al contarle! Es que me hacía mella, sabes... ¡También me tocó fuerte la idea de irme del pueblo! Perduró hasta que ese sueño, el sueño del abuelo y los olivares, me soñaba a mí por las noches. Me quedé. El sueño de poblar toda España con mis olivares es mío ahora, primo. Si te vienes con nosotros...

—Creo que nunca logró realizar ningún sueño —exclamé— ¡solo le quedaron las pesadillas!

Me tomó tiempo reconstruir una vez más la imagen silenciosa de mi padre sumido en sus pensamientos, sin mirarme, sin ver el televisor que tenía delante. El eco de mi voz se apagaba mientras repetía para mí: solo *se le quedaron las pesadillas*. Pensé en el sufrimiento de un cuerpo aplastado por toneladas de olivas.

—Francisco se fue una madrugada, sin despedirse. Mi padre decía que su partida dejó amargor en la familia. Al menos él volvía a sentirlo cada vez que lo recordaba. A veces parecía que iba a decir algo más, pero suspiraba y regresaba al día de la partida de su hermano. Porque ese día, a la hora del almuerzo, ninguno de los comensales sabía cómo digerir el gazpacho. El abuelo los miró a todos, recorrió con semblante severo a cada uno de los que rodeaban la mesa, levantó su copa de vino del mantel blanquísimo y con un tono más fuerte que el habitual, renovó el brindis:

—¡Por los olivares Pereyra!

Yo estaba viendo aquella escena, sentado a la mesa en el lugar que mi padre dejara vacío. Veía el rostro tenso del abuelo, su barba negra temblar por un instante y redoblar la voz que amenazaba quebrarse. Podía verlo y sentir vergüenza por mi padre.

—Todos repitieron su gesto y tuvieron que tragarse el bregaje —José continuaba el relato que yo hubiera querido detener allí—. Y la vida pareció continuar su ritmo. La mesa volvía a poblarse de la algarabía de antes. Tan solo la abuela no se rió más y nadie pudo evitar que su mirada se perdiera junto al silencio de las sierras en la eternidad de los olivares. Se enfermó y sin nombrar jamás aquello que la aquejaba, se llevó el secreto a la sepultura.

De pronto recordé una noche en casa, una reunión de amigos. Mientras preparaba un aperitivo, al abrir un frasco de aceitunas rellenas, mi mano resbaló y su contenido se deslizó sobre mi brazo, manchó mi camisa y cayó al suelo con estrépito, provocando una multitud de vidrios rotos. El líquido se derramó regando el comedor de manera desmesurada. No guardaba proporción ¡tanto desastre por unas pocas aceitunas!

En mi antebrazo, una pequeña herida sangraba.

Esa noche nos quedamos sin ellas. Pero cada uno de los que iba entrando, reclamaba una explicación para aquel olor acre y extraño que había quedado como testigo, en el aire. Esa noche, faltando en la mesa las aceitunas, ellas se habían apoderado de la velada. Y la conversación giró en torno a las ausencias. Me vi hablando de España, de la familia y sus olivares. Recordé cuánto mi padre odiaba las aceitunas.

Luego del relato de aquella noche yo me descubría sin letra, rodeado de murmullos y silbidos de viento. Una escueta frase colgaba como un título sin contenido, en tanto este buceaba en la penumbra. Fue al apoyar la cabeza en mi almohada que una voz desconocida me susurró... *no lo sabes, has de ir allá*. Y la pequeña voz tomó las riendas. Durante dos largos años había apartado dinero, dinero y preguntas... Sí, ya era tiempo.

Por eso había venido.

Acercarme a los olivares era la odisea señalada para aquel día. Ya entrada la tarde, José encendió los motores y el viejo carromato nos acercó un par de escasos kilómetros. Los olivares Pereyra estaban muy próximos al pueblo. Venían arriándose sin apuro desde hacía años y ya habían comenzado a rodearlo.

Avanzábamos ahora a pie entre un mundo florido de plantas y arbustos rastreros que lanzaban zancadillas a mis pies. Yo levantaba las rodillas para no enredarme y caer en sus lazos. A la altura de mi rostro las fragancias me rodeaban, los violetas y rosados daban marco al horizonte, las ramas tocaban mis mejillas. La exuberancia me arropaba desde diferentes alturas. Mi pantalón rozaba los arbustos, el olor a romero iba metiéndose por mi nariz y una mezcla de lavanda y tomillo brotaba de la tierra.

Cerca de la cúspide de aquel monte, la vista de los olivares era una ansiada promesa a punto de celebrarse.

El primer vistazo enfrió mi sonrisa. No esperaba un suelo tan árido, tan acartonado. Hube de sacudir con rapidez mis expectativas. Borrirlas a fin de perpetrar lo que se ofrecía a mi vista y recomenzar sin imágenes apócrifas. ¿¡Esos eran los olivares Pereyra!? ¡Un tablero achatado! En él, prolijamente instalados, los añosos árboles se erguían hieráticos cubriendo con su formación de escuadrón, todo lo que abarcaba mi vista.

Mi primer desencanto sufrió un sobresalto. Una presencia inquietante parecía descender junto a mí. No venía del cuerpo de José quien al flanquear mi izquierda detenía el libre fluir del viento. Surgía del levante. Aquello pareció avanzar y desplegar-se en diagonales. Era una corriente constante que sin apuro atravesaba el olivar, rama tras rama. Cerré los ojos –no sé por qué lo hice– y quedé paralizado; veía un rostro... casi un niño a pesar de sus veinte años y su mirada indescifrable. Fulguró y desapareció antes de volver a abrir los ojos.

Caminé en medio de aquel orden de soldadesca tratando de mitigar el efecto. Volví a percibir la fuerza del viento del levante hamacando tupidas malezas, susurrándole a las hojas pequeñas y grises, liberando las vibraciones de su diapason.

Recia, dura e inflexible, así es la madera de los olivares milenarios. Entre sus ramas y a paso lento me siento atravesando el eterno huerto de Getsemaní, que parece congelado para siempre allí, ante mi vista. Solitario y vacío como está, deja ver lo que allí aconteció.

Los olivares, estáticos y en orden, parecen reservados para ser el escenario sobre el cual se desliza la historia.

El transcurso del tiempo no puede matarlos. Soportan sequías e inundaciones, sin quejas, sin avizorar secuelas. Imperturbables florecen y regalan su fruto en las cosechas. Son multitudes que se aproximan a estremecer sus dones, que descienden a recoger sus uvas cambiándolas por hogazas de pan. Y los olivares,

entonces, cumplen su ciclo con regocijo: se despojan de todo lo que han atesorado y desnudos aguardan, con la paciencia del mundo, volver a florecer.

Tan solo el rayo los parte. Cuando todo el padecimiento sobrellevado en sus ramas estalla, se incendian en su propio fuego. Como zarza ardiente, humean los últimos abrazos.

Ya próximo al sosiego del atardecer, fui testigo del sol pintando en efecto, ojillos dorados sobre cada una de las uvas verdes y moradas, el aroma se pegaba en mi nariz, el sabor en mi paladar. José a mi lado, recorría en silencio aquel santuario. Ahora podía sentir la grandiosidad que reinaba en aquellas imágenes. Sobrecogía de tal modo que impedía cualquier esbozo de palabra.

De todos modos no hubiera podido decirla.

Levanté mis manos hacia las ramas para llevarme algunas olivas. La rama resultó tan dura como el tronco. Tironeé de una de ellas, sin poder cortarla. No apliqué la técnica correcta. Debía deslizar mi mano entre la rama y arrastrar conmigo el racimo de olivas. Pero aún no lo sabía. Ante una dureza tan inesperada, aumenté la presión. A medio camino su aspereza ya me había lastimado y la sangre al brotar, recorría mi antebrazo.

Lancé una breve exclamación. La sorpresa, el dolor, mi propio descuido, la irritación, la visión. Todo se soltó en una fracción de segundo. El frasco de aceitunas volvía a deslizarse de mis manos y caía con estrépito. Mi grito golpeó el viento, tropezó y pareció extenderse por el aire en escalofriante eco. Los rayos de un sol ya desfalleciente penetraron con violencia entre las ramas y las llenaron de luz. Quedé cegado por un instante y en medio de aquella incandescencia vi los rasgos de mi padre delinearse fugazmente. Todavía me trastorna recordarlo. Creo que tendría los ojos cerrados. Lo vi desencajado, aún no sé definir si de ira o de terror, tal vez de desesperación. Me detuve evitando proferir otro grito.

Pero el golpe que sentí en el pecho acusó ese desquiciado designio ancestral.

José tomó con rapidez algunas olivas, retorció el fruto hasta el propio hueso y cuando el aceite comenzó a brotar entre sus dedos, untó mi herida. Tomó su pañuelo lo empapó en el aceite y me lo entregó.

Retrocedimos hasta el monte y nos sentamos en el mismo borde para ver partir la tarde.

Entonces necesité decirle que había sentido esa presencia, que había entrevisto la imagen de mi padre, que me había acontecido eso, dos veces.

—Suele suceder —respondió sosegado.

No dijo más. Tampoco yo.

Y allí permanecimos viendo cómo el viento del levante desmoronaba el día y oscurecía el cielo hasta que el resplandor de la luna comenzó a iluminar las pequeñas hojas grises. Entonces el follaje usurpó ese matiz plateado y blanco de los fantasmas de la noche.

La semana se había deslizado en un pestañeo. No podría recordar en este momento las casas que me acogieron, las historias que me envolvieron, las preguntas que respondí sin saber de qué me hablaban, los primos y primas que me regalaron sus sonrisas, sus comidas deliciosas, sus vinos. No podría describir las risas que lograron arrancarle a este autómatas —casi autistas— que siempre he creído ser.

Aquella semana había despertado en mí una alegría que nunca creí posible. Pero llegaba su fin y yo debía marcharme al día siguiente. Sabía que cargaba de regreso una maleta con miles de nuevas preguntas sin responder. Ahíto de imágenes y de historias, iba conmigo el ansia de reconfirmarlo todo, de llegar a mi casa para reubicar cada una de las perlas que había recogido.

Entonces María Rosa mi tía vieja, me invitó a recorrer el pueblo por última vez. Se tomó de mi brazo y con esa ener-

gía suya en constante renovación, me fue guiando por las callejuelas angostas, esquivando callejones sin salida, doblando en las esquinas de tiernos carteles celestes. Me demoraba leyendo los nombres de las calles, entre faroles antiguos, pasando debajo de balcones enrejados, deliciosos en aromas, generosos en flores que enlazaban sus atavíos de uno a otro lado de la calle.

Nuestros pasos resonaban sobre los adoquines. Así debió verse el pueblo cuando mi padre lo recorría. El tiempo había aguardado por mí y se me antojaba detenido desde entonces, sin artefacto de tecnología que osara modificarlo.

Sentía rondar los muertos. Aunque los niños tomaran su lugar, apenas neutralizaban el dolor siempre vivo de aquellas ausencias.

Entrábamos por una de las calles empedradas que parecía no tener salida. A medida que avanzábamos se podía leer el cartel que la estrecha esquina había ocultado. Cuando doblamos *La calle del niño que perdió el zapatico*, mi tía me advirtió:

—Antes de doblar la otra calle, escucharás abrirse la celosía de aquel balcón... ¡no se te ocurra levantar la cabeza ni echar un vistazo!

El tono de su voz había cambiado, se volvía ceremonioso y tenso. Por eso no insistí en saludar a Antonio que se alejaba en la siguiente calle y no me había divisado. La anciana intentaba transmitirme algo indispensable para ella. Tanto fue así, que tuve la impresión de hallarme ante el objetivo de aquel paseo, del mismo viaje.

¿Qué deseaba mostrarme?

En efecto, al aproximarnos con paso lento, una celosía chirrió discretamente en lo alto, delante de nosotros. Una sombra se recortaba erguida tras los visillos.

Su mano aferró mi brazo y seguimos caminando hasta que la voz de mi tía, su voz... me hizo temblar:

—Esa mujer es María Soledad... una anciana, como yo. Supo ser mi mejor amiga cuando éramos mozas. No la he vuelto a ver desde entonces, pero yo sé bien que ella habría dado el resto de su vida para poder contemplarte. A ti, sí, por única vez. Tú, el hijo de Francisco. Por eso te he traído hasta ella —algo circulaba dentro de mi cabeza sin encontrar lugar. La tía continuó hablando, con pausa y precisión—. María Soledad era la novia de tu padre. Y tú, tan parecido a él, eres ese hijo que ella pudo haber tenido —su voz va ahogándose y he de hacer un esfuerzo para no perder sus últimas palabras—. No se casó nunca. Siente vergüenza desde el mismo día que Francisco la abandonó. Jamás volvió a salir de esa casa.

Miré por la ventana de mi compartimiento. Los guardias se ajustaban sus quepis marcando el paso con ritmo corto y rápido, intercambiando su código de señales y silbatos. Una pequeña multitud agitaba sus brazos y clamaba por mi retorno. ¡Ah! José amigo, Felipe... la morena Carmen también sonríe y levanta su pañuelo... Sí, Carmen, gracias... ¡mi Dios, Carmen!

La opresión en mi garganta se hizo más intensa, ¡estaba abandonando el pueblo! ¡Dejaba *mi* familia y *mis* sierras para siempre! Otro Pereyra que... muy dentro de mí, sabía que no iba a volver.

El tren despegaba del andén.

Miré por la ventana. La estación lucía otoñal con el sol prodigando sus últimos rayos justo antes de ocultarse tras las sierras. Desprendí sus arcadas de medio punto y sus macetones andaluces, para llevarlos conmigo.

Los primeros metros de aquel largo trayecto de retorno a casa, fueron los más estruendosos...

2

Patty atraviesa la plaza, sacudiendo el cigarrillo, una cartera al hombro y una carpeta en la otra mano. Se detiene en el pequeño bar de la esquina, entra, elige una mesa que se oculte del ventanal de entrada y al pasar frente al mostrador, hace una seña al mozo y le pide un cortado.

No hay muchos lugares de su gusto, pero éste es uno de ellos. Pocas mesas sobre el ventanal lucen un mantel a cuadros rojos y celestes. De noche los cobertores se volverán blancos, grises o amarillos y sobre ellos se instalarán fotos individuales de Montevideo y España, incluyendo una plaza de toros que Patty suele reclamar cuando llega a la hora vespertina. Un servilletero de madera preserva las servilletas de tela del mismo color del mantel. La segunda fila de mesas descansa al costado de una planta que se mantiene curiosamente verde. Detrás de ella otras mesas mantienen la vista a la siguiente calle. El lugar está en penumbras, el clima es agradable. El Gallego suele ofrecer tapas y cuando consigue, un manjar de *kokotxas* frente al que Patty sucumbe.

Apenas tome asiento, abrirá la novela y se dispondrá a leer el segundo capítulo. Pero en ese momento el dueño del bar se le acerca, apoya las manos sobre los hombros de ella y sentándose a su lado, le dice:

—Hola Patty, ¿otra novela nueva?

—Sí.

—Dirías que es una linda tarea la tuya, ¿verdad?

—A veces lo es. No siempre. Decime Gallego, ¿no ha pasado Alfredo por acá? —su tono quiere aparentar indiferencia.

—No lo he visto. Hace un tiempo que no viene. ¿Tenemos problemas de amores? ¿Está de viaje? ¿Siguen separados?

—No seas tan preguntón. Estuve pensando en él hoy, toda la mañana.

—¿Por qué?

—No sé.

—Siguen separados —afirma ahora el Gallego—. Añoranzas, ¿eh?

—Tal vez. Creí que teníamos una relación buena onda, la familia que nos rodeaba me hacía sentir que yo pertenecía a algún grupo. Su madre me quería mucho... —su mirada languidece brevemente— No sé qué pasó... se fue todo a la mierda. Podríamos haber tenido hijos, criarlos...

—Mmm... hoy te veo... ¡¡¡sentimental, amiga mía!!!

—¿Eso es malo? —Patty levanta la cabeza desafiante.

—Nooo, de ninguna manera, simplemente que no es lo habitual, ¡pero te aseguro que me encanta cuando te descubro esos rasgos! Y quisiera saber qué logra despertártelos.

—¿Ves? Todo el mundo cree saber de mí, parece que ven mi radiografía y entonces pueden decir cómo soy. Hasta me amenazan con el pronóstico de lo que será mi vida de aquí en adelante. *Fortune's tellers (Él la mira perplejo)*. Adivinadores de futuro. ¿Cuál es tu apuesta?

—No te enojas, Patty, nunca es fácil hablar contigo, en seguida te enojás. Tal vez por eso no anduvo la cosa con Alfredo.

—¿Ves...? Pero..., ¡andá a cagar!

Ambos quedan en silencio durante un momento. Una de las mesas se ocupa y el Gallego desaparece por unos minutos en los que Patty se apresura a abrir el manuscrito. En seguida él reaparece y agrega:

—Bueno, hay que reconocer que él también es un tipo de pocas pulgas.

Vuelve a hacerse un silencio reflexivo. Patty arremete de pronto.

—No anduvo porque el idiota se fue de viaje sin avisarme. Por eso lo mandé a la mierda.

—Vamos, Patty, vos sabés por qué se fue. Estabas levantándote a Ramiro, ¿o ya te olvidaste?

—Ves... vos... ¿vos también sabés lo que pasó? No, no fue así, ¿quién te lo dijo, el propio Alfredo? Genial, ¿ves? Vos sabés, ¡sabés cómo soy, qué hago y hasta sabés por qué me pasan estas cosas en la vida!

—No, Patty, no lo sé... quiero acercarme a vos, pero nunca me la hacés fácil, decime vos, decime cómo sos, qué pasa.

—¿Me lo preguntás en serio? —se ríe a carcajadas y busca la cajilla de cigarrillos—. Yo misma no lo sé. Hoy recorrí mi historia. Hace veinte años la vida parecía que iba a ser otra cosa, un hogar, hijos, un marido —deja pasar otro silencio y agrega quitándole importancia—, me acordé de aquellos planes, ¡nada más!

Él aproxima su mano para acariciar su hombro, pero a medio camino cambia de dirección y golpetea con afecto el antebrazo de ella sonriéndole sin emitir palabra. Ella suspira, saca un porro armado de su cartera y se lo muestra. Él niega con la cabeza. Ella lo guarda con un gesto de resignación mientras sigue pensando en voz alta.

—No estoy diciendo que lamento que no haya sido así —lo mira y frunce la nariz—. Dejame, no hables, ya te veo la cara. Vas a decirme que el matrimonio y la vida con chicos no era para mí. Callate, todavía te voy a dar la razón.

—Hay veces que uno extraña una familia. Más cuando la tuya, Patty, está lejos de Montevideo, no ha de serte fácil.

—No. Se fueron todos. Los viejos se volvieron a Italia, a su pueblito. Un pueblito de mierda, te digo la verdad. Y allá se fue mi hermana también con su marido y sus hijos. Todos

allá, no sé qué les tira tanto. ¿¡Qué iba a irme... yo también!?, ¿por qué me iría... para qué? Ya me estaba saliendo de casa, de todas maneras.

—¿Cuándo te fuiste de tu casa? Nunca me contaste estas cosas.

—A los veinte me fui de casa, quería mantenerme sola y no pedirle guita al viejo. Y lo logré —Patty se levanta, mueve los brazos, se estira, gira la cabeza a derecha e izquierda y vuelve a sentarse—. Vivo digamos, bien, justo justo, pero no preciso más. No es que ésta me parezca la gran urbe del placer y la felicidad, pero tengo un lugar mío de trabajo, soy editora y estoy por escribir una novela, ¿te dije? —su rostro se anima—. Estoy investigando aquí en esta ciudad, tiene que ver con la época de la dictadura y tengo que recopilar muchos testimonios todavía. Me acaban de dar para corregir un libro —lo levanta para mostrárselo— cuyo tema tiene que ver con la dictadura, mirá vos, eso me dijeron al menos.

—¿Nuestra dictadura?

—No, la de Franco. La nuestra la voy a escribir yo.

—Creo que me lo habías dicho, hace mucho me parece... estarás adelantada, ¿no? —nuevamente el Gallego se dirige a atender otros consumidores que lo llaman de la mesa contigua. Pagan y salen. El Gallego vuelve—. Contame de tu novela, tengo tiempo ahora. Te puedo invitar con un whisky, unas pipas... tapas...

—Dale. Me parece buena idea. Agregale aceitunas.

—No sabía que te gustaban.

—Yo tampoco. Pero un rato nomás porque tengo que seguir leyendo.

—¿No te quedaba una tía por acá? Tenías primos...

—Me queda todavía.

Él se acerca al mostrador. Se peina hacia atrás la copiosa melena oscura, se acomoda la camisa blanca que deja adivinar

la fuerte musculatura, que no le pasa desapercibida a Patty. Le hace una seña al mozo y va arrimando algunos cuencos con picadas. También arrima la botella de whisky y un par de vasos, hielo y los sirve mientras escucha a Patty con una sonrisa. Está contento, hoy Patty está serena, siente que puede disfrutarla.

Ella por su parte, abstraída, habla y su voz parece provenir directamente de sus pensamientos como si hubieran encontrado por fin, el tubo de salida.

—Es muy viejita mi tía, vive en el interior, no muy lejos también. Me quiere mucho, pero no voy a verla. La verdad es que me aburre un poco, es muy católica y termina dándome sermones. A mí, ¡psch!... Pero de vez en cuando me gusta ir, agarro la carretera... —deja perder la mirada otra vez— antes había ferrocarril, a veces iba en ómnibus. Me lo tomaba como un descanso...

—La familia... mirá cómo te toca el tema, más de lo que me daba cuenta. Creo que tenés primos en el pueblo, ¿no?

—Sí —Patty sonríe por primera vez—. Me gusta ver a mis primos, a los hijos de mis primos, algunos sobrinos también, qué sé yo, no es un gran familión, pero es el mío —lentamente termina su cortado. Sin prestar demasiada atención, toma el vaso de whisky y bebe un trago—. Hace meses que no voy. Mirá, capaz que voy este fin de semana. Esta tía mía está muy vieja, cualquier día se me muere y yo me quedo con el remordimiento. Definitivamente voy a ir este fin de semana. Gracias, me ayudaste a decidirlo. Es como sentir que a uno le queda todavía un lugar en esta vida. ¿No me vas a dejar fumar?

—Ya sabés que no es conveniente. Pero me alegra verte más animada ahora. Me alegra ser en parte la causa de tu contento —dice con un toque seductor.

Patty lo mira de soslayo censurando su intervención y él se apresura a agregar:

—¿Le digo algo a Alfredo si lo veo?

—Ni me lo menciones. Marcalo como desaparecido. Me tomo el whisky, pero dejame trabajar.

—Dijiste que investigabas algo de la dictadura.

—Sí, justamente sobre los desaparecidos. Pero no este...

Los ómnibus atraviesan la calle, hay mucha gente en la vereda. Son grupos de estudiantes que entran y salen del bar. También se dispone a entrar otro grupo de chicas con mochilas. Entre ellas se perfila Carina. Llega hasta el bar buscando a Patty, blandiendo su propio celular. Cuando la divisa, se acerca y le susurra algo al oído. Patty queda lívida. Observa a su amiga sin comprender. Se incorpora pesadamente, Carina la toma del brazo y ambas se dirigen hacia la salida. Perplejo, el Gallego las ve alejarse con gesto de preocupación.

PRIMERA PROPINCUIDAD

—¡¡¡Sal, pimienta y especias secretas!!! ¡Qué garbo, qué gracia, qué elegancia cuando se muestra así, tan... generosa! —Este pensamiento regocijó la mirada de Pablo y lo hizo cimbrar. Su propio estremecimiento le arrancó una sonrisa.

A la sala de arriba se aproximaba con paso tibio y ligero aquella prima segunda cuya sonrisa andaluza al divisarlo, prometía —al igual que cada vez que la veía— ese toque de infinito, esa música acariciando el discernimiento y algunas anguilas cosquilleando la espalda.

Vestida con una falda larga, arrastrando tras de sí una voluminosa valija con ruedas, entreverada en una sonrisa tan inmensa que apenas cabe en su rostro, Rosario no ve el malecón que la intercepta y su bota tropieza con él. Su pie se precipita buscando apoyo y al hacerlo, trastabilla el otro pie. Justo antes de recuperar el equilibrio, un par de zapatos masculinos topando apenas sus botas, le ofrecen el sostén necesario para recuperar la firmeza.

Ahora las botas se alzan en puntas de pie agradecidas y la valija cae al suelo. Él la abraza, la levanta y haciéndose eco de las mutuas carcajadas salen parloteando juntos —con voces de bajo y contralto— del Aeropuerto de Carrasco, muy animados y tomados del brazo.

—¿Qué tal has dejado a la madre patria?—quiere saber Pablo.

—Reluciente, primaveral y olorosa. Y a mi pueblecito... esa tregua que suelo pactar con la vida, sosiego y calma que he de resignar para zurcir historias con un primo guapo, empecinado

en no abandonar su covacha de abogado... –Rosario hace un pequeño silencio y al no obtener respuesta, continúa– obcecado en preservarse de la seducción de los olivares y del arrullo del viento del levante que, al rostro que se deja azotar, le transfiere felicidad pura –agrega exagerando su acento.

—Tú sabes que no tengo escapatoria cuando te traes esas fragancias y las pavoneas en mis narices. Ya mismo me volvería contigo a PeñasdeArriba. Otearía el barranco de PeñasDeAbajo desde el mismo tren, aspiraría del oeste la aspereza del aire que rodea los ancianos olivares. Y luego me deslizaría entre ellos a hurgar –contigo claro– sus misterios.

—Acaso podrías haber sido poeta –Rosario lo mira con ternura–, tienes ángel para embaucar... ¡Has de tener hechizadas a las mujeres de tu tierra!

—Solo para ti estoy dispuesto a desplegar mis conjuros y hasta mis maleficios si fuera necesario.

*Yo tengo sed de aromas y risas
sed de cantares nuevos
sin lunas y sin lirios,
y sin amores muertos...*

Ella recita unos versos de Federico mientras llegan hasta el auto, guardan la maleta y comienzan a andar.

—¿Qué ha dicho tu marido ante este imprevisto? –ya está Pablo maniobrando su auto deportivo.

—José Antonio se ha sentido tan traspapelado que prometí volver con una brújula para señalarle el norte que se le ha perdido. También prometió que intentaría venir para ayudarnos, si podía.

—Y Antonio, ¿cómo ha reaccionado?

—¡Oh, no! Mi padre político no sabe nada. ¡Demasiadas conmociones los últimos tiempos! Se le han revuelto todas las

vísceras. Solo a mi marido se lo he dicho y nadie más lo sabrá. Y tú, bueno, que aceptaste trabajar conmigo.

—Vaya, qué amable eres ¿no me lo hubieras escrito acaso...?

—Que no, ¡claro que no! Se lo he prometido a María Rosa, pobrecilla que mandó por mí cuando se sintió morir.

—Me impresionó mucho tu mail.

—Dijo que había jurado llevarse el secreto a la tumba. Y de pronto empezó a quemarle: no podía llevárselo así como así. Te diré que necesitaba entregarlo, cruzarlo con vidas nuevas para quitarle tragedia y echarlo a andar. Pobrecilla, lo pensó durante años antes de elegirme como depositaria. Lo quiso atesorar hasta el último minuto y lo guardó consigo aún otros diez años. Cuando supo que iba a morir —uno debe saberlo llegado el momento, ¿no crees?— le pidió a su hija, Carmen, que fuera por mí. Y pese a esa terrible curiosidad que Carmen nunca supo esconder, le ordenó que se retirara.

—Cuéntame, soy yo ahora quien muere de curiosidad.

Arrellanados en cómodos sillones, con sendas copas de vino tinto español de la mejor cepa, sobre una pequeña mesa, la valija entreabierta y cientos de hojas escritas a máquina dispersas en la habitación, daban por inaugurado el ambiente de trabajo en el que ya se habían instalado.

Rosario hace una pausa y queda pensativa por un momento.

—Es la veracidad de esta inesperada versión lo que he venido a trabajar contigo. A cotejarla con lo que ha escrito tu padre.

—¿Qué le prometiste a María Rosa? —de pronto Pablo se inquietó.

—Que escribiría su historia y la enlazaría con otras que vinieran del mismo tronco familiar. Voy a leerte la escena que yo presencié.

«Una enorme cama de dos plazas se perdía casi, debajo de las sábanas de crea, las abultadas almohadas, los bordados

de encajes blancos, la cinta de terciopelo brillante: todo almidonado de blanco, salpicado de la luz otoñal que se filtraba en la pequeña alcoba. La anciana se hundía en el fondo de aquellos encajes y su cuerpo se adivinaba apenas, en los caprichosos reflejos que adoraban al sol. Cuando Rosario entró en aquellos aposentos, hubo de corroborar su presencia. La voz de la anciana temblaba como si ya estuviera frente a Dios, atravesada por su gélida mirada acusadora. Y empujada por el temor, comenzó a hablar».

Un silencio parece cruzar el aire a la velocidad de la luz, invadiendo rápidamente la estancia

—Me encantó tu manera de escribirlo. ¿Cuánto tiempo hace que te contó su historia? —preguntó Pablo.

—Varios meses. Pero yo no podía hacer nada mientras ella estuviese aún con vida —hace una pausa—. Fue muy extraño. Cuando logró alivianar el viejo fardo del dolor, para su propio desconcierto, en cambio de morir siguió viviendo. Durante los meses que sobrevivió a su propia historia, regañaba a Dios, le discutía y le rogaba, se encolerizaba hasta llegar a espetarle —con poco respeto te diré para una mujer que se decía piadosa— como si de un marido se tratase, que ya no toleraba seguir viviendo esa constante desavenencia con él.

—Reñir, ¡por qué no con Dios!, renueva el deseo de vivir —sonrió Pablo.

—La ira sorda que había acumulado por años, comenzaba a hacerse oír. Eran acontecimientos y pesares, propios y ajenos que no había podido absorber. Tampoco admitir. Se ponía en evidencia en los últimos días esa rebeldía que brilló en sus ojos durante toda su vida. Cierta luz que de niña me hacía rondarla y a veces hasta espiarla para ver sus ojos relampagueando con una rebeldía sin palabras. Sí, tal vez por eso solía seguirla y observarla. ¿Crees que ella lo notara?

—Tal vez por eso te eligió... Me preguntaba si murió en paz.

—Superponía las historias confundiendo personas y tiempos. Abrazaba a su hija Carmen y le decía «¡pobre madre mía, cuánto penaste al perder a tu hijo, para siempre!».

—¿Lo decía por Francisco... mi abuelo?

—Sí, tu abuelo, su hermano. Sollozaba sin consuelo. A veces me convertía a mí en María Soledad y me pedía perdón por haber robado mi hijo. En ocasiones yo parecía haber robado el suyo. Lo que me había relatado perdía sentido, parecía adulterarse entre furtivos fantasmas. Me confundió, me hizo dudar... un galimatías —hace una pausa y agrega—: Ah, te diré querido mío, que eso he traído conmigo, un galimatías. Y tú, cándido e inocente primo, ¿aceptas el desafío de cotejar su historia y la de tu padre, antes de hacerlo público? ¿Lo juras?

—¿Y tú piensas contar la *verdadera* historia?, ¿la tuya?, ¿o la de cada quién...? —Pablo levantaba las cejas divertido.

Rosario le mira arrojándole dardos envenenados. Con un mohín logra exclamar:

—¡*Touché!*

—¿Cuándo lo puedes publicar?

—Cuando muera toda la generación que protagonizó esos hechos.

—¡Ah! Será que te lo anunciarán desde los cielos...

—Se lo he prometido, no te burles.

—Aún vive Antonio.

—Y María de las Lilas, su mujer... tal vez pasen otros veinte años.

—Alguien decía que el tiempo no es una sucesión de acontecimientos, sino una superposición de sueños. Ayudaría para medir el tema con otro criterio. Parecemos encomendados para salir al campo a recolectar muertos en una canasta.

—¿Acaso alguien cree que vivimos sin ellos? Tal vez quiera yo exorcizar su dolor, que me arrinconó en los confines del universo, casi fuera de él, extrañada del mundo. Nunca volveré a ser testigo del desgarró que una mujer puede llegar a vivir. Hay más muertos que vivos...

—No habría historia de otro modo. Mi padre ya está con ellos. Se hace un breve silencio.

—Aún no sé qué sucedió con tu padre. ¿Quieres contármelo?

—Enfermó y murió tan rápidamente que no llegué a entender qué estaba sucediendo. No tenía antecedentes cardíacos, que yo supiera. La primera arremetida lo dejó en la urgencia de un CTI, donde tres seres de blanco se abalanzaron sobre él. No se había repuesto aún cuando ese mismo día, dos disparos más se descerrajaron sobre su pobre pecho ya herido, uno tras otro. Parecía que una aplanadora pasaba por encima sin darle respiro. Murió esa misma noche. —Pablo hace ahora una pausa—. Cada vez que intento pensar qué fue lo que le rompió el corazón, un mismo recuerdo intercepta mi memoria, ha de significar algo. Unos días antes había hablado por primera vez en la vida de su propio padre. Dijo que había muerto a los cincuenta y dos años.

—¿Y él tenía...?

—Acababa de cumplirlos al regresar de su viaje a Andalucía... Llegó muy conmovido.

—Le costó años ir a conocer y abrazar a su familia.

—Sí, le costó la vida también. El origen y el fin son una serpiente que crece y se estira para morder su propia cola. ¿Qué sabes tú de mi padre?

—Por fin quiso saber y por eso emprendió el viaje. No se dio cuenta hasta que llegó al pueblo. Yo lo recuerdo con los ojos muy abiertos escuchando con avidez lo que José, mi padre, le relataba. Los hubieras visto. El cuentacuentos de mi padre

encontraba auditorio a su medida, deseoso de quedar atrapado en sus redes. Vieras la transformación de Francisco, tu padre. Descubría mundos que él mismo se había negado, cuando empezó a escuchar historias. Su mirada se extraviaba dentro de sí. Llenaba a gran velocidad los huecos que descubría suyos, descifraba causas e incógnitas de la velada historia de su padre, que también era la suya. Y sintió en la piel la eternidad de los olivares junto al sacudón que el propio espíritu de su padre le propinó, mal que tu lo creas o no. Entonces se permitió saber que en verdad no sabía nada de su padre.

—Cuando volvió, pasó días sin decir una palabra. Se paseaba pensativo, respiraba fuerte como si le faltara el aire. Miraba la luna como si allí pudiera encontrar algún rastro. Estaba muy conmovido. Pasaba a mi lado y me abrazaba. Cuando descubría mi mirada intrigada, con un gesto pedía tiempo para poner un poco de orden en su cabeza. Se sentaba al escritorio, tomaba una hoja y escribía, luego la tiraba o se detenía y pensaba, parecía hacer cálculos.

—¿Qué sabías tú de tu abuelo?

—Era un tema... doloroso, silenciado. También olvidamos que aquellos lazos eran nuestros. Cuando regresó comenzó a intrigarme. ¿Qué estaba sucediéndole a ese hombre que era mi padre, respecto de su propio padre? ¿Y qué tenía que ver conmigo eso que ya empezaba a arrastrarme? Había un abismo en su cabeza y ese abismo habitaba también la mía. Y entonces empezó a contarme y yo a preguntarle. Lo animé a escribir sus impresiones. Eso le gustaba, tal vez era a lo que debió dedicar su vida, en lugar de luchar sin éxito en una labor comercial que no lograba interesarle. Ya lo creo que había empezado a escribir. Esas notas que ves son tuyas, mi querida prima... quién sabe si la historia que surja de nuestros retazos, se parezca siquiera a la que ellos vivieron.

—Tú no conociste al abuelo.

—No guardo de él ningún rasgo, ningún relato, ninguna impronta que mi padre pudiera haberme transmitido. Es uno de mis incentivos para trabajar juntos.

—Veremos por dónde empezamos. Y cómo los vamos engranando.

—Tal vez por ese viaje impactante para mi padre, ese viaje al que logró darle forma escrita...

—Tal vez... vayamos intercalando sus escritos con los míos.

EPISODIO 2

Aparte I de la tía María Rosa

(Relatado por Rosario la hija de José)

Tantas historias disputaban su lugar en mi cabeza cuando Federico –el primo de mi padre– acabó por tomar el tren de regreso a su país. Era un hombre que quería saber y no sabía. Saber del pueblo que se había abierto generoso y una familia desconocida que lo recibió como al nieto pródigo. Y la interrogante de la cual ya no podía huir: ¿quién había sido su padre?

No le había sido fácil. No me extrañaría que en el momento de bajar del tren hubiera dudado en continuar. Era un cincuentón concentrado en sí mismo, vacilante e inseguro de sus propios afectos: eso él lo sabía. Casi a su pesar el destino lo sorprendía con gente y sucesos imprevisibles, historias de las que descubría que formaba parte. El olivar, incluido su fantasma, se había ganado su respeto: sin obstáculo ni rebeldía, casi sin darse cuenta.

Manténía una ternura virgen, con la transparencia de un párvulo. Casi podía ver temblar su signo de interrogación. Pero si su mirada fugaba hacia laberintos internos, se me volvía imposible seguirle. Aquello atizaba mi curiosidad. Sus ojos –verdes, a veces grises– se perdían siguiendo los caprichos del viento.

La tibia tristeza que lo envolvía al llegar, sacudió su letargo rioplatense en pocos días, resucitando su cepa. Y cuando el último tren lo rescató de nuestro abrazo serrano, una brisa renovada sacudió al pueblo: el clan había acusado el encuentro.

José, mi padre, lucía aliviado de una carga que llevaba hacía demasiado tiempo. El tío Felipe se hacía más asiduo. Ambos hacían acopio de vino y al anochecer se llevaban a Federico hasta el olivar. Algo necesitaba fluir..

Otro de los tíos, Sebastián, en cambio jugaba sus caras más largas y parecía el más molesto de todos. Empezaba a alejarse de las reuniones familiares.

Mi propio sitio sufrió modificación. Mi padre, en quien siempre supe hallar eco, se burlaba de mis impresiones. Para María Rosa en cambio –yo, apenas su osito de peluche– mis comentarios merecían su deferencia. Ella había recuperado cierto brillo de sus ojos pardos. A veces secaba una lágrima ¿avergonzada? que disimulaba en los pliegues de su rostro. El lazo que nos unía se estrechó con devoción mutua, tan fuerte como impensada.

Por su parte la tía Carmen dio el vuelco más aparatoso. Dejó de vacilar y decidió separar su destino del de su marido. Apenas él se fue a Madrid en busca de consuelo ella se dirigió al desván, abrió el viejo baúl, sacó telas y pinturas, recogió los listones de madera que allí dormitaban e improvisó un caballete. Juro que en menos de dos horas blandía el pincel al borde de la sierra. Con su hatillo, de cara al viento, aventaba por fin sus males. Liberada, su alma se esparció y tomó su lugar en el olivar. Hela allí, ante el sempiterno escenario de sierras, llorando y riendo como nunca osara. Gritaba, clamando por su propio eco. Y apenas el pincel dejó caer sobre la tela una gota verde luz, se escucharon rasguídos de guitarra. Entonces –en rojo y amarillo– un pájaro de fuego alzó vuelo. ¿Acaso esa punzante felicidad afloró, al vaciarse el desván?

La tía Carmen, mi madre y yo nos reuníamos más a menudo. Tal vez una misma necesidad, no lo sé...

El día en que el tren arrancó del pueblo tan ruidosamente como lo había traído, se apretó mi garganta. Le vi dirigir su última mirada a Carmen y pensé: «ya no le veremos».

Me dirigí directamente a la casa de María Rosa. La puerta estaba entornada. El breve envión generó un chirrido que mi tía abuela no escuchó. La vi arrodillada, cubriéndose con la mantilla frente a la rugosa pared blanca donde Jesús –una pequeña estatuilla en madera tallada– se movía incierto sin encontrar equilibrio en el rosario que le sostenía. ¡Qué hacía...! ¿Lloraba?, concentrada en sí misma y...¡a Él le hablaba!

No pude sustraerme. Me oculté tras la columna de entrada y contuve el aliento. Allí quedé saqueando avergonzada el coto vedado. Su lamento ya había comenzado y pulsaba para mí de esta manera.

«... ay, por mis hijos qué ganas de llorar el resto de mi vida, deshacerme en lágrimas y derramarme hecha un río de penas por los empedrados. ¡Ay!, el viejo dolor Dios, que no me has perdonado y no me llevas contigo, tanto que te he pedido en esta larga vida que me has hecho arrastrar. Sé que hace tiempo que no te rezo, pero no pido por mí que siempre haces oídos sordos, te pido por este sobrino que se fue del pueblo sin saber nada y yo no tuve el valor de contarle. Hazle saber que el espíritu de su padre merodea en busca de María Soledad. Que la pobrecilla se encerró sesenta años creyendo que él la abandonaba por no amarla. Nunca me atreví a explicarle y no por su vergüenza sino por la mía. ¿Qué podía decirle que yo misma lo creyera? ¿Qué peores infiernos me harás padecer, Dios, que ya no haya purgado en esta vida...? Tú no sabrás qué es padecer en esta tierra, vaya, ¡que ser el amo vuelve cruel a cualquiera!»

Quedé horrorizada al escuchar tal iniquidad en boca de la venerable matriz de nuestra casa a quien juraríamos devota hasta las postrimerías, beata hasta el hartazgo. Me volvía

testigo del sempiterno crimen de asesinar a Dios, no por viejo menos traicionero. ¡¡¡Qué temeridad, asesinarle y luego amonestarle!!!

«... he destruido la vida de Francisco, la de mi madre, la de María Soledad y la del niño, lo sé. Mi peor castigo será llevarme el secreto a la tumba sin confesión. Cómo pudo el pecado de la carne oscurecer mis entendimientos. No logré siquiera confesar mi grandísima culpa porque ese cura tenía una manera de mirarme que me hacía sentir impura. Tampoco pude luego con el padre Pastore, que me hubiera confortado la angustia, pero ya no tenía urgencia y ya no merecía perdón. Él me veía y decía *¿qué otra cosa estás pensando María Rosa? Dime...* era difícil callar ante tanta misericordia que veía en sus ojos... y yo inventaba alguna otra flaqueza para no traicionar al silencio. Una vez estuve a punto de claudicar, pero equivoqué el nombre y en lugar de Tomás dije Fernando que fue lo primero que me vino a la mente. Se sonrojaron mis mejillas cuando dijo que no era pecado amar a un hombre... y balbuceante huí de allí de prisa. Tú eres ocurrente, Dios, tomaste mis palabras en chanza y en un alarde de humor con él me hiciste casar. En verdad fue un buen hombre y un padre maravilloso que alivió mi corazón. Nunca decido si agradecer por lo que me enviaste o recriminarte por lo que me has quitado. Lloré aquel día y aún lloro sin saber si por Tomás o por la chispa que encendió mis arterias y zigzagueó en mi cuerpo antes de perderse para siempre. O lloro a mi hermano perdido. El torbellino de aquella noche terrible marchitó la primavera. Madre entró y salió demudada, María Soledad se encerró y yo... no supe cómo explicar aquello sin remover todas las heridas.»

Atónita, sin saber qué hacía allí, avancé. Ella decía agonizar cien veces cada día sin poder borrar el rostro moreno de un hombre, de sus ojos gitanos que la perforaron para siempre.

«Tú sabes, Dios, que cada año Tomás venía a la aceitunada. Que su mirada era un puñal clavado hondo en mis entrañas. Me dejaba sin aire. Sofocaba mi cuerpo virgen, lleno de rubor. Dos estiletos saltaron de mis ojos buscando los de él... ignominia mía la de aquella noche al verle delante mío, en el granero, erguido y guapo como un geranio. Su camisa y sus pupilas guardaban la negrura del infinito. Y sus ojos soltaron guijarros sobre mi cuerpo virgen de pasiones..., ¡ay! aquel silencio lo tornaba irresistible. Toda yo a merced de Tomás cuando él abrió el portón en la medida justa para que su cuerpo tocara el mío al pasar. Apresada en el ritual de la danza seguí al sacerdote de mi perdición reproduciendo en el vientre los gestos que él ordenaba rendir. Amor... era esa agonía de gozo... su primer beso era ansia de desmayar sobre el heno..., ¡ay! eso estaba sucediendo... lo que yo había soñado, él lo estaba realizando... me susurraba indecencias y yo pedía más y ardía... Tomás, repetía, Tomás... Un goce desconocido me zarandeaba como una barca a la deriva ya perdido el timón...»

Y aquella viejecita, para mi azoro y pudor, continuaba hipnotizada por el recuerdo

«...no sentí otra cosa que ese apremio en mis venas... no escuché a Francisco abrir el portón no le vi acercarse. Cuando lo tuve ante mí ¡cómo cubrir tanta desnudez con dos escasas manos! Escondí mi rostro. Me sacudió un sollozo y con él se escabulló el último resto de decencia. ¡Si pudiera morir sin levantar la cabeza!»

Os juro, su cuerpo vibraba en ese mismo instante, acariciándose el cuello, los senos, ahogando el sofoco. Mi rostro subió de color y quise huir de mí, condenada fisgona husmeando secretos ajenos más vergonzante para mí que para ella. Pero la puerta había vuelto a entornarse y el chirrido de los goznes

amenazaría delatarme. ¡No ahora! Consternada me quedé allí, atrapada en mi propio pudor.

«... había ira y dolor en el rostro de mi hermano. Qué goce habrá despertado en ti viejo Dios esa incipiente tragedia. Miré a Tomás y vi la atrocidad de mi equivocación. Ya no era el mismo. Era un bellaco que había perdido su gallardía y ahora se erguía feroz. Acomodó sus ropas con jactancia y con el puño apretado secó en sus labios la humedad de mi vergüenza. Dos ojos engrédidos se clavaron en Francisco y su mano rozó el puñal. Hay momentos en que los hombres se desvanecen y las armas toman su lugar. También el cuchillo de Francisco había aparecido de pronto... ¡Oh, Dios no debiste! Me arrojé en brazos de Francisco ¡yo debía ser la sacrificada si había deshonrado la casta familiar! Temí por él... temí su lucha con ese demonio que de pronto se había revelado... vi el acero de sus ojos atravesar la carne desprevenida de Francisco. Yo ya era el estilete en su mano. Qué extraña distancia entre codiciar sus manos y abominar de ellas. Había comprendido de la peor manera la diferencia entre deseo y amor. ¡Oh, Dios esa noche nublaste nuestros cerebros! Francisco creyó que yo protegía al aceitunero. Miró las ropas con que intentaba cubrirme... y el desprecio en su voz salió enronquecido al balbucear: “Habré de acarrear conmigo tu deshonra y la mía por el resto de mi vida”. Llevo aún sus palabras ardiendo dentro. Se dio vuelta y se fue. Tomás fue un eco burlón agravando mi deshonra. Acarició el puñal y con voz de falsete dijo “cobarde resultó el cuñado...” solo pude correr a mi alcoba y llorar.»

María Rosa tomó aire y aspiró fuerte. Se persignó y continuó:

«A la mañana tenía terror de enfrentar a los Pereyra... si padre ya sabía... yo tendría que rogarle a Francisco... Pero Tú habías decidido cambiarlo todo esa noche porque ya no volvimos a verle. Me asomé en el olivar al final de la aceitunada cuando comenzaba el baile. Quería buscar a Francisco pero él... la figu-

ra de Tomás más inmensa que nunca se recortó antes. Rasgaba la guitarra con aplomo. Impune. Un violento rechazo brotó en todo mi cuerpo. El desprecio me erizó la piel la pesadilla retornó y no pude concluir mi desagravio. Tu mano Dios volvió a cortar mis arrebatos. Nos manipulaste. Feroz creación la tuya. Apartaste a Tomás lo hiciste brincar un arbusto luego otro hasta llegar al claro donde Francisco danzaba con aquella moza.»

(Suspiró, cerró los ojos y descansó unos segundos.)

«Allí entre la hojarasca brillaron los puñales el eco y la estridencia taparon mis oídos. Aún escucho el chirrido del metal. Yo temía la violencia de Tomás y es él quien yace en tierra herido de muerte. Entreveraste todo Dios y mi hermano acabó con él. Desde lejos me lanzó una mirada definitiva se dio la vuelta y esta vez la sierra se lo devoró para siempre. La noche se pobló de milicianos. Todo volvía a confundirse en mi cabeza. Noche de muerte en el olivar. Tú viraste nuestros destinos. No te bastó con eso aún faltaba más dolor. Qué me quieres Dios. Vuelvo a ver una y otra vez el brinco de Tomás su sonrisa torcida al empuñar la daga. Vi su goce con el acero le vi cosquillear la sangre... ¡ah! los puñales de Andalucía.»

Me sentí agotada. Los puñales, sí ¡ay! tan omnipresentes en el cielo de Andalucía, tan protagonistas de la cacería humana. No se trata de amor ni de muerte. Pero de amor y muerte la cacería toma su nombre. Infligir una herida o recibirla es parte del juego. La acción es siempre ciega y no importa si toca morir o matar. La marca de la mutilación irá atravesándonos uno por uno. Los lamentos resonarán siempre en el rincón del eco donde el destino queda escrito para quienes tomen el relevo. No sé qué me sorprende... ¿nuestro tronco familiar sería la excepción?

Quisiera pensar que mi padre no podía saberlo. La idea recorre mi piel. Quema.



3

Patty está observando a través de un vidrio el reflejo de su propia mirada y más allá, el paisaje aséptico, blanco, quieto. Una lágrima se desliza por el rostro sin que ella logre detenerla. Por un instante el paisaje desaparece. La mano de Carina aprieta su hombro.

—¿Alguna novedad?

Patty no contesta.

Del otro lado del cristal, se descubre como una mujer abstraída en sus propias imágenes. Un rostro oscurecido, caído hacia adelante, la frente contra el vidrio.

Una enfermera irrumpe en la habitación. Patty la observa desde su lugar. Inaccesible. La mujer explora las pantallas que rodean la cama, realiza algunas anotaciones y moviliza el suero que pende entre varios tubos. El cuerpo del hombre, debajo de la sábana, parece una cordillera deprimida que se estira sin límites a lo largo de la habitación. La enfermera ha desaparecido y toda la habitación regresa al estallido del silencio.

Patty y Carina van caminando por el centro comercial en busca de una perrita. Entran en una tienda de mascotas.

C.—Mirá esa perrita, esa, la labradora color arena, mirá qué preciosa, cómo se ovilla.

P.—¿Querés una hembra? Te das cuenta del lío que vas a tener metiendo una perra en tu apartamento. ¿Qué va a pasar cuando quede preñada?

C.—(Ríe.) Pero si está dentro del apartamento nadie la va a preñar.

P.—Confíate, sí. ¿No la vas a sacar ni para mear?

C.—Ay, Patty, tranquilízate, no se acomodan las cosas por ladrar.

Carina se acerca a una jaula ocupada por un enorme y colorido papagayo. Introduce un dedo en la reja y lo que obtiene es un picotazo rápido e inesperado. Aboga un grito y retira la mano. Contrariada sigue caminando hasta la siguiente jaula en la que se balancea un gracioso mico con una expresión malvada.

C.—Me gustaría vivir en una selva –unos días, claro– para ver a los animales moverse en su propio hábitat. ¿Cómo te fue el fin de semana? Qué bueno que fuiste de viaje al pueblo, a ver a tu familia. ¿Te viste con tu tía y con el resto?

P.—Sí, sí. Ya está. Ya fue. –Patty menea la cabeza varias veces con energía, de un lado al otro, sacude su mano derecha deseando que desaparezca la pregunta–. Y no era una selva, era un pueblito –Hace una mueca de desagrado– y no pude levantarme a nadie – musita para agregar con asco– ¡¡¡Un aburrimiento!!!

C.—*(Menea la cabeza.)* Ay, Patty, te ponés tan dura... de dónde sacaste ese modelo.

P.—*(Ríe.)* ¡Dura! *(Ríe.)* Qué querés que sea, una perrita ovi-llada esperando caricias. Ya salí de eso –con un gesto brusco al girar golpea una montaña de huesos de plástico que al despa-rramarse empiezan a rodar entre las jaulas, se deslizan haciendo ruido contra los metales y salen del local esparciéndose a lo largo del corredor–. ¡Shit! –Patty levanta una mano con furia, vacila un instante y sin detenerse a reparar el perjuicio, sale del local un poco turbada.

Carina quiere detenerla, pide disculpas a un empleado que se acerca y sale detrás de ella. Patty sigue hablando sin lograr controlar su disgusto y Carina se las ve en aprietos para alcanzarla.

P.—Una está sola. Mirá toda esta gente alrededor, disipada en su mundo, ¿pensás que te ven? Ponete a llorar y decime

quién va a detenerse y preguntarte qué te pasa. ¡Probá! –dice apretando los labios, desafiante–, no podés esperar, no podés confiar, cada uno está en la suya y si te descuidás, la quedás. Ya lo viviste vos misma. ¿No te plantó Esteban cuando estabas ilusionándote? ¿No aprendiste todavía que cada cual juega la suya?

C.—Sí..., pero a ti... –se dispone a decir algo y prefiere callar. Patty lo percibe.

P.—¿No vamos a hablar de Alfredo, no? Me hiciste salir del CTI para distraerme (*Se ríe.*), ¿te acordás? ¡Ese idiota aún está en coma! ¡... carajo! Y nunca sabré si venía por mí o iba para el boliche.

Algo de lo dicho parece calmar a Patty que logra moderar su vehemencia.

C.—Hablás como si nunca más volviera a tener conciencia, no es justo. Además la moto lo atropelló frente a la editorial... ¡allí donde trabajás!

P.—Estaba cruzando la calle hacia la plaza a lo del Gallego.

C.—¿¡Justo delante de la editorial...!?

Vuelven a entrar en la tienda y llegan hasta el rincón de los cachorros labradores. Ante esas pelotitas ovilladas, Carina se inclina, baja la mano y los acaricia.

C.—Nos plantó a las dos. A vos también te plantó Esteban y no me digas que eso te quita el sueño. Y a mí tampoco. No me había ilusionado, ya sabía.

P.—Por supuesto. Los hombres son unos cerdos. Nada los compromete. Buscan mujeres para calentarles la cama y después ni siquiera te dejan dormir allí. Te llevan a tu casa o directamente te echan.

Carina teme que la intensidad de Patty vuelva a cargarse y decide pasar a un lado más propicio de los acontecimientos.

C.—Yo todavía lo creo posible... me gustaría enamorarme otra vez. –Levanta la perrita que vio desde la vidriera, le huele

la pancita y la acaricia—. Mucho tiempo sola... mis hijos no me necesitan ya —toma las orejas beige de terciopelo, las estira, hunde parte del rostro en el hueco de su brazo doblado—. Algún hombre tiene que haber, que quiera amar, compartir la vida con una mujer.

P.—¿Qué te parece si vamos al cine hoy? —Patty no es fácil—. Están dando una de Almodóvar. Me gustaría, esas son movidas y un poco de porno no viene mal.

C.— Patty... te endurecés, amiga, qué trabajo tenés con eso... —Las patitas se mueven y sacude el cuerpecito—. Sé bien que sufrís por lo que le pasa a Alfredo —acaricia el lomo canela muy despacio—. No sé cómo podés con todo esto...

P.—¿Cómo puedo hacer mi vida? Tengo que, tengo que hacer mi vida, no tengo otra; con lo que pueda, con lo que quede más o menos entero de mí. ¿Creés que debería llorar junto a la puerta de su sala esperando que resucite? ¿Cuánto hace que está en coma? Qué sé yo si va a volver a la vida. Y si vuelve, a qué vida vuelve, ¿qué me espera a mí?

En ese momento entra al local una niña sonriente, con su padre detrás, parlotando. Se detienen junto a los perritos dispuestos a elegir uno de ellos. Patty retrocede para dejar lugar.

C.—Me gusta esta de color arena.

P.—¿De verdad querés una perra? ¿Para qué si puede saberse? Con el trabajo que te va a dar.

C.—Sí, los hombres te dan trabajo, pero al menos Pamela me va a dar cariño y eso te lo puedo asegurar.

P.— Pamela, quién... ¿ya le pusiste nombre?

C.—(Sonríe.) También podría llamarla Patty.

P.—Es lo que me faltaba. A mi me gustaba más el negro.

C.—No me cabe duda.

P.—El fin de semana fui a ver a mi tía, sí, ¡¡¡y bien que me fui!!! —el silencio parece apoyar la afirmación.

C.—¡Ah! Contame. –Decidida se acerca con «Pamela» al mostrador– ¡Hace tanto que no los ves! Debe haberte afectado, uf, ¡¡¡si te conoceré!!!, ¿qué pasó en el pueblo?

P.—Nada. –le quita el perrito a Carina, lo acaricia brevemente y agrega–: Igual me gustaba más el negro –mide el aspecto del «papá», busca su mirada, pero él está agachado y concentrado en su hija.

La niña ríe e imita los gestos torpes de los pequeños, levanta en seguida uno café con leche, lo acaricia y lo elige.

C.—Sí, me voy a llevar ésta –le dice al vendedor, que lo toma y busca una jaula para introducirlo– ¿Qué pasó con tu familia en el pueblito? –Carina reitera la pregunta sabiendo que esta vez ha vencido la resistencia de su amiga.

P.—(Resopla.) Mi tía se va a morir. Está muy enferma. Y un poco... –hace un giro con la mano cerca de su cabeza– ¡Distraída!

C.—¿Pudiste hablar con ella?

P.—No. Estaba internada, no permitían visitas.

C.—¡Oh! –dice su rostro, con pena–. ¿Tan mal está?

P.— Esta vez va a salir. En tres días la van a dejar ir a su casa.

C.—¿No te avisaron tus primos?

P.— No, ella no quiso. Les dijo que hacía tiempo que no la visitaba –echa una mirada al «papá» antes de agregar–: dijo que yo estaba ocupada en otras cosas, supongo que quiso decir que a mi no me importa.

Patty da media vuelta y sale del local sin mostrar su conmoción. Carina la sigue con la jaula colgando, se para a su lado frente a la vidriera, mientras observa los gestos de su amiga a través del vidrio.

C.—Vaya, ¡¡¡qué pena lo que me contás!!!

P.—Tiene razón, a mí no me importa.

C.— Qué trabajo tenés contigo misma, Patty. Y qué trabajo nos das a todos. Es obvio que te importa y que no fue eso lo que dijo tu tía.

P.—(*Secándose una lágrima rebelde que quiere ocultar.*) Ya da igual.

C.—No da igual, tú la querés deberías volver y decírselo.

P.—Estás loca, no vuelvo más allá, ni para el velorio.

C.—Desaparecés y luego protestás porque te dejan fuera. Qué mundo más loco, Señor, todos necesitamos amor, pero nadie quiere ser el primero en darlo. Reclamamos y reclamamos amor, como si la vida nos debiera algo, pero somos incapaces de ofrecer nada de nosotros mismos si no hay garantía de devolución.

Por un instante ambas reflexionan mientras el cachorro se mueve inquieto dentro de la jaula.

P.—Tampoco les va a importar a ellos si voy o no. —Sentencia— ¿Vamos al cine? —se va apartando de la vidriera y empieza a caminar sin esperar a Carina.

EPISODIO 3

Eco de pícaros en el olivar

(Federico escribe para su hijo Pablo)

Aquel viejo rufián me había atrapado. No por haber sido amigo de mi padre, sino por *eso* que nunca fuimos mi progenitor ni yo. ¿Cómo hacer y pertenecer a tal calaña de *rufianes* que tal vez por serlo se divierten sin dogmas?

Acaso no recuerdo su nombre, pero puedo aseverarte querido hijo, que me hacía sentir... ¡joven! Recuerdo que describía el lugar y la tarea, con una poesía...

—Antes prensábamos la pulpa en esas prensas —me decía señalándolas—, aquellas enormes prensas giraban y giraban como la vida misma, sin detenerse... hasta morir. Fundíamos las olivas y ellas brillaban como el oro ¡lo juro!, cuando escanciábamos el aceite en barricas...

Muy cerca de los olivares tan solo a algunos acres de distancia, la antigua parafernalia que había producido el aceite —que más parecía el propio sol derritiéndose— dormitaba debajo de las encinas. Era un museo viviente que se contenía ante el viajero para no perecer. Me explicaba también la metodología actual. He de confesar que además de la producción misma, quien me retenía cautivo allí, era el propio informante.

—¿Aquella es una de las viejas prensas? —señalé, en realidad para instarlo a continuar hablando.

—¡Esa misma! Y si el señor se molesta unos pasos más, verá todavía algunas barricas viejas. Y si puede olfatear la madera, quizás ella le haga saber algo del viejo aroma.

—¿Le parece? —Tenía picardía el viejo. Y coraje. Pretendía mofarse de mi ingenuidad de forastero y ciudadano. No iba a darle ese gusto, el olor a rancio aún aleteaba en el aire. Pero él me había cautivado y necesitaba su testimonio, incluyendo sus silencios—. Ahora no se prensa, eh... las exprime el molino.

Aquel anciano arrugado y áspero como el olivar, acecinado como carne indispensable, enjuto como escultura de hierro, me invitaba a descifrar esos mundos acabados. Lo recuerdo, a horcadas sobre un tronco pulido por el viento, masticando nada y apurando una absurda botella de refresco, envasado, con conservantes. De la opacidad de su figura descollaba con desprolijidad una mata de cabello blanco. Con áureos alardes pretéritos. Sus ojos azul cielo iluminaban su rostro y contrastaban con la prensa herrumbrada y más allá aún, con la barrica abandonada. En realidad todo se adivinaba debajo de aquellos matorrales que crecían irreverentes, a su antojo. Siempre he sucumbido ante el iris celeste. El suyo en aquel atardecer, prometía enfocar viejos recuerdos. Su picardía —creí yo— resucitaría en sordina tantos sucesos que habría sabido compartir con mi padre. Pero entre haceres y aconteceres la revelación anunciada se desbarató. Me pregunté cuánto este anciano había conocido en verdad a mi padre. Su astucia se revelaba tramposa y cedía lugar a la amargura. Fue lo que pude recoger en mi nueva talega.

—Hoy lo exprime el molino, sí. Allí ve usted la almazara: molino y depósito. Pero nosotros lo hacíamos... ¡brotar!

Señaló la construcción contigua alzando el mentón con desprecio. Me hacía sonreír el tirón que un resentimiento puede imprimirle al cabello. El impulso inclinaba las hebras aún doradas hacia atrás y ellas rebotaban para caer sobre sus pupilas azules. El anciano, fumador octogenario, rió con fuerza y tosió. Tanteó el bolsillo de la camisa, extrajo un puro manoseado y

lo encendió con parsimonia. La botella ya vacía, desapareció en el mismo bolsillo.

—Desciendo de familias alemanas que poblaron muchas zonas de España —yo mostré curiosidad y él sorpresa—. ¿De veras quiere saber? Vale, que he de comenzar con el rey Carlos III —siempre que sonrío parece burlarse, ha de ser su estilo.

(Ciertamente yo había leído que aún no terminaba el siglo XVIII y el Rey Alcalde salpicaba Madrid de fuentes y construía la Puerta de Alcalá que lleva su nombre.)

—¡Ya habrá visto, hombre, la Puerta de Alcalá, habrá saboreado el cochinitillo y cantado su tango por las tabernas!

(En efecto el buen rey, repantigado en las sierras, ya se había hartado de la tierra seca y soñó una tarde que los desiertos florecían en vergeles. Trajo comunidades de alemanes y ellos pintaron el milagro de los colores que estallan por doquier. Las hebras doradas del rufián eran sin duda su patrimonio. Opté por preguntarle.)

—Y las tierras, ¿no son tuyas luego de tantos años?

—¡Tiene usted una manera alemana de ver las cosas, hombre! ¡Que si no tengo tierra mía...!, pero si toda la tierra que piso lo es ¡y a fe mía que la disfruto toda! Usted ha de hablar de papeles que no de tierras. Ese fue el disgusto de mis abuelos del que ¡a Dios gracias! acabó por liberarse mi padre.

No esperaba tal magnitud histórica, pero sumergido ya en el brete, debía encontrar alguna salida: no pretendería desviarme contando que sus abuelos regresaron a Alemania justo antes de una guerra que no tenían prevista. Ni que su padre había quedado huérfano muy joven.

Si uno echara a ver el universo enhebrando historias de las pequeñas gentes, tendría más piedad. Haría otra historia más, si pienso en las lágrimas que el viejo dejó resbalar cuando su padre huyó y se embarcó en principio como polizón. Se apeó

años después como contra maestre cuando tocó puerto español. Pero no es la historia que te adeudo.

Su risa socarrona enseñaba unos pocos dientes amarillentos mordiendo el puro que humeaba en su boca.

—¡Pero de veras se interesa! ¿Sois los uruguayos tan curiosos?

—Ah, nos gusta escuchar y hacer hablar. ¡Con usted me luzco! —no se las podía dejar ganar todas.

El viejo reía, sonreía, se arrugaba, chupaba el puro, escupía de costado, carraspeaba en variados compases esa tos ancestral de tabaco.

—¿Cantará usted conmigo esta noche?

Casi lo tenía. Había cierto desamparo en su manera de responder a un extranjero, parecía ansiar un reconocimiento... un reencuentro, remoto tal vez. Eso dejaba sin efecto cierta veta de maldad que así como asomaba y me seducía, en seguida se escabullía.

Yo sabía que esa noche me agasjarían con un *sarao*, *bailaores* de flamenco a expreso pedido mío. Antonio rasgaría la guitarra y cantaría junto al viejo, que para esos acontecimientos recuperaba sus dotes de truhán y de *cantaor* que también fue, como ya se ha dicho. También cuenta que nunca les faltó una invitación para los *colmaos* de la patria.

Por mi parte, tú sabes que jamás he entonado siquiera una canción de cuna para ti y tu hermana. Pero ese viejo, esa tierra, esa gente me despertaba ansias, sueños, me hacía sentir... ¡joven! Me sentía capaz de cantar, de soltar amarras... como si el vino me envalentonara o el lenguaje me transportara.

El anciano se levantó en busca de su guitarra diciendo que iba a ensayar. Yo desperté. No, no. Cantar no es lo que necesitaba en ese momento. Aún quería saber de *mi* padre, del mío ¡*coño!* porque para eso había ido.

—¿No va usted a terminar?

El viejo sonrió, la picardía volvió a sus ojos. Jugó con mi ansiedad. Reivindicó cierto dominio perdido. Decidí esperar sin cederle el gusto de reiterar las preguntas.

—En aquellas andanzas mi padre tomó una extranjera por mujer —reflexionó—: ¡Esos eran hombres! —me espeta como si yo fuera responsable de que el mundo hubiese cambiado—. A veces las cosas no salen de ley. Aquella mujer se quedó con los bienes y él se largó. Se largó y le dejó todo a ella porque él... ¡tenía cojones! Y quería volver al camino, empecinado ahora en hallar esa tierra de la que hablaban sus padres. Casi una deuda con ellos, ¡casi como traerlos de regreso!

Hizo una pausa, pensativo. En seguida volvió a animarse hasta que decidió terminar con la historia de *su* padre:

—Y si quiere un final feliz le diré que llegó a PeñasdeArriba y se dio de bruces con una hermosa viuda de ojos tristes y celestes iguales a los de él y el corre caminos encontró lo que buscaba. Amigo mío, el paraíso no tiene papeles. Dios les envió bien certificado un hijo trabajador, guapo y bueno *pa'l* cante jondo. Venga esta noche y lo verá —en otra chupada de cigarro levantó el mentón con arrogancia—. Yo he sido hombre de buena vida aún en tierras de otro. Y eso es más de lo que muchos podrían decir —y agregó soltando una carcajada— *Ande yo caliente, ríase la gente.*

Aspiró hondo y se definió:

—Eso soy yo. Un viejo carpetovetónico y muy orgulloso de no haber usado nunca, oiga usted bien lo que le digo, nunca, el aceite fabricado por ese condenado molino.

«Un viejo porfiado que fabrica su propio aceite...» —con esas palabras había obtenido yo sus señas. Y quería escucharlo en su propia jerga.

—Fabrico mi propio aceite de talega, aunque los paisanos se rían. Meto las aceitunas en la mía, las aprieto y las pisoteo,

solo. Es sencillo, con cinco kilos de olivas saco mi litrillo de aceite. Jamás probé el aceite del molino, pregunte si no me cree —y ante mi mirada interrogante, agregó—: el molino expulsó mucha gente, cortó el honor y los brazos de los hombres, ¡y éramos hombres, coño! —subrayó. Sabíamos qué hacer sin necesidad de que un patrón nos vigilara. Sí, señor... nadie daba marcha atrás cuando tocaba llenar barricas. Corríamos a taparlas para que el aceite no espesara, para que no perdiera transparencia, carácter y sobre todo, sabor. Uno sabía qué hacer aunque le quitasen la paga, coño, para eso era un hombre... ¡al amparo de Dios! El molino fue la zancadilla del diablo y el hombre perdió el orgullo y el dominio de sí mismo: entregó su lugar y dignidad a una máquina.

Tal vez el antiguo aceitunero creía que solo sucedía en su tierra. Bah, ni siquiera suya. No lo dije, preferí verle sacudir la cabeza, escupir de costado, carraspear, arrugar el rostro, masticar nada. No podía cortar mi fascinación con cada uno de sus gestos.

—Ser hombre ya no fue lo mismo. Perdíamos la gallardía que admiraban las mujeres. No más competencias de músculo, no más zalamería para conquistar corazones.

Apesadumbrado, hizo silencio y agregó, con solemnidad:

—Fue definitivo. Mientras las prensas giraban y las barricas rodaban, el hombre seguía siendo el principio de la vida, la fuerza viril del universo, la que hacía surgir el primer chorro de aceite, la que se llevaba las palmas. El hombre era lo más importante del universo en aquella fiesta dorada que era la cosecha. Después...

Tomó aire con fruición y resopló con más desprecio que pena:

—... ¡ya no servíamos! Las máquinas lo hacían todo. Pero la peor desgracia era ver el arrobo que hipnotizaba a la gente. Era su fascinación lo que nos desterraba. La máquina crecía y

crecía en importancia. ¿Y qué era la maldita máquina, Dios? No... la máquina era... es, ¡el Diablo!

Me alucinaba de tal manera que era incapaz de apartar la vista de aquel hombre, del celeste de sus pupilas. Deseaba permanecer junto a esa voz pastosa y calma, al amparo de aquellas palabras que sabían definir qué era ser un hombre.

Cerré los ojos. Mi cabeza se llenaba de imágenes, zarzuelas y fandangos. Me vi recorriendo la hilera de muchachos que elaboraron el aceite con sus propias manos, veinticinco años atrás. Vestirían chalecos de distintos colores sobre camisas claras. Los veía inclinarse con paso firme, elevar a buen ritmo sus talegas y echarlas con gentil flexión, a las prensas. Un ¡Oleé...! de tenores y bajos, les daba un marco triunfal. Y aquella música traía consigo un ballet folklórico, que prorrumpía en recios acordes viriles con gráciles voces femeninas salpicando la escena.

Y al ritmo del *andante allegro*, el mecanismo de las prensas echaba a andar. El líquido amarillo apenas verdoso se deslizaba marrullando por los canales hasta llegar a la orilla del barranco. Por debajo las barricas bebían largos tragos con sus bocas abiertas. Cuando se saciaban, los aldeanos acudían a encajar las tapas con premura antes de hacerlas rodar unas tras otras a fuerza de interjecciones y ritmo vigoroso. También vi a los mozos saltar sobre las barricas moteados con luces blancas y amarillas, colores del amor que las voces femeniles esparcían en cascada de risas.

Lograba hechizarme como ves. No sé si el relato del anciano coincidía palmo a palmo con lo que mi mirada improvisaba. Pero puedo decirte que el goce de tan delirante contradanza me hacía sentir envidia por no haber formado parte de aquella laboriosa cofradía.

Volví a mirar al anciano hasta que su rostro se tornó tan familiar que tuve la certeza de estar extraviándome. Creí ver en

él algún rasgo de mi padre, envejecido al punto de no poder reconocerlo. Y la pregunta que venía demorada para mayor goce de ambos estalló espontánea, sacudiendo el espejismo.

—¿Conoció usted a mi padre?

—Sí, señor. ¿Quiere saber? —su respuesta fue inmediata.

Creí que mi corazón se detendría allí mismo. No dije nada. Esperé que él siguiera. Pero se echó atrás y chupó largo su puro. Dejó perder la mirada en lejanía como rehilando el recuerdo. Yo perdía la paciencia. (*¡Quiero, sí! —le hubiera gritado—. Viejo mezquino... ¿había que suplicarle?*).

—De críos andábamos juntos, de la escuela al olivar. Nos volvimos expertos en cualquier tarea. Hasta tallábamos bastones con la madera dura. Esa era la vida —*olivo y aceituno todo es uno*— fuera hijo de patrón o de olivero. Correteando aprendimos a enfaldar las ramas bajas para que la copa viniera frondosa. Acollarábamos las ramas en tierra con estacas para propagar la especie. Era un juego. Nos colgábamos de las ramas ásperas porque había que hacerse hombre. Eso se medía en magulladuras, risas, porrazos, cardenales, desafíos... ver quién apestaba más a cueva de oso cuando caíamos sobre el abono. El abono lo arrojábamos al pie de cada árbol para combatir las enfermedades de los olivares, el tizne que dejan los hongos, los tumores. Francisco se apasionaba... —su silencio breve capturó mi atención—. Quería aprender más, quería ser «doctor de las aceitunas».

—¿Eso quería ser...?

Me precipitaba ante el primer dato de mi padre, como si yo hubiese deseado que él permaneciera en el pueblo. Tal vez entonces, nada habría apesadumbrado su vida ni la mía, yo que nunca supe con qué tenía que vérmelas. Aún a riesgo de que yo no fuera yo.

—También le gustaba la poesía y cuando nadie rondaba cerca recitaba *Verde que te quiero verde*, era casi su grito de

guerra. Al patrón le enfurecía verle admirando al Duende y le espetaba órdenes a través de sus hermanos mayores: que volviera para el almuerzo, que no molestara con sandeces, que se le exigiera más para sacarlo rudo como hombre, porque eso debía ser. A Francisco lo enfermaba ver esa repulsa en el semblante de su padre y ¡no crea! también mostraba cierto menosprecio por los hermanos. Yo me burlaba para calmarle, le decía *poeta del acebuche*, pero me gustaba escucharlo recitar, a veces también sus propios versos.

Otro impacto... ¡mi padre hacía poesía! Atontado ante el dato solo me atreví a preguntar... por el acebuche.

—El olivo viene del acebuche salvaje. Lo hemos ido domesticando como perro fiel en España. Perro lobo y fiero. Francisco leyó que venía de los bosques de Siria, que pasó por Grecia y fue nuestro en el Mediterráneo. En el XVI se lo enviamos a México...

El anciano, orgulloso de pertenecer a la estirpe de España, se tomó su tiempo y volvió a evocar a mi padre.

—Teníamos tiempo para divertirnos cuando el patrón salía a vender aceite. Correteábamos con Nacho, un chico que parecía un mono trepando árboles y siempre nos sacaba ventaja. Francisco escribía... no requiere demasiado trabajo el olivar. Casi no pide riego, solo en verano cuando el calor le seca el cerebro hasta a la gente...

Perdí la amable huella de un padre poeta a causa de que el viejo enlazó una frase con otra sin pausa y me arrastró. Mi breve resistencia cedió cuando comenzó a desplegar la fiesta de recolección.

—En otoño era la gran fiesta. Nos entreverábamos con la multitud que venía para la cosecha. Era extraño ver llegar ese gentío a un pueblo apenas habitado por algunas familias. Ocultos tras los arbustos nos preguntábamos cómo era posible

que existiera tanta gente. Era como si la Santa Virgen respondiera al llamado de la cosecha enviando aparecidos y llevándoselos de regreso luego, Dios sabría dónde. También traía mozas –no sé si la Santa– para solaz de nuestras vistas, tan hechas a los rígidos olivares. ¡Ay, nuestra mirada se amansaba y apuraba la sangre! Había cantos y bailes por la tardecita después del ordeño –y dijo anticipándose a mi interrogante–: Para el ordeño se coge la rama con una mano y se desprende la uva con la otra. El método del vareo es golpear con varas las ramas para desprender los frutos...

—Ah, sí, eso quise hacer, pero me lastimé también.

—La primera vez... ¡bautismo! –rió y continuó recordando pasadas lujurias—. Venían las mozas, pura gracia y garbo... miraban con una picardía ¡coño! nos azuzaban. Vaya –volvió a reír y sacudió su melena blanca– se armaban jaleos luego, con los bailes y los cantes. La fiesta se abría en la tardecita, levantaba coraje con el vino... entrada la noche ya no importaba si la cosecha recomenzaba de madrugada. No podíamos dejar pasar esa oportunidad, era única... ya vendrían largos meses para dormir y cantar *soleá*...

—Cuénteme algo que recuerde de mi padre –tuve que pedirle.

—Éramos mozalbetes guapos, se lo juro, revolvíamos el gallinero montando un revuelo de gallinas que cloqueaban y se picoteaban por nosotros –riendo, sacudió la cabeza—. Vale, teníamos las mozas que queríamos –su mirada se demora en el horizonte—. Rubio y de ojos claros... no era frecuente –el viejo se pavonea olvidando a mi padre en su sonrisa hueca y aviesa—. Hombre, que eso nos hacía soberbios...

Yo había dejado de escucharle. Otra escena desfilaba ante mis ojos. Veía a mi padre muy joven –o tal vez a mí mismo– junto a un chico rubio de ojos celestes. En ese momento ambos cruzábamos el pie derecho sobre el izquierdo y abríamos los

brazos ensayando un paso de baile. Aún sabiéndolo impensable, veía al otro lado de la enorme prensa una morena de trenzas largas repitiendo los mismos gestos míos con ojos desafiantes. Imprevisible lujuria despertaba en mí esa sensación de estar moviendo mi cuerpo, de estar bailando, allí mismo. Las guitarras resonaban con firmeza rasgando el aire. La respiración se hacía más profunda. Mi mirada se prendaba de la morena, se detenía en esos ojos rasgados y fieros como la Carmen de Bizet. Me hacía recorrer como un preámbulo el resto de su cuerpo, abrazándolo y sintiéndome también abrazado. Cerré los ojos para soñarlo mejor. Los movimientos de la danza nos iban acercando sin premura, sin dejar de mirarnos. Aferrado a sus ojos, el mundo había dejado de existir.

El viejo hablaba y yo luchaba por prestarle atención, sin lograrlo.

—La morena llegó en la última cosecha, el día que Francisco dejó el pueblo para siempre. Linda hembra, de ojos rasgados y verdes, cimbreante cintura, carnosos sus labios. Ambos sucumbimos. Él no dejaba de mirarla, pero ella no estaba disponible ¡coño! Eso la hacía más apetecible. Su pretendiente no se le apartaba ni de día ni de noche. A Francisco no pareció importarle, insistió tanto en mirarla, que por reflejo ella le ojeaba a hurtadillas. Es así. La mujer no resiste cuando la mirada del hombre se apodera de ella. Eso es una mujer. Se vuelve pura ofrenda —como la tierra para el arado y la semilla— para el hombre que aviva su exuberancia.

—Esa noche en medio del baile...

Mi morena estaba ya tan próxima que podía tocarla. Sus ojos brillaban y la vida estallaba en ellos. Olía a «caballo y a sombra»... su talle me imanaba, sus piernas sostenían un ritmo nervioso entrelazando su falda... sus labios rozaron tan cerca los míos... estrechar su cuerpo todo entre mis brazos y apresar

su boca fue el acto donde me hundi y derramé un ansia tan intensa como postergada. Todo mi ser abandonaba mi cuerpo para fundirse con el de ella y sentí el estremecimiento orgiástico más gozoso que podía recordar...

—Esa noche en medio del baile él se la llevó girando. Dieron vueltas y se perdieron largo rato en pleno abrazo.

El anciano continuaba hablando con la mirada perdida en el horizonte ya oscurecido. Yo me sentía abochornado. Mi deseo más sublime ¿se realizaba en una escena imaginaria? Me hacía descubrir que algo tenía que andar muy mal en mi vida... y aunque evocara a mí mujer, a quien amaba, aunque recordara momentos de amores faustos, esa mala jugada de mi pensamiento me...

El viejo continuaba relatando una historia sin consistencia, seguramente la habría inventado. No parecía creíble, no parecía mi padre, no se parecía a nada. Un malestar me invadió, ¿acaso lo que acababa de sucederme, podría ser creíble?

—... y el novio les vio y se les vino encima. Agarró a Francisco del hombro y sin emitir sonido a causa de la ira, lo amenazó con un cuchillo. Por un instante la noche se detuvo y la sombra del enfrentamiento se recortó tras los fuegos. Todo sucedió en segundos. La maldición andaluza reclamó su sangre. De inmediato el cuerpo del extranjero rodó sobre sí mismo y cuando cayó ya estaba muerto.

¡Condenado viejo! Vaya momento para insertar la tragedia, justo cuando yo... ¿estaré predestinado a postergarme y dejar el lugar... a mi padre?

—Esa madrugada, Francisco me buscó. Estaba asustado. Hice chanzas con la morocha para tranquilizarle. Él me miró en silencio, con extrañeza. Aún no logro entender lo que dijo. Que el puñal, que la hermana, que las mujeres, que el otro pretendió matarlo. Yo vi cómo echaba una cuchillada para alejar

al forastero que se empecinaba en pelear. Le había mordido el brazo con el puñal —dijo alguien que los escuchó— y le gritó airado con su voz ronca «Reputas tu madre que esa mujer es mía y voy a matarte». Furioso también, Francisco le susurró en voz baja «¿Crees, coño, que todas las mujeres son tuyas?» y de un navajazo le cortó la camisa cerca del hombro. El tío respondió con rapidez buscándole el estómago para clavarlo. Francisco saltó hacia atrás y con el mismo impulso inclinándose la cabeza para la izquierda, avanzó la mano derecha, apuntó la navaja al pecho, entornó los ojos y le dio de lleno.

El viejo hizo una larga pausa. Yo había quedado en silencio.

—Los poetas lo saben. Una vez servidos los cuerpos «las navajas conocen el camino». El desgraciado cayó encogido de piernas y brazos... ni siquiera con mucha gracia, le diré. El duelo fue tan repentino que nadie pudo reaccionar. Luego, tambaleándose desencajado, Francisco los miró a todos —¡forasteros que venían para la cosecha!—, pero nadie dijo nada. La morena sollozaba tapándose el rostro. Yo diría que él la vio y se confundió. Creyó que lloraba por el difunto. Francisco siempre se equivocaba cuando de mujeres y amores se trataba. Le escuché soltar un ronquido antes de huir hacia los matorrales. Noche de brujas. Juro que nunca entendí lo que vi y por eso no recuerdo detalles. He pensado en aquella noche sin poder ordenar lo que sucedió, los milicianos llegaron tan rápido, todo se llenó de gritos. Yo quedé perplejo. Recuerdo a María Rosa porque su presencia era algo inusitado; gritaba y sollozaba, no sabré qué vio ella. Nunca la había visto ni volví a verla en ese estado.

El viejo se da un respiro. Yo quedé mudo y desconcertado a mi vez, moviendo la cabeza tratando de captar con rapidez qué hizo huir a mi padre.

—Nadie se condolió por aquella muerte, pero Francisco se convirtió en fugitivo. Le dije esa noche que la policía le buscaba.

Le dije que sobraban testigos de que aquel tío había iniciado la pelea. Quise apaciguarle, pero se veía tan desolado que no supo escucharme y se fue. Sin despedirse. Sé que en su huida encontró a la moza aquella que se horrorizó al verlo y le gritó sollozando que huyera. Ella me dijo que él se fue llorando... como un niño desamparado, abandonado. Ese sentimiento siempre podía con él.

La congoja había alcanzado al anciano tomándolo por el cuello. También a mí, en ese momento.

—No lo vi más. A la mañana siguiente ya no estaba. Sin despedirse de su madre, ni de mí. Se fue para siempre y otra vez, equivocado. Porque las lágrimas de ella no penaban por el malnacido.

—Por Dios ¿cómo sabe usted...?

No sabía si debía creerle. Por otra parte mi cuerpo y mi cerebro clamaban por un descanso. Pero él necesitaba explicar lo que se le había vuelto inexplicable.

—La moza, María de las Mercedes, vivía en un pequeño pueblo, a pocos kilómetros. Nos hicimos camaradas a partir de aquella noche. Al principio recordábamos a Francisco, creo que ambos nos sentíamos un poco traicionados, al menos yo. Ir a visitarla era mi consuelo. Mucho tiempo esperé carta de Francisco para poder decirle que no había peligro, que regresara. Pero jamás envió siquiera una línea. Desapareció para siempre sin dejar huella —hizo otra pausa para agregar en un gesto aquiescente—. «Los olivos, se tomó... los olivos».

Huir ha sido siempre un terrible malentendido. Esa fue la huella que permaneció como eco del viaje al pueblo de mi padre. También para el anciano la vida de mi padre seguía siendo una incógnita. En el pueblo sus paisanos daban cuenta de una huida. ¿De qué huía mi padre? ¿Acaso toda su vida había sido un maldito malentendido?

Puedes imaginar, hijo mío, lo que faltaba decir. El anciano dejó pasar unos segundos, echó el resto del puro apagado al bolsillo de su camisa, midió en mí el efecto que causaría y lo soltó:

—María de las Mercedes y yo nos casamos un tiempo después. Aquél que ve allí —me señaló un cincuentón que rondaba el recodo del camino—, es mi hijo.

—¿Cómo se llama? —la pregunta se me escapó entre los dientes.

—Francisco.



Episodio 4

Eco de impudicia en el olivar

(Carmen se lo ha relatado a Rosario)

¡Los olivares Pereyra! La luna incendiando sus copas, el viento del levante revolviendo las melenas y el silbido de los fantasmas de la noche. Yo querría morir sentada sobre este monte, testigo de los siglos. Me gusta sentir esa aspereza en el aire antes de deslizarme en el sueño porque aquí, apaciguado, se macera el dormir.

Cada vez que me voy, imagino que cualquier noche volvería la cabeza atrás y me convertiría en olivo y allí permanecería petrificada en la fascinación de esos extraños seres que se recortan en la noche, envueltos en un resplandor de mercurio.

Era extraño que me acompañara mi hermano Sebastián y más aún sin su guitarra. Me observó con curiosidad. Parecía querer decirme algo.

—Carmen, —su voz vacilaba un poco— dime qué sucede ¿La vida te ha cambiado al marido o el marido te ha cambiado la vida?

Sí, debí suponerlo. Ha vestido el uniforme de macho-custodio del honor familiar.

—¿Por qué me haces esa pregunta?, ¿por qué precisamente hoy?

—¿Tiene algo de particular que sea precisamente hoy?

—Vamos —me reí tratando de ganar tiempo—. ¿Me respondes con otra pregunta?

Pero yo sé bien por qué hoy, el día que Federico dejó el pueblo. Sebastián ya lo sabe. Seguiré siendo ilusa si creo posible guardar privacidad en este pueblo. Midiendo su pregunta, ha quedado en silencio y espera. Tal vez me haga bien decirle. Tomé un atajo:

—De niños correteábamos entre las sierras hasta llegar al rincón del eco ¿Recuerdas? Nosotros le pusimos ese nombre.

—¡Nos escapábamos para ir allá! A gritar enloquecidos. Para convocar al eco –recordó Sebastián– debíamos encontrar aquel rincón especial junto a la curvatura de la sierra. No era un lugar cualquiera. Teníamos que insistir hasta que la magia se producía.

—Sí, parecía que resonaban todos los mundos ocultos.

—Al principio nos asustaban nuestros sonos multiplicándose en el viento, llamábamos con temor: «¡Aaah, los de arriba!» *(Ya nos estamos riendo)*.

—Era extraño percibir aquella reverberación sin saber si procedían de arriba, venían de afuera, surgían del vacío, entre las montañas...

—Terminamos creyendo que era la voz de la montaña! –sentenció Sebastián– ¡Cómo nos asustaba!

Él y yo volvimos a reír. El hielo empezaba a derretirse. Dije:

—Nos hechizaban aquellas voces que eran nuestras y no lo eran...

—¡Mmm...!

Él seguía ensimismado en las repercusiones infantiles. Era mi oportunidad y le dije:

—Eso es lo que ya no sucede con Juan Carlos. ¿Comprendes?

—¿Qué cosa? –acabó de sobresaltarse.

—Ya no hay eco. Entre él y yo había, también, un rincón del eco. La vida supo trenzar entre nosotros, esa magia. Ese eco secreto fue el comienzo. Bastaba un roce, una mirada, la complicidad de un gesto para que la magia reverdeciera. En una fracción de segundo todo volvía a tener sentido. Durante treinta años, sin importar las discordias, bastaba esa resonancia para que nuestra alegría retornase cada vez, cada día. Estaba hecho de... nada pues, reflejos, nada. Ni siquiera podría afir-

mar que el *suyo* fuera el *nuestro*. Creo que operó como un secreto inclusive para mí. No hubiera sabido expresarlo como lo estoy haciendo ahora que descubro su existencia en el mismo momento que lo pierdo.

Quedamos en silencio un largo rato. Él se movió inquieto y cambió de posición. Yo necesitaba con fuerza el abrazo de un hermano varón que restañara un poco aquel desgarró. Pero no llegó. Su misión era otra y tenía prioridad. La siguiente frase la dejó en evidencia.

—Perdiste el eco, ¿pensaste que lo ibas a encontrar alejándote del pueblo camino a las sierras, con el primo...?

—Sh, sh, sh... querido Sebastián... que no te pongas grosero y no pierdas tu encanto. ¡Qué sabes, qué sabes tú!

—Sé lo que vi. No sé cómo te embrujó ese hombre que nunca te había visto yo ojos para otro que no fuese tu marido.

—¿No te das cuenta que es eso precisamente lo que más duele?

—Sí, me doy bien cuenta qué consuela tu dolor, ¡que no va siendo lo mismo!

Por un momento lo miré con dureza. ¡Vaya tío! No debí dejar salir aquellas palabras delante de un ser tan necio, aunque también sabía que detrás de su recia máscara masculina, un muelle de sensibilidad acogía mi pesar.

—¿Es necesario que me juzgues, hermano menor, hermano varón?

—Dime cómo podría evitarlo. ¿Tú crees que se trata de una leyenda? Aquí las cosas son claras como agua de manantial: un matrimonio que no funciona, un acto de infidelidad... ¡no es ninguna fábula lo que se pierde!

—¡Ay, hombres! Que sí, lo que pierdes es un mito, o al menos, lo que quedaba de él.

Opté por levantarme. No había más que decir. Tenía necesidad de bajar entre los olivos, tocar su rugosidad, girar con

el viento. Pero él insistía buscando una respuesta que yo no podía dar.

—Les vi llegar a este mismo lugar la otra noche. Tú lo invitaste y no sé si él tuviera otra intención. No me pareció inadecuado y retrocedí para recoger una chaqueta de casa. Volvía con la guitarra para cantar alguna copla con vosotros. Pero al regresar... Carmen ¿por qué...?

Ya había logrado enfurecerme tanta necesidad. Di la vuelta y quedé de pie frente a él que, sentado, me miraba con ese hielo del reproche:

—¿Qué esperas que diga? Ni yo sé qué sucedió. No traíamos intención alguna. No sé cómo pasó, nunca me había sucedido algo así y esa vez... pues sucedió. Es que... el rincón no estaba, es que faltaba el eco y en aquel vacío la angustia lo invadió todo. No solo la mía, que también la suya. No sé más. No nos amamos, si quieres saberlo, nos desquitamos uno con el otro, buscando sentirnos vivos, qué sé yo... qué más da, qué importancia tiene... ¿acaso ahora entiendes mejor el por qué?

Su figura se recortaba negra como una sombra china, de espaldas a la luz. No se movió del lugar, no dijo nada. Aquel *impasse* me permitió reflexionar. No me sentía enojada con él. Por qué lo hice era mi propia pregunta. Tampoco era un veredicto mío ni suyo. Sebastián quería comprender. Perdonar, entonces. Pero yo no deseaba perdón. Quería sentir mi ira estallar y remontar estrellándose contra la noche.

Olvidé a Sebastián. Se nubló mi vista, zumbaron mis oídos.

Un zapateo invadió mi sensatez. La guitarra rasgaba un flamenco que enloquecía a medida que aumentaba su volumen y su velocidad hasta verme bailando entre acordes ensordecedores. La ira me hizo girar en vértigo arrancándome del suelo en cada vuelta. Había olvidado a Sebastián, el dolor, a mi marido y al primo. Era mi cuerpo el que se desgarraba en pedazos. Era

mi garganta que buscaba los puñales en las palabras. Y me escuché gritar llorando:

—¡¡¡Es el maldito pueblo el que perdió el eco!!! Santa Virgen, ¡llévame de aquí! Que no sé cuándo se ha seco la tierra, ni sabré cómo, pero ¡me está ahogando!

Juro que escuché a alguien cantar:

Tierra seca
Tierra quieta
De noches
Inmensas
(Viento en el olivar
viento en la sierra)

No podía detener los sollozos. Los poemas prohibidos en mi niñez se precipitaban en mi cabeza, fluían por mi boca en un espasmo liberador, pero espasmo de muerte. Nada podía hacer yo para evitarlo.

Plañía su muerte el poeta, gemía de muerte el amor.

Y otra vez la voz:

Empieza el llanto
de la guitarra
Es inútil callarla
Es imposible
Callarla

El sueño se deshizo ¡oh, Dios mío, para siempre! ¿Cómo se puede vivir cuando se ha perdido el amor, cuando todo se ha roto en el mundo y ya no es posible recuperarlo? Aún sollozando logré bajar al llano. Buscaba el amparo del follaje. Levanté mi rostro y avancé entre los olivos, lentamente, con los brazos desplegados, ofreciendo mi cuerpo al viento y al cobre lunar. Necesitaba extraviarme. Volteé la cabeza una y otra vez para que el viento cepillara mis cabellos. Su caricia monocorde acompañaba la tonada áspera de la guitarra. Mi cuerpo se

rasgaba en el gemido del cante jondo. Perdí la noción del tiempo en medio del *stacatto* furioso que la púa imprimía en la guitarra... ¿de Sebastián?

De pronto las hojas se agitaron. Mis ojos se inundaron de un polvillo que se esparcía llenando el vacío entre las ramas. Traté de penetrar las tinieblas, la luz parecía esbozar un rostro joven, serio, de mirada triste. Mi enojo se trocó sin transición en piedad. Me escuché decir:

—Helo allí otra vez. Triste fantasma, ¿qué padeces?, ¿por qué vuelves?

Una vez más el fantasma del olivar estaba frente a mí. Solía aparecer en ciertos momentos en los que fluía como un aceite, la angustia. Tal vez creía que si compartíamos esa desazón yo lo percibiría mejor.

Las interrogantes volvían a precipitarse en mi cabeza

—¿En verdad eres mi tío? ¿Qué se te ha quedado aquí? Qué debo entender... tu mirada triste me llena de pena, hoy más que nunca. ¿Es un amor perdido el que destilas? Has rondado el olivar siempre, desde tu muerte. Has aparecido ante tu hijo y no le has dado señal. ¿Qué puedo hacer yo para darte paz? ¿Qué te hace falta? ¡¡¡Dame un signo!!!

Al igual que la última vez que percibí su presencia, el desdichado espíritu de Francisco se evaporó sin dejar rastro. Me di vuelta en busca de Sebastián para ver si él también lo había visto aparecer. Agucé el oído, me aproximé. Ya no escuchaba acordes ni resonancias. No resonaba ya el eco. Sebastián no estaba donde lo había dejado.

Patty conduce el auto por la carretera, rumbo al pueblo donde su tía agoniza. Va acelerando demasiado, fumando un porro. Lleva la música muy alta, acompasando el ritmo de *Kill Bill* con la cabeza. El celular tiene que sonar varias veces para que ella logre escucharlo. Sin disminuir el volumen de la música, habla a los gritos.

—¿Quién? Sí, claro, paso por vos, estoy cerca, me faltan unos treinta kilómetros... Sí, seguimos después para Tacuarembó... No, no me quiero demorar en Florida, te paso a buscar y seguimos... ¿Qué decís? ¿Qué pasó? ¿Estás qué? ¿Estás... herido? Pero qué... —entonces conecta el bluetooth de la radio y corta la música— ¿qué decís, estás herido? ¿Pero estás bien? ¿pero estás para seguir viaje o... no estás internado ni nada por el estilo?... ¿y qué te pasó? ¡¡¡Te peleaste!!! No lo puedo creer, ¿con quién te peleaste?... —ríe con estrépito—. ¿Qué carajo estabas haciendo en el bar con el borracho? ¿poesía? ¿Vos estabas leyendo poesía? —vuelve a reír con fuerza—. Pero me estás tomando el pelo, me estás jodiendo ... No, no puedo creerlo, escuchame primo, ¿vas a acompañarme?... Bueno, paso por vos y me contás... en unos minutos, sí... ¡¡¡Chau!!! —Corta la comunicación y la música se eleva nuevamente a viva voz mientras ella va negando con la cabeza hasta terminar riendo.

Patty disminuye la velocidad y frunce el ceño. Sí, su primo es un alma sensible, podía ser que estuviera en alguna presentación de poesía, en algún restaurante o *snack* bar o confitería. No hay muchos *dondes* en Florida.

Instalado en el asiento contiguo, el primo está relatando lo sucedido, sujetando la venda a la altura de su frente.

—El borracho había estado molestando a la señora que presentaba su libro de poemas. El tipo había interrumpido dos o tres veces y la platea lo miraba con insistencia. Yo ya había empezado a calentarme, despacito, te juro. La gente ya había empezado a decirle que por favor se callara la boca.

—Supongo que es lo peor que le podés decir a un borracho —sugiere Patty.

—Lo que pasa es que fue muy ordinario. Empezó a decirle que por qué no se venía con él, en lugar de leer pavadas en el bar. Que él la invitaba una cerveza y una pizza con muzzarella, si ella lo aceptaba. Y que se podía sentar en la falda de él y recitarle poemas al oído, si quería.

—(*Patty se ríe.*) ¡Una escena provocadora, ja!

—¿Te burlás? Qué fuerte el olor de esa hierba, prima —dice él olfateando por todos lados.

—Entiendo qué pesado se pondría el borracho, sí, pero solo da para reírse. Y vos, saliste a defender a la princesa lectora.

—Me sacó de quicio. Me levanté y le dije: «Basta, amigo, se calla o se retira de la mesa».

—Lo toreaste. Se empacó, me imagino.

—Como una mula. «Vení a sacarme, si sos macho», me dijo, trabucando la lengua. Tenía los ojos vidriosos, ni siquiera veía bien, pero seguía jodiendo, ¡viste!

—Y vos lo agarraste de la camisa, lo levantaste en vilo y pensaste que como era un flaco borracho y debilucho, ibas a poder con él.

El primo la mira, deja de hablar y espera que ella termine.

—Pero se te soliviantó y empezó a patearte. Se te caía encima de pegoteado que estaba.

—¡Pero vos estuviste ahí!

—No, pero es fácil de imaginar. Y supongo que nadie te ayudó.

—Correcto. Ese fue el punto. Si otros se hubieran puesto de mi parte, él seguramente se habría retirado.

—Típico, nadie se mete, la quedaste solo como un boludo.

—Se me cayó al suelo, quise levantarlo para sacarlo de ahí, pero no era fácil. Me agarré una bronca de mi flor, empecé a gritarle, «pedazo de hijo de puta...».

—Ay, al final fuiste vos el que interrumpió la lectura —vuelve a reír.

—Quería terminar el tema rápido, lo agarré con más fuerza y se me cayó otra vez, me caí yo también encima, pero la gran puta... me golpeé la frente contra una de las mesas justo en la punta y tuve que ir al hospital... ¡Un desastre, prima, un desastre!

—Y ahí te vendaron —ríe con ganas—. Y yo creía que Florida era un lugar pacífico...

Él sujeta la venda, toca y corrobora que no sangra.

—... por eso me fui —agrega ella.

—¿Por eso te fuiste de Florida?

—Eso.

—¡Del campo que tenían los viejos por acá... hace mucho!

—Hace. Sí, todo era muy tranquilo, demasiado. Papá atendía las vacas, mamá plantaba. Era y sigue siendo un pueblo maldito. Yo me moría de aburrimiento. Quería acción. Y me fui.

—Huiste, ¡¡¡vamos!!!

Patty hace un gesto de aquiescencia y acelera.

—Huiste, prima, te metiste con un tipo casado, te quedaste embarazada, vamos, huiste después del aborto. Demasiada acción tuviste. Así fue tu debut erótico.

—...y tal vez no me dio tiempo de tomarle gusto al campo. Vos eras mi amigo en aquella época, me sentía segura a tu lado. Pero cuando pasó eso, me daba vergüenza mirarte, me parecía

que te había traicionado. Que había traicionado la protección de mi primo mayor, eras mi hermano. Todavía lo sos. Pero ya no podía más. Y me fui.

—Estás muy cariñosa últimamente. Me encanta verte así, Patty, pero siempre tuviste el mal de irte —ríe el primo—, siempre el pie en el camino, culo con pulgas. Acá estás de nuevo en el camino. ¿Qué supiste de la tía?

—Nada más. Está internada, grave, más de lo que ella cree, pero se la puede visitar y hasta hablarle, tengo que verla...

—Suelta el acelerador, Patty, no va a morirse porque vayas un poco más despacio, qué te dio, muchacha...

—Eso, me da miedo que la vieja se muera antes de que yo le diga alguna cosa. No puedo huir esta vez.

—¡¡¡Te desconozco!!! ¿Qué mosca te picó, volviste con Alfredo?

—No lo nombres, ya está. Mejor dicho no está. Ese sí que no está. Al menos de allí logré huir con éxito; entera esta vez. —Con la vista en el camino Patty trae la imagen de Alfredo, tirado en una camilla y ella misma mirando a través de la ventana del CTI.

El primo acomoda la venda de la cabeza y la mueve de un lado a otro.

—No tuviste hijos. ¿Querías tenerlos?

—No importa demasiado. Este mundo no es un buen lugar para traer niños, ya he escuchado este argumento y creo que tienen razón. Es un mundo de mierda.

—Estás amargada, ¿es porque lo encontraste con otra...?

—Sí, ¿y qué? ¿No tengo derecho? El hijo de puta... y yo la estúpida que creyó que todo andaba bien. La gran estúpida soy yo.

—Los hombres estamos muy inquietos hoy día. Creemos tener derecho a aventuras, por ahí nada importante, pero esos recreos nos damos.

—¿Vos también le metes los cuernos a tu mujer?

—No le meto los cuernos. Algún encuentro por ahí, que no es tan trascendente. Ustedes las mujeres exigen una fidelidad que... ya no la sostienen ni ustedes mismas. Y vos ¿qué me decís, le fuiste fiel a Alfredo?

—¿Importa eso ahora? Todo vale. Nada vale. Si no te la jugás no hay compromiso de ninguna parte. Y si te la jugás no hay compromiso tampoco. Es la vida la que te lleva de las narices; ves algo que te calienta y allá vas, ¿por qué deberías inhibirte siquiera? Estamos en el postmodernismo. Todo es posible y todo el mundo está en la vidriera. Todo el mundo en el estante de los *shoppings* al alcance de una mano cualquiera. Y hay tanta oferta que si te demorás en cada cosa, te vas perdiendo más y más opciones que podrías disfrutar... ¡dejá, dejemos el tema, me enferma!

—No estás haciendo eso vos también, acaso.

—Si lo hago, no lo pienso. No hay nada que cuestionarse, si los otros tampoco se cuestionan; es la ley del juego. Dale, seguí jugando, reventemos todos juntos. Creo que eso estamos haciendo, nos estamos destruyendo, a la voz de «destruyamos ya nuestro planeta, hagámoslo trizas».

—¡Cuidado el camión!

Patty se acerca al costado del camino, esquiva aquella masa que parece venirse encima

—¡¡¡La *puta que te parióooo!!!* —le grita sacando el brazo por la ventanilla en gesto de amenaza.

Al mirar por el espejo retrovisor, ve que el camión se detuvo:

—¡¡¡Mirá el hijo de puta!!! Se paró... todavía se ofendió él, cree que tiene razón, ves lo que te decía, este es el mundo de hoy —en un impulso, frenando el auto, dice—: ¡¡¡Ahora va a ver ese desgraciado quien soy!!!

—¿Estás loca, prima, vas a pelearte con él? ¿O vas a hacerme pelear a mí otra vez? ¡Qué loca! Es un idiota, seguí y chau.

¡Cómo vas a parar! ¿Estás pasada de revoluciones?

Patty abre la puerta, mira para atrás, hace un gesto obsceno en dirección al camión, varias veces, vuelve a cerrar la puerta del auto y arranca.

—¡¡¡Qué degenerado!!! Cualquiera se cree con derecho a hacer lo que se le antoje. Esta impunidad de hoy la heredamos de la dictadura. No era así nuestro país antes –furiosa opera sobre los cambios–. La infidelidad también se ha vuelto una impunidad y como uno se cree libre, cómo no va a tener derecho de hacer cualquier cosa. ¡¡¡La libertad, psch!!!

El auto toma velocidad y se aleja por el camino.

* * *

La enfermera les explica que en este momento han llevado a la paciente a radiología y va a demorar media hora en regresar. Si la quieren esperar... los hijos de la señora acaban de irse y volverán.

—¡Bueno, la esperaremos! –Patty se sienta en un banco.

—Claro, vamos a tomar algo al bar.

—Andá, ya voy. Traje la novela que estoy corrigiendo y estoy atrasada.

—¿Vas a leer ahora?

—Quiero ver algo puntual que observé y me preocupa.

—¿Y no lo corregís en el momento?

—No, no siempre funciona así. Andá, lo leo y te alcanzo.

No me demoro.

Cuando entra al bar ve a su primo tomando un refresco con un sándwich caliente.

—Yo también quiero lo mismo. Y pedime un porro.

Él llama al mozo y repite el pedido.

—Y un porro, por favor —agrega Patty.

El mozo la mira desconcertado y él interviene para despejar con la mano lo que Patty dijo. El hombre se aleja meneando la cabeza.

—Me parece que ya sé qué pasó con Alfredo —dice Patty intempestivamente abriendo la cartera.

—No se te ocurra fumar acá —le advierte alarmado el primo—. ¿De qué estás hablando?

—De Alfredo, de que ya no estamos juntos.

—¿Por qué se te ocurrió eso ahora?

—No sé. Esta ciudad, me recuerda que aquí estuvimos visitando a la tía. Había onda entonces. Y lo que fue pasando es muy sencillo, ya no hay. Ya no hay *eco* que resuene. Y si no hay —su gesto se vuelve tragedia— *the rest is silence!* ¡Shakespeare!

—Que ya no hay... ¿qué diablos quiere decir eso? Patty, una relación cambia y nunca será igual que al principio. No hace falta que te lo diga...

—Ah, no me hagas tanto caso. Son los fantasmas que tiene la novela que estoy leyendo.

—¿Fantasmas?

—Sí, fantasmas del amor. Mira, ahí llegan los primos.

* * *

Conectada a un tubo, con la bolsa de suero pendiendo en dirección a su brazo, la tía vieja permanece en la cama con los ojos cerrados. Patty se acerca y se demora a su lado. Una sucesión de imágenes se cruza en el cine de sus recuerdos. La observa luego, la arropa y esboza un gesto de ternura, un tanto asombrada de sí misma.

—Me alegra mucho que estés acá —emerge nostálgica la voz de la anciana.

La luz baja de la habitación no logra mitigar el color blanco de las paredes, el disgusto del lugar, el aroma a desinfectante, el traquetear del pasillo con la bandeja de la cena, el dolor de estar allí.

—Ay, tía, estabas despierta, debí venir antes...

—Ya no importa. —Levanta una mano y la deja caer—. Los jóvenes necesitan alejarse de sus raíces para apropiarse de sus vidas. —Patty sonríe al verse incluida entre los jóvenes—. Es lo que yo hice con la mía... —dice acomodando el tubo— ¿...has vuelto con tu marido?

—No, tía. Creo que él... ya no vuelve. Ahora es... un desaparecido. Y no voy a hundirme en la angustia. El tiempo apresura las cosas, me exige andar, conducir mi vida sin quedar detenida en nada, ni siquiera en lo que un hombre diga o haga o se le ocurra... ¡o lo que le suceda! —Termina la frase con fuerza y tono elevado.

—Querida, lo menos que hubiera pensado es que Alfredo te dirigía la vida. Eres tan decidida.

—¿Soy? No sé, creo que me muestro así porque me da miedo que me vean débil, me parece que te manipulan si se dan cuenta. Solo a ti te cuento estas cosas, tía, no vayas a venderme. Pero no quiero fatigarte. Descansa, tía, no hablemos. Estoy para acompañarte.

—Me haces ese honor, gracias. Hablar no me cansa, Patty, me hace sentir que todavía existo —su voz se apaga y Patty no alcanza a escuchar algunas palabras—... hija para mí... orgullosa... cuando tus padres se fueron y te empecinaste...

—Nunca sabrás el miedo que sentí. Pero me fue útil, me empujó, me obligó y logré hacerme un lugar... ¡siendo mujer además!

—No fuiste débil. Seguramente añoras lo que no tuviste, me imagino, marido, hijos... pero mi querida... ese es el eterno sentir del ser humano.

Las dos quedan en silencio, cada cual concentrada en vaya a saber qué ideas.

Patty asiente y piensa.

—¿Y si no se tratase de lo que nos falta? ¿Y si no nos falta-se nada?

La tía sonrío y entrecierra los ojos. Patty, ensimismada en su reflexión ni siquiera sabe si ha hablado en voz alta.

—Me hubiera gustado que mis padres se quedaran, tener una gran familia, vivir todos juntos. Pero aquí estás vos y mis primos. —Patty mira más allá de la ventana y aún más allá del jardín—. Se fueron tan lejos...

—Mi querida, al menos están vivos...

—La maldita dictadura... un pobre campesino que apenas sabía escribir... ¡no había hecho nada, tía!

—Es así, ¡no se trata de lo que hizo sino de cómo los militares interpretaron los hechos!

—¡¡¡Estúpidos paranoicos!!! —La reflexión desacomoda a la propia Patty que trata de recomponerse recordando dónde se encuentra.

—Quien no respeta ni la ley ni la condición humana, siempre se va a sentir perseguido, ya está condenado.

—¡Te estás volviendo sabia, tía! —Patty se da y le da un respiro a la anciana—.

Decime, tía, hacen ellos aceite en el pueblito, ¿o se me cruzó un fantasma?

—No sé bien, Patty, han hecho varios intentos con las olivas... —La tía empieza a demostrar cansancio.

—Pueblos silenciosos hay en todas partes... yo quería acción, quería sentir mi cuerpo vibrar, hacerme notar, gritar, quería... ¡que me lleve el diablo! Algo fuerte que sacudiera mi vida.

—Y tuviste, Patty. Tuviste acción, violencia incluso... ¡no sé de donde te venía!

—Sí, pensé que la vida me daría hijos y marido aunque yo creyese que los había renunciado... puta vida, tía, ahora tengo que armarla de nuevo. Y no sé cómo, no sé qué quiero. Me siento llena de energía, pero es rabia, resentimiento, deseos de venganza.

—Vengarte de quién, ¿de Alfredo?

—También. Pero quiero hacer más cosas, hacer, hacer... locuras, no sé, huir con un sultán hindú, matar a algún dictador que bien le vendría al mundo, saltar un abismo, cambiar la vida, no quiero envejecer muriendo de inanición. A veces me pregunto cuántas otras vidas pude haber vivido.

Ambas quedan en silencio, cada cual evocando otras escenas que recuerdan haber compartido. La tía retoma el diálogo mientras sonríe.

—Te acuerdas cuando peleaste con el profesor de geografía y dijiste que no te daba la cabeza para aprenderte de memoria todo lo que había en el mundo.

—Sí, —Patty se demora un par de segundos y ríe— le dije que tenía que llevarme de viaje si me quería enseñar de verdad. Que tenía que visitar cada lugar del mundo para no olvidarme, solo así podría saber. Y no estaba muy errada, tía —reflexiona Patty— es necesario atravesar una experiencia para que te deje la marca en la piel. Para saber cómo es cada lugar donde te toca estar.

—Le dijiste que era la única manera de estudiar —la tía respira con dificultad—, y no te importó perder la materia. Ni lo dejaste hablar, saliste del salón de clase, dando un portazo.

—Siempre creí que quedarme quieta era morir —ríe Patty.

—Bueno, ya ves, elegiste la acción.

Otra vez ambas hacen un silencio. Lo comparten como un modo de estar juntas. Es la tía la que vuelve a hablar.

—Me gusta que me digas lo que sientes, debo estar muy grave para que te muestres así. —Sonríe la tía vieja.

—Me da miedo de que te mueras y yo me quede con esto atascado en el alma.

—¡Ja! Tranquila, Patty, no voy a atravesar esa experiencia todavía. Solo dejame descansar unos minutos. —Patty empieza a moverse— No, no te vayas, quedate conmigo, dame la mano.



EPISODIO 5

Eco de espectros

(Relato de Federico)

Esa noche fui al festejo. No me sentí el invitado de honor. Ese lugar estaba preparado para la poesía de Federico y solo por las vibraciones que producía, lo convocaba. Para aquella gente fue fácil amarlo. Y amé yo también aquella picardía, sus alientos y las devociones que supo inculcarle a su gente. Y amé esa manera suya de restituir lo que tomó de ellos, renovando en la poesía, su dignidad y su soberbia.

Tal vez fui yo quien pidió más Federico. Nos prodigó tanto aquella noche de luna que la agotamos rodando hasta los pies del amanecer. Hieráticos como alabarderos permanecieron los olivares mientras la luna regaba oro y plata sobre el arrebato de los trovadores.

Mi padre había visto y amado al poeta. Mi padre estaba allí esa noche.

*Tiene mi Tarara
un vestido verde
lleno de volantes
y de cascabeles.
La Tarara sí,
la Tarara, no,
La Tarara, madre
que la he visto yo!
¡Ay Tarara loca
mueves la cintura*

*para los muchachos
de las aceitunas!
La Tarara sí,
la Tarara, no
la Tarara, niña
que la bailo yo!*

—¡A ver esas palmas que no las oigo! Vamos, Carmen, al ruedo que estamos tocando para ti. Ahí llegas Juan, agrega tu guitarra a la mía. Eso, eso. ¡¡¡Eso... !!! ¡¡¡Rásgala hermano, rásgale el alma gitana... arriba esas palmas, quiebra el viento Antonio, canta!!!

El anciano dirigía la cantarola. Sonrió al verme llegar, ¿creyó que no vendría? Brillaba en su mirada la traviesa intención de ofrecerme un espectáculo y ver despuntar el recóndito, casi inescrutable entusiasmo que él ya había descubierto en mí. Tal vez pretendiera agitar sus goces pretéritos y no los míos, sus reminiscencias juveniles que adherían al recuerdo de mi padre. Yo también me apropié de ese rol, entonces, en su farándula.

—Este uruguayo se ve en exceso tranquilo —le dijo el anciano a Carmen apenas verme llegar—, poco amigo del fandango, ajustemos ritmo y palmas que se nos queda parado y sin habla... este tío necesita una removida.

Ese fue el relato que la prima Carmen me hizo más tarde. Fue la dádiva de su exuberancia que me permitió reconstruir una de las intrigas del taimado anciano.

Reclamándome en voz alta, con su brazo sobre mis hombros, parecía tornarse, digamos, tierno.

—Venga, sonría, ¡¡¡qué bueno que le guste!!! A ver todos, que no oigo las palmas, que no las oigo —un grito continuaba con otro—: ¡Acompañen la seguriya chamberga!

*Los toritos de Miura
no le tienen miedo*

a nada

Los toritos de Miura

No le tienen miedo a ná

¡Ole, ole, ole y olé!

Me sentí enternecido. Cuando vislumbró con habilidad la grieta de mis emociones, quiso azuzarme. Prorrumpió en exclamaciones y provocó en Carmen una catarata de alegres carcajadas:

—Que está fijándose en ti, mujer. Enciende más lumbre que buena falta le hace. Quién sabe si también a ti, mujer, podría renovar el brío de tu cuerpo. Vamos Carmen, échale un fandango.

Los toritos de Miura

no le tienen miedo

a nada

Una vez sentado a su lado no me dio respiro. Su plan estaba en marcha y él dispuesto a que se cumpliera. Ese anciano truhán volvió a hacerlo. Volvió a extraviarme también esa noche:

—Tómese un trago para entonar y regodéese con lo que está viendo que no lo tendrá en su ciudad. Hoy hemos de cantar y bailar y usted con nosotros ¡qué coño! que en estos saraos no queremos espectadores de platea. Y no se me ría que me tomo muy en serio el cante jondo... apure ese vino que se le va a oxidar en el vaso, ¡¡¡hombre!!!

Apuré el vino que me quedaba mientras él continuaba cada vez más animado:

—¡Ay! qué mujeres las de mi tierra, mire la Carmen. Ay, mi vida, si tuviese algunos años menos y no le fuera todo el mundo con el cuento a María de las Mercedes. A ver, mujer, mueve esas caderas, que esas manos revoloteen como calandrias, ¡eso! —baja un poco la voz para decirme—: No será una mantequilla-ta su edad, ¡pero lleva la crema dentro y vale, que no es poca cosa! —me miró sereno, hizo una pausa y me explicó—: Esa gracia se las trae desde el mismito día en que nació, apenas abrió

los ojillos y bostezó, el mundo entero la recibió con ¡¡¡ooléees!!! Sepa usted que muchos hombres, muchísimos, han querido llevarse a la Carmen y revolcarla, y aún quisieran..., pues mírela, ¡qué guapa es esa mujer!

No era tonto. Percibió que si seguía insistiendo provocaría el efecto contrario. No podía olvidar que el mensaje iba dirigido a un pusilánime que aún no se definía. He de decir en su favor que logró concitar mi atención en Carmen. He de decir en mi favor que logré disimularlo y me sentí estúpidamente orgulloso por ello. Le hice creer que me atosigaba y giró sin más dilación hacia el resto de la fanfarria continuando la farándula:

—Vamos todos, arriba las palmas, ¡oléee con la seguriya!, a ver si le gusta al primo esta *soleá*. ¡Escuche usted que hermosísima frase musical cantaré para *usté*!

*Que yo me la llevé al río
creyendo que era soltera
pero tenía marido*

Interrumpe el canto recién comenzado para aclarar la voz, que se le casca si la frase se le vuelve demasiado larga. De paso, vuelve a azuzar mis emociones:— ¡Atrévase a decirme que no es maravillosa!

A mí me tocaba decidir si su alegato iba dirigido a la seguriya o a la mujer. Decidí seguir sustrayéndome a su dominio.

—Conozco bien «La casada infiel» y amo ese poema de Federico. En mi país es uno de los más populares. Es para mí una sorpresa, grata por cierto, que le hayan puesto una música tan hermosa.

—¡Ja! —tosió el anciano—. Son verdades del revés. Fue el Duende el que recogió de la misma gente esta seguriya de *soleá*. Juntó picardías de pueblo con poesía y con eso hechizó al mundo entero. Ese fue su genio, pero él nunca lo supo. Recorría pequeños poblados de España, ¡como éste!, se perdía

con sus actores entre sierras, ¡como éstas! Francisco y yo le vimos en estos olivares..., las lágrimas se nos caían todo el tiempo; y aún ahora, sí... y Francisco no podía hablar después de esas actuaciones.

—¿¡... podía haberse ido con ellos!?

—Podía. Federico llevaba consigo a quien quisiera sumarse. Iba con sus hermanas, sus amigos. Juntos repartían entre los pobres de España toda esa belleza que nuestra gente había acumulado durante siglos. Él hizo gala de aquello que supo latir, sin presunciones.

—Eran estudiantes universitarios los actores. ¿Y la compañía?

—¡La Barraca!

—Los años dorados de su teatro.

—¡Olé! Bienvenido a España.

—Cuando el arte se vuelve tan popular despierta escozores. Por eso se irritaron tanto los falangistas. No le perdonaron lo que para ellos fue una traición. Un señorito tan bien educado, jamás se preocupó de trabajar, pero soliviantaba al pobrerío por los caminos, desbordado por sus propias emociones! —dije fluidamente sin pensar.

Yo estaba usufructuando una información que había guardado años conmigo sin saberlo. Me sentí enardecido.

El anciano cambió bruscamente el rumbo.

—Vale... ¡hijo de su padre al fin! ¡Así hubiera respondido mi amigo Francisco! Olé por *usté*. Vamos por otro trago. Y *usté*, ¿sabía que Federico era hombre de música, que tocaba el piano como los dioses, que fue el niño mimado de Manuel de Falla y de toda Granada? —Hizo una pausa larga. Yo esperé—. Hasta que un día se dio la vuelta y cogió el camino de las letras. Dejó a todo el mundo con un palmo de narices. El maestro Falla, estupefacto, quedó sin habla. Apenas pudo balbucear algunas interjecciones durante tres días.

Pero yo no lo escuchaba. ¡Lo había dicho como si no importara! Me juntó con mi padre donde jamás hubiese imaginado. Logré susurrar, azorado:

—Mi padre... ¿hubiera respondido igual?

—Pues claro, hombre. A él le gustaba leer, lo sabía todo. También escribía. Diga que esta vida no le dio la educación de señorito que tenía el Duende. Era la Universidad Libre que se imponía a las devociones religiosas y levantaba otros entusiasmos: Antonio Machado, Frascuelo el torero, ¿ya ha visto una corrida?

—¿Qué tanta cháchara le estás dando tú al primo, ahora, viejo taimado? —interrumpe Carmen revoleando su falda mientras se aproximaba.

—Un gesto adusto del hombre, inhibió el avance de Carmen. Tenía que terminar de decirme algo importante. Lo hizo y yo se lo agradecí.

—Le fue muy dura a Francisco la muerte del poeta —apresuró el anciano— porque era el modelo a seguir. Ya no fue el mismo después del 36. Época maldita para todos nosotros. Francisco andaba más ensimismado que caracol en su guarida. Mal momento para ser poeta. ¡Coño, debo decírselo, le juro hombre, Francisco era un poeta!

Carmen estaba a mi lado.

—¿Qué nunca bailáis ni cantáis en Uruguay? ¡Y es este indigno anciano que te retiene! No puedo creerlo, ¡abuelo! ¿Ha de ser este primo tan sensato que contagia? Vamos, sepas o no sepas, ¡¡¡a bailar!!!

El viejo concedió de buen grado la interrupción. Se descubrió enredado, tal como temía, pues recordar era repetir; se vio actuando como si estuviese ante mi padre. Y lo dijo:

—Con Francisco todo se volvía un reto: los libros, las mujeres, la guitarra, ¡era nuestro juego! Tú eres de la misma enjun-

dia que tu padre, hasta un poco crédulo también, como él —agregó riendo sin darse cuenta de que me estaba tuteando.

Un poco turbado, me levanté. Carmen esperaba por mí. Sin compasión. Esa mujer... ¡tenía lo suyo! Cuando me arrastró a bailar no me importó cuál era el paso. Mis pies aporreaban el piso y mi cuerpo se arqueaba con el mismo talante que ella arqueaba el suyo.

En cierto momento mi cabeza giró con arrebató para un lado y otro. Logré entrever, en pleno paroxismo del flamenco, la mirada burlona, lujuriosa diría, en el rostro del anciano que me veía retozar arrastrado por aquella mujer. Pero la vibración recorría mi espalda, de ida y de vuelta. A la figura de Carmen se le superponía aquella morena de las cribas. Creo que llegué al punto donde no hay vuelta atrás. Y él lo supo. Luego, retornó a sus primeros propósitos:

—Arriba esas palmas, vamos, otra seguiriya para el primo. Carmen. Muévelo que responde, azúzale... ¡eso! Dejen que el primo se entone. Ofrézcanle otro vino. Es ahora o nunca, ¿eh, amigo?

El hombre lo supo antes que yo, en verdad. Esa noche, no he de mencionártelo, hijo, hay pudores que un padre debe guardar. Sabrás disculparme.

Pero te diré que esa noche sucedió algo más que aunque lo supe mucho más tarde, me parece que escribírtelo ahora, ordenará este galimatías de gente y de historias. Cuando al final de la fiesta quedaron solos el viejo y Antonio, entre vino y vino, el anciano alivió su alma con el *cantaó*, y no con Carmen; las mujeres no son sembradío para ciertas confianzas masculinas.

Se sintió inundado de evocaciones porque yo le regresaba a mi padre. Se le ennegreció la noche en el momento en que me fui con Carmen y sin público para palmear ni gritar ya no lograba espantar el viejo dolor. Se dispuso a hablar. Habló de

aquel amigo, mozo alto y apuesto que sintiéndose dueño del futuro, abierto su camino para elegir la mejor senda, había salido huyendo esa malhadada noche. «El muy necio huía –decía el anciano sacudiendo la cabeza– huía de nada, de sus fantasmas, yo no entendía... Había sido aquel tío (que bien muerto estaba) quien iniciara la pelea.» Le dijo también que el *apuesto mozo* temía que su propio padre lo supiese. El viejo Pereyra era inflexible con las mujeres, la poesía y los duelos en aquella hora aciaga de lucha civil.

Entonces el remordimiento del anciano salió de su escondite y barriendo el ramaje del olivar le confesó a Antonio que había utilizado una mentirijilla inocente que le había pesado el resto de su vida. Cuando encontró a mi padre y le dijo que ese tío había muerto, también le hizo creer que el viejo Pereyra andaba furioso buscándolo. Pero eso no era verdad. No sabe por qué lo dijo. O sí, en realidad lo sabe; quería apartarlo, le habían quemado los ojos negros de María de las Mercedes y no se la iba a regalar sin pelea. Pero ese era el juego de ambos. No se le ocurrió que esta vez el pánico dominaría al amigo y huiría para siempre.

El viejo aceitunero sabía que volvería una y otra vez a lamentar el subterfugio del que se valió. Sabía que ese asunto quedaría en barbecho. Por el resto de sus días embestiría con la cuerda de su guitarra en el intento de arrollar en vano, la presencia del fantasma.

Y ese relato que luego me concedió Antonio, le dio sentido a lo que recordé después de aquella noche de vértigos, cuando el anciano imprimía tal ritmo a las seguiriyas que sin darle respiro a nadie, seguía presionando como el viento del levante, con ese toque de desesperación.

—Síguelo Carmen, no lo abandones... A ver «Viva Sevilla».
Paco, me agrego a tu guitarra...

—Aguántame el ritmo que empiezo el cante.

—Vamos, Antonio, que nos tienes a tus pies.

Viva Seviya y olé

viva Triana!

Vivan los trianeros

en sus ventanas

¡Los trianeros y trianeras

en sus ventanas!

¡Viva Seviya y olé!

¡Viva Triana!

—¡Y otra copa acá! Carmen ven, siéntate conmigo, chiquilla. Ven Lucía. Qué mujeres las de mi tierra, Dios. ¡Ey!, primo, que si quieres quedarte a vivir con nosotros en este pueblo, te enseñaríamos a cantar así como Antonio, míralo, punteando el alma en una sola cuerda. Antonio, canta y enséñale al primo a soltar el dolor en el cante —y agrega para mí en voz baja— Vale, así como canta Antonio podría ser uno de los grandes si tan solo saliera del pueblo. Pero lo maravilloso es que no quiso, que es aquí donde quiere morir y vivir. *El poeta* decía que lo grande de España está en los pueblos y en su gente.

Sucedió que mientras me perdía en mis pensamientos, él extrajo de su inagotable galera una idea que regaló para placer de todos.

—Ey, los del cante, pongamos rumbo al olivar. Cantemos allá unas coplas. Hagamos fandango para el fantasma. Alegrémosle esta noche al menos. Que tenga algún goce mientras espera.

—Oye anciano, no te burles de las almas en pena, a ver si a la tuya se le ha perdido algo en la tierra y tampoco puede irse en paz.

—No tengas cuidado por mí, Lucía, que lo que se me haya perdido lo he de buscar en vida. Y lo que no tuvo remedio pues

ya lo he renunciado. A fe mía que no quedaré reclamando *nosesabequé a noséquién*.

¿Estaba criticando a mi padre, es decir a su fantasma, con ese desparpajo o yo estaba confundido? Sin tiempo de considerarlo, el hombre seguía mascullando.

—Tampoco pusilánime si hay que matar a quien tenga que matar, coño. Ni tan corto como para armar un teatro de brujas y asustar gente por los olivares. Vergüenza de fantasma para el pueblo pues, con tan pocos cojones... que nunca sabe adónde va a parar su eterna vacilación. ¿Cuántos años hace que anda por los olivares, Carmen, tú que lo has visto, que a ti se te muestra, eh?

En ese momento no comprendí la ira del anciano.

—Bueno, vamos allá, vamos andando. Arrea esa guitarra Paco. Tú, Lucía, ponte la mantilla que el frío se te ha subido al rostro.

Así era en verdad. Hablaban del fantasma y eso no me provocaba el menor asombro. Era algo que solo podía sucederme en esa tierra a la que ya estaba ligado, sin saber cómo me había vuelto parte de sus excéntricas performances.

Carmen recordó la primera vez que fue testigo de aquella visión.

—Cuando se me apareció, te juro viejo que me dio un susto tan fuerte que me sentí morir allí mismo. El corazón se me había quedado del lado de afuera. Él era un... ¿qué te diré? un diseño sin cuerpo. Miraba con ojos tristes, tan solo miraba. Nunca dijo nada, nunca dio señal alguna. Aparecía de pronto deambulando por los olivares sin pretender llamar la atención, sin ocultarse tampoco. No sé cómo nombrar sus paseos nocturnos. Casi me acostumbré a compartir con él las noches estrelladas. Creo que era lo que él necesitaba.

—A ti se te ha mostrado triste, pero a José se le ha mostrado airado. Y a Felipe también, ansioso, inquieto, algo así. No sé ante quien más se aparece, ¿acaso tú sabes?

—Siempre interesado en el fantasma, aceitunero. Preguntas y quieres saber, pero nunca confiesas que vienes al olivar por las noches. ¿Cómo se te aparece a ti? ¡Qué cuentas tendrás que saldar con él, viejo tunante!

Carmen me dijo que hacía años intentaba averiguar los secretos del anciano, sin lograrlo. Yo lo miré mientras el sombrero giraba rápidamente entre sus manos. ¿Estaría próxima alguna confesión? Parecía desearlo. Pero viró la conversación y se refugió en el poema:

—¡Bella luna que cae sobre los olivares! —comenzó y se detuvo.

—Cántalo ochentón —Paco preparó su guitarra—. Nos traes brisas de Federico, que Dios lo guarde a la entrada del cielo, para yo verlo cuando llegue. Este viejo privilegiado ¿sabes primo? alcanzó a ver al poeta cuando era muy joven. Porque él pasó por este pueblo y todo el que le vio recuerda su alegría y su estampa. Nadie recitaba sus versos ni leía sus personajes como él mismo.

Con su voz cascada, acompañado con fondo de guitarras por Antonio y Paco, el anciano recitó:

*La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos
El niño la mira mira
El niño la está mirando
Huye luna luna luna
Si vinieran los gitanos
harían con tu corazón
collares y anillos blancos*

Un extraño retumbar de tambores, descendió del cielo e iluminó fugazmente el horizonte.

—¡Ay! ¿Qué fue ese rayo encima nuestro? ¡Vaya trueno horrendo en noche tan estrellada! —Lucía miró al anciano que acababa de sobresaltarse—. Dime hombre viejo que ha vivido bastante, ¿acaso le temes a la muerte?

—No hagas bromas, que a ti también te ha sobresaltado.

—Sabéis —Antonio intercalaba acordes—, de niño miraba la luna. Ella me enviaba señales, ruidosas a veces.

—Le teme al fantasma, ¿qué, no veis...? —Lucía ríe.

—No seáis tontos. Vamos Paco, rásgale. —El anciano se reponía.

—Bueno Antonio, anda y ve adonde te lleva la luna, ve adonde te está llevando.

Antonio afirma su sonrisa, cierra los ojos y encuentra el camino.

*Por el olivar vienen
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados
¡Cómo canta la zumaya,
ay, cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano
Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela,
El aire la está velando.*

Ahora puedo decirte que lo sé.

Lo sé porque en ese preciso instante el amigo viejo le murmuraba al espíritu de mi padre. Casi puedo oírlo otra vez ahora, si lo evoco.

—Hay momentos en que me metes miedo Francisco. —Su voz adoptó un tono grave—. No me perdonas, ¡aún estás enojado conmigo! Sé que esperas por mí, ¿¡qué apuro tienes!? —Sonríe con ironía—. ¡Oh sí, tenemos esa disputa pendiente tú y yo, coño!

Paco lo interrumpía

—Olé, anciano... ¡no pierdas tus mañas ni tus talentos!

—Agradécele a Dios, Paco, que ha permitido que sea yo quien te enseñara a tocar guitarra... ¡y respeta al maestro!

—No te detengas, viejo, no sea que le des ventaja al fantasma —rió alguien.

Y Antonio siguió cantando para que se le quitase el susto.

*Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozueta
pero tenía marido
Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.*

A esas alturas del alcohol y la noche, la mirada del anciano se volvía torpe. La mía parecía adquirir una lucidez inédita. Recostado en un enorme olivar, concentrado en el anciano, deseando conocer su secreto, la magia de la noche parecía concederme un saber tan desquiciado como todo lo que estaba sucediendo. Sus ojos se posaron en la luna que asomó roja, se cerraron luego bajando la cabeza hasta el pecho. Sus manos tomaron la guitarra y con ella, señalaron hacia al cielo. Tanto podía leer la angustia escrita en sus gestos como también sus más profundos pensamientos en medio del tono dolido de su voz, tratando de espantar al miedo. Necesitaba apaciguar al fantasma y le habló como si lo tuviese delante, como si nunca hubiese desaparecido de su lado. Pero su voz conciliadora iba adquiriendo un tono airado a medida que el miedo no cedía.

—Vengo a hacerte compañía, Francisco. Mira esa luna granate que nos ilumina a ambos. ¿Qué sigues reclamando? Me has amargado la vida y cada vez que vengo al olivar me envía

alguna señal inquietante. Esta vez traje conmigo a tu hijo..., tú le has hecho venir, coño. ¿Y para qué lo inquietas? Qué quieres que haga por ti, ¡coño!... quién puede saberlo, maldita sea tu estampa. ¿Qué nos pides? ¿Por qué fastidias con tus tormentos? ¿Nunca has de dejarnos en paz? ¿Un alma en pena ha de ser tan rastrera y vengativa?

¡Oh, sí! Te puedo asegurar hijo, que el pánico era la huella de su rostro. Haber vivido «en paz» toda su vida, se volvía tan amargo que en lugar de llorar al amigo, volvía a pelearlo. Volvía a su adolescencia.

Pero eso no me hace saber cual fue la mujer que mi padre amó. Tal vez fuera María Soledad que se le quedó en el pueblo, pero ¿pudo amar a mi madre?

Dirás que yo también he enloquecido en ese viaje. Yo mismo lo creo. Lo vi aquella primera noche cuando bajaba al olivar. Aquel rostro se dibujaba desde la nada. Un esbozo, decía Carmen, casi una alucinación en el momento de cortar una aceituna. Sentí su presencia al descender la ladera. No podía saber que su espíritu solía aparecer en los olivares. ¿Acaso puedes tú creerlo? No, claro que no puedes. Pero ¿puedes creer en mí, en lo que he sentido?

Cuando se lo dije a José él respondió con un enigmático «suele suceder» y no dijo más. No logré preguntar nada, quedé galvanizado. Recién ahora me surgen las preguntas. No pude reírme de ellos, yo también lo había visto. ¡No sé qué debo pensar, no sé qué significa!

Volví a caminar por las calles del pueblo envuelto en un hondo silencio que agudizó mis sentidos. El eco de mis pasos había quedado adherido a la suela de mis zapatos. En mi piel ardía la proximidad de un alma en pena que deambulaba junto a mí, en busca de su pócima de amor. Asir un fantasma es instituir certezas en mi propia historia.

El eco se impregnaba también de olores de azucena, de albahaca. Apretadas en la aspereza de los adoquines, manchadas con la luz de los balcones, las aromas revoloteaban en el aire arrastrando consigo una ráfaga de frijoles fritos.

¡Qué voces habrán sido silenciadas en ese rincón! Allí donde el eco albergaba tantas historias, yo no lograba recortar la de mi padre.

Lo sabía retraído y absorto, inaccesible para mí. Nunca pensé que vacilaría en reclamar lo que era suyo. Nunca lo imaginé cohibirse ante lo que debía o quería hacer. Pero él no respondía a mi llamado; su indiferencia me avergonzaba por no concitar jamás su atención.

No sabré por qué dejó PeñasDeArriba, no sabré si se trataba de un asunto de amores. No parecía hombre que se apasionase por una mujer. Yo seguía dando vueltas en torno al mismo hueco.

—¿Eso mismo hubiera respondido mi padre? —la frase del aceitunero se había quedado detenida. Yo nunca imaginé qué podría responder él. Es cierto que leía, pero nunca me interesó saber qué. No recuerdo ninguna biblioteca, ignoraba que la tuviese. Y fue en medio de esa ignorancia que me fui de casa.

A veces escucho rasguídos, hoy, en mi país. Es Antonio que toca la guitarra con la cabeza gacha, recitando, cerrando los ojos hasta encontrar dentro de sí ese estremecimiento que le hacía sentir en eco, al propio Federico.



5

Junto a una de las ventanas, en el restobar del Gallego, Carina y Patty beben una copa de vino. El dueño sirve tragos y tapas mientras sonrío y va intercambiando las fotos-mantel a medida que los habitués, sobre todo los jóvenes, entre risas, se lo van reclamando.

—No, Gallego, ¡traeme la foto de la plaza de toros!

—A mí... quiero la Puerta de Alcalá —reclama otro.

—Carina —dice Patty— ¿vamos al espectáculo de flamenco? ¡Ya!

—¿Qué cosa? —Carina se sorprende—: ¿De qué me hablás?

—Del grupo español que está en Montevideo y presenta un show de flamenco.

—No me dijiste nada.

—Oh, no te dije... ¿me olvidé de avisarte? No tengo cabeza, soy de terror, perdoname, pero sé que te va a gustar y empieza en un rato. Pero no habíamos quedado...

—¿Son españoles o uruguayos? —pregunta Carina ya entregada a los desplantes de su amiga y un poco desconfiada de lo que le ofrece esta vez.

—El club es uruguayo, pero han recibido artistas visitantes y ofrecen un espectáculo, seguramente bailarán juntos. Creo que también recitan. Te va a gustar, ¡te prometo!

—Desde cuando prometés... no sabía que te interesaba el flamenco —Carina continúa sorprendida.

—Yo tampoco. —ambas ríen—. Acompañan el baile con el cante jondo. De una buena vez quiero ver cómo es. ¿Vos lo escuchaste alguna vez?

—Lo he visto en el cine, sí. Pero nunca le presté demasiada atención.

Patty hace una mueca traviesa. Sonríe, le hace señas al mozo y señala la consumición. Luego piensa breves instantes y recuerda.

—Tuve un novio español que venía a darse de gitanillo, que cantaba y tocaba la guitarra. No aportaba ni un mango. Se había instalado cómodamente en mi casa y tuve que decirle que no pensaba mantenerlo. Él se ofendió —Patty se ríe francamente—, dijo que no era lo que pretendía, que se sabía perfectamente capaz de ganar dinero y que se iría si me molestaba.

—¿Y se puso a trabajar? —Carina abre los ojos, pero enseguida se corrige—: ¡Oh, no, seguro que lo tuviste que echar!

—¡Sabías!

—No sabía, no.

—Hicimos un terrible escándalo, rompimos una lámpara, cayó el televisor al piso cuando le di un empujón, los vecinos empezaron a golpear la puerta para ver qué pasaba. Te juro que les abrí la puerta y los hice entrar para avergonzarlo, para denunciar qué clase de hombre era ese (*le hace otra seña al mozo*), pero él no se amilanó para nada, terminó diciéndoles que yo era una bruja que no quería a nadie, que no se podía conmigo, que era insoportable, que él se iba de mi casa porque nunca lo habían recibido tan mal, que yo tenía tan poca sensibilidad y que él bla, bla, bla, bla...

—¡Ja! Pero si no trabajaba era un gitano de verdad entonces —dice Carina—. Esos viejos cuentos de gitanos...

—Ni trabajaba ni cantaba ni bailaba flamenco tampoco, te lo aseguro. Ni siquiera era tan gran amante, te diré... y hasta la *merca* la pagaba yo —mira el reloj—. Ay, Carina, disculpame que no te haya dicho, pero no nos podemos demorar, ya estamos sobre la hora.

—Qué loca que sos, me arrastrás a dónde vos querés sin preguntarme, ¡sos loca!

—Sí, sí, perdoname, pero estoy segura de que te va a gustar.

El mozo trae la cuenta, ambas pagan, dejan unas monedas sobre la mesa y se levantan. El Gallego acude presuroso y protesta al verlas preparadas para irse sin haber podido compartir con ellas una copa.

—Gallego, te queremos mucho, pero nos vamos.

—Dónde se van... están muy lindas. ¿Podemos vernos después?

—Gallego, a vos te toca trabajar y no jodas. Vamos a ver un espectáculo de flamenco.

—Yo adoro el flamenco –interrumpe el Gallego–. De verdad, díganme dónde es y voy más tarde, si me esperan...

Ellas ríen, Patty lo empuja con la mano en el pecho y dice antes de abandonar el local.

—¡En el club Español!

Él se inclina, abraza a ambas y agrega.

—Allí estaré.

—Y volvé al trabajo.

—El Gallego la tiene contigo... y vos, ¿nada? –pregunta Carina mientras cruza la calle, sin obtener respuesta. El espectáculo prometido no está lejos y se disponen a caminar. Patty se ha puesto unos pantalones ceñidos y cuelga de su hombro una enorme cartera de cuero. Mientras van avanzando, ella muestra haber profundizado el tema.

—¿Viste la película de Saura, *Flamenco*?

—No –Carina está sorprendida del conocimiento que despliega su amiga.

—Deberías... –Patty hace un gesto de aquiescencia–: Vamos a ver si la conseguimos por YouTube, ¡¡¡es formidable!!!

—Bueno, si querés... –Algo la deja visiblemente molesta–. Pero..., Patty...

Carina se detiene en el momento en que la luz del semáforo cambia a verde. Se da vuelta y encara a Patty, mirándola aún sin saber qué va a decir. Se hace un breve silencio en el que Patty la observa con impaciencia, molesta, por lo que ya sabe que va a escuchar.

—Patty —comienza Carina—, no se puede vivir así... no te entiendo... lo que está pasando con Alfredo pesa demasiado. Él ahí, internado, en coma, solo... es tan fuerte, Patty... y parece que me pesara más a mí que a vos, ¿por qué no hablás?, no decís nada, no podés reconocer que en verdad te destroza... que te está amargando la vida... y hacés como si eso no existiera... es mentira, Patty, no se puede vivir así.

Patty queda detenida por unos instantes. De la furia inicial desciende rápidamente a un suspiro contenido. En silencio, pone la mano sobre el brazo de su amiga, asiente lentamente y con un hilo de voz, enhebra un...

—Por favor, Carina, te aseguro que estoy todo el día en el CTI, dejame salir un rato. Por favor, viajemos a otras tierras, otra música, otros mundos. ¡Por favor!

Esas palabras alivian a Carina, quien asiente y cruzan en silencio. La luna resplandece y su luz se irradia sobre las copas de los árboles. Pasan unos instantes antes de que Patty logre decir, no sin cierto esfuerzo.

—Y hablando del flamenco... hay un verso que dice algo así como: «La luna vino a la fragua / con su *noséqué* / El niño la mira mira / El niño la está mirando / Huye luna blanca / Que se vienen los gitanos» ...y ya no recuerdo más.

—Muy graciosa, ¿de dónde lo sacaste?

—Federico, mi niña, Federico.

Carina accede por fin a no tocar el tema que tanto hiere a Patty, pero en cambio levanta molesta la voz para intervenir de otra manera.

—Digo yo, ¿que no están tus padres en Italia? ¿No deberías repasar tarantelas *e mangiare ravioli*? ¿Por qué te vas para España? Aaah, debe ser la novela que estás leyendo, ¿verdad?

—Sí, creo que sí. Estoy en un olivar y resulta que hay un fantasma..., pero dejalo ahí, ya estamos llegando.

Otro silencio las envuelve a lo largo de la cuadra que aún falta por recorrer. Cuando acceden al lugar, se detienen frente a una enorme puerta. Un cartel anuncia el espectáculo. Una escalera empinada con un descanso cerrado abre hacia otro tramo de escalera que se perfila detrás.

A medida que van subiendo comienzan a escucharse las guitarras rasgando compases y acordes. En el rellano, convergen varias salas pequeñas que aparecen iluminadas y alegremente decoradas. La música aventa la preocupación que traían y más distendidas ya, sus rostros comienzan a dibujar una sonrisa. Se acercan a una de las mesas que parece disponible. Se ven manteles rojos en una veintena de mesas que ya están con sus ocupantes palmeando. Otras parecen reservadas. Toman asiento cerca del discreto escenario que recibe en ese momento al *bailaor* Manuel González. La perspectiva convoca de pronto un silencio expectante hasta que el júbilo del público estalla en un aplauso caliente.

Aquella escena resplandece junto al ritmo de rápidos rasguídos que invaden el salón. Manuel despliega con suave gracia su cuerpo esbelto y sostiene erguido su color hasta que aparece esa conversación con las faldas que revolotean a su alrededor atronando el espacio con su frenético taconeo.

Se suceden los movimientos, el ritmo los envuelve. Un *cantaor*, buscando su lugar en la escena, cierra los ojos, suelta su cante jondo, desgrana su lamento en medio del breve silencio que el taconeo le cede, justo antes del rasguído de las cuerdas gitanas.

Patty y Carina arrebatadas por el ritmo y las cadencias que se vuelven puro vértigo, cantan, casi gritan para soltar la voz, sumándose al paroxismo. Moviendo uno y otro hombro, instintivamente Patty no puede evitar el ademán de elevar las manos y jugar con ellas sobre su cabeza, gritando ¡oléé!, como si fuera parte de su vida cotidiana.

La algarabía lleva tras de sí el paso del tiempo. En el rellano, observando a distancia con una sonrisa cálida, entrecerrando los ojos y asintiendo, el Gallego está a la espera del momento adecuado para aproximarse.

Episodio 6

Aparte II de la tía María Rosa

(Relato de Rosario)

Sucedió otra vez.

La puerta estaba entreabierta y ella rezaba hincada ante el Dios de la pared. Hubiese preferido que me viera entrar.

Una vez más me sumergía en la misma escena como atrapada en una vuelta cósmica indestructible. Avivaba su pesadilla y despertaba la mía. Aunque rehusara ser testigo de la repetición, ésta se multiplicaba sin gobierno, se sostenía en una letanía que congelaba cualquier arrebató.

Yo caía en la misma emboscada, repitiendo mi propia impudicia. En este mísero corazón mío, esta reiteración, al menos... ¿permitiría enmendar los errores?

«...cómo Francisco iba a batirse con Tomás por aquella moza ¡qué despropósito! Sé bien cuánto amaba a María Soledad. Tu maldición Dios cayó sobre él. Juro que la vi caer. Era una capa púrpura elevándose entre las sombras. Vi cómo cubría su cuerpo sin que él lo percibiese. Juro que el mismo diablo la desplegaba adelantándose a los milicianos que venían tras mi hermano. Y él desapareció en la oscuridad. Sucedió tan rápido... Tomás lo provocó. Todos lo saben. El día después Francisco había desaparecido de la faz de la tierra te lo llevaras Tú o el Diablo. Se dijo que le buscaban por conjura contra un *noséqué* general, ¡qué absurdo! nuestro padre nos prohibía esas cosas. Sentido de justicia no nos faltaba, pero si padre ordenaba sobrevivir lo imperioso era sobrevivir y nadie desobedecía.

Ningún Pereyra daría un paso equívoco que la familia hubiese de lamentar aún cuando padre se ausentara para vender sus aceites. Habría sido una temeridad. Sabíamos que el silencio era el pasaporte a la salvación. En aquella época el Diablo te ganaba la pulseada, pobre Dios, que ni fuerzas te quedaban para hacer tu trabajo. Francisco cumplió su palabra. Se llevó mi deshonra y desapareció con ella tan lejos que nunca más se supo de él. Su

ausencia instauró el orden en mi desquicio. Sin traicionar a padre porque no le ocultó información y nadie lo supo en el pueblo. Que si padre montaba en cólera sus gritos consumían la paciencia de dioses y demonios. *(Una pausa en aquel monólogo, subrayaba su postura arrodillada para arreciar el gesto implorante de su oración.)* Mi nombre hubiese recorrido las muelas humillando a cualquier mozo que solicitara mis amores. Terrible disyuntiva la de Francisco y alto es el precio con que el honor apuñala a los varones. Díselo a él Dios, ¡hazle saber el sacrificio de su padre! Su espíritu lo implora. Dile que el viento del levante lo susurrará por siempre. Tú sabes que nunca volví al olivar.»

Se nublaron mis ojos. Las furtivas invocaciones al espíritu del olivar eran una inquietud inescrutable aún para mí.

Entretanto, la voz de la tía delineaba también la pena que atravesó a su madre cuando acabó con su vida. Deambulaba por la casa, perdida la risa que derramaba sobre las azucenas, perdido el hijo, perdida la alegría. Y decidió recluirse en «la cava». A María Rosa la culpa le mordía las vísceras dictaminando su propio castigo. Fue su escolta y su amparo. La familia no esperaba menos de la hija menor.

«...mi vergüenza quemaba. Deseaba entrar en clausura y entregar mi vida para aliviar la herida de mi madre. Pero la mía punzaba tanto que verme provocaba que madre se sintiese peor

y en vano intentara levantar mi ánimo. Estaba escrito. Ella se fue marchitando como los geranios cuando la helada los quema y yo con ella. Se fue muriendo como la tarde detrás del horizonte y yo con ella. Perdía sus colores y yo los míos. Se desvanecía en el silencio de las cumbres serranas y yo en el eco. Me hundí un peldaño tras otro mientras su postración avanzaba. Cuando mi vergüenza y mi dolor perdieron su causa todo se volvió puro padecimiento. Me olvidé de mí, perdida ya la gracia. Mi cuerpo buscaba el equilibrio llevando la cabeza hacia atrás. Sujetaba las caderas y me estiraba como si la esencia quisiera huir del cautiverio. El cuerpo de mi madre enflaquecía y ambas nos adaptábamos como el aceite que se vierte en la vasija. Recuerdo en medio del calvario la ira que atravesó mi desvergüenza. Veía a madre destruir el mundo con su palo de amasar y en la misma pesadilla querer matarnos a todos. También a Francisco por quien tanto... ¡Dios! mi ira arrecia en este momento, ¿qué me haces pensar, qué tanto había ella amado a Francisco? ¿Acaso a él sin importar los otros? Aparta Dios. No me agregues penas que bastan mis recuerdos. A veces las pesadillas que sobrevolaban mi entendimiento me amarraban al lecho. Un buitre rozaba mi mejilla con su ala amenazando penetrar en mis entrañas y hacer estallar la piel. El pánico me paralizaba. Solo la caricia de madre hacía desaparecer en segundos aquel mundo poblado de esperpentos. Algunas veces escuchaba llantos de niño que nadie parecía calmar. Salía yo entonces en su busca y corría por la sierra llamándolo. El eco estallaba en los rincones. Me ensordecía sin saber de dónde provenía. Decidí morir junto a mi madre porque la vida no anidaba dentro de mí. O al menos, en ese momento, no lo sabía.»

No entendí. No entendí del niño que poblaba su delirio. Acaso se tratase del mío por entrometerme tanto. María Rosa continuaba:

«Durante la última semana sus ojos me buscaban sin verme. Una energía nueva la habitaba ¿era posible volver a cantar y reír? Era su último hálito de vida. De tardecita desde el sarcófago que ya era su lecho, tomó mi brazo y miró dentro del alma mía. Con un hilo de voz me advirtió: “¡No te irás conmigo. Habrás de criar aún muchos hijos. Esa es mi voluntad!” Creí desmayar. El mundo no era mío ni deseaba participar en él. Apenas susurré “Sin usted, madre ...” y las lágrimas ardieron en mis ojos hasta incendiarlo todo. La fatiga se apoderó de su cuerpo que se rindió en el preciso instante en que abandonaba su alma. La voz de mi madre se alza desde la eternidad y sus palabras resuenan aún como eco en el abismo “Yo sigo en ti. Habrás de vivir con la pena. De ella tomarás la fuerza, amarás y cantarás y sabrás que yo sigo en ti... ¡No me hagas fracasar el resto de la eternidad!” Y su voz se llamó a silencio y sus ojos al sueño. Y vi elevarse su alma ¡lo juro! Era de un blanco tan intenso que percibí su efluvio. (*María Rosa se detiene unos instantes, baja la cabeza, una profunda tristeza la habita y la sujeta. Luego continúa recordando.*) El Padre Téllez abrió la marcha hacia el cementerio. El aire adquiría el tono bronce que escoltaba su paso. No quise ir en pos del féretro que se desdibujaba en el humo del incienso. Algo en mí... ¿se regocijaba? ¡Eran los cielos que la recibían con alborozo! Las campanas no repicaban tristes. Tañían al aire y reverberaban en mi cabeza. ¡Ay madre allá en el cielo! Ahora que lo sabes, ¿me has perdonado?»

No podía permanecer por más tiempo allí. Con los ojos cargados de lágrimas huí por la misma puerta que ahora me cobija al salir sin denunciar mi presencia.

Ya en la calle, la opacidad del atardecer cubrió mi desazón. Caminé hasta cruzar las vías y me senté por un momen-

to en el banco junto al cementerio. De pronto me erguí de cara al sol: ¿podría yo aliviar el agobio de la anciana? Debería contarle la verdad. ¿Cuál? ¿Qué derecho creía yo tener para destituir ese terrible secreto que ha sostenido su existencia? No, no podría decirle.



6

Patty va cruzando la plaza llevando sus libros, sus blocs y su *tablet* en una red dorada con cierre metálico en el borde. Con aire desenfadado se cruza con un caminante y con toda intención de provocar una reacción en él, gira la cabeza y lo sigue con la mirada hasta terminar el gesto por encima del hombro.

El hombre, en efecto, se detiene, la intercepta e inclinándose delante del pie de Patty, parece recoger algo de las piedras de la plaza y le dice:

—Un momento, preciosa, se te cayó...

Se estira haciendo el ademán de levantar algo del suelo y se lo entrega.

Patty, sorprendida porque sabe que no se le ha caído nada de lo que lleva en las manos, observa intrigada lo que aquel hombre está a punto de entregarle.

—Se te cayó el encendedor —dice él con su mejor sonrisa al tiempo que le ofrece un primoroso encendedor que no es, sin duda, de los que habitualmente se venden en los kioscos.

Patty mide la altura, silueta y fortaleza masculina y suelta una divertida carcajada.

—Yo no fumo —miente coqueta, sonriendo complacida por el estilo que denuncia la intención de él.

—Oh, me pareció que se te cayó a vos... entonces ¿no sé de quién es! —dice en un gesto de derrota, hace una pausa y sonrío nuevamente. Su tono es tan seductor que ya resulta un exceso, aunque Patty no se ha movido del lugar, motivo por el cual, él

continúa—. Pero me encantaría que lo guardaras como recuerdo de nuestro encuentro.

Ella se toma tiempo para mirarlo a los ojos y exclama.

—Es una estrategia muy original la que usaste... ¡debo reconocerlo!

—Gracias —sonríe él nuevamente.

—Tiene el encanto de la ancestral costumbre del amor cortés...

Él piensa un momento y riendo ampliamente agrega.

—¡Ja! Aunque me inspirás, no te he escrito aún ningún poema pero, si me das tiempo, podríamos ir a tomar algo —mira alrededor y señala al resto-bar del Gallego— y prometo intentarlo... por vos, como ves, arriesgaría incursionar en esos terrenos, tan lejos de los míos.

—¿Cuáles son los tuyos?

—Los números, pero ya ves cuán rápidamente pueden convertirse en letras. ¿Aceptás tomar algo conmigo?

—Bueno, siendo una invitación así ... tendría que revisar *mi libreta de bailes*... Ay, tampoco sé si eso estaría bien —coquetea con su red, abrazándola con ambos brazos.

—¿Qué cosa?

—Concederte un baile, así, sin más.

—¿Qué tendría de malo? Soy bastante bueno para bailar.

—Si, ya veo, pero no te conozco —ironiza Patty.

—Ah, eso en seguida lo solucionamos —se apresura a decir él, tendiéndole la mano—. Soy Guido Morales, tengo mucho gusto en conocerte, regalarte un encendedor y tomar algo contigo —vuelve a ofrecerle el encendedor y Patty sin vacilar, decide tomarlo mientras él extiende el brazo señalando al resto-bar nuevamente.

—¡Me gustan los hombre que resuelven!

—Ah, me pareció, sí... ves, ¡ya nos conocemos! ¿Qué tomarías?

—No en ese lugar —dice Patty vacilando y aludiendo al del Gallego—. Tampoco en este momento que tengo un trabajo urgente y me están esperando.

—¿Ese bar no te gusta? —pregunta él sorprendido, mira luego alrededor—. Allá del otro lado de la plaza, hay otro café, ese ahí el pequeño, parece que está disponible para que charlemos un poco, —atajando el gesto de Patty se adelanta— un café solamente, tampoco tengo mucho tiempo. Solo para conocernos... ¿No te animás?

—Bueno, unos minutos... ¿por qué no? —Patty retoma el paso y él se ubica a su derecha.

—Me alegra de verdad que aceptaras.

—Me convenciste porque además de usar una estrategia históricamente simpática, sabés bien a qué se refiere.

Él asiente. Se van alejando mientras el hombre le señala a Patty algo en el firmamento, hace un comentario y ella sonrío.



Episodio 7

Ecós de pura cepa

(Relato de Francisco)

—... porque es apellido castellano, el portugués carece de la letra y. La y es toda nuestra vamos, Pereyra de los olivares, Pereyra es de puro origen español. ¡Virgen como el aceite!

—Cuéntale la historia, hombre, que te mueres por hacerlo.

En efecto, Felipe, vocacional docente del secundario del pueblo, se regodeaba desplegándome el escenario de la historia española. Más que eso, me abría un rincón para el eco de las querencias familiares. Por eso solté un torpe «¡Pues que sí, que vale, coño!» que arrancó risas y exclamaciones entre la multitud de primos que retozaba a mi alrededor. Estábamos todos al acecho esperando dar cuenta de una gigantesca paella cuyos ingredientes yo anotaba sin perder detalle. Cómo iba a lucirme en las veladas ibéricas que ofrecería a mis amigos, de regreso a mi país.

—Estas, nuestras tierras andaluzas, hoy tan secas que se tornan desierto, gozaban hace cinco siglos de la exuberancia de los bosques...

—Ay, Felipe, que cinco siglos se me hacen mucha espera para echarle bocado a la paella con el apetito que ya tengo, hombre —y José ponía cara compungida mientras llenaba las copas.

—No le escuches —insistía Carmen— que este también saborea con delicia los cuentos del primo Felipe. Vale, sigue hombre.

—Tierras fértiles de Andalucía cuya fama recorría el mundo. Regadíos cuidados por mauritanos, suelo de bosques

tan verdes como los hubiera querido Federico. Cuando los Reyes Católicos expulsaron a árabes y judíos, que ni por esas lograron hermanarse...

—1492 —dije sin darme cuenta.

—Vale, ¿los uruguayos resultáis tíos estudiosos o lo eres tú, hijo de Francisco? —se burlaba Juan.

—¿Cuánta hambre tienes tú, primo?, ¿igual que tu padre? —era Dolores quien me interrogaba.

Volvían a horadar la huella punzante. Estos primos de mi propia generación que ni siquiera lo conocieron, parecían saber de mi padre más que yo mismo. Hormigueaba en mi cuerpo la extrañeza de encontrarme *en familia*. *Familia* que habla con naturalidad de ser tal, porque se ven como tal y juntos sostienen el orgullo de pertenecer, quiero decir de ser... —pues eso— *familia*.

Desde que murió mi padre, yo había recorrido una senda de anacoreta. Me había ido de casa, mi madre con su exigua pensión apenas lograba sostener a mi pequeña hermana, ella, quien hasta hoy también es mi única familia; algún sobrino en el exilio, tal vez. Pero *mi familia* siempre fue mi mujer y mis hijos, como si nada hubiese existido antes de mí. La vida fue siempre un islote, donde nos refugiábamos como náufragos, aislados por un océano turbio y revuelto, en un mundo colmado de clanes y parentelas ruidosas.

Mis preguntas se empezaban a reconstruir con nuevas letras: ¿Por qué se fue mi padre del pueblo?, ¿por qué se quedó a vivir en Montevideo?, ¿por qué siempre lo vi tan solo y suspendido, sin palabras que lo ligaran a una *familia*?

Mi silencio se extendía demasiado. Todas las miradas se dirigían a mí. ¿Era eso la tutela familiar? Ya sin trabas hablé de la extrañeza de pertenecer a esta casa y que ellos conocieran de mi padre más que yo mismo.

¡Ah, José! José era de aquellos seres ocurrentes de los cuales es necesario rodearnos. Sostuvo mi esfuerzo para mantener secos mis ojos y evitó la avalancha de bromas que eso provocaría. Él respondía por todos. Nos recorrió con su mirada reuniéndonos en otro brindis:

—Mira qué triste nos pone, a ver Juan, alcánzame la guitarra. Eh tú, Isabel, apura esa paella. Vamos a cantar una seguiriya al primo para que pueda atracarse con alegría, que la pena no se recomienda para la digestión, coño. Vale, Felipe, dale un respiro de letras y no le retacees el vino, hombre. Escucha primo, ya estás entre nosotros, somos tu tribu. Te queremos.

Y el rasgido hizo eco en mis cuerdas. Supe allí, que en cada paella, cada vez que la tristeza me gane en cualquier lugar, la imagen de José y sus bromas, los acordes de la guitarra, su rostro ancho y sonriente regalando versos, me traerán de regreso a esta noche, recogido dentro de esta familia que dice ser la mía. Noches que arrear historias. Noche resplandeciente de armonías, mudéjares y pimientos.

Y los primos hacen sonar en coro, lo que en mi país conocemos como el himno de su República:

*El ejército del Ebro
rumba la rumba
una noche el río cruzó
rumba la rumba
una noche el río cruzó
¡ay Carmela!, ¡ay Carmela!
Pero nada pueden bombas
rumba la rumba
cuando sobran corazones...*

Era su estilo. Esta progenie juntaba sus voces en un coro formidable de tenores y bajos masculinos, compartiendo el ritmo con las voces femeninas que salían de la cocina con sus fuentes

y sus delantales, cantando gozosas. ¿Era esta la alegría que yo había buscado dentro de mí? ¿La encontraba por fin? ¿Recuperaba acaso esos fragmentos que había desconocido? Ellos parecían saberlo, me rodeaban, acudían a abrazarme y hasta besarme. Se abría una enorme compuerta y mis lágrimas soltaban un caudal que esta vez no quería detener. Un estremecimiento se había adueñado de mis hombros. Añoranzas, ¿de qué?, ¿de lo que no había vivido jamás? Esa argamasa se confundía, derretía los hielos, desbordaba.

Volvía el eco de mis pasos por las calles vacías, el olor del romero, la certeza de haber venido en busca de mi herencia de paz y alegría. No estaba profanando tenencias ajenas, también eran las mías. Esta vez la suerte escurridiza se arrojaba a mis pies.

Felipe también pareció comprender. Entre brindis y risas, recitó con picardía transmutando el sentido, unos versos que yo no conocía y que despertó protestas en el grupo:

*... pero no es raro, señor,
que se nos mude el afecto,
según se muda el favor.*

—José María Pemán —informó al resto del grupo que lo recibió con ¡fuera! y ¡quita! ¡no lo recuerdes!, ¡vamos hombre!

—Oye, José —clamaba Anunciación mientras servía más vino en las copas que se vaciaban con rapidez—, sigue sigue, que tienes varios adeptos para la poesía.

—«La poesía no quiere adeptos, quiere amantes», decía Federico.

—¡Amanteee! —apenas terminaba de decirlo que José le encordaba armonías a la frase—. ¡Amaaanteee... quiere... amaaantes! —remataba con un acorde *forte*.

La poesía parecía rivalizar con la prosa cotidiana. Tenía música propia.

José repetía una palabra, la quebraba, le tomaba el pulso, buscaba el acento y la estiraba, para luego dejar que cayera por su propio peso. Las letras lo amaban y él bailaba con ellas girándoles el sentido. Me enviaba nuevas sensaciones en medio de ideas que no eran nuevas. Me oí diciendo:

—Me siento en las antípodas de Colón, partiendo de las Indias para descubrir la Madre Patria, como le decimos a España.

—Madre Patria, ¿eh? Pues que si eso de *madre* le toca a Isabel la reina, si lo que uno espera de una madre... ¿Qué, decís vosotros, le cuento de nuestra reina madre?

Un ruido de copas, acordes, cubiertos y olés festejó aquella pregunta. Yo no entendí que esa fuera una aceptación, pero a Felipe le alcanzó para continuar.

—No tenía apuro por conoceros a vosotros, estrafalarios hijos de otros mundos. Acometió la limpieza antes de Colón. Terminado el sitio vació estas tierras de sus árabes y judíos, barrió con cepillo de acero todas las creencias ibéricas. Y ella quedó impoluta, custodiada por la cristiana bondad de Savonarola y su inquisición.

—Oye Felipe, ¡no empieces con tus componendas, que cuántos más discursos haces más hereje te vuelves! —Anunciación se había puesto roja de ira.

—Anda mujer, que oyes la palabra *inquisición* y tú misma ya te pareces a Isabel la Católica.

—Y en mucho me honra si con ello me toca defender...

—Que nadie ataca, mujer, una cosa es *la* historia y otra el credo. Deja en mis manos *la* historia, que no voy a sacrificar a Dios, quién podría, ¡vaya! Juro que es inocente lo que he de decir —Felipe juntó pulgar e índice y los besó—. Poblaron estas tierras campesinos de todas partes, de León, de Castilla la Vieja, de Aragón, de Extremadura, gentes incultas que necesitaban tierras para labrar.

Anunciación había recogido el enorme botellón con vino dentro y lo estaba llevando, muy ofendida, hacia la cocina. José le interceptó el camino, se puso de rodillas, guitarra en ristre, implorando su perdón. Luego se incorporó, levantó un brazo y zapateó con garbo. Mueve a Anunciación rodeándole la cintura, deja la guitarra sobre un diván y en medio del fandango al cual ella ya se plegaba, tomó el botellón y sin dejar de zapatear, lo devolvió a la mesa trayendo también consigo a la propia Anunciación. Ella, que había tornado en sonrisa su ira, se ocupó de besar el enorme crucifijo que llevaba colgado al cuello, para quedar en paz con su propia dignidad. Mientras tanto, Felipe que ha continuado su disertación, le ha hecho un guiño a José.

—¡Celosísimos defensores de sus fueros, de su lengua, de su imperio, aquellos castellanos! —dijo señalando a Anunciación y abrazando sus hombros a modo de reconciliación—. A fin de cuentas fue la única corona que logró unificar Castilla. ¡Ay, Castilla! tan temida y odiada en toda Europa. Ay, Castilla y sus invencibles tercios de infantería. ¡Qué época, hombre!

José no malgastó tiempo, pegó un giro en el aire con su guitarra y cantó improvisando una *seguiriya*:

Ay Castilla que se fue y no vuelve...

Ay Castilla que tampoco te amo...

—Finalmente ¿qué tanto odia el ser humano? Pues a unas letras, hombre, tan solo eso es *Castilla*, unas letras! —Dolores me sorprendió con su intervención. Si las cambian por *España*, los franceses empiezan a coquetear con los emperadores españoles.

—...que más bien eran alemanes —corrigió Felipe.

—Cuando algo cambia de nombre, pues pasa a ser otra cosa. Si Castilla luego fue España, si sus emperadores fueron alemanes y nunca castellanos, pues que ya estaba condenadísima a desaparecer —nuevamente intervino Dolores—. ¿No creéis?

—Pero hete ahí —Carmen hace su aparición en escena y en la historia. Con placer miro ese cuerpo que, hoy fuera de mi alcance, hacía un par de días había vibrado entre mis brazos—, que aunque borrarseis la odiosa palabra *Castilla*, vale el mismo castellano, mal que os pese si creéis que lo que vale es el español; que sería una tonta discusión.

—... castellano, antiguo ya, mujer reivindicativa —Felipe se dirige a mi—. Es lo que sucede con las letras que si las sueltas se las lleva el viento, se vuelven ariscas y anárquicas como la gente inculta y hambrienta buscando tierras para trabajar. Había que poner orden en las letras, había que tener alguna ley que ordenara una gramática, había que pasar por una escritura. En aquel 1492 tan atiborrado de acontecimientos, saltó al ruedo Antonio de Nebrija, que regaló la primera gramática de lengua romance que conocería Europa. Se la presentó a la misma reina Isabel...

Felipe mira a su alrededor y elige a Carmen. Toma una servilleta de la mesa y colocándosela sobre un hombro, gira y clava sus ojos en ella. Con la mano derecha en su pecho, se inclina en reverencia y alcanzándole un posa-plato de junquillo, le dice:

—Su majestad, tengo el honor de hacerle entrega de este pliego que tendrá a bien dar cuenta de la gramática de nuestra lengua castellana. Es, a fe mía señora, la primera vez que una gramática será reglamentada en Europa, si vos así lo disponéis.

Felipe se volvió hacia mí y sin cambiar su genuflexión, me explicó que la reina no sabía ni de qué le estaba hablando Nebrija. Carmen se alzó de la silla y con gesto despectivo pero soberano, respondió:

—Por Dios nuestro y la Virgen que nos alumbra, decid vos qué es esa cosa extraña e inútil que ponéis ante mis ojos. Me hacéis perder mi valioso tiempo. ¿Para qué diantres puede servirle una tonta gramática a una reina de a caballo? Qué importan

las letras cuando aún carezco de corte, de séquito y de joyas. ¿No veis que me urge conquistar tierras y acopiar dineros, que necesito más y más expediciones de conquistas? ¡Cantidades de joyas y oro he de acumular ahora, ni lo dudéis! Ya vendrán luego los poetas e inventarán *seguiriyas* y *soleás* y bailaremos fandango. ¡Veremos eso de la gramática cuando le llegue la hora!

Carmen se echó a bailar y zapatear con gracia y paso firme. Felipe me miró y acotó como relator:

—Nebrija respondió entonces con una gloriosa frase que dio vuelta al mundo —y la recitó mirando a Carmen—: «Que siempre ha de ser la lengua, Señora mía, compañera del Imperio» —Luego se volvió hacia mí—: Y en ese pliego de ortografía castellana encontrarás por qué Pereyra es un puro apellido español; definitivamente castellano. La y larga, honra la casta de los primeros castellanos Pereyra los de pura cepa, y no aquellos *De Pereira*. Documentos de siglos atrás han hecho a nuestras tierras, Pereyra. Hazles saber en tu país que eres un tío de linaje.

Con menos vergüenza y recato, porque venía algo achispado, enfrenté mi temor a ofenderlos, cuando hube de explicarles:

—Tengo que confesar que en mi país el apellido Pereyra es tan frecuente y populoso que lejos está de hacer sentir su casta. Si lo digo, seguro que mis amigos se burlarían de mí.

El silencio que siguió a mis palabras me pareció muy largo: todo el mundo pareció quedar expectante. Se miraron entre ellos, voltearon a mirarme y todos a una estallaron en carcajadas. Fue Felipe quien retomó la palabra, esta vez para liberarnos.

—Y basta de historia que ya veo venir la paella y si no la veo juro que la olfateo, aspiro su canto y su gorjeo, su alegría y su salero. Y se viene, vamos a por ella.

—¡A la mesa, coño!

José había levantado su guitarra esperando irrumpir en el momento oportuno. Sus rasguídos abrieron versos burlones que nos escoltaban hasta la mesa.

*La sombra de mi alma
huye por un ocaso de alfabetos
niebla de libros
y palabras.
¡La sombra de mi alma!*

—Vamos hombre que te quedas con las migajas —le advertía Dolores, cacillo en ristre, copa de vino en la mano, conteniendo sus caderas que se movían al ritmo de los rasguídos.

*¡La sombra de mi alma!
Veo la palabra amor
desmoronada.
¡Rui señor!
¿Aún cantas?*

Sentados en nuestros lugares ya nadie le prestaba atención. Dolores e Isabel trajeron la enorme paellera que depositaban con mucha ceremonia en medio de la mesa. Aliñado con aceite de oliva y jerez, el humo esparcía un aroma que... ¡no trates de imaginarlo!

Devorado el manjar, regado de un insuficiente café de sobremesa al que no me acostumbraba, Felipe sugirió un paseo por los olivares. La invitación tenía el color del extravío familiar. Nadie parecía poder dormir si antes no rondaba por el olivar. Deambular allí en la noche se me volvía también una necesidad. Tal vez no fuera mía, pero a través de ella yo pertenecía a esa huella que era *mi familia*.

Caminamos unos cientos de metros bañados por la luz de infinitos astros y escuchamos los secretos que susurraba el viento del levante.



Patty ha tomado asiento en su escritorio. Frente a ella, un manuscrito sin abrir aún, espera su turno. A su derecha la ventana se mira con el río. Es de mañana temprano y las aguas se adormecen mientras un suave resplandor extiende un reflejo plateado sobre la superficie. Patty echa una mirada rápida más concentrada en sus pensamientos que en el velero que se desliza por delante de sus ojos. Ella lo sigue con la cabeza, aunque en realidad está lejos de prestarle atención. En cambio, toma el teléfono, marca cuatro números y espera.

—Hugo, ya llegué, vení, tengo acá tu manuscrito... ¡Dale!

Mientras espera que Hugo se deje ver, va pasando las hojas del montículo que tiene delante. Hace algunas anotaciones en una libreta a medida que va observando el texto. Muy concentrada en una de las estrofas no percibe que dos golpes breves tocan en su puerta. Estos vuelven a repetirse con más fuerza y Patty levanta la cabeza y la voz, impaciente.

—Pasá, Hugo, pasá...

Hugo asoma la cabeza, sonrío y entra.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Patty, sos mi jefa, es lógico que no entre como perico por mi casa. ¿No te acordás que hay más gente trabajando en esta editorial?

Él se acerca a Patty, levanta su rostro, la toma de la barbilla, la mira fijamente y le estampa un beso sonoro y decidido, en medio de la boca.

—¡¡¡Transgresora!!! —le espeta.

Ella responde al beso con indiferencia y luego lo aparta y le señala la silla de enfrente. Detrás, una consola discreta junto a la pared deja ver una cafetera eléctrica y algunas tazas. Él se acerca a servirse, señala la cafetera interrogando a Patty pero ésta niega. Toma asiento delante de ella y pregunta.

—¿Qué te ha parecido la traducción?

—Tengo algunas observaciones que quería discutir contigo. Siempre estamos con la misma maldita duda, entre una presentación que respete la letra o el espíritu de la obra.

—A vos te gusta la letra —asevera Hugo.

—Y a vos el espíritu. Eso nos hace formar un buen equipo. Pero no siempre es así, no podemos huir de revisar cada palabra —Patty se encoge de hombros—. Lo genial es que de todos modos ambos seremos inevitablemente traidores, como todo el mundo ya sabe. De modo que nos jugamos ante la crítica devastadora que sobrevendrá —otra pausa trae una risita—. Bueno, ya estamos acostumbrados, de modo que abordemos la traición ¡con toda responsabilidad y respeto!

—¡Ja! Me hace gracia esa veta tuya inteligente y modesta en este rubro cuando de verdad podrías lucirte si quisieras. Pero vos, tan escandalosa en otros aspectos, en esto no hacés ruido... sos desconcertante, amiga. Sabés que hemos logrado varios reconocimientos, que no son para traspapelarlos y dejarlos de lado así como así...

—No me halagues tanto que no me la creo. Y no se te ocurra que así vas a impedir que te cuestione algunas variaciones que estoy viendo. A ver, entremos en tema, ¿cómo se te ocurre traducir...?

Ambos bajan la cabeza, bajan la voz, bajan las energías para concentrarse en la lucha entre letras y espíritu. Se los ve discutir muy concentrados, interrogándose, a veces reflexivos, otras en silencio, pensativos, mirando al techo, luego de lo cual,

alguno despierta y chasqueando los dedos emite su opción con una sonrisa de placer. Sin medir cuánto tiempo ha transcurrido, Patty levanta la cabeza y estira los brazos contrayendo los hombros hacia atrás.

—Yo te diría —dice pensativa— que no somos nosotros los traidores, son las palabras las que traicionan... —Levanta los brazos y bosteza—. ¿No te parece? Nunca están a la vista, es como si se escondieran en un pozo y... ¡andá a buscarlas! —Su mirada se pierde en el río, en el gris plata de su alfombra—. ¿Sabés qué me imagino? ...te veo a ti y a mí, inclinados sobre el aljibe, sobre el brocal, digamos —Patty suelta una carcajada— esperando como dos boludos que las *señoras* se dignen aparecer.

—Tampoco diría que no tenemos nada que ver, no exageres, usualmente somos nosotros los que las elegimos.

—Sí y no. Hay palabras sólidas —dice Patty pensativa— que esperan serenas, confiadas, sin apuro. Están ahí repantigadas sobre el escritorio, burlándose porque no las vemos. Mientras tanto lidiamos con otras que se exhiben impúdicas y atractivas..., pero al final cuando las entrevemos, sólidas allí, seguras de sí mismas, tenemos que volver. Y sí, porque son confiables. En realidad podríamos decir que ellas nos eligen a nosotros, nos guían.

—Pero no confundamos, una cosa es escribir y otra es traducir, siguiendo el espíritu del texto. Yo no escribo, yo traduzco, respeto el entorno, no te olvides. Vos escribís y te podés permitir esas licencias.

—Sí, sí. Traducir es hacer pasar... de un lugar a otro, es otra cosa. Cómo vamos a traducir al inglés esta frase:

«Ella desplegó su propuesta; había tomado posición. Pero fue la confianza que le inspiró su persona, lo que a él le hizo decidir —aún sin estar muy convencido— *que iba a jugarse por esa posición*»

—Lo traduje como *He was decided to take her own position*.

—No me parece que dé cuenta... en espíritu me refiero, eso que tú pregonas —sonríe Patty con picardía—, porque *tomar la misma posición que ella* no es *jugársela*. Esa palabra es más fuerte. Yo diría... diría... *He was so inspired and confident with her, that even if he wasn't so sure about it, he decided to take a grip on that position*.

—Pero *grip* no es necesariamente *jugársela*, es *engancharse* —protestó Hugo.

—Pero el espíritu... es una palabra más fuerte...

—También anoté *gamble*, arriesgarse; *take the plunge*, zambullirse or *go for broke*... *He was betting on that*... o mejor... *He would bet his life on that*... esa refleja más la intención que... *his life goes with it*...

—Y cómo verías la fuerza de esta... *I would give it my best shot*—*He gave his best shot*.

Enfrascados en los detalles escritos, comparando letras, el tiempo se deslizó, sirvió café y el porro apareció antes de abrir la ventana...

Luego, ambos se tiran para atrás, suspiran y descansan un rato.

—Bueno, qué tarea interesante, ya la tenemos. Pero qué pasa cuando buscás una palabra y no viene. La buscás, no quiere aparecer y de pronto salta una... que no queda claro si se ajusta, pero ella llega saltando como una rana loca —divaga Patty.

—Irreverente, diría yo.

—Digo *loca* en tanto imprevisible.

—Pero si es *loca* puede quedar fuera de contexto. En cambio *irreverente* está dentro, aunque tenga una pata afuera... porque sale de cierta ética que está ahí, implícita —Hugo no va a entregarle el triunfo tan rápido.

—Allí es donde juegan las diferencias personales también. Elijo la palabra *loca* porque me dejo sorprender y me aparecen mundos con significaciones nuevas.

—Y ahí es cuando el autor quiere matarte. Me parece que estás *aplastando* el terreno del espíritu, aunque no fuese el tuyo, claro.

—¡Je, je, je! No creas, últimamente me vengo acomodando, diría *arrellanando* en el entorno de los espíritus.

—¿Los qué? —ríe Hugo—. Estás poética y misteriosa, esa veta tuya no te la conocía. Qué te parece si te dejás de divagar y seguimos, que tengo que mandarlo hoy a edición.

—Che, ¿no podés jugar un rato con algo diferente? ¡Tenés menos espíritu que una foca muerta! —Suspira—. Ay, me convenciste, me voy a dedicar a hacer poesía.

—Yo te digo *poética y misteriosa* y vos me decís *menos imaginación que una foca muerta*. Me estás *vituperando* con las palabras que usás para calificarme.

—Me divierten las palabras que se pelean unas contra otras sin que ninguna ceda su lugar, ¿viste? —Patty lanza otra carcajada.

—Esas no son palabras que pelean. Querés confundirme. Estas son palabras que se puede dominar, tener sobre ellas una respon-sa-bi-li-dad formal y hacer retroceder las que se te precipitan sin control. En especial vos, deberías aprender eso de una buena vez.

—Ay, ¡¡¡no te enojés!!! Es que cuando me saltan las palabras no obedecen órdenes.

—Te gusta que se te precipiten, Patty, que te invadan, contáselo a tu analista, por favor. Es el mundo que vos creás y en el que vos creés.

—Qué le voy a hacer, Hugo. Me gusta, sí, llevar las cosas hasta el borde, que las palabras sean temerarias porque dinamizan la significación y el contexto.

—Terminás revirtiendo el mundo que compartís, cambiando verdades.

—Es así, me peleo conmigo misma. Cuando las palabras atacan con fuerza, solo atino a golpearlas, deshacerlas, incluso a matarlas si fuese necesario. Y olvido que también hieren.

—Te hieren primero a vos. Bueno nos estamos poniendo de acuerdo. Pero a quién necesitás matar ya es otro tema y otro contexto.

—Te odio, ya cambiaste el espíritu del contexto. Bueno, dale, andá y ajustá esa traducción, imprimila. Se edita. Chau.

SEGUNDA PROPINCUIDAD

—¿Pensaba tu padre editar lo que escribía? —pregunta Rosario a Pablo.

—No sé. Veo que ha trabajado en ello, ¿verdad?

—Sí. Además lo ha estado... ¡novelando! —él quedó en silencio y ella soltó una carcajada—. Que ya parece una novela, ¡¡¡vamos!!!

—Sí, sí. Pero él nunca que yo sepa...

—Tú mismo has dicho que crees que debió dedicarse a escribir.

—Pero no sabía que lo hubiese hecho.

—Tal vez si buscas, encuentres más relatos suyos. Si tu abuelo tuvo veleidades de poeta que no pudo realizar, ¿por qué no pensar que esa vocación prosperó en el hijo? Y ni menciono al nieto —sonrió Rosario con picardía.

—Esa traviesa vocación familiar te ha tomado a ti, qué duda cabe, prima —Pablo devuelve la galantería con una sonrisa y queda pensativo—. ¿Cómo estás tan segura de que mi abuelo Francisco quería ser poeta?

—Lo dijo el anciano del olivar, su amigo y también lo dijo Jesús, mi propio abuelo.

—¿Tu abuelo lo mencionaba? —Pablo abre la boca asombrado.

—Era su compañero de alcoba, no lo olvides. Reía recordando poemas sueltos que Francisco metía en los bolsillos de las camisas, de los pantalones, de las casacas. Nunca los ordenaba, ni los guardaba, ni siquiera los escondía. De cualquier bolsillo hacía aparecer la libreta que llevaba consigo y escribía. A veces los poemas aparecían en la camisa del mismo Jesús.

—¿Tantos poemas escribía?

—No todos eran suyos. Su admiración por el Ángel de Andalucía le hacía copiar sus poemas para no olvidarlos. Jesús recordaba muy divertido cómo Francisco arrastraba al germánico del olivar a recitar con pasión. Las chanzas caían sobre ellos porque que no era propicia la ocasión ni el momento. Y más aún, solía aburrirles mortalmente.

Rosario entrecierra los ojos, como si ella hubiese sido testigo de aquellas escenas. Pablo a su vez, parece transportarse también. Un breve silencio se instala junto a ellos hasta que Rosario logra expresar su pensamiento.

—Luego sucedía que Francisco se irritaba de tal suerte que acababa peleando, sin importar si el hecho lo ameritaba o si algún cristiano se le atravesaba.

—Pasión y romanticismo... —Pablo reflexiona—. Es desconcertante, no era un rasgo que mi padre subrayara del abuelo Francisco. Y a decir verdad, del aceitero no sabemos mucho.

—Tu padre no confiaba en su amigo de la aceitera, su estilo de bufón solía enmarañar las declaraciones. Pero mi abuelo Jesús tenía presente la furia del viejo Pereyra con su hijo menor. ¡Imagínate, primo, al borde de una guerra civil, que un hijo tuyo se declare admirador del enemigo agitador, un transgresor de dudosa reputación masculina y que todavía pretende hacerlo público copiando sus poemas malditos!

—Pienso en los recios cultivadores del olivar, sin levantar la cabeza del surco, confiando en su virilidad para sobrevivir. Sus vidas encarozadas en la aceituna.

—Su madre —y otros también, continúa Rosario— decían que era cosa de muchachos, que bastaba con ocultarle al viejo Pereyra aquellos endiablados poemas. Pero la indignación del padre, ¡un justo pánico sería mejor decir! acababa en prohibiciones y discusiones violentas que elevaban la tensión en la casa.

—¿Cómo un hijo osaría imaginar siquiera otro destino?
—sonríe Pablo.

—Imagina la desilusión, la Pereyra irritación cuando su misión en la vida era poblar España con sus olivares.

Ambos quedan reflexionando. Rosario agrega en voz baja:

—También corrían rumores... de ciertos acontecimientos —la picardía vuelve a asomar en los ojos de Rosario.

Pablo la mide con la mirada.

—Vaya Rosario, te gusta despertar mi curiosidad, ¡tené cuidado!

—Que me da vergüenza a mí contártelo —rió ella.

—No coquetees conmigo que he de arrancarte ese secreto a mordiscos —Pablo busca su cuello y al abrazarla permanece rodeándola con sus brazos.

—Te repito —ella se acomoda en esa posición— su más fuerte deseo era ser poeta.

—Otra vez, pero ¿quién lo decía?

—¡Se decía! Los rumores tienen diversos orígenes; amigos de Rafael, de Paco inclusive. Se dijo que Francisco conoció a Federico y quiso irse con él. Que lloró rogándole al poeta que lo incorporara a su teatro. Y que el poeta lo había llevado consigo ante tanto ruego, le había utilizado para una noche de amores y luego le había enviado de regreso a casa.

—¡Vaya, generosos rumores!

—También los de Federico en tierras andaluzas. Lo adoraba el pueblo y lo reputaba marica el otro sector. Nadie que lo admirara o se acercara al poeta, quedaba fuera de sospecha —Pablo asiente pensativo. Rosario sigue—: Se decía además que Francisco hacía contrabando.

—¡Por Dios! Vivir en esa nube de rumores daría ganas de huir del pueblo.

—También se dijo que cuando el poeta lo envió a casa, se encerró en su habitación durante dos días y no dejó entrar siquiera a

su hermano. Que Jesús sin decir nada a nadie se fue a dormir al granero. También se dijo que en esos dos días, Francisco intentó suicidarse.

—Oye, te vuelves trágica.

—Andalucía es trágica. ¿Crees tú que es pura *soleá*, fandango y rasguido doble de guitarras?

—Será otra versión de la misma historia.

—Que las hay tantas y tan diversas que la misma historia se vuelve otra. Cada versión merece una novela diferente; son como gotas de rocío que refrescan la mañana.

Pablo levanta y mira algunas hojas:

—Me gusta el estilo de mi padre, ¿crees que necesite algún cambio?

—También a mí me agrada. Ya veremos. Lo que él escribe lo dirige a ti. Estás destinado a ser su interlocutor. Casi parece un recurso literario.

—No me ha querido contar la fantasía de la morena.

—Oye, que nunca te ha contado nada, qué le pides ahora. Y llámale fantasía si quieres, pero que *se corrió* con ella, lo apostarí.

—Ey, no tan rápido, recuerda que es una novela. Tú lo has dicho.

—Ay, hombre, ¿crees que un hijo necesita defender la virilidad de su padre?

—La mía es la que defiendo. Acabas de poner en duda la de mi abuelo y en esa cadena estoy en verdad preocupado.

—Aparta, primo, que no me sé yo tus intenciones.

—¡Que te amo lo sabes!

Rosario lo mira seria por un momento. Va a decir algo pero opta por retomar los papeles.

—Veamos lo que sigue.

8

Patty sale de la editorial y entra al café de su amigo con cierto apresuramiento. Tira el cigarrillo antes de entrar.

—¿Qué influencia tuvo Federico García Lorca y la revolución española en tu familia? —le espeta al Gallego, que detrás del mostrador, se sonríe cálidamente, levanta una mano para saludarla y abre los brazos ante la pregunta intempestiva. Vuelve a sonreír, le señala una mesita detrás de una frondosa planta y mientras se acercan a ella, él relata.

—Mis abuelos llegaron acá al empezar la guerra civil. Sentate, ¿qué te traigo?

—¿De verdad? —Patty está concentrada en la conversación.

—De verdad, tuvieron que huir —responde el Gallego ya del otro lado del mostrador— alguien les contó que los vecinos los habían denunciado.

—¿Por qué, qué habían hecho?

—Vamos Patty, ya sabemos que pasar alguna información o cantar alguna bulería, no se necesitaba más para ser sospechoso ante los franquistas del barrio.

—Las denuncias de la gente son las mierdas sociales de todas las dictaduras. Le pudren la cabeza a más de uno para que crea que los que ponen orden son los milicos. Que el caos y el desorden es efecto de la democracia. Acá también hubo quienes denunciaron a sus compañeros.

—No hubiera querido estar yo en su lugar, te lo aseguro. No me dijiste qué vas a tomar.

—Sí, sí. Las torturas... Yo no hubiera denunciado a mis compañeros. Jamás.

—Patty, esa es una postura que se instala cuando pensamos el tema. Después uno no sabe de qué es capaz. No sabe si va a lograr sostenerse del lado de la lealtad o todo se precipitará al abismo cuando te invada el terror. Patty, tengo ganas de tomar aire, podríamos salir un poco, vení conmigo vamos a sentarnos en el banco de la plaza que está tan lindo. Voy a quedarme hoy hasta las 3 AM. Falta un mozo —agrega como explicación.

Patty se levanta, toma su gran cartera y la apoya en el hombro. Cruzan la calle, a esa hora con poco tránsito, aunque el banco señalado acaba de ser ocupado por un anciano. Se miran y sin dudarlo, ambos se dirigen al mismo banco piden permiso y se sientan. El Gallego respira hondo y dice.

—Cuéntame de tu novela.

—Sí. Mi novela tendrá un hijo de puta que los denuncia. No por miedo, por hijo de puta. Y sé quién es, ya lo averigüé. De él tomaré el personaje. Sé que recibió dinero de los milicos y se fue del país. Nadie supo nunca más adónde se fue. Nunca lo encontraron ni lo encontrarán porque cambió de nombre y le hicieron cirugía estética y es irreconocible. Ya está viejo, vive tranquilo con sus hijos, nietos. Vaya a saber dónde carajo.

—¿No lo sabés?

—Sí, señor, lo sé de muy buena fuente —se ríe.

—Patty, no me hagas el verso, si lo sabes vos ya lo saben todos los que deben estar buscándolo hace años.

—Y lo habrían ejecutado, dirías.

—Muchos tupamaros cayeron. No sería de extrañar que «los que te dije» hayan pasado su vida buscándolo para ejecutarlo.

—Si supieran quién fue.

—Si no lo supieran, no podés saberlo vos. Creo que él dio cuenta de la situación en la que quedó...

—¿Y si yo te dijera que lo encontraron y lo mataron?

—Patty, ¡¡¡qué decís!!! De qué estás hablando, ¿no dijiste que vivía tranquilo y fuera del alcance de sus viejos compañeros?

—(*Ríe Patty.*) ¿De qué hablamos, de la persona o del personaje?

El anciano sentado al lado de ellos ha estado acercando la oreja para escuchar la conversación, pretendiendo tal vez incursionar en la charla. Muy frustrado se muestra al no haberlo logrado.



Episodio 8

Eco de hadas en el olivar

(Relato de Rosario)

No venía por ella, pero allí estaba, entre las rocas y los matorrales. El bastidor apenas lograba sostener el enorme óleo que asomaba por encima de los olivares acentuando sus aristas. Sin apartar la mirada de una gota amarilla y oleosa a punto de caer del pincel, Carmen vio que me acercaba y descolgó la pregunta como una reverencia.

—¿¡... tus poemas!?

—Publicarán la novela. La poesía vendrá después: destino siempre postergado, ¿no crees? —Rosario ironizó con un mohín resignado.

—¿Qué ha dicho el poeta furtivo aprisionado en el fuego de Federico?

—Mi suegro, Antonio, luce los atributos del Ángel, los declama al viento como *cantaor* que es. Basta escucharle recitar, verle rasgar acordes de la época de La Barraca para soñar aquel aire, aquel ritmo. Aquel ¡Verde! ¡Que te quiero verde!

—¿De quién te habrás enamorado tú, niña? Apostaría que del suegro.

—No estarías desencaminada que ya me lo he preguntado yo.

—¿Le han gustado tus versos? —Carmen insistió.

—No lo sé, es como tus abstractos. De tanto amar todo lo que fue, no hay lugar para amores nuevos.

Carmen sonrió.

—Hay, ya ves que los hay. Pero me pregunto cómo es que llevas tú esas letras pegadas a la piel, niña, cuando es tu marido el hijo del poeta.

—José Antonio es agrónomo hasta los tuétanos —rió ella—. Nada de letras. Pero guarda el *verde* porque lo *quiere verde*. La poesía está en el fruto que él ayuda a abrir. En el moho ceniciento que precede al hongo. Y también en eso que él quita antes de que aparezca. «Tú alucinas que vendrá un hongo allí —le dije yo—.» «Ven a ver —me respondió— he dejado que crezca el hongo para meterte en razón, ¡qué tozuda eres!».

Ambas sonríen. Rosario agrega:

—Y también es poesía lo que no ves. Eso que desaparece de allí —apuntó al olivar—vuelve desde acá —señaló el óleo.

—Ay, querida niña —suspiró Carmen—, que nunca se malogre tu musa —y agregó de pronto—: Si supiera cómo, te daría consejos para enlatarla y conservarla.

—Si la enlatas, se oxida. Si la apresas, se desvanece. Déjala ir y recupera lo que es tuyo —y agregó pensativa—: ¿Habrá sido esa tu equivocación?

—¿Estoy acaso hecha de transparencias?

—No, por Dios, de rumores apenas.

El silencio se vuelve tensión en Carmen.

—Este pueblo es maldito... —dice con impaciencia— debí irme hace años.

—Estás a tiempo ¡vete! ve a Madrid, llévate tus pinceles. Mira tu trazo febril, ¡haz tuya esa huella! Para renovar la vieja pasión es preciso un nuevo amor.

—Me asustas. Pones palabras a pensamientos míos que no han osado tomar forma. Es que... no podría dejar de mirar el olivar, me faltaría el aire.

—Cierra los ojos y verás otros matices, otras asperezas. No importa cuán lejos estés. El viento del levante irá a rozar tu mejilla y lo que te hará falta te lo devolverá tu pincel. ¡Poesía! Verás cómo se transforma la ausencia, cómo el hartazgo y la saturación se vuelven ritmo, sustancia, ¡pretextos!

—Niña –suspiró Carmen–, los consejos debería dártelos yo a ti.

El crujido de una rama anunció a Cristina, que con un sobre en la mano bajaba en busca de su hija.

—Quién da consejos, envejece –dijo acercándose.

—Es tu niña, empeñada en desterrarme del pueblo y hacer temblar mis cimientos y mis simientes.

—Vamos, Carmen, que ya lo estás haciendo tú misma. Mírate pintar –Rosario señala trazos fuertes en la tela–. Mira cómo va apareciendo tu ira –indica otra zona, baja la voz y agrega–: ¡tu tristeza! Dale otra razón a tu caos. ¿Serás la última en reconocer tus propias señales?

Un silencio súbito y profundo hizo que las tres mujeres se miraran. Luego de un prolongado lapso, Carmen susurra:

—Helo ahí... –y agrega en tono de interrogación– ¿No sé si lo quiero eternizar... o exorcizar?

(Me desdoble e interrumpo, lo sé. Vosotros también sabéis que soy yo quien relata –a la manera de una ficción– escenas que he vivido. He de hacerles participe de algo que se me impone. Confieso que si no estuviese habituada a ciertas historias, habría quedado tan aterrorizada que jamás me hubiese atrevido siquiera a sugerirle a nadie que asome a la solapa de esta historia. No soy incauta, no pretendo que creáis lo que os voy a confesar. Tan solo les ruego que consideren esta verdad mía, una entre tantas otras, de tantos otros. No habrá objeción si lo estiman una extravagancia mía o algo

peor. En ocasiones no parece haber mucha diferencia entre una u otra. No habré de presentar pruebas. Apenas un escaso e insuficiente testimonio del desconcierto que nos invadió luego de esa última frase. Digo –para hacerlo más creíble– que un mismo pensamiento nos envolvió en medio del silencio. Que no les pase desapercibido cuán extraño resulta que un mismo pensamiento invada tres mentes en forma simultánea. Con honestidad he de decirles que no era un pensamiento, yo escuché una voz. Las tres escuchamos el sonido de esas palabras. Y no estaban en nuestras cabezas. En principio parecía ser un eco de la reflexión de Carmen, pero no era su voz ni su tono. ¡Habréis de decidir si queréis eternizarlo o exorcizarlo! Una exclamación bien timbrada que parecía surgir de nuestro propio corrillo. Pero nadie más había allí. Nos miramos con desconcierto, recorrimos el espacio en busca de una autoría, consideramos la posibilidad de que una cavilación tan afín pudiera tener ese efecto... pero no encontramos a nadie más allí y los pensamientos no suelen tener sonido. ¿Quién había hablado? No insistimos más. Sabemos bien –aunque no se lo hagamos público– que eso, llámese como se llame, envuelve nuestras vidas. Invade de tristeza a Carmen, estalla de ira cuando José se aproxima y ante Felipe sostiene ese gesto adusto...

Ahora mi alma está en paz. Y ustedes, a la luz de esta nota, podrán acceder mejor al resto del capítulo. Ya advertidos, sabrán leer entrelíneas lo que no me pareció prudente hacer público.)

Faltando una pulgada para la caída del sol, el olivar impuso su testimonio de eternidad. ¡Cómo pretender atraparlo en una tela!, pensó Carmen con desolación.

Otro silencio cayó abrupto y de él brotó el gorjeo de un ruiseñor. Carmen retomó el pincel. Rosario se inclinó para cortar

unas hojas de oliva que le había encomendado su marido; alguien vendría de Madrid por ellas.

Cristina extendió el sobre a Rosario. El ruiseñor gorjeó tres veces más y se alejó.

—Extraño canto, no es el habitual —acotó Cristina.

— El espíritu también canta... —Rosario se ha sentado sobre la gramilla, decidida a aguardar el fin de la tarde.

— No te burles niña, tú misma acabas de dar la perorata acerca de lo que no se ve.

—No me burlo. Estoy garabateando un cuento en el que un ánima envía señales que nadie logra comprender. Llegan hasta el lecho donde un niño enfermo las descifra. Los grandes no habrán de creerle hasta que comience a acontecer lo que él ha ido anunciando y para entonces será tarde. He pensado mucho en el tío Francisco y en el abismo creado entre él y su hijo.

—Oye Cristina, ¿de dónde ha sacado esta niña tanta imaginación en su escaso cuarto siglo de vida?

—Pues siendo yo su madre... ¡adivina!

—¡Eso, el hijo! —acotó Rosario—. Esa ha de ser la angustia del pobre espíritu...

—Te refieres a quién es... ¿creéis que ese tonto espíritu aún no lo averigua? ¿Todo el pueblo enterado y en el otro mundo no lo saben?

—Madre, madre, no es él quien no lo sabe. Es el hijo.

—¿El primo Federico? —Cristina empezó a entender.

—Precisamente. Vino al pueblo a develar incógnitas que le escuecen, aunque él mismo no se diera cuenta. No sé qué nos pasó, a todos, que sabiéndolo, no le dijimos. Hemos tomado posesión de un secreto como si de una rancia fortuna se tratase.

—¿El secreto? —terció Carmen.

—¡Y el espíritu! —respondió Rosario con rapidez.

—Hija, estás muy complicada. Dices que todos sabemos y callamos.

—Si, tal vez. O tampoco reconocemos que sabemos.

—Vaya hija, no sé de qué hablas...

—¿Veis, qué difícil es explicarlo? Los secretos se esconden en el laberinto del lenguaje. Nunca lo hemos admitido en voz alta.

—Te nos pones difícil, sobrina querida —acotó Carmen—. Dices de un mensaje que no hace concierto entre nosotros, que debería fluir hacia Federico? Qué esperas que yo entienda de ese galimatías?

—Le han llegado ecos —alegó Rosario respetando discreciones de dominio (si no público) familiar— a través de ti, Carmen. Tú encarnas lo que quedó en falta... —agregó Rosario.

—¿Para con el primo Federico? —Carmen vuelve a confundirse.

—Él no es el único hijo —arriesgó Rosario.

—¿Por qué a través de mí? —inquirió Carmen.

—Es... ese amor..., qué sé yo, ¡ved lo que me hacéis decir! ¡Sea! Quién mejor que tú para hacer eco de la tristeza de una pérdida.

—Dios Santo, niña, me pones piel de gallina. Te refieres a mi pobre hijo muerto... ¡Crueldad, no quiero recordarlo! ¿Son designios de los espíritus? —se indignó Carmen.

—De lo que no decimos y callamos —Rosario agrega sin otra alternativa.

—Nos devoran los muertos... —empezó Carmen.

—O sus espíritus, que es lo que les queda vivo a los muertos —terminó Cristina, tratando de aliviar el dolor de Carmen. Luego de una pausa Rosario sonrió ante la intervención de su madre:

—Madre, cuando te nacen así tales herejías, deberías hacerte cruces, como la tía.

—Ayer lo hice. Me empeciné en pasar detergente a la ventana más alta, la banqueta vaciló cuando levantaba el brazo. Traté de sostenerme y doy con cabeza y codo en el vidrio y lo rompo. Casi me caigo y el condenado se desparrama en astillas como atacado de llanto. Yo me hacía cruces —rió— Anunciación diría que no he respetado vaya a saber la voluntad de cuál muerto.

—¿Por qué crees que el espíritu se le vuelve airado a José, tu padre? —Carmen siguió pensando en voz alta.

—No me sé el *Código de desciframiento para espíritus enigmáticos*, pero si insistes puedo imaginar un recorrido. Padre nada tiene que ver con él. Convengamos que ni siquiera lo conoció. Es el abuelo Jesús la bisagra generacional: tan enamorado de Soledad, la novia de su hermano Francisco, se hubiera casado si ella lo hubiese aceptado.

—No serías quien eres —aventuró Cristina.

—¿Crees que el espíritu se haya enfadado con Jesús? —Carmen discurrió con entusiasmo—. ¡Debería estarle agradecido por ayudarla! Ves que los espíritus pueden ser imprevisibles, aciagos también, ¿no creéis?

—Explicaría al menos la congoja de mi pobre José cada vez que se avecina la cosecha, temiendo las iras del viento —interviene Cristina.

—¡El enojo del espíritu caería sobre él! —sentenció Carmen.

—De todos modos padre debería escribirle al primo Federico la verdad de una buena vez —sentenció Rosario.

—¿Y con Felipe? —dijo Carmen sobresaltada—. ¿Por qué tan circunspecto con él?

—¡Me apuráis! Pues... diría que el propio Felipe debería saberlo.

—Siendo profesor de historia, ha de tener que ver —opinó Cristina en un susurro.

—¡Cómo no se me ocurrió antes! Madre, deberías dedicarte a descifrar enigmas.

—Vamos, contigo alcanza. Que solo se me contagia, venga. ¿Por qué no escribes tú toda esta historia con su galimatías de cruces, secretos y fantasmas?

—Apuesto a que lo está haciendo —afirmó Carmen—. Cuando pintas, cuando das cuenta de lo singular que te concierne a ti, pulsas esencias y lo universal resuena como un eco.

—¿Hay verdad universal? —inquire Rosario.

—¡Acaso no sea eso lo que importa! —respondió Carmen.

—Quieres decir que los espíritus saben la verdad... ¿de verdad? —La lógica de Cristina se ha vuelto implacable.

—¿Cómo saberlo? —suspiró Rosario—. Nosotros los humanos nos moldeamos con versiones que nos preceden. Adaptamos las verdades de turno a nuestras versiones.

—¿Pero verdades...? —insiste Carmen.

—Creo que cada uno tiene un retazo de lo sucedido —pensó en voz alta Rosario— y si lo transmitiera sin pretender explicarlo todo...

—Hilaríamos el manto —sentenció Cristina desde su ocupación favorita, la urdimbre de tapices.

—Un manto puede armarse de muy diversas combinaciones —su intervención pareció desalentar a la propia Carmen.

Involucrada en reflexiones sin mi consentimiento, empalidezco al escucharme decir:

—... María Rosa le hablaba a Dios, susurraba lo que padecía su alma. A fe mía que ningún Pereyra hubiese siquiera sospechado los escándalos de su adolescencia. Era una verdad, ¡la suya! De esa tragedia que conserva para sí, ella fue, con todo derecho, la heroína.

Carmen y Cristina se movieron apremiantes.

—¡¡¡Escándalos!!! ¡¡¡Nunca lo habías dicho!!! —Carmen desorbitó los ojos.

—¡Ah..! No sé cómo pude... —balbuceó Rosario ante lo que acababa de sucederle.

—Por fin que tú también guardas secretos. Pero se trata de mi madre y yo quiero saber —Carmen estaba demudada.

Dentro de Rosario aquella voz parecía querer revelar con alevosía la confesión que María Rosa guardara tan celosamente durante sesenta años.

—Perdonadme, no debí... ¡oh...! ella sollozaba al contarlo. Quise interrumpir su llanto, aliviar su vieja angustia. Pero no lo hice. El pecado y sus tentaciones son el encaje antiguo que viste el sentido de una vida. Sufrir es también revivir, volver a elegir protagonismo. No tuve el coraje de quitárselo.

—Oye ¿qué dices? quiero saber...

—No me obligues, Carmen, no es tiempo aún. Deja que guarde...

—¿Que guardes qué cosa? —Carmen no estaba dispuesta a esperar nada.

Rosario sabía que ya era tarde para volver atrás.

—Ella se cree responsable de la huida de su hermano Francisco —suspiró antes de continuar—: cree que huyó por defender su honor.

—¿Su... honor? ¿Alguien debía defender el honor de mi madre? ¿¡Qué estás queriendo decir!?

—Es su secreto, si ella no ha querido contarlo, tu no puedes modificarlo.

—No pretendo modificar nada, solo quiero saber de cuál soterrada prehistoria de mi madre, eres tú la que está al tanto.

Ante una Carmen airada, Rosario cedió.

—Ay... tal vez sea un rasgo de familia, terminar descubriendo lo que no pudo callarse. Yo lo supe porque...

El sol continuaba descendiendo. En esa época del año, no suele desaparecer tras el horizonte. Allá en medio de las sierras abrió una enorme hoya donde se recogió para franquear las sombras. A medida que el tiempo pasaba, la luminiscencia persistía a distancia.

(Si tomamos posición desde aquella nube, voces de ángeles parecen deslizarse con la brisa. ¿Sentís su roce en la mejilla?)

Allá abajo, la sombra de tres cabezas tan próximas, se recordaban nítidas sobre el fondo aún espejado.

9

Patty, Carina y Amalia han entrado a un enorme local que exhibe un copioso bufet. Han elegido una mesa, dejan sus pertenencias en ella y se levantan a servirse. Al regresar, apoyan los tres platos de ensalada, antes de volver a sentarse.

A.—Le pedí a Pancho que se fuera. Se fue ayer. Terminó mi matrimonio.

P.—Sí, ¡ya había pasado suficiente agua bajo el puente!

A.—Demasiadas idas y vueltas.

C.—¿Cuántos años estuvieron juntos?

A.—Diez y siete.

P.—Ya sabemos que el romance se termina.

A.—Hace tiempo.

C.—Pero todavía creemos en el romance...

P.—Claro que no. Ya lo dijeron Les Luthiers, «el amor eterno dura tres meses».

Risas. Alrededor el ruido de vajilla y cubiertos parece arreciar. Sigue entrando gente y ocupando más mesas. El movimiento de las sillas, las exclamaciones detectan una actividad devoradora. Las tres amigas arriman sus sillas para escucharse mejor. La mesa contigua es ocupada por cuatro hombres de edad media que toman sus lugares y salen inmediatamente en busca de sus platos sin mirar a sus vecinas.

C.—Qué les ha pasado a los hombres, no les interesa el compromiso ni la continuidad.

P.—Alcanzame la sal y me olvidé de la servilleta.

A.—Peleábamos demasiado, todo estaba mal, todo lo que

cada uno hacía o decía, no le servía al otro. Hace tiempo que no andaba...

P.—¡¡¡Sí, claro!!! ¡Son las mismas historias aburridas de siempre!

C.—Patty, ¡sos la peor! Para Amalia es una situación nueva. Callate y escuchá un poco, para variar.

P.—Nada de nueva, hace diez y siete años que le escucho esas anécdotas.

C.—Bueno, no tanto como diez y siete. ¡Qué carácter! Me voy a buscar más aceitunas, ¿quieren?

(Carina se levanta y vuelve con un plato de repollo a la vinagreta. Amalia está relatándole a Patty escenas de su situación actual...)

P.—Las mujeres tampoco aguantamos nada, te diré, no tenemos ninguna tolerancia, no podemos esperar, dialogar, reconsiderar.

C. *(Se sienta y se ríe.)* —¡¡¡Mirá quién habla!!!

P.—Lo digo porque realmente lo creo. No por mí. Estaba con otra mujer en mi cama, ¿qué debía tolerar?

C.—Qué pasaba en esa relación, vamos, ¡porque vos también lo engañaste!

P.—Se la mereció. Se iba, no volvía de noche, ¿qué se supone que tengo que bancarle? Tampoco soy estúpida...

A.—Todavía no sé cómo llegamos a esta ruptura.

C.—Te vas a ir dando cuenta, ya vas a ver. ¿Qué pasa con los chicos?

P.—Ni se te ocurra empezar a pensar nada de eso, haceme el favor, hacete el favor, buscate otro lo más rápido que puedas, volvé al mundo y disfrútalo, salí de la caverna.

A.—No me va a ser fácil, no tengo ese espíritu tuyo. Lo siento como una pérdida y quiero saber qué pasó, qué me pasó a mí.

Patty se recuesta en el respaldo de la silla, la echa atrás, la levanta unos centímetros y suspira:

P.—Te pasó que debiste terminar hace años y lo aguantaste demás.

A.—Es probable, pero entonces no enfrenté lo que debí hacer.

P.—Sí, claro, dejaste pasar, tiraste la pelota para adelante pensando que todo se iba a arreglar. Es lo que le pasa a todo el mundo.

A.—Tenía miedo. Pero no resolvés nada y no hay ninguna magia. Al final no tenés escape. Tus fantasmas se van contigo y te llevan al diablo.

P.—Ay, no me hables de fantasmas por favor que voy a empezar a creer que existen. Y vos, pará, no te llenes la cabeza de pensamientos que no sirven para nada.

A.—Vos sos de las que creen que hay que tomar la pastilla de la felicidad, seguir adelante sin penar por lo que se pierde y aprovechar lo que venga.

C.—Sí, Patty lo cree, a la inglesa.

A.—Si sabés cómo solucionar un problema, para qué vas a preocuparte. Y si no tiene solución, nada lograrás con preocuparte. ¿Es así?

P.—Ya lo estás diciendo.

C.—¿Hablás como si no estuvieras disgustada por no saber qué pasa con Alfredo?

Patty se incorpora, levanta su plato y se dirige al bufet. Las otras imitan su gesto y se ubican en la cola para retirar más alimentos.

La música de fondo apenas se escucha ahogada por la esgrima de los cubiertos y los murmullos de tanta gente.

Cuando regresan, sus cuatro vecinos están devorando con fruición diferentes guisos que han seleccionado, alguna carne y

una montaña de papas fritas. Las tres se miran con languidez viendo sus magros platos conteniendo pequeñas cantidades de pollo sin piel, lasaña de verdura y tarta de puerro.

Retoman sus sillas suspirando. Los varones devoradores de carne no les han concedido ninguna mirada deferente.

Cada una da cuenta de su plato, poniendo atención a lo que las rodea.

Patty no ha olvidado la última frase de Carina y la retoma:

P.—Carina, a ver si lográs entenderlo de una vez. Yo no tengo nada que saber de Alfredo. Ya está, fue todo dicho, todo hecho y no hay atrás.

C.—Ya lo hablaremos luego. Ahora decinos, Amelia, ¿qué pasa con los chicos?

A.—Estaban afuera, hoy llegan, no sé todavía cómo voy a hacer.

C.—El mayor es hijo de él, ¿verdad?

A.—Sí, el segundo es de mi anterior matrimonio.

C.—¿Se va el mayor con el padre?

A.—No sé decirte, es un desastre, lo crié yo de chiquito, lo siento hijo mío.

¿Cómo dejarlo ir? —deja caer las lágrimas.

Se hace un silencio. En la mesa contigua, los hombres ríen a carcajadas y su eco parece resonar en todo el salón. Patty ve su oportunidad y dice en voz alta:

—Hay gente tan ruidosa en este lugar que se vuelve imposible... no te dejan conversar —los mira de costado y sonrío.

Uno de ellos, cincuentón con hebras grises en las sienes, camisa a cuadros amarillos y verdes, se levanta, mira a Patty con una luz divertida en sus ojos y sonriendo, le dice:

—Perdón, no volverá a suceder. Pero no estuvo tan mal si sirvió para conocernos. ¿Qué tal si compartimos el postre juntos? Yo invito con el café...

—Ah, eso ya no es ruido, suena a melodía primaveral —sonríe Patty mientras sus amigas la observan sin saber si molestar-se o reír—. Vieron chicas, ¡¡¡nos dejaban para el postre!!!

—Esa es Patty —Carina agrega como disculpándose.

Los otros tres hombres, comienzan a mirarlas, sonríen, apartan los platos, se incorporan y preguntan si pueden arri-mar las sillas... el grupo se reacomoda, alguien ofrece ir por el postre a la mesa grande...

Amelia se ve muy seria, Patty la codea y le hace una señal dándole ánimo y con ironía le susurra:

—Es por vos, Amelia, vamos, ¡divertite un poco!



Episodio 9

Eco de hados del olivar

(Relato de Francisco)

Al finalizar el atracón de paella, cuando Felipe me invitó a deambular por los olivares, accedí, porque yo soy, ésta es, así somos, *mi familia* y yo.

Esperaba saber *noséqué* a través de Felipe. Recordaba al anciano aceitero diciendo que al primo Felipe, el fantasma de mi padre solía aparecérselo, muy serio. ¿Yo lo creía...?

Caminamos unos cientos de metros bañados por la luz opaca de los astros. Ese lugar tenía algo de mágico por imperecedero. Ver asomar la copa de los olivares al acercarme a la cumbre, me transmitía serenidad. Dibujaba en mi rostro una sonrisa cuya existencia pude advertir cuando el gesto ya era recuerdo. Esa noche los olivares Pereyra, siempre iguales a sí mismos, posaban como una pintura en su bastidor. Cada elemento desplegaba su más propio claroscuro. Bajar la ladera, me hacía sentir un intruso irrumpiendo en un lienzo ajeno. Me movía con reparo, temiendo que cualquier movimiento involuntario hiciera variar su composición, desquiciar el cuadro, hacerlo desaparecer.

Tal vez yo alucinara la presencia de mi padre deambulando entre ramas enhiestas. Cierta intimidación y desasosiego me volvía expectante. Sin más preámbulos comenzaba yo a repetir las palabras del anciano aceitunero, cuando escuchamos un aullido breve.

Felipe se detuvo. Su gesto brusco me dio a entender que el aullido, brotado muy próximo, no era amigable. En seguida un

segundo aullido guió mi vista hacia abajo, donde una forma oscura y estática se perfilaba apenas a veinte pasos. La luz estelar me encandilaba y la figura se escabullía. Puse mi mano en visera y la sombra recortó su forma. Mi pecho galopaba sin control. Se iba esbozando un hocico puntiagudo, orejas erguidas y tiasas, una cola larga y velluda. Parecía un... ¿perro? pero aunque nunca había visto un lobo, la idea se inscribía en mi cabeza. ¡Qué absurdo!, ¿habría aún lobos en Andalucía? Como fuere, eso tan quieto parecía haberse convertido en piedra.

El tiempo también se petrificó. Los olivares Pereyra se habían vuelto un escenario translúcido: Andalucía y Getsemaní, barridos por el viento eterno ululaban como ese lobo venido de ninguna parte; *la raíz de un grito* en la agonía del silencio.

Era mi turno de tomar lugar en el cuadro, donde ninguna cosa parecía estar en su sitio. Todo desfallecía. El terror me aprisionaba. Esperaba que Felipe supiera qué hacer, que tuviera cierta experiencia con lobos de Andalucía, si los había. Pero él parecía haberse mineralizado, despavorido como yo mismo. Y por qué no, tal vez lo estaba también... el propio lobo.

Con bucólica esperanza, intenté impugnar lo que estaba viendo:

—¿Es, es un pe-rro?

—No te muevas, quédate quieto. —Recibir instrucciones en un susurro, me hizo sentir menos expuesto.

Mi corazón seguía desquiciado. Inmóvil, clavado en el piso, el lobo no emitía señal. Podía prepararse para saltar sobre nosotros y no lo evitaríamos. ¿Cómo saber? Recordé la imagen de un hombre de pie frente a un lobo, solos en medio del páramo. Había leído esa historia de niño. El eco de su impacto redobló incontables veces en mi vida; esta vez adquiriría sentido. Aquel hombre sostuvo la mirada del lobo el tiempo suficiente para hacerle saber que no le temía. Luego retrocedió despacio sin

volver la espalda, sin arriesgar ningún malentendido. Entonces, ¿ya sabía qué hacer?

Asumir protagonismo en un drama tan alejado de mi hábitat asfáltico parecía una temeridad. Trataba de entender lo que sucedía. De pronto, insensato de mí, me serené. Me sentí capaz de ejercer el dominio.

—Vayamos retrocediendo con lentitud —dije a Felipe, cuando creí llegado el momento.

Subimos la cuesta del monte marcha atrás y recé para no enredarnos en alguna coscoja que nos hiciera tropezar y caer. Yo no dejaba de vigilar sus movimientos, como si supiera qué hacer en caso de que *eso* diera rienda suelta al instinto. Pero aquella oscuridad no permitía mirarnos a los ojos y yo me sentía perdido.

Felipe no emitía sonido. Se plegó a mi sugerencia. Habíamos retrocedido un paso, luego otro, inquietos ante aquel bulto oscuro cuya mirada no podíamos encontrar. Dábamos nuestro tercer paso atrás, cuando aquella sombra se encogió sobre sí misma, pegó un salto descomunal y desapareció. ¡¡¡Aaah!!! Un convulsivo estertor se apoderó de mí. El terror sacudía mis hombros tratando de desprender las garras que sentí clavarse en mi cuello. Cuando por fin volví en mí... la fiera... ¿la fiera...?, estaba detrás, bloqueando el camino de regreso al monte.

Ahora podía ver sus ojos, extraviados contra un fondo de plata. ¡Ay, en su mirada brillaba una luz... demencial! ¡Por Dios... ese lobo estaba loco!

Una vez más todo se volvía imprevisible. Daba lo mismo un lobo loco que un soldado con metralleta en una guerra incomprensible. El horror nos volvió a agarrotar. Pero esta vez la fiera no permaneció inmóvil. Volvió sus fauces entreabiertas hacia algún punto del viento, dio otro enorme brinco atrás y comenzó a aullar y aullar, hasta retroceder con gañidos largos

y lastimeros. Vaciló, ora avanzando con las fauces preparadas, ora reculando de golpe, volteando a un lado u otro, entre gemidos desconcertados. Parecía estar viendo un fantasma. ¡Dios!, ¿sería posible...?

Nunca sabré si lo que sucedió fue lo que concebí. Lo cierto es que dándose por vencida, la fiera se recogió sobre sí misma y lanzando una última desaprobación se escabulló en la noche.

—Felipe... —dije con un hilo de voz—. ¿Qué fue eso? ¿¡Huyó por nosotros!?

Felipe seguía en silencio. ¿Qué le sucedía? Por mi parte había quedado tan agotado, que dudaba de mis rodillas y su capacidad de sostenerme. Nos llevó unos minutos reponernos, respirar hondo y mirarnos asombrados, antes de recuperar el juicio. Cuando Felipe logró articular la voz, se desvió hacia un camino, para mí, inescrutable.

—Era una loba y estaba herida. ¿La has visto, hombre?

No, claro, no me había dado cuenta. Él en cambio sabía que, aquel día, un grupo de ganaderos había perseguido una loba para matarla. La loba asolaba sus ovejas, seguramente para alimentar sus crías. Había parido dos lobeznos en una cueva, en lo más escarpado de la sierra. Uno de los ganaderos había localizado las crías y las había sacrificado. Luego había llevado sus cuerpecillos del otro lado de la sierra, para demorar a la madre. Ella había estado gimiendo todo el día de ayer, procurando a sus lobeznos, cansada, debilitándose.

—Cuando una loba siente el olor del hombre, se mantiene apartada. Ella sabe bien cuando ha sido derrotada —Felipe hablaba con marcada pena—. Muertos sus cachorros, en silencio y ocultándose de los hombres, esta mañana escarbó la tierra con sus patas delanteras y enterró sus crías —Felipe suspiró antes de explicar—. Tuve terror de su venganza al verla enfrentarnos. Hombre, también me dio mucha pena. Mira cómo se

comporta una fiera mal dicha carnicera y homicida. ¿Ves cómo nuestra gramática mata? Les asignamos adjetivos para tener derecho a matarlos. Hoy en la tarde los hombres «civilizados» encontraron a la loba «maligna» y la hirieron. Por eso la hemos visto en el olivar, los lobos nunca aparecen donde habita el hombre, salvo que el hambre los acose. Eso ya no sucede más en España... ¡Han ido matando a todos los lobos!

—El miedo es lo que mata, Felipe, es el mal que acosa al hombre. —Hice una pausa—. Aún estoy aterrorizado aunque sienta pena por ella. Y mataría para defenderme si ella volviera. Pero ella supo que no íbamos a atacarla.

—¿Qué le dio esa seguridad? —Felipe empezaba a sonreír.

—Su instinto, supongo. Nosotros, usando palabras, cada vez confiamos menos en nuestras percepciones. Nos medimos con ella. —Yo empezaba a sentirme orgulloso.

—Salvo que prefieras creer que algún fantasma bajo sospecha ancestral nos ha salvado —ironizó Felipe.

Tragué saliva y quedé en silencio. Ya se me había ocurrido y aún temblaba. No podía filosofar acerca de instintos ni de aparecidos.

—¿Dijiste que ella sola enterró a su cría? —Quería explorar las diferencias.

—Son mamíferos, Federico, en su deambular natural viven en manadas. Si la madre hubiera muerto antes que sus lobeznos, otra loba les habría dado de mamar como a sus propios hijos. No hay huérfanos ni desamparados en su mundo...

—¿Qué va a pasar con esa loba ahora? Tal vez pueda sobrevivir...

—Si quieres que te diga la verdad...

El escenario parecía suspendido en un intervalo. Me consumía en la impaciencia. Necesitaba desterrar de mí la idea fija para poder pensar. Quise sentarme en la cumbre del monte

bajo el rocío de estrellas, para vencer mi sensación de ridículo. Me prometí no mencionar en Montevideo mi siguiente parrafada: debía evitar ser el hazmerreír en las veladas de paella que me proponía disfrutar.

—Mirá, Felipe —comencé— tal vez me esté volviendo viejo y un poco crédulo ante pensamientos hasta ahora tan ajenos, pero... tú lo has visto. Estoy empezando a creer en el espíritu que ronda el olivar. El anciano molinero dijo que suele aparecerse ante unos pocos, que tú eres uno de ellos, ha dicho que solo ante ti aparece muy serio, eso dijo. Creo que también se me ha aparecido a mí, si ya estoy atrapado en esta locura. Y dejame caer de una buena vez en la ignominia para decirte, no sé de dónde saco fuerzas para repetir este dislate, pero creo que esa loba huyó porque se enfrentó al fantasma —como Felipe no parecía reaccionar seguí insistiendo, perdiéndome más y más en hendiduras de las que intuía no iba a salir ileso—. Creo que el espíritu nos protegió. —Solté por fin lo que necesitaba decir y respiré hondo tratando de acomodar mi ansiedad—. ¡Ya puedes burlarte de mí cuanto quieras. ¡He perdido el pudor!

Pero Felipe no se burló. Quedó en silencio durante largo rato. Resopló un par de veces y finalmente suspiró.

—No, primo, no hago chanzas con esto. La gente cree. Ya has visto a Anunciación; cree en milagros, cree en la Virgen, creen... En qué cree la gente, qué más da. Yo creo en la historia. Tú tenías certezas, hombre, y hoy crees que el espíritu de tu padre ronda el olivar y acaba de salvarte la vida. Si eso crees, ¿qué puedo decirte yo?, pues ¡disfrútalo!

—Creo que hay algo de su vida que quedó aquí, sin tramitar. Creo que desconozco esa vida suya, que no la supe ver. Creo —insensato de mí—, que aquí he de encontrar todo lo que me falta saber.

Felipe alarga su silencio y desciende por él hasta tocar fondo. De pronto respira hondo y cambia el tono de voz.

—¡A por esas gitanillo! —diría mi padre para darse ánimos. Veo llegado el momento de decir lo que ha quedado sellado en mis labios hace ya muchos años. Es tu derecho, ¡coño!

—Me intrigas.

—¡Hombre! Es curioso. Uno puede esconder por años una historia sin hacerla saber ni a su familia y de pronto, uno sabe que llegó el momento de abandonar la guardia. No conocí a tu padre. Lo conoció mi abuelo, el otro, el carnicero del pueblo, él fue quien me lo confió. Obtuve esa historia como premio por rendir mis últimos exámenes con buenas calificaciones. ¡Vaya que me atrapó! El abuelo fue cronista de nuestra guerra civil. Yo fui devoto de tan florida prosa y dispuesto a apoderarme de su estilo. Tanto quería saber que tal vez por cansancio gané aquel secreto familiar, inesperado. Le había pesado a él durante años y le prometí no entregarlo jamás. Cumplí mi palabra como el secreto cumplió la función de preservar a la familia Pereyra del largo brazo del Generalísimo. Madre no lo supo jamás. Y si no hubiera sido por esa loba, por el susto y por la pena, no sé si te lo cuento. Pero vamos coño que también te pertenece. Y ha sido agotador cargar con él yo solo.

Los astros curvados del firmamento brillaban con estridencia inusitada por encima de mí. Se habían ido aproximando y me cubrían al punto de oprimir mi cabeza con la fuerza de un casco metálico.

Mientras Felipe exhumaba su historia secreta, mis vísceras palpitaban en largo lamento: ofuscado en mi propia ira, no había logrado conocer a mi padre.



EPISODIO 10

Maruja relatará su propia historia y la de su yerno Antonio

(Introducción de Rosario)

Sea esta la ocasión de descolgar de la memoria del tiempo a PeñasDeArriba, pueblito prendido a los riscos como un sueño de líquen. Minúsculo como es, brilla en la luz de la tarde con sus edificaciones de ventanucos y puertas enanas.

A fuer de sinceros, diré que las escuadras de las ventanas nunca conocieron ángulo de noventa grados, como tampoco las habéis de reclamar a las aberturas de las puertas. Podría además señalaros las preñeces de las paredes formando bultos por debajo de tejados temerarios. Pero nosotros, vanidosos de nuestras callejuelas, sabemos de sus excusables desaguaderos; aún cuando un observador miope osare insinuar algo acerca de las ennegrecidas zanjas por las que corren liberadas las aguas vagabundas.

Sugiero que ninguno pierda su sensibilidad de concurrente, en especial si de visitante se trata, en caso de intentar capturar esa esencia que vuelve único a este lugar. Que si quiere verlo *como el urbanismo que debiera ser*, que se dedique a visitar *shoppings*.

Entráis en cada casa a través de un pequeño corredor que apesta a orines, puesto que allí se guardan los burros. Solíamos apretar las narices cuando niños para resistir, además del hedor, las irónicas risotadas de los ancianos. Tan irrespirable era, que para nada nos importaba la misión de salvar mulas y burros del forzoso despeñadero nocturno. No *aspirábamos* a consolidar tan asquerosa herencia.

A partir de allí pasáis a un comedor de techo bajo, artesonado, con madera oscura. Durante el día un resplandor de cobres resbala por sus fueros: son los arreos del hogar que más allá de la cocina, se encienden con el sol.

El tejado de equilibrio incierto cobija en el piso alto el único dormitorio para la familia. A veces, dos.

Si insistís en preguntar por los tocadores os diré que en verdad nunca los hubo. Los saledizos achaparrados detrás de las casas, hacen las veces de excusados. Cavados los orificios imprescindibles, la sustancia se desliza a lo largo de ese hábitat natural, poniendo rumbo hacia el abismo para su recreación.

Como no era bastante con las lluvias para arrastrar la inmundicia, los vientos se apiadaban ahuyentando las señales.

Las casas hacia el poniente esmeraron sus drenajes para dispensar la cuesta del olivar más próximo. Habríase requerido un pocero clarividente para redimir ciertas aristas. Pudo haber sido Antonio, el sieteoficios, si en aquel entonces su alma azul hubiera sido adjudicada a su destino. Pero como aún no había nacido, la misma gente –al comenzar la primavera y acabar el invierno– hacía la limpieza. Tarea riesgosa si podéis imaginaros a vosotros mismos al borde de un abismo.

También os diré a su favor, que al pueblo no le faltaba sacerdote, maestra de escuela, panadero u otras artes hoy despreciadas, como la de doña Paca, válgame Dios, que tejía el mejor encaje de bolillos de todas aquellas sierras.

Y allá abajo, en las postrimerías del precipicio, un puñado de labriegos había levantado sus habitáculos desplegando chozas en abanico. Ellos mismos se denominaron PeñasDeAbajo sabiendo que servían a los patronos y sus olivares.

Os dejaré –y eso me place– con Maruja, con quien compartimos ciertas malhadadas prácticas que a punto habréis de des-

cubrir. Ella, que sabe salir ilesa de los escollos que le interpone la vida, hará su propia presentación.

Presentación de Maruja:

«De mi pueblo PeñasDeAbajo me vine embarazada del hijo del fontanero, que se aprestaba a manosearme el cuerpo y a meterse por mis huecos cada vez que me veía llegar por la callejuela. Estaba casado el condenado y yo tenía 15 años. Tan verdes eran mis años que no sabía yo qué hacer conmigo. Fue en medio de aquellos belenes que madrecita apresuró a doña Angustias en PeñasDeArriba. A doña Angustias le urgía sirvienta para criar a los hijos de Paco; los infortunados habían quedado huérfanos cuando el descomunal furgón se le echó encima a Paco y su mujer. No sé si los leyentes saben que aquello sucedió rumbo a Madrid, yendo a por el doctor; pero eso no me toca a mí contarlo, ya lo hará la niña Rosario cuando le cuadre. Yo me vine a PeñasDeArriba y me crié yo misma a los quince años; crié a los tres del Paco y a mi niña María de las Lilas que creció con ellos. Puedo jurar que nunca he tenido ni reconcomios ni resquemores, durante esos años que fueron muy dichosos.

El día que me cambiaba de Peñas, los González DeAbajo festejaban a su vástago recién llegado. Si de pequeña les había visto penar por un hijo, conocí la piedad de Dios justo antes de abandonar el vecindario. Fue ver aquella estampa y llevármela conmigo. Aún cierro los ojos y los veo: Antonio de pie inclinado hacia su mujer, abrazándole los hombros; ella, sentada sobre un tronco, llevando al Antoñito en brazos. No tenían ojos más que para ese chiquillo que por fin prometía llenar de gozo el resto de sus días. Y yo pensé que tal vez sí, a mí también, coño, un hijo podría darme contento.

Terminando de bautizar al crío, pobres como eran, compartieron con los vecinos el más grande festejo de sus vidas, sacrificando

su mejor cabrito. Salía yo del caserío cuando don Antonio me regaló un trozo de costillar y me dijo:

—No puedes irte sin llevar un poco de mi felicidad. Juro que te ha de traer la tuya... te lo prometo.

Me dijo eso.

Subí la cuesta de PeñasDeArriba y me acomodé en casa de doña Angustias, que no había sido bendecida con marido ni hijos. Alguien dijo que gracias a eso, era una mujer calmosa, si las hay. Para mí, cuidar hijos propios o ajenos me entreveraba los nervios. Todos se me insolentaban al principio, yo no sabía hacer con chiquillos de ciudad, tampoco con muebles de tal categoría que no se tenía visto en PeñasDeAbajo.

Doña Angustias me serenaba:

—Bueno, bueno Marujilla, para criar retoños bien nacidos hay que tener los nervios tranquilos. Niña, si tú te afliges, tu niña, porque te aseguro que va a ser niña, va a nacer afligida y con torceduras de estómago.

O a veces me decía cuando no podía lograr una buena colada:

—Si te martirizas por no saber hacer lo que te mando, no será con tormentos que habrás de aprender.

Aunque al principio no entendía lo que decía, su voz me apaciguaba. En la apretura de dar a luz llamó a la comadrona, deberíais haber visto lo que fueron aquellas dos mujeres a mi lado. Podéis ya enfermar o morir que no habrá desesperación si las tenéis a ellas con vosotros. Pero no osaré perder tiempo. Rosario me ha dicho que os interesa Antonio y si no os impacientáis, para allí estoy yendo. A poco de estar en casa de doña Angustias, cruzaba yo, una de las tantas veces, con trapos y cubos de agua hacia la entrada (para el patio del burro, nunca habrá suficiente jabón que quite los olores). Un día vi llegar a don Jesús y le escuché decir en voz baja que el niño había sido adoptado por unos labriegos de PeñasDeAbajo. “De mi caserío, ¡coño!”, me dije.

No tengo por vicio inmiscuirme en conversaciones ajenas, tampoco sé explicar qué me pasó, pero esa frase me golpeó como un golpe en la cabeza, lo juro, me revolvió el vientre. Me salí y caminé hasta el tejo. Allí solía subir cuando me daba la cabezada. Desde el tejo alcanzaba a ver mi PeñasDeAbajo. Me acostumbé a sentarme bajo su sombra cuando necesitaba pensar. Era como hablar con mi madrecita, porque bien sabía yo que me extrañaba. Anduve despacio porque pensar es algo que lleva tiempo y mis pensamientos gritaban todos a la vez. Me sentaba para ordenarlos, para sacarlos de a uno como el acebuche cuando se ordeña. La estampa de los González, su alegría familiar me temblaba el recuerdo... ¿por qué vías había llegado el rorro? ¡Adoptado! No sé si entendéis, no es esta una zona donde ocurren asuntos portentosos. Y cuando sucede, el cerebro rechina porque los pensamientos tienen que cambiar de lugar.

Porque esa dormidera que había nacido conmigo se iba despegando del lado de adentro. A mis quince años, apenas tenía visto a las cabras juntarse. Yo me recordaba cubierta por el gordo fontanero, preñada sin correspondencia. Pero los González, ¿jse habían juntado!? Para eso se casan las gentes y para tener un niño hay que... Mi pensamiento no encontraba zanja para sus aguas. Pero lo que me inquietaba era mi cuerpo que parecía hendirse y destapar un mundo de emociones, sensuales se dice; pero eso no tenía nombre ni lugar en mi ingenio. Me sentí avergonzada por el nuevo afán que empujaba sin aviso. Junté fuerzas y me dije de mí a mí en voz alta “¡Ay, que tienes dura esa mollera, tienes tanto que aprender!” Os juro que aquello se metió en mi cabeza y a partir de ese momento, algo se apisonó con firmeza.

Nunca más dejé de pensar. Mi alma ya no fue la misma. Yo era otra aunque no entendiera demasiado todo aquel derrumbadero en mi discernimiento. Se me dieron vuelta los procederes de

cada quién. Supe que don Antonio amaba a Juana, su mujer, con el tono cobrizo que deja el sol al desaparecer tras la sierra. Comprendí esas impudicias de las que aún no me había liberado. Supe que el fontanero me había abusado como el óxido corroe las ferraduras. Y sentí furia, tanta que no me cabía en el pecho. Quería volverme toro rascando las patas en la arena, clamando sangre, oscura sangre, quería verla saltar del cuerpo de aquel hombre, que brotara como una fuente, que se derramara a mis pies. Días y días imaginé horrendas venganzas, azotes con gritos de dolor, pestes que volverían carroña la piel del maldito. Quise denunciarle, que el cura lo expulsara de la congregación, ¡yo, casi una niña! Pero os juro que me sentí mucho mejor a partir de entonces, digna de mí, orgullosa, restaurada mi alma. Mi fiereza comenzó a flaquear cuando imaginé un rostro de niña –mi niña aún no nacida– que cruzó mis vistas y quedó allí, esperándome.

Disculpad mi desvío. Pensé que os pudiera interesar cómo principian ciertas cosas. Luego don Jesús dijo *adoptado*, ¿adoptado de quién? es que ¿puede una madre no querer al hijo que parió su propio cuerpo? Camino a casa de doña Angustias, esta niña de quince años que yo era, había conocido esa desazón.

Trepé hacia el tejo y bajo su sombra acepté mi providencia: a poco, si una hija mía habría de nacer, jamás sería yo capaz de... ya podía tocarme en suerte cualquier destino para gracia o desgracia. Jamás me he arrepentido.

No sé si os dije que me disgusta inmiscuirme en conversaciones ajenas, pero he de confesaros que a la siguiente visita de don Jesús, agarré sin dudarlo, trapos y cubos y me instalé en el patio del burro. Dispuesta a escuchar el cuchicheo mientras derramaba agua, yo quería saber cómo una madre tendría ese coraje. ¡Y quería saber quién era!

Y tanta fue la atención que les dispuse, que bien puedo repetirlo.

—¿Lo sabe María Soledad? —preguntaba Angustias.

—No, —negaba Jesús— juré que nunca le diría. Ese fue el trato.

—¡Pero... tú sabes?

—Ay, mi alma, si un día la comadrona se lleva al pequeñín y a poco aparece en casa de labriegos un nuevo niño sin madre encinta que lo precediera, no hace falta ser muy perspicaz, hermana.

—La comadrona debió ser más cuidadosa, ¿no crees?

—¡Pero qué dices, mujer! Puede verse quienes adoptan al niño, ¡pero quién lo dio a luz y dónde, ni las pitonisas, coño!

Juro que eso escuché. ¿Quién era la tal María Soledad? Yo aún no conocía a todos los de PeñasDeArriba. Ni tiempo que me sobrara después de tanta faena con los niños de Paco, con mi propio cuerpo que día a día se me cambiaba a la espera de mi Marilila. Pero me dio redobles que la tal María Soledad tuvo un niño y nadie se había enterado, ¡en un pueblo tan pequeño! ¡Ay, protégeme Dios mío, solita yo sin saber cómo espantarme un secreto tan ajeno! Juré de prisa por mi alma, entre padrenuestros y avemarías, que lo enterraría conmigo. No me atreviera yo a defraudar a doña Angustias.

Pero ya sabéis, cuánto más trata una de olvidar, más pica la curiosidad. La tal María Soledad no era señora de visitas para poder conocerla. Saber donde vivía la mentada, no servía de mucho pues nunca salió de su casa. Os diré que no logré verla hasta el mismito día de su entierro, más por curiosidad que por respeto, ya puesta en el ataúd, que Dios me perdone. Pero nada pude colegir yo de aquel rostro tan apergaminado que no dejaba ver el color de sus ojos. Y si no se ve color, no se puede saber más. El alma no lo muestra.

Por un tiempo me había empecinado y caminaba por la CallejaDelPañuelo, entre las dos filas de casas, hasta el callejón. Pero la celosía permanecía siempre cerrada. Tampoco podía insistir sin despertar sospechas, pero ¡coño!, quería

saber. Quería saber si la vergüenza arruina a una madre. Quería saber cómo un hombre osa mancillar a una tal señora y luego se quita. Quería saber si había sido otro mal nacido fontanero que además de huir dejaba sin pocero al pueblo. Porque como bien dice mi niña Rosario, el pueblo no tenía ninguno. Hubo que esperar años a que Antonio creciera y se convirtiera en su sieteoficios. Sí, Antonio, el hijo de los González, el que no nació en PeñasDeAbajo el día que me iba, el que de tanto subir a PeñasDeArriba acabó instalándose cerca del *col-mao*, por la calle de atrás de la estación. El fue quien enamoró para siempre el corazón de mi Marilila, pues el color de sus ojos era celeste despejado, como la luz que brota de su mirada. ¡Vierais lo apuesto que era!

En seguida Antonio fue imprescindible para el caserío: tanto ajustaba las tejas para protegernos de la lluvia como reparaba ventanas y muebles, o hacía zuecos ahuecando las ramas de los árboles. Era tan hábil como albañil, que prometió ¡diría que presumió! construirle un horno al que se le antojase. Y gracias a sus maravillosas manos hoy todos cocemos el pan, hasta el guardián del ferrocarril. También os diré que para el mazapán con almendras molidas y azúcar en pasta, no tenía competidor. Cualquiera cuece su mazapán, pero ¡sólo él lograba ese sabor! Juraría que le mojaba con jerez y le espolvoreaba canela a la masa. Pero guarda en secreto las aromas con que maceró su propio horno. Aunque lo niegue el resto de su vida yo bien sé que utilizó hierbas conseguidas, vaya a saber dónde. Y cierto es, como que Dios nos mira, que nadie cocina más sabroso.

Si miráis del otro lado de la estación, veréis LacalleDeEnmedio, la Iglesia, el Cementerio. Allí vivía doña Cata bordando, tejiendo mantas y mantillas tan bellas que llegaban desde Granada por ellas. También vivía allí tía Matilde que venía del norte y lavaba la ropa en el riachuelo.

Me gusta escuchar el viento en el silencio de las sierras, donde están las casas de don Jesús, allá sobre el final, en la parte más alta del olivar. Desde allí bajaba él con su piel bronceada a secretar con doña Angustias. El día que escuché el nombre de Francisco supe que hablaban de un hermano desaparecido en época del Generalísimo, sin que nadie supiese si había huido o estaba muerto. Por esos tonos y otros rumores yo calculaba que el tal Francisco no era ajeno a estas historias de escondrijos, de cosas prohibidas, hasta de política, creo, sin descartar delincuencias, ¡Dios me perdone!

Pero hasta ese momento, ¡seré tonta si os parece!, nunca relacioné al Francisco con Antonio, que a la vista era el protegido de don Jesús; era educación lo que quiso darle y tanto se empeñó con el muchacho que lo fue arrimando; el pueblo de PeñasDeArriba nos daba orgullo; teníamos maestra, ¡había escuela!

Pero aquellos fueron días desdichados, lo recuerdo muy bien. Aparecían desconocidos en las zanjas, los milicianos bajaban de los camiones y golpeaban a la gente. ¿Qué eran *los rebeldes*? Nunca entendí por qué los republicanos eran enemigos de España, qué mal habían hecho. Yo los conocía bien, devotas criaturas de Dios. El miedo nos congelaba el pecho. Siempre alertas, sin saber a quién se llevarían cada mañana.

Durante años los hermanos buscaron a Francisco. Fui testigo de su decepción mientras fregaba el patio del burro. No pretendía escucharlos, pero ese mal hábito se me había arraigado. Apenas veía a don Jesús bajando la cuesta, salía yo con los cubos. Y no era para asombrarse que le agregara almizcle para alejar el tufo, porque mal quería yo acostumbrarme a eso.

Las nubes pasaban mientras Antonio crecía y acumulaba merecimientos. Rasgaba la guitarra como los ángeles, cantaba de maravillas. José, el hijo de don Jesús lo tentó para probar

suerte en Madrid. Además de amigo, también rasguñaba las cuerdas y se impacientaba imaginando hazañas para matizar la vida del pueblo. Pero Antonio no quería alejarse, el pueblo era su casa, Jesús, su padre. Yo lo entendía, había que afirmarse. Eso era abandonar en PeñasDeAbajo a nuestros primeros padres.

Así era mi hijo político de muchacho, todo lo iluminaba. No os miento si digo que prometía llegar a matador, vierais cómo lucía de novillero. Pero seguía su propia discreción destinado a servir a todos, a repartir sus totalidades. De tanto en tanto salía de la sierra para ver a sus padres y llevarles algunos garbanzos.

Ya estaba casado con mi Marilila, ya tenían sus propios niños, ya había ganado credenciales en el pueblo, cuando supe que María Soledad empezaba a enviar por él: que la carpintería, que la fontanería, que el hornillo para el pan, siempre alguna faena lo llevaba a la casa de las celosías cerradas. Doña Angustias juraba que María Soledad lo sabía, porque una madre siempre sabe. Que no lo podía decir, que tal vez había hecho una promesa... ¡que no sé yo a quién!

Y aquí viene la historia pues Antonio –vamos que eso también le retenía en el pueblo– se enamoró de mi María de las Lilas, que si ya lo dije, me cuadra repetirlo. Aquella proximidad quemaba a quien anduviese cerca, tanto y tan juntos andaban siempre que don Jesús complacido, porque le tenía cariño a mi niña –y no impidáis que lo diga porque me llena de orgullo– me dijo un día de casarlos, que si ya tenían 20 años qué habríamos de esperar.

Ay, he de advertiros que este desenfado con que les cuento la historia no lo tenía yo conmigo entonces. Mis trajines eran tales y cuales, ocupada mi vida con tanto crío, que no podía pensar demasiado y pocas veces bajaba a PeñasDeAbajo a visitar a mi madre.

Si os queréis divertir a mi coste calculando cuándo mis sentidos salieron del fregado, os diré con vergüenza, que el mismo día de la boda. Cuando vi llegar a los padres de Antonio, lo juro por Dios, quedé tiesa como vara de olivar. ¡Pero si eran los González!, vaya tonta, Antonio era... ¡aquel rorro! ¡Pero si ya lo sabía! Tonta, tan tonta retonta me repetía.

En medio de aquel trajín subí y me fui a sentar bajo el tejo. Necesitaba componer todo lo que sabía, aunque no debiera saberlo. ¡Vamos! Que seré tonta por necesidad pero no por vocación. Quería ordenar de una vez lo que sabía con lo que los demás no decían. Veamos, me dije, un padre desconocido, un hijo adoptado, repetí, afligida de saberlo por fisgona. Y cosas que yo sabía sin saber. Tuve que pensar de prisa, ¡que no era día para eso, vamos! y decidí que a fin de cuentas daba igual si los demás sabían o no, yo debía cuidar de no decirlo. Era tanta cosa junta que busqué lápiz y papel y me puse a anotar. No es lo mismo que eso de vueltas por la cabeza, que escribir para dejar bien sentado lo que uno piensa. Ay, ya estoy hablando como doña Angustias, aunque nunca termino de entenderle. Pero me sentí en paz con mi conciencia, nunca dije nada que hiciera sospechar a don Jesús o a ella que yo les aguzaba las orejas detrás de la columna. No iba a mal pagar todo lo que hicieron por mí y mi niña.

Cuando me di por satisfecha, me llamé a silencio. Terminé de preparar las tortillas y todavía un poco aturdida, me entretuve en la fiesta y bailé con todos. Fue una hermosa fiesta. Si queréis otro día os cuento cómo el padre de Antonio abrazó el barril de contento que estaba, y que si Jesús no lo aparta... perdonad, se los cuento otro día.

Y retomamos la vida. Antonio, ¡ay! que es brujo y se da cuenta de qué le sucede a la gente, después del casamiento, cuando sus ansias y sus ardores encontraron cauce, vino a increparme sin miramientos.

—¡¡¡Dímelo mujer!!!

—¿Qué cosa, por Dios Santo? –le pregunté sobresaltada, sin saber qué se traía.

—El secretillo que te guardas.

—¿Qué dices, ¡hombre!?

—El día de la boda vi tus ojos saltar con espanto de mis padres a mí, de mí a Jesús, ¿qué te traías? Te apartaste, te pusiste a escribir ¡madrecita, que me dejaste de una pieza! ¿Qué te guardas? Aún me miras extraño, mujer, y no se te quita la expresión. Marilila te quería averiguar, pero esto es asunto mío. Ya dímelo, ¿qué te traes?

No pude negarle porque no sé mentir y porque no me dio respiro. Cuando quise quitarle el cuerpo al tema como cabía esperar, tomé el peor camino.

—¿Por qué no le preguntas a tus padres? –vacilé.

—Ah, desdichada, sabía yo que algo te guardabas. ¿Qué he de preguntarles, qué saben ellos y tú, que yo no? Vamos guapa...

Quedé atrapada en mis propias mientes, soy lo bastante tonta para eso. Y me conmovió de tal suerte –yo sucumbo cuando el meloso me lisonjea y él lo sabe– que acabé por rendirle todos mis secretos. Se los eché de prisa, aliviada por fin de la pesada carga. Le dije de quién era hijo y de quién no. Vi que no lo sabía. También vi que no quería perturbar a sus padres dudando de lo que jamás quisieron rendirle cuentas.

Al principio me asusté. Tenía una mueca extraña en la boca y su rostro se iba estirando. La vista gacha, fue levantando despacio la cabeza hasta que una sonrisa iluminó sus ojos. Estaban húmedos y brillaban con la claridad del día. Me pareció ver sus ojos por primera vez. Eran celestes, era verdad, sus padres los tenían oscuros. Nunca se me había ocurrido. ¿De quién venían esos ojos claros? El vil pensamiento me asaltó sin contemplación: si doña María Soledad nunca estaba a la vista y al seño-

rito Francisco no lo había conocido ¿cómo iba yo a...?

La curiosidad me atrapó del cuello y me cortó las entendederas. En el apuro, la pregunta se atascó en mi garganta y salió despedida sin gobierno.

—Dime Antonio, María Soledad ¿tiene los ojos color...? — como me miró asombrado, hube de explicarle—: ¡Es que jamás la he visto!

Él pareció sumergirse en tinieblas, sin escucharme. Sismando, le dicen. De pronto se volvió hacia mí con su mirada ancha. Soltó entonces una carcajada, se acercó con su andar gatuno, me levantó en brazos como si fuese un monigote de trapo, me hizo girar un par de veces sin importarle mi temor a ser despedazada, dio media vuelta y salió corriendo al tiempo que reía:

—Sí, Maruja, sí. ¡¡¡ Son ...!!! —No alcancé a escuchar el final.

Pensé mucho, traté de unir cabos sueltos. No fue sencillo para Antonio convertirse en un hijo embozado, silenciado.

Marilila por su parte, pudo aliviar la vergüenza de creer que la persecución de la anciana, sería la cruz del resto de sus días. Doña Soledad inventaba para su marido tareas siempre urgentes, aunque nunca lo fueran. Recibían buena paga, pero no les faltaban discusiones. Ella también necesitaba a su marido para sí ¡coño! Sobre todo en las nohcecitas de invierno cuando reclinados al lado del fogón, compartían juntos una tortilla. Antonio solía burlarse de su mujer, celosilla de una anciana solitaria que agradecía la compañía agregando facilidades a su humilde morralillo. Marilila insistía, aquella señora se traía algo. Madre todavía no era palabra autorizada.

Hechos de sangre no faltan en Andalucía y los hubo meses después. Los padres de Antonio se despeñaron pobrecillos un día, volviendo de PeñasDeArriba de regreso a casa. Se precipitaron casi juntos cuando el carro que el hombre conducía cayó al vacío con su mujer dentro. Él intentó un estirón de las riendas y

casi logró detener el carro. Los labriegos vieron cómo todo se precipitaba; gentes y animal cayendo al vacío. El tirón hizo tropezar al borrico que se deslizó con las patas por delante. El carro se llevó consigo a aquella pobre mujer que no sabía cómo sujetarse. Él iba detrás como queriendo aún alcanzar las riendas. Giraron suspendidos en el aire durante seis segundos de eternidad –se dijo– y acabaron uno tras otro, golpeando las peñas, rebotando como títeres, muertos ya, antes de yacer por fin en tierra.

Él les lloró con generosidad. Estaba agradecido por el amor con que le habían rodeado. Salir del vientre de su madre o de otra, era indiferente. Antonio nunca se sintió engañado. Nunca quiso hablarles del asunto porque nada tenía que reclamarles.

Pero ese día lloró. Lloró sus dos madres y sus dos padres. Lo que tuvo y lo que no conoció. Os lo digo de buena fuente, del mismo Antonio. No podía saber que lo esperaba nuevamente una jornada de llanto, cuando le tocara morir a su... *¿madre?*

Ya veo a Rosario inquietarse, he de terminar mi relato. Quisiera dejar muy en claro algo que siempre pensé. Que... por mi parte... ¡no sé cómo decirlo! En verdad creo que todos sabían todo, pero nadie quería que los otros supieran que cada uno en verdad lo sabía. Bueno, ¡se entiende!».

10

(Patty y Carina van caminando por la orilla de la playa, Patty lleva un dos piezas rojo, Carina un traje de baño entero, azul. Ambas tienen sendos sombreros amplios y un sobre pequeño en la mano: Patty, capelina roja; capelina blanca a rayas azules, Carina.)

Patty observa a su alrededor, mira hacia las sombrillas que están próximas a la orilla, dirige una mirada apreciativa a la gente que está tirada al sol. Luego extiende la vista a quienes caminan por la orilla. No parece ver nada o nadie que llame su atención y se resigna a escuchar la cantinela de Carina que ya ha comenzado

C.—... me llamó Amelia, tal vez venga a tomar un rato de sol. Creo que al final va a quedarse ella con los dos niños...

P.—Genial, nada nuevo, los hombres son brillantes, ¡hay que reconocerlo!, le carga los hijos y él queda libre y soltero de vuelta. Lo dicho, ¡¡¡unos cerdos!!!

C.—Mujer... tú más que feminista parece misógina... pero de hombres. No sé cómo se dice. ¿Andrógina? No, ¡eso es otra cosa!

P.—No hay palabra que diga del odio a los hombres, ¿viste? No hay palabra porque ellos no pueden imaginar ser odiados. No está en el lenguaje patriarcal en el que vivimos. Ja, ja, y como no tiene nombre, la posibilidad ni siquiera existe.

A.—Sos cómica Patty, me hacés reír.

Una pelota liviana de colores cruza por delante de ellas y Patty la recoge. Mira para todos lados y ve venir a un chico corriendo. Tira la pelota en su dirección y siguen caminando.

P.—Estos guachos molestos... deberían ir a jugar a la zona de deportes, ¿no hay en esta playa?

El calor parece arreciar con el comentario y Patty chapotea un rato en el agua mientras caminan por la orilla.

C.—Me preocupa Amelia, es difícil pensarse sola y a cargo de todo. Él era una pieza del puzle, juntos sostenían la familia, ahora todo queda incompleto, pobre Amelia. Si él desaparece...

P.—Vos ya pasaste eso y aquí estás completa, entera, dando consejos. Si él no desaparece, como suelen hacer los hombres, seguirán sosteniendo juntos el lazo familiar, no hay que hacer tanto drama.

C.—Tal vez, pero ya no será lo mismo, ¿entendés?, no es lo mismo.

P.—Los seres humanos tenemos algo insoportable con eso de «lo mismo». Nos obsesionamos con volver a «lo mismo», sin importar si funciona o no. ¿No se dan cuenta que «lo mismo» es esa porquería que no funcionó?

C.—Es una ilusión de seguridad.

P.—Ilusión, sin duda. Pero seguridad, ¿de qué? Económica, un techo y comida, no estar sola, garantía de amor, ¿cuál seguridad? Estamos solos, morimos solos, nos tenemos que arreglar solos. Solas. —Corrige—. Más vale que se de cuenta lo antes posible. Si cree que alguien va a acompañarla, mi querida, hoy más que nunca se mantiene en pie quien solo se interesa por sí mismo.

C.—Patty, ¡ya no creés en nada!

P.—Nunca creí. Hubo momentos en que olvidaba que no creía. Pero, por suerte, la vida se encarga de recordártelo a cada paso.

Un par de muchachos atraviesan corriendo delante de ellas, en veloz carrera hacia el agua, casi atropellándolas, riendo, jugando y salpicando.

Patty retrocede ante el empujón, se queda parada por un instante y luego levanta la voz:

P.—Pero la gran puta, basta del tema, me voy al agua yo también. —Sin esperar respuesta, deja el sombrero y el pequeño monedero sobre la arena, los lentes de sol al lado. Se da vuelta y le pregunta a Carina si ella también va, Carina le dice que no, que la espera. Patty enfila con brío hacia dentro, saltando la primera ola que rompe en la orilla, gritando—. Ay, está más fría de lo que creía. ¡¡¡Vení está divina!!!

(Carina se sienta en la arena y se acuesta sobre el sombrero que coloca debajo de la cabeza. Cierra los ojos y descansa bajo el sol. Se entreduerme un lapso imposible de medir. Al poco rato siente que el agua la salpica, se sobresalta y ve a Patty mojada, los cabellos chorreando agua y salpicándola con lo que le resta entre los dedos.)

P.—Una delicia toda para una, ¡¡¡en medio de tanto divorcio!!! Me dio hambre, Carina, qué tal si almorzamos en el parador al lado del guardavida, mira qué tipazo es, así nos damos un baño de multigoces mezclados. No veo demasiado género masculino por acá.

C.—Los hombres trabajan, mi querida. Buena idea la tuya, esperame que también voy a zambullirme un poco.

Carina entra al agua, se moja lo imprescindible con tal de dejar la cabeza fuera y retorna en seguida.

Sentadas en una mesa del parador debajo de una generosa sombrilla, mirando hacia el mar, Patty suspira seguido de una sonrisa cínica. El mozo está dejando una botella de cerveza, un refresco, algunos pancitos.

P.—Esto es vida, mi querida, y no se precisan hombres para disfrutarla.

El mozo que se había alejado vuelve para dejar dos platos ya servidos. Ambas aspiran con deleite el aroma de las

miniaturas de pescado y los mejillones a la provenzal que aún mantienen un halo de vapor en la superficie. Patty saborea un bocado, mira hacia el cielo, pasa la lengua por los labios y sonríe elevando el tenedor con su mano derecha como agradeciendo a Dios.

P.—Es buena la cocina, nunca lo hubiera imaginado.

Por unos instantes, los sabores, los aromas, el viento, elevan la sonrisa, distiende el ánimo. Una brisa atraviesa y se desliza al lado, gira entre otros comensales, se mezcla con el olor de crema para broncear y permanece junto a la mesa, como un perro obediente.

(El iPhone de Carina suena y ella vacila pero responde.)

C.—Amelia... no venís, estamos almorzando... qué te pasa muchacha... tranquilízate, ya se va a arreglar... *(Escucha un buen rato. Patty hace gestos para saber qué pasa, Carina baja la mano para que espere.)* ¿El mío? Tranquila, te cuento, es sencillo. Se fue, volvió un mes después, vio a los niños, dejó dinero y desapareció. Se volvió nuestro fantasma mensual. Apostábamos con las amigas a ver si vendría ese mes o no... Claro que lo extrañaban, sobre todo la niña. Pero a él no lo conmovía ni el llanto de la niña, ni el enojo del varón... Hizo lo que le vino en gana... No, mi querida, ni presencia, ni apoyo, ni padre. No lo corrí por los niños... Y... tomé las riendas y les hablé claramente...

P.—*(Hace gestos de aburrimiento)* Ay, nos persigue el tema, ¡¡¡no podremos hablar de otra cosa!!! ¿Por ejemplo de ir al baile de los sucuchitos esta noche y cargarnos algunos *cuchos*?

Carina no la escucha sigue ocupada tranquilizando a Amelia.

C.—¡...y dije lo que estaban viendo! Que el padre vendría cuando él quisiera y que no podíamos depender de que nos trajera dinero, que nos tendríamos que arreglar los tres, organizarnos... les dije la verdad... ¿Te parece que te contesto como

lo haría Patty? Ja, ja, ja... pero Amelia, ya pasé por todo eso, por eso sé que a la larga uno se arregla... solo deciles la verdad... claro que entienden... Sí, te aseguro que fue tan buena charla que el mayorcito me dijo: «mamá si ya hablamos todo, tengo que hacer deberes». Y se fue a estudiar, mi querida... dio por terminado...

P.—Claro, un varón sabe el camino que ha de tomar para sacudirse las pulgas.

C.—El varón sabrá el camino, pero el padre quedó fuera... le estoy respondiendo a Patty que está convencida de que los hombres son los privilegiados... no venís, bueno, luego nos vemos. ¿Te quedás más tranquila? (*Apaga el celular*). No perdés oportunidad, ¿eh? ¿Ves que el hombre también pierde?

P.—Pierde porque desaparece, abandona a los hijos como si nada de su cuerpo les hubiese engendrado vida. ¡*Mater certa, Pater incertus est!* Ese el verdadero sentido de la frase, no porque la madre sea una puta. ¡Es el tipo de gente que son los machos! Como lo dice el tango «siempre, siempre primero ellos». Puff, por suerte no tuve hijos...

De pronto un golpe al costado de la mesa deja ver una pelota de tenis que caprichosamente sube con el impulso, toca la botella de cerveza ya casi vacía y haciéndola vacilar como si fuera un *match point* la tira al suelo desparramando estallidos y vidrios entre las mesas.

Patty y Carina han pegado un salto y al mirar alrededor, ven acercarse un hombre que de lejos viene disculpándose.

—Ay, lo siento, les pido disculpas, no debí aceptar jugar al tenis con mi sobrino —tiene una bella sonrisa—, disculpen, creí que jugaba mejor. ¿Me pueden disculpar, puedo compensarles lo que se estaban sirviendo?

Patty observa al hombre, alto, morocho, atlético, de ojos claros y sonrientes pasando entre las mesas y apareciendo por

detrás de Carina. Sonríe para sus adentros aprobando su fuerte bronceado y su cadera estrecha. Lo recorre con cierta desfachatez que simula molestia y girando la cabeza lo mira directo a los ojos y dice:

P.—¿Qué tal, Carina, si ya pasamos al postre? Hay un búlgaro de chocolate...

Él no deja llegar al final de la frase.

—Lo menos que puedo hacer es invitarlas con el búlgaro, si me permiten... —su voz sonaba muy grave y atractiva.

Episodio 11

Matar a un asesino

(Relato de Francisco)

«Era torero y banderillero. Hombre humilde y de pocas luces. Pero pertenecía a la cuadrilla de Ignacio Sánchez Mejías. Y no daba igual que a uno de sus matadores le clavaran como a un toro, pues para ellos sangre de toro vale como propia. No da igual que un suceso de tal envergadura deje, qué digo muerto, peor aún, ultrajado, a uno de la cuadrilla. Tampoco da igual que el dolor causado fuera en la pura alma, porque sabemos que el del cuerpo siempre se tolera mejor. Y él era uno de ellos, porque así lo veían los otros. Tenía su misma pericia en el ruedo aunque no luciera tan sagaz de mentes. Era uno de ellos, uno de la cuadrilla. Lo habían desgarrado desde las vísceras, aunque no haya sido solo suya la pérdida. Uno que respiraba libre y con todo derecho, aunque para otros no fuera más que ¡mierda!»

Así había comenzado Felipe a relatar aquella historia. La ira amenazaba trastornar su sintaxis. Era la pasión misma la que temblaba sin hallar hospedaje en las palabras. Me admira esa manera suya de apoderarse tanto de la gran historia como también de las pequeñas. Las aprieta desde los cojones, las hace gemir. (*¡Vaya, cómo cambia mi propio lenguaje!*).

Lo perfeccionó mi mente sin extraviar su arrebató. Mientras él desplegaba los acontecimientos, el telón mágico que opacaba su voz se descorría delante de mis ojos, con imágenes ya transmutadas.

«El hombre se acodaba en un *colmao* de Madrid en medio de una multitud bulliciosa que coreaba al *cantaor* de turno. Aunque los rasguídos de las guitarras lamiscaran un poco de consuelo en aquella terrible noche, el espíritu del torero yacía destrozado para siempre. Bebía, perdido y en trance... para acabar de ahogarse ¡coño!, ¡no llevaba prisa! Parecía incluso saborear el final del sufrimiento. Su desesperación empero, si alguien quisiera observarla, quedaba a la vista.

Como siempre fue el azar quien se hizo cargo. Hizo aparecer en el *colmao* en ese momento al *niño* de Andalucía. Oteando por encima de aquella algarabía, sus ojos detectaron al primer vistazo al torero amigo y su derrumbe. Y ya se le iba partiendo el pecho mientras se abría paso entre las risas y el cante, antes siquiera de lograr llegar hasta donde el hombre se deshacía.

El dolor del poeta supo reconocer *La oscura raíz del grito* y se arrimó al torero durante esa terrible velada. Y cuando un amigo-poeta sabe nombrar el dolor, puede salvar una vida.

Federico le sabía en Andalucía, jamás en un *colmao* de Madrid y menos aún, tan adentrada la noche. Tampoco le tenía vista esa contorsión en el rostro. Le recordó la tarde en que un toro encrespado de furia buscó el flanco del matador, logró abrirle un surco y luego lo partió en dos. Ni entonces echó de ver tanto dolor, ni tales prisas por acabar con él.

Federico no venía solo, don Carlos seguía tras las correrías del Duende. Mediando el treinta y cinco, el cónsul chileno repartía salvoconductos, tan generosamente que había olvidado que se debía a una tradición de derechas.

Federico no hizo preguntas al matador. Se le acercó en silencio y su presencia acalló un poco las estridencias. Por un instante miró hacia el cónsul que venía detrás le hizo una seña más allá de sus pupilas y sin aguardar anuencias, arrastró al torero hacia su residencia.

Reclinados sobre alfombras persas y sillones muelles, el poeta abrió el camino. Arrimó vino, abucheó, chilló consignas contra Robles, se cagó en sus muertos y ajustando el ritmo para la ocasión, liberó con versos la queja que agarrotaba las tragaderas del torero.

Las palabras hincaron un puñal tras otro hasta corromper el sentido, hasta flaquear y quedar yermas sobre la alfombra. Cuando aquella hiel atravesó la garganta y el matador empezó a soltar su voz, el poeta se llamó a silencio. Entonces, sin apuro, se dirigió al piano. Deslizó sus manos sobre aquel enorme cuerpo sonoro y con un solo de Falla, buscó su propio refugio en el concierto. Acorde tras verso, vino tras canto, el ritmo iba cambiando. La alfombra cobijó tres inmortales abrazados a la guitarra, achispados. Desentonaron canciones rebeldes hasta que la madrugada los derribó, ebrios y rendidos hasta el desmayo. Ahora sí, con dignidad.

La historia quedó en suspenso y el humo se instaló en el aire para no desaparecer más. El matador puso letra a lo acontecido en su pueblito blanco para que el poeta pudiera inscribirlo en la eternidad.

Era la huelga nacional. Radicales y derechistas suplantaban al parlamento de izquierda. Leroux y Gil Robles se hacían dueños de la libertad, también la de cultos, pese a los buenos oficios de algunos devotos.

Un pequeño templo sería el escenario de la tragedia. Un cura abandonaba el púlpito para huir de prisa; poca cosa es la ignominia cuando el desquite anarquista lo señala como traidor. Dios cumplía su parte cediendo espacio. Delante de Cristo redentor, algunos voluntariosos reunidos en cabildo abierto, aullaban consignas de lucha y juraban resistir dentro. El frescor del recinto resultaba propicio para preservar alimentos y sin tiempo para pensar, comenzaron a amontonar

cacharros. El grupo iba creciendo. Ese día nuestro torero no estaba en la villa.»

—Te aseguro, primo —había dicho Felipe— que aquella acción duró menos tiempo que este relato. Porque apenas estaba sucediendo, la gobernación ya lo sabía y el novel coronel a cargo, ávido de engrosar méritos a su foja de servicios, se puso en camino. No fue necesario hacer fuego para penetrar al templo. Tampoco era menester anunciarse. Ya había imaginado cómo ejercería el mando. Ordenó a sus más fornidos oficiales acarrear hacia la Iglesia a todo aquel que rondase por las proximidades.

—¿Todos?

—¡Todos!

«—Apretadle las clavijas al pueblo —les adoctrinaba—. ¡De prisa, esta faena requiere celeridad y precisión!

Y los soldados arrastraron hacia el santuario a las mujeres y sin duda a los niños y los ancianos. Porque no se veían o no había hombres. No tengo detalles, no sé *dónde los hombres*. Supongo que uniformados y obedeciendo. El coronel ocupaba el púlpito y convertido en comandante general, designaba un pelotón.

Bastó un gesto para que un puñado de varones que simulaba rezar cuando el coronel irrumpió en el templo, quedara alineado contra la pared. Otro gesto y los cuerpos recién aventados dentro, azorados y aún sin comprender, se apretujaban en medio; eran mujeres y niños tentando refugiarse entre los hombres.

Urgía matar.

Para encarnar su nueva voz impostó el tono más áspero. Pero en lugar de resonar con dignidad, ésta vaciló, sus ojos se desorbitaron y fue puro horror lo que emergió de sus entrañas. Justo antes de ejecutarlos.

—¡Tiren! ¡Mátenlos a todos! ¡Nunca más van a cagarse en la Iglesia estos *rojos*! ¡Muerte a los *rojos*! ¡Tiren! ¡Mueran! ¡Fuegoo....!

Con espuma en la boca mandó ejecutar: ¡maten esos perros rabiosos, rápido!

Cuanto más caían, más amenazado se sentía. A medida que los *monigotes* iban desplomándose a sus pies, su pavor aumentaba. Ora parecía sumergido en pesadillas que recrudecían en aullidos.

—¡Nunca más! ¡Mueran, perros *rojos*! ¡¡¡Maten, mátenlos!!!

Los muñecos de trapo yacían contorsionados. Algunos en posiciones absurdas, graciosas casi, grandes sobre chicos, mujeres sobre viejos y niños debajo, sin orden ni respeto. Pero él parecía ver otras figuras:

—M... ¡mátenlos! —su voz enronqueció de golpe.

—¿Qué sucede mi coronel?, ¿todos están ya... muertos, Señor!

Pero el comandante no confiaba en el sargento o tal vez no lo había escuchado. Dio un paso atrás, desenfundó el revólver de reglamento y descerrajó todo su contenido sobre la pared.

—¡Mi coronel, ya...!

Pero *mi coronel* giraba la cabeza hacia un lado y hacia otro, una y otra vez, chillando exacerbado: “Sargento, ¡mátelos ya, mátelos! Siguen llegando... por Dios, ¡mátelos de una vez!”

Encomendarse a Dios resultó superfluo. Sin detenerse en los umbríos espejismos que a su coronel extraviaban, el sargento inclinó brevemente la cabeza para que los soldados, veteranos ya en estas faenas, prosiguieran. Éstos introdujeron más cuerpos a empujones, cada vez más presurosos empujándolos hacia la pared. El sargento dio la orden, los soldados fusilaron. Fusilaron y recibieron la orden, ya casi sin saber qué venía primero. En seguida volvían a arrastrarlos fuera, ya cadáveres. ¡¡¡A los camiones!!!»

Felipe nos da un respiro. El silencio hace decantar ese ansia inútil de volver atrás el relato, de impedirlo.

«Alguno sobrevivió hurtándose entre los muertos. ¡Requería arrojarse... o tal vez no, qué más da!

La celeridad fue el pasaporte de la impunidad. Recoges los cuerpos antes de caer, les amontonas en camiones con motores rugientes, conduces hasta un hoyo cercano ya excavado y arrojas la carga de prisa para dejar lugar al siguiente camión. Luego mandas echar tierra encima y *aquí no ha ocurrido nada*: quien diga otra cosa, miente. Borrás cualquier huella de tal modo que en poco tiempo, ni tú mismo puedes reconocer el lugar.

Y desde luego, nunca se pudo. Se dijo que no sucedió, que existió en la memoria, tan insegura siempre, febril memoria de quienes alucinan a sus muertos, perdidos vaya a saber cómo.»

Aspiro aire del olivar hasta sentir la protesta de mis pulmones. Felipe fumaba y yo absorbía noséqué de un cigarrillo que debí haber aceptado en algún momento. La pausa fue breve, Felipe estaba decidido a repartir conmigo su viejo lastre. Sin importar si irrumpía, atosigó mis sufridas vísceras.

«—La plaza rebosaba de flores, nidos de horneros, tijeretas, trinos. Detrás de una gruesa encina asomaba la testa de un hombre viejo. Por instinto se había ocultado en medio de la batahola de disparos y agarrotadas sus piernas, devoró con sus ojos la tragedia. ¡Ay! La virgencita que le protegía, le impuso tener que recorrer la soldadesca y ver ¡Oh Dios, tú lo permites en tus propias barbas! En seguida oyó descargas como truenos en cascada. Sin tregua para respirar, vio salir a los soldados con una, otra y otra de aquellas macabras remesas.

Con los ojos recargados, el anciano juró haber visto la sangre teñir la calle, sangre invisible para la soldadesca, sangre cuyos hilos y coágulos se entreveraban calle abajo llevando estertores aún palpitando. Todo corría junto a los adoquines, multiplicando los lamentos. Su eco resonaba dentro de las casas deshabitadas, vaciadas de latidos.

Entonces, el hombre viejo, espoleado por el miedo y la náusea, pedaleó su bicicleta con la fuerza de la perplejidad, hasta el pueblo vecino, buscando liberar su desvarío. Pedaleó, pedaleó, pedaleó... El carajillo que le ofrecieron al llegar no bastó para calmar su temblor. Los juramentos, las palabras de sosiego que emergían del pequeño auditorio que lo rodeó rápidamente agudizaron en él por un momento su desorientación: él ha sido muerto a tiros de metralla... los soldados habían cargado su cadáver... en un enorme camión... ¡No, él estaba... ileso, él? Una convulsión invadió sus hombros al fin y el estertor estalló en sollozos ahogados, prolongados, que desmayaban con cada latido.

—El llanto, a veces, logra desviar la muerte —había dicho el médico no sé si pensando en la encina o en la virgencita.

Entre la acongojada concurrencia que absorbía el acontecimiento, alguien se apartó tambaleando. Inclinado hacia delante, transido como si el asta de un toro le hubiese atravesado el pecho, se arrastró hasta el alcornoque más cercano. Los árboles suelen proceder con un criterio propio que los humanos no sabemos reconocer. Este estiró sus nudos para ofrecer al cuerpo del matador, un tobogán que le deslizase con suavidad a tierra, ya herida de muerte su alma. En su garganta se concentró la congoja de aquel puñado de gentes. Hendida su conciencia cayó de rodillas y el eco de un gemido ahogó su propio clamor. Lo supo en el preciso momento en que su fortaleza se quebraba para siempre; habían asesinado a su madre y sus dos hermanas, a su mujer y a su hijo.»

—¡Ya, Felipe! —La interjección brotó haciéndome levantar. Más terrible aún que la sangre, corrían las palabras. Más terrible aún que las palabras, sangraban las letras.

Letras, garabatos apenas, tan fácil de saltar y encaramarse, de crear infinitos universos y ejércitos invencibles. Juntos pue-

den arrasar la humanidad, trinando sus verdades. Es otro rincón del eco, donde pequeñas historias se esparcen hacia el cosmos. Pero si alguien intenta ceñirlas en un hatillo, sus dignidades no admitirían ser reclutadas en nombre de ninguna Historia.

Me levanté del montículo donde me entumecía, sin sentir dignificación humana bajo aquel brillo lunar.

11

Patty cierra el libro que está corrigiendo. Inclineda permanece, pensativa por un instante, hasta sentir la invasión de una angustia conocida que no quiere volver a enfrentar. Se levanta del sillón, se encamina a su dormitorio abre el cajón de su mesa de luz y extrae una pequeña bolsa de nylon. Sobre un espejo redondo que descansa lánguido sobre otro libro, deja caer del sobre, dos hileras de polvo que traza sobre el mismo espejo. Las aspira con fruición y se dirige hacia su laptop.

Lo enciende y observa pasar imágenes documentales sobre la dictadura uruguaya que ya tenía en espera. Estas muestran a un grupo de estudiantes frente a la universidad retrocediendo ante un violento chorro de agua manipulado por la policía. Pasan a toda velocidad algunos jinetes a caballo y la escena se va vaciando de jóvenes y se va poblando de milicos.

Patty se inclina sobre el revistero y toma un cuaderno grande, lo abre y hace alguna anotación. Se levanta, gira sobre sí misma evidentemente exasperada, se estira y respira hondo, levanta un periódico que yace a sus pies y lo mira como si se dispusiera a leerlo.

Su rostro muestra un gesto de ira.

—Hijos de perra, creen que pueden todo... pueden todo, sí. Claro, todo se termina en algún momento, pero mientras están... *(Suena el celular y lo busca hasta descubrirlo debajo de su cartera. Habla. Gesticula, grita, pega contra la pared. No la escuchamos, pero sigue la tensión en su rostro. Habla furiosa y de pronto arroja el aparato sobre el sillón).* Hijo de puta, creés

que podés manipularme como a un títere, cualquier día vuelvo a verte. (*Caen las lágrimas.*) Hoy me pegó mal...

Se recuesta en el sillón de la sala y cierra los ojos un par de minutos. Tal vez menos. Se incorpora y al encender el laptop regresan las imágenes. Toma del suelo el Suplemento Cultural de El País en el que asoma el N° 1117, busca la página nueve y lee en voz alta, pasando el marcador verde. Mientras presiona los números del celular, repite para sí: «Albert Einstein considera el potencial generado por los avances tecnológicos, como armas de destrucción masiva post segunda guerra».

Se incorpora cuando escucha la voz y dice:

—¿Tenés un minuto? Estoy mirando material para escribir sobre la dictadura uruguaya, ¿te acordás? Te comento algo que dijo Einstein. ¿No sabías?... ¡Siempre hablamos de política aunque no nos demos cuenta! Escuchá: dice que lo más importante es tomar conciencia de que estamos al borde del abismo, que no entiende cómo las naciones no cooperan. Y que en una tercera guerra mundial, reventamos con planeta y todo.... Bueno no dice quién la ganaría, pero quien fuese tendría que instalar un severo control militar... —suplemento N° 1117, página 9— buscalo che... y entonces, todo se volvería más de lo mismo. Eso es fuerte, me gustó... (*Se levanta, abre la persiana y se recuesta en el otro sillón donde puede estirarse*) ¿Lo encontraste? Es un genio loco, ¿viste?... leé más abajo... quiere un gobierno de gente moral, ja, ja, ja, no se puede creer... para lidiar con los conflictos que terminan en violencia... Claro, cree que se puede atajar la violencia... eso, sí, ya es demasiado tarde... ¿Romántico te parece? A mí me suena idiota... si viviera hoy se daría cuenta de que para que sigan creyendo que es un genio, mejor callar ciertas cosas...

Patty se levanta y se dirige hacia el mueble donde toma un vaso. Busca la botella y se sirve whisky. Mientras va en busca de hielo sigue hablando:

—Eso... leeme que voy por un whisky... ¿cómo?, ¿los ejércitos de liberación terminan disparando sobre los civiles?... ¡qué horror! Al diablo las promesas... ya no hay buenos y malos, todos malos. (*Ríe, toma un largo sorbo, tose.*) Ah, ¡ahora te parece trágico! Es el destino de algunos científicos; él mismo se dice esclavo de su degradante colaboración. (*Ríe meneando la cabeza.*) Claro, hoy diríamos corrupto, eso es, un corrupto... (*Se levanta a buscar unas pipas.*) Estoy tomando un whisky, sí, no hay manera de aguantar este mundo en estado de sobriedad... ¿Qué dice al final? Sí, (*ríe*) destrucción universal inevitable... ¿y te qué? (*Ríe estrepitosamente.*) Mi querido, te digo, no tenemos salvación si un científico te manda a hablar con los curas... Sí, a vos con el rabino, claro... Bombón, además fijate, el feliz anhelo de paz termina engendrando imágenes totalitarias. (*Al abrir la bolsa de pipas se rompe el nylon y saltan todas fuera cayendo sobre el piso.*) Putamadre, esperá que se me cayeron las pipas. (*Se agacha y queda de rodillas.*) Querido, ¿qué podríamos hacer nosotros?... ¿te dan ganas de matar a alguien? Genial, ¿¡vámonos al polígono de tiro este domingo!?

Patty sostiene la pistola dentro de la cabina de tiro. Desde el vidrio delantero se observa un tablero blanco con círculos negros concéntricos y líneas horizontales y verticales cruzándolos. Un casco oscuro a prueba de ruidos calzado en la cabeza, ahoga los tiros que ella realiza sin demasiada pausa entre unos y otros. Se esfuerza en evaluar cuántos han dado en el blanco, pero la visión del lugar no la favorece.

En la cabina de su derecha, un hombre con casco, está haciéndole señas mientras también tira al blanco con más

paciencia, apuntando cuidadosamente y sintiéndose satisfecho con los resultados. Por un largo rato las balas resuenan con aspereza y hacen temblar el aire a su alrededor. El hombre indica a Patty que lo haga más despacio.

El vértigo de apuntar y tirar al blanco la invade con una sensación de extrañeza. El primer impulso de descargar ira y disgusto, no parece logrado, más bien es ella la que se siente impactada por la violencia, el ruido y la absurda precisión con la que se ve apuntando a un blanco. Nunca podría matar a nadie –piensa. El intento le ha provocado una desazón inútil. Quiere irse y con un gesto horizontal de la mano derecha le anuncia a su amigo que ha sido suficiente para ella.

Ambos salen dejando los cascos colgados en la cabina y se encaminan a la oficina donde deben retirar sus documentos.

—¿Te sacaste el gusto? –le pregunta él.

—No sé, creo que no era eso lo que necesitaba.

—De pronto necesitabas de verdad matar a alguien. Contame.

Hugo es un hombre bien parecido, con una barba gris y negra, cejas pobladas, sonriente, con una mirada perspicaz y algo irónico. Digamos de cincuenta y siete años. Dejan la oficina, Patty lo toma del brazo.

—Estoy con los oídos tapados, llevame a tomar algo, ¿vamos?

—Por supuesto, no me voy a perder la discusión que empezamos por teléfono.

—Ni siquiera discutimos, estamos los dos de acuerdo, de modo que esto se pone muy aburrido.

—Bueno, podemos divertirnos en otro sentido –Su mirada se vuelve obvia.

—No, Hugo, no esta vez... no estoy con ánimo.

—No desesperes, algo encontraremos para pelear un rato si eso necesitas. Pero contame con quién, por qué necesitas pelear esta vez –dice Hugo cariñosamente– que no será solo por la dictadura...

—Uf, Hugo... ¿soy tan transparente? Sucede que me sobra energía y no sé qué hacer con ella.

—Ya te dije y te vuelvo a decir. Patty, te haría bien consultar con alguien a quien puedas relatar las cosas que te pasan sin que te sientas humillada por contarlas.

—Y vos ¿cómo sabes?

—Solo creeme al menos esta vez sin que tenga que explicarte nada.

—Psch, típico masculino.

—*(Riendo)* No lo menciones, ¡¡¡chica!!!

Empinando una cerveza, Patty detiene a Hugo en el momento en que él está a punto de levantarse de la mesa para retirarse.

—Esperá, esperá Hugo, quiero decirte algo y tengo que juntar fuerzas... —Suspira hondo y resopla largamente. Cierra los ojos y su voz se entrecorta— Me llamó Alfredo, ¿sabés?... No puedo decir más —Las lágrimas parecen caer de gran altura y no logra ni intenta detenerlas.

—¿Salió del hospital?

—Sí, salió... tengo que terminar con todo esto... hablar con él solo sirve para postergar disgustos y decisiones.

El silencio se extiende, se alarga, se pierde entre las mesas del bar.

—Hugo, decime. De verdad. Cómo ves este asunto. *(Sacude la cabeza y siente que logra reponerse.)*

—Mujer, no es fácil. Cada caso es cada caso. ¿Qué podría decirte? Soy hombre, pienso como tal, las mujeres toleran, esperan, estiran. Para mí cuando algo se termina, se termina.

(Patty suspira y cierra los ojos.)

—Por algo quería hablar contigo... esperaba que me dijeras eso. Es lo que creo que debo hacer. El asunto es si puedo.

—Podés, todos podemos. El asunto es cuánto tiempo te lleva sacar un pie afuera y verlo desde otra perspectiva.

Sentados en el auto de Hugo, Patty se va tranquilizando. Un silencio reflexivo da paso a una demanda específica.

—¿Me dejás en mi casa? Qué bueno que me acompañaste con esto. Te llamé también porque quiero que me ayudes a seleccionar material sobre la dictadura.

—Vos podés hacerlo, Patty.

—Hugo, no seas hijo de puta, si pudiera hacerlo, ya lo habría hecho, ¡¡¡carajo!!!

—Pero que tierna te ponés, eso es lo que más me atrae de vos —ríe Hugo sacudiéndose.

—No te quejes, me has probado las veces que has querido.

—Ahora sacate el mérito, claro.

—Mirá que no te voy a ayudar en la traducción de esas porquerías que te llegan de todo el mundo... además soy tu jefa, bancate.

(Sin palabras, Hugo acaricia su rostro y estaciona el auto junto a la casa de Patty.)

—Te voy a mandar material del Almirante Márquez. No te voy a privar del placer de escribir lo que dijo —ríe Hugo.

—¿Qué dijo? Creo que lo recuerdo, sí.

—¡Que estamos frente al abismo y vamos a dar un paso al frente!

—... ja, ja, ja... también tenían lo suyo —Patty abre la puerta, pone una mano sobre el brazo de Hugo, le sonrío, besa rápidamente su mejilla y antes de incorporarse, le dice—¡¡¡Abur!!!

—*(Hugo la toma del brazo, la atrae hacia sí y la aprieta besándola.)* Abur.

EPISODIO 12

¿Qué más vas a revelar de mi padre?

(Relato de Francisco)

Gime el viento. Parece de nunca acabar. Acaso se iniciara con la misma eternidad. Reúno fuerzas, estiro mis miembros, elevo las puntas de mis pies hasta alcanzar la rama alta del olivo. Solo desearía apretar entre mis dedos, una sólida oliva donde estrujar y deshacer la crueldad que se dispersó sobre los relatos de Felipe, que no he logrado despegar de mi piel. Aún no sé cómo apartar los que rasguñan mi pecho.

Antes de volver a escuchar a Felipe observo la geometría rigurosa del olivar. Sé que esta imagen junto a la de una loba salvaje abatida por el miedo de los cristianos, acompañarán mi último aliento. Ya te contaré, hijo. Mi desazón acusa un vano intento de conjuro. Será que los hombres no logramos sofrenar esa ferocidad... que no me atrevo a nombrar porque temo que la palabra autorice su existencia. Pero ella igual se encarna, ya en un coronel o en su soldadesca e infecta el más allá... ¡se vuelve, también, epidemia!

Hazme callar, Dios, decirlo es engendrarlo para siempre. ¡No! Hazme decirlo, silenciarlo me haría cómplice. Vacilo empero, tal vez necesito más agallas para reconocer, por fin, que *eso no humano* es inexorablemente humano. Un virus endémico de categoría universal.

La desazón no se quita, pero en cambio he perdido mi tradicional y justa indignación. No reconozco en mí al sujeto que descendió del tren. Busco *eso* que vibró en mis adentros. Pero

ya lo siento crujiendo, virando como peonza en medio del vientre, recibiendo un desliz ácido que baja de la tráquea. ¿Podría yo llegar a odiar hasta destruir una multitud tan solo por...? Oh, no es necesario odiar para ser feroz.

Quisiera destruir las alegorías con que Felipe pretende inocularme. Cuanto más intento resguardar la decencia asiéndola por algún rabillo, más huye y se burla.

Una figura taciturna pasa una vez más por mi recuerdo. ¿Eso habitaba en mi padre? ¿Es a él a quien yo estaba odiando? Me levanto inquieto. Necesito rozar las yemas de los dedos contra las hojas del olivar, sentir su aspereza. ¿Quién era?, ¿qué soñaba? Escudriño las sombras buscando el contorno de su rostro, la silueta que me fue dado ver aquella noche. ¡Si fuera posible convocarla!

Felipe toma aire para comenzar a hablar y despierta en mí una mueca de ira que vuelvo a reconocer.

—No sé qué vas a revelar de mi padre —me escucho decir—. Siempre lo sospeché capaz de abandonar un hijo a su suerte. Aquí entre los olivares el viento pretende barrer esos rudimentos, casi arquetipos, que han ido acuñándome como soy. No quiero modificar ni comprender nada, ¡no quiero perdonar!

Felipe asiente en silencio y me hace sentir mejor. Parece comprender más que yo mismo. Palmea mi hombro y aguarda a que vuelva a tomar, aterido, mi lugar en el monte.

Casi encandilada por el foco lunar mi voz se prendió en la noche:

—Heme aquí en los omnipresentes olivares Pereyra. Vaya, ¡por qué no! ¿No han estado acaso tiñendo toda mi vida sin que yo lo supiese? ¿Qué más esconden? ¿Vas a decírmelo, verdad? Te advierto, no todo mi ser desea escucharte.

Comprender, no implicó para Felipe relevarme de lo que me concernía. Se levantó y me hizo una señal. Y sin esperar ni mirar atrás, empezó a alejarse, diciendo.

—He de llevarte a conocer la cueva romana, al borde de la sierra. Sígueme.

—¿Ahora? —balbuceé poniéndome de pie con torpeza.

—¿Cuándo crees?

No sé cuánto caminamos. Mi atención se aferraba al suelo por el absurdo temor de ser tomado en una trampa. Bajamos, subimos. Sentí el frío cuesta arriba. Helado era también el silencio que Felipe imponía en la ascensión.

Ya próximos a la cima, aparecía una mesada de piedra, un par de troncos recortados, rocas traídas del entorno. Aquel montículo envuelto en sombras consumaba el propósito nocturno. ¡Diablos, que frío hacía!

Felipe pareció extraer un farol de las tinieblas y lo encendió. El resplandor recorrió unas puertas muy pequeñas, camufladas casi entre las enredaderas. Me tendió el farol mientras manipulaba la entrada. Yo trataba de vigilar la tiniebla alrededor, que pese al brillo de la luna, se agigantaba en las sombras.

—Los pórticos están algo desvencijados, pero si fuese necesario te aseguro que volvería a ser el refugio que por siglos fue. Y ahora abriré un resquicio. Anda tomando nota, estás en misión sagrada y ya no es mi derecho sustraerte de revelaciones que atravesaron los tiempos.

Un corto chirrido anunció la hendidura por la cual habríamos de entrar. Felipe acercó el oído para escuchar adentro.

—Nadie anda por estas humedades, pero nunca sabes.

Yo seguía refunfuñando sin deseos de entrar. Estaba congelado y la humedad me atravesaba. No podía respirar y el virulento tufo que invadía mis pulmones me ponía de pésimo humor. Entré absteniéndome de cualquier comentario y me concentré en vigilar mi paso mientras el farol recorría las paredes.

De pronto, aquella estancia inhóspita dibujó precarios diseños en color. Todo mi malestar desapareció y la curiosidad tomó su lugar.

—¿Pintura rupestre?

—Con algunas dudas y muchos debates.

La galería sostenida por un par de travesaños de roble había permanecido casi intacta desde la época de los romanos. La cava —como solían llamarla— solía guardar en botijos y cántaros, el vino y el agua. En tiempos de cosecha, cuando aún no existía ningún acceso fácil, almacenaba víveres. Nunca dejaba de ser umbral de reposo en medio de la jornada.

Felipe sonreía.

—Mi padre, a quien yo llamaba Fernando para irritar una pizca a mi madre, se burlaba del abuelo que gozaba del recinto inhóspito y húmedo, pero ¡hostias! ¡que también lo disfrutaba!

El tono de Felipe me suma al regodeo generacional. Mi cuerpo encajaba una vibración con la cual me transportaba. ¿Cómo pudo mi padre sustraerse? ¿Lo logró acaso?

—La vieja cueva albergó lo suyo. Caballeros andantes buscando refugios, encuentros fortuitos y prohibidos salpicando de color los tiempos. Leyendas de pasión, castigo y muerte; gloriosas algunas, no tanto otras, son el hilo que tejen estas telarañas. Por estas cuevas cruzaron osos, lobos, romanos, mercantes, salteadores de caminos. Esas figuras conformaron una hermandad que se instituyó en autoridad. Cuando Isabel la Católica estableció su reino, acabó por indultarlos y les llamó *La Santa Hermandad*.

Perturbado por la ilusión, me asalta de pronto el deseo de brincar al mundo clandestino. Me toma del cuello un impulso de montar un corcel blanco y lanza en ristre, cabalgar al grito de... ¡Revolución, Justicia, Libertad! Lo que sea, quiero permanecer aquí, vivir en la cueva, buscar un escudero. Definitivamente me quedaré una semana más. Me sentí de maravilloso humor.

—Los chavales le llamábamos la cueva de los leones. Apeataba a fieras. Dolores no era de la partida, pero Carmen

se apasionaba; ella decidió que las rajaduras en las paredes eran dibujos rupestres y anunció que ese descubrimiento la haría célebre. Para Anunciación en cambio, este lugar le provocaba el mismo horror que a mi madre. Las mujeres no se sentían atraídas por los recovecos de una cava vieja y maloliente. Mi padre en cambio, único yerno del abuelo, formaba parte de la grey.

Felipe se da perfecta cuenta de mi impaciencia y acota.

—Todo sucedió en el 38, y la cava fue uno de sus escenarios. Habían asesinado al Duende y al cabo de algunas alternativas, tu padre, afectado tanto y de tal suerte, no pudo soportar más y decidió entrar en acción.

—¿En acción? —La sorpresa agrandó mis pupilas sin rezagar el relato.

—Imagínate, comenzaban a perfilarse las tendencias. El terror dejaba su estela. Para dar el ejemplo el abuelo se plegaba a la autoridad. No era fácil sortear sondeos y presiones de uno u otro lado, por eso él no emitía opinión. Si le buscaban la lengua en los colmados, hacía relucir anécdotas del olivar. Fue espaciando los tragos en el pueblo y agotando las anécdotas hasta dejar de frecuentar lugares públicos. Entonces eligió amigo y a él confió su vida y obra.

Felipe se regodea en la pausa a riesgo de aumentar mi impaciencia.

—Ese fue Rafael, mi abuelo paterno: consuegro, compadre y amigo desde la infancia, le sacaría de apuros y compromisos riesgosos. Si alguien recela del abuelo Pereyra y le asigna contactos con la resistencia española, como yo por ejemplo, Rafael que era jefe de la zona, se ha llevado el dato consigo.

¿El viejo Pereyra un héroe escondido? Envidié a Felipe por saberlo todo, por esa devoción que lo autorizaba a erigirse en biógrafo de sus abuelos. Ser testigo pasivo de heroicas aventuras

de guerra me hizo sentir más vacío que avergonzado. El único abuelo que me fue dado conocer vivía en el interior y jamás llegamos a visitar su terruño. Las pocas veces que llegaba a la capital convertía su magro salario en vino y regaba su milagro por los boliches. Un viejo taipero al que le urgía desquitarse del aislamiento del arrozal.

—Ser jefe de la Resistencia y vivir en el pueblo era en verdad peligroso para Rafael —Felipe destilaba orgullo—. No sé cómo pudo ocultarlo. O tal vez fuera impensable vigilar un tío andariego y dicharachero, que vivía regalando chanzas y todo lo decía a voz en cuello. Tenía para cada quién una recomendación, una observación, un recado. ¡Cómo saber! Aunque en plena época de recelo universal, todos dudaban de todos.

Felipe queda pensativo.

—Rafael había logrado organizar una división de resistencia. Desde PeñasDeArriba conectaba su comandilla con otros pueblos. El caudal de hombres que había acopiado sabía bien del riesgo que corría. Tu padre era uno de ellos.

—¡¿C-cómo...?!

Creí desfallecer. Todo lo que soy, todos los datos que fui acumulando, los que mis propios sentidos aportaron durante mi vida entera, estaban haciéndose añicos con las palabras de Felipe. Alcancé a hacer un gesto para que me concediera algún respiro.

Sentado en su sillón verde, impasible e indolente, miraba por televisión lo que le sucedía al mundo. Era el 68. Yo terminaba secundaria mientras el globo entero estallaba en controversias y altercados. Yo me desesperaba por conocer su posición, pero él soltaba el diario o se apartaba del televisor, para retomar el libro. Nunca me importó qué leía. Mi indignación me hacía salir de allí llevado por los huracanes y no volvía a dirigirle la palabra en días. Era tan rígido y solitario como...

¡un olivar! Se me atascó de tal manera su letargo que yo mismo quedé entumecido. Un año después, su alejamiento resultaría irreversible. Murió sentado en su sillón verde, inclinado hacia la ventana. Me tocó a mí descubrirlo al volver de clase. Parecía mirar algo que por fin excitaba su curiosidad y cortaba su respiración. Pensé en eso durante largo rato sin sentir las lágrimas rodar por mi nariz. Era más gratificante su rigor mortis que su gesto en vida. Así lo recuerdo, un poco inclinado hacia delante, sin perder de vista...

Dejé de hablar. Felipe me escuchaba. Esperaba que terminara para contaminarme con otra historia, inquietante tal vez, pero jamás mía. Y continuó.

—Su experiencia en el pueblo fue asaz amarga. No olvides que la vida por aquel entonces no valía demasiado. Déjame contarte...

Era escandaloso. Yo odiaba percibir cómo mis resistencias amenazaban desmoronarse. ¿Era yo un fatuo que nunca conoció a su padre? El trasiego de pensamientos giraba en mi cabeza. ¿Acaso mi padre decidió que yo no supiera? Me debatía, negaba. Felipe me observaba como a un náufrago que era preciso proveer. Se apresuró:

—Demasiado joven e indómito, Francisco ridiculizaba las figuras académicas que adherían al «lado errado». La muerte del último poeta extendió su manto rojinegro de pueblo en pueblo, dejando en el alma ese luto español que nunca acaba. Marcado por la impotencia de su época, Francisco declamaba versos con voz herida, apuraba reyertas con quienes tildaban de mariquilla la memoria del poeta y pregonaba el fin de la poesía. Más de una vez sus hermanos hubieron de usar los puños cuando provocaba controversias. Se había vuelto arrogante y necio. No parecía advertir el riesgo. El abuelo no lograba acallararlo ni detenerlo. Fue cuando acudió a su amigo.

—¿Rafael?

—Y Rafael llamó al muchacho y discurrió con él durante horas. El rapaz era capaz de poner en peligro su vida, tan ahíto de furia estaba. Su furor contra la indiferencia que creía ver en su padre, no parecía agotarse. Con lágrimas de rabia juraba que prefería morir gritando verdades a caer en la ignominia del silencio cómplice.

Por un momento entré en confusión. Creí que la frase me iba dirigida.

—Para protegerlo, Rafael no vio otra alternativa que alistarlo en sus filas. La primera exigencia fue el silencio, solidario al objetivo de la resistencia española. Su talante dio un vuelco. Acatar la nueva disciplina los apaciguó, todos respiraron reconfortados.

Pero no pasaría mucho tiempo hasta que Francisco asediara a Rafael reclamando entrar en acción, sospechando ser retenido con engaños.

¿Entrar en acción? ¡No puede estar hablando de mi padre!

—Y Francisco, tu padre, entró en acción. En bicicleta por los pueblos, escribía en clave los mensajes que iban y venían. Guardó su secreto con tal celo que ni siquiera su amigo de infancia, el viejo pícaro que conociste, lo supo. Rafael reconvertía para él, la imagen de un héroe. ¡Hallar una vez más alguien a quien admirar, pues olé!, ¡valía la pena volver a vivir!

Mi padre sentado en su sillón, me miraría llegar. Al elevar el rostro hacia mí, su expresión enviaría luminosidad sobre un gesto expectante de entusiasmo... pero no; es una alucinación que se repetía en mi: su mirada al verme se vaciaba de tal suerte que me impulsaba con fuerza, escaleras arriba.

—Él mismo fue quien descifró la notificación de un mensaje que la resistencia supo interceptar: iba a cruzar PeñasDeArriba en tren, un maldito asesino. Un coronel de nueva casta que para escalar con rapidez, había comenzado la faena con mucho

ahínco y poca piedad, exterminando niños, mujeres y ancianos de un pueblito blanco de Andalucía. Al primer pueblo le siguió otro y otro. La Resistencia, que le tenía en la mira hacía meses, veía llegada la hora de su ejecución. Una concienzuda planificación se demoró un par de semanas, pero no escatimó detalle. No podía fallar. Solo faltaba un escondrijo para albergar a la brigada que llegaría.

—¡La vieja cava! —dije estúpidamente.

—Abandonada como estaba, era el lugar ideal. El comando que abordaría el tren, habría de refugiarse allí durante un par de días antes de la acción. Dos actores del pueblo serían necesarios. Uno, Rafael que vigilaría sin participar. Otro, Francisco. Jamás despertaría sospechas un Pereyra de paseo nocturno hacia el olivar donde sueñan la luna, los poetas. Francisco sería el enlace. Su misión fue escabullirse hacia la sierra, llevar alimentos y frazadas, verificando a cada paso la viabilidad del asalto. El tren con el coronel dentro, atravesaría PeñasDeArriba al segundo día de la cosecha. Viajaría solo y de incógnita, disfrazado, tal vez, de mendigo. El momento era perfecto. La cosecha justificaría cualquier presencia desconocida en el andén.

Y el día llegó.

La brigada especial venida de Madrid ya estaba en la cueva. El plan era sencillo. Antes de que el tren se detuviese, el comando promovería jaleo en el andén con sus chanzas alcohólicas y ocuparía a la guardia que les pondría en vereda. Entonces, dos rezagados montarían al tren en busca del coronel. Dentro del vehículo, una mujer les señalaría al maldito. El rezagado 1 cubriría al rezagado 2 que apuñalaría al coronel en silencio. En seguida saltarían ambos por la ventana opuesta a la estación y la mujer seguiría viaje intentando falsear las pistas y desviar la persecución. La cadena de hechos estaba cuidadosamente organizada. La acción no llevaría más de ocho minutos.

Felipe volvió a respirar hondo. También yo.

—Pero algo había husmeado la milicia. Entre los cosechadores que se repetían todos los años, llegaba un tal Tomás. Tenía a su cargo la seguridad del *pasajero*. El mozo, nacido camorrista, lucía entre sus galas la arrogancia. Jactancioso con las mujeres, antes de terminar el primer día ya se había hecho amar por unas, odiar por otras. De su mismo pueblo —es probable que él lo supiera— venía esa moza que acabó en bodas con el viejo pícaro. Ella traía un mensaje oral para Francisco, cuya propia clave desconocía. Lo invitó a bailar y se lo dijo al oído, sonriendo en sus brazos mientras bailaban. Le advertía que Tomás era informante y torturador. Y ante cualquier equívoco era menester eliminarlo.

Mi boca se reseca.

—Rafael no supo detalles de aquel fracaso estrepitoso. Utilizando el manido argumento de las mujeres, Tomás provocó un duelo con el objetivo de matar a Francisco. Pero tu padre ya estaba advertido y muy bien entrenado, además. Si la misión del día era matar un asesino, eso hizo él con Tomás, aunque no tuviera otra alternativa.

Yo no me movía.

—Terminado el duelo los milicianos cubrieron el campo. Francisco logró escapar. Nadie conocía las sierras como él. No corrió la misma suerte el grupo de rebeldes porque cuando tu padre llegó a pocos metros de la cava, yacían muertos y ametrallados en abanico cruel. Exhausto, aturdido, anegado en llanto regresó en busca de Rafael. En el camino se dio de bruces con la moza del mensaje, que al verle le gritó que huyera, que los milicianos venían tras ella. Sin vacilar, Francisco le sonrió entre lágrimas, acarició aquella mejilla como despedida y sin resuello cambió de rumbo. El traqueteo del tren se había reanudado y él precipitó sus pasos. Le vio doblar el recodo y

montó a la carrera. El plan se había arruinado, pero él mataría aquel esbirro para que la misión se cumpliera. Rodaría luego del otro lado del tren... tanteó su puñal; le haría bien a su ira matar dos asesinos en un día.

Mi pecho tenía una roca encima y Felipe no podía detenerse.

—Irrumpió en el tren con tal fiereza que el maquinista le echó una mirada de temor. Pero Francisco no montó aquel vagón para tranquilizar a nadie, ni a él mismo ni a los pocos pasajeros que le miraron con inquietud. Devolvió a todos una mirada angustiada. En ese momento una mujer se levantó y se interpuso. Miró alrededor y riendo tomó el brazo del recién llegado «Pero rapaz, creí que habías perdido el tren, ven» dijo y levantó la voz para que todos escucharan: «no te he sacado billete aún, pero ya lo hago». Con gesto negativo anunció que el coronel nunca había abordado el tren.

Felipe y yo quedamos en silencio.

—Ella fue el último ser que vio a tu padre. Permaneció de pie durante unos minutos sin quitar la vista de la ventanilla, sin mirar cosa alguna. Ella pagó su billete, lo sentó junto a sí y no intercambiaron palabra. El tren seguía su marcha, y ella creyó que el traqueteo adormilaba a tu padre. Pero en un par de recodos más, Francisco saltó del tren y volvió a perderse entre la maleza.

Rafael le había hecho jurar que si algo no salía bien, no volvería al pueblo. Fue una terrible noche para todos.

Apenas podía parpadear. Mi garganta estaba bloqueada. Esta había sido una terrible noche para mí. ¿Felipe se guardaba algo más?

—¿Qué más vas a decirme, Felipe?

—La vieja cava fue el refugio donde la loba llevó a sus lobeznos. Allí los encontraron, allí los mataron.

—Ya no hay refugios posibles —musité apenas. De pronto quise saber—¿Qué sucedió en la familia?

—Todo aquel asunto no provocó más tragedia que la de registrar la ausencia del hijo menor en las casas. Empero, la abuela enfermó de tristeza y murió unos meses después.

Mi propia tristeza estaba resultando anacrónica. Felipe me sacó de ella:

—Hubo algo más que Rafael calló. Sabes que tío Paco y tío Ramón se casaron con madrileñas de puro garbo. El tío Ramón se instaló en Toledo y allí se murió viejo, harto de felicidad. Solía venir al pueblo por algún agasajo y al igual que el abuelo, no hablaba de política. Con el tío Paco, las cosas fueron distintas. Al Paco no le cuadraba la milicada y tampoco lo disimulaba. A los treinta y cinco años enfermó, nunca supimos de qué cosa, salvo que periódicamente iba con su mujer a ver un especialista en Madrid.

Felipe hizo una pausa y con un gesto de desaliento pareció disculparse por agregar otro enigma al ruedo.

—Era el año cuarenta y uno, la nube de terror asolaba el planeta. Por la carretera hacia Madrid, un enorme camión surgió del camino secundario a toda velocidad, destrozando al pequeño automóvil. Se incendió enseguida; los cuerpos calcinados entre la chatarra retorcida, eran casi irreconocibles. Se dijo que el camión había quedado sin frenos. Nadie pudo corroborar el dato.

12

Patty está recostada sobre el diván. En sus manos gira nerviosa una cajilla de cigarrillos, pero permanece sin extraer ninguno. Vuelve a guardarla. Sabe que no puede fumar. Vuelve a sus pensamientos y habla lentamente.

—Recuerdo el silencio... no se hablaba... Todo esto lo entendí después, en el momento no me daba cuenta de lo que pasaba. En casa el tema acuciaba porque mi padre había cedido un par de veces el galpón para una reunión que le pidieron... los vecinos, no sé. Alguien dijo que lo denunciaron... no había hecho nada que lo comprometiera... ni siquiera sabía para qué era la reunión. En el campo no pasaba nada... o al menos yo no me daba por enterada (*asiente con la cabeza varias veces y queda silenciosa*). En facultad sí, pasaban cosas... había que andarse con mucho cuidado... Pero de chica yo no entendía demasiado... hasta que sucedió lo de Miguel. Entonces quise saber más.

Detrás de ella una mujer de rostro pálido sostiene una libreta y de a ratos, anota alguna palabra. Ocupa un sillón cómodo y levanta los pies sobre un puf pequeño. La habitación está en penumbras. En una esquina convergen dos ventanas cubiertas con cortinas claras. El diván en el que se recuesta está tapizado en pana verde oscuro.

—Es un lugar agradable —dice Patty mirando la alfombra persa y el escritorio con su silla Luis XV en la otra orilla del ambiente.

—¿Miguel? —repite suavemente la otra voz.

—Recuerdo mucho a mi vecino Miguel, yo lo quería como a un tío. Me invitaba a pasar, a veces le cuidaba la

bebida, me gustaba uparla cuando la veía...—Patty queda de pronto en silencio.

—¿Qué pasó? —pregunta su interlocutora luego de un lapso.

—Cómo lloré el día que supe que vinieron por Miguel. Se lo llevaron, porque era tupamaro. Mis padres tuvieron que decirme porque yo no dejaba de llorar. Pero con decirme no daban por terminado lo que había sucedido... y ellos no me decían más... y yo quería saber. ¿Qué era un tupamaro... era algo malo? Miguel no podía ser malo, era un gran contador de cuentos, cálido y tierno. Él siempre miraba más allá, soñaba con la mirada. Tal vez ese era su pecado, ¡soñar!

Patty se incorpora y busca en su cartera nuevamente el paquete de cigarrillos. Cuando lo encuentra descubre que queda solo uno. Lo toma, estruja la caja y la arroja dentro de la cartera. Está a punto de encenderlo.

—Preferiría que no fumara —la voz suave se escucha muy firme.

—No sé hablar si no fumo... —dijo elevando la voz y al no obtener respuesta, agrega—Si hubiera sabido que no dejás fumar, hubiera elegido otra psicoanalista.

La aludida no responde.

—Diablos, no sé para qué vengo, ya sabía yo que ustedes no hablan. No sé cómo hacen para tratar a la gente.

—Diría que usted vino acá para poder decir de todas estas cosas, para poder hablar usted.

—Bueno, ¡también espero respuesta!

—Como qué, ¿cuál?

—No sé, eso te toca a vos.

—¡Usted considera que yo debería hacer o decir... algo!

—Sí, claro, para eso vengo... ¡No vas a tutearme?

—Cuántos reclamos van apareciendo... ¡a quién irán dirigidos!

Patty levanta un brazo con fastidio. La luz parece disminuir a través de la cortina. En cierto lugar suena un timbre y un

murmullo de voces se aglomera en el ascensor de algún piso. Patty resopla, respira hondo y queda en silencio, pensando. De pronto halla una respuesta.

—... a Miguel, a mis padres... sí.

—¡A respuestas que nunca fueron suficientes!

—Eso, eso mismo, es lo que me irrita la vida, me la destroza, me amargó siempre.

Luego de unos segundos la voz agrega

—Vamos a dejar acá. Pero vuelva en una hora.

Patty se incorpora bruscamente, mira a su analista con una mezcla de sorpresa y odio y balbucea:

—Pero... pero...

—En una hora la espero de vuelta.

Y Patty sale con energía y fastidio, resoplando, rezongando. Se acomoda la chaqueta al llegar a la calle, mira hacia un lado y hacia el otro, toma de la cartera su último cigarrillo y lo enciende mientras cruza hacia el kiosco. La plaza bosteza al verla, no hay bancos a la vista, pero el cantero de begonias se muestra generoso y ella se tiende sobre el césped, deslizándose poco a poco sobre el arbusto que le ofrece respaldo. Y cierra los ojos.

Una hora después está de regreso retomando su lugar.

El silencio del inicio se hace dueño de sus recuerdos. Patty rememora aquella época en que su mayor dolor fue perder a Miguel... cuando se lo llevaron... porque él nunca más regresó.

—Mis padres demoraron la decisión, pero cuando resolvieron que debían irse... la vida se partió. Yo no entendía, nunca entendí que se fueran, me quedaba herida y sin respuestas, nunca hubo respuestas... Para peor tenía que decidir yo sola qué iba a hacer con mi vida... Por Dios, a mi siempre me cuesta tomar decisiones aunque no parezca. Tal vez por eso soy tan tajante...

—¿Qué tendría que decidir?

—Caramba, me angustio con este tema y esta angustia no la conozco. Creo que tiene que ver con la dictadura, eso quebró la vida familiar. Tal vez será que quise mantenerme tan afuera de la dictadura que... por eso ahora necesito escribir sobre ella.

—¿Qué debería decidir ahora?

Nuevamente siente el impacto de la angustia. La imagen de Alfredo pasa delante de sus ojos. Pero no lo dice. El silencio se instala en ese lugar.

—¿Qué pensó?

Se incorpora, se levanta, va hacia la ventana y se queda allí mirando un punto fijo. Abre y cierra las manos.

—Extraño mi cigarrillo.

—Dígalo con palabras.

—Vaya, ya estoy enloqueciendo... qué diablos hago, estoy pensando. Uf, pensar me pone loca.

—Para decidir algo hay que pensarlo primero. Tal vez lo que la enloquece es precisamente evitar pensar sobre eso.

—Está bien. Lo que pensé, lo que se me cruzó fue la imagen de Alfredo... ya salió del sanatorio, me llamó, quiere volver conmigo... tengo que decidir...

Patty sale del edificio con el cigarrillo encendido y ya en la vereda exhala con fuerza el humo. Camina unos pasos aún sintiendo el efecto de lo que acaba de decir. Tiene que decidir. Prosigue la marcha, sujetando unas lágrimas rebeldes. De pronto, en su cartera, el celular suena con insistencia. Lo busca, lo abre.

—¿Sí?...(*Queda pálida.*) ah (*no puede hablar.*) Ah... ¡oh, no! Oh... no me digas... cuándo fue... ¿sufrió? Pobrecita... decime, sí... ¿cuándo?... Sí, claro, voy para allá. Llamo al primo de Florida, lo llevo sí... ¿algo más? Bueno, querida, bueno, te mando un abrazo... gracias... nos vemos.

Cuelga. Se acerca a su automóvil, lo abre y se sienta frente al volante. Cierra los ojos, ubica la cabeza entre ambas manos y luego de un rato largo, todo su cuerpo se sacude con sollozos que van en aumento mientras se hamaca hacia adelante y hacia atrás.

* * *

El cementerio del pueblo es pequeño. Patty lo abarca con la mirada perdida observando a la gente caminar por la calle principal donde, orgullosas, las esculturas antiguas custodian la entrada.

De pie delante del nicho donde yacerá desde ahora y para siempre su tía, Patty no logra moverse del lugar; sus zapatos están enclavados, tal vez demorando el momento en que al abandonar el cementerio se instale la verdad del nunca más.

Quienes acompañaron el féretro se van perdiendo entre árboles y nichos. Sus primos le han hecho una señal para salir juntos pero ella... ella necesita permanecer un poco más al amparo del nicho. Observa nuevamente las flores blancas que en forma de corona cubren el pequeño cuadro de la entrada, clausurada para la eternidad. Su mirada cae al suelo con el peso de una enorme sensación de vacío. No llora. Hace tiempo que decidió no llorar en público. Desde que sus padres desaparecieron rumbo al cielo y la abandonaron, todas sus lágrimas se fueron con ellos. Y no logra alejar las imágenes que se empecinan en aproximarse: aquel avión partiendo como una flecha celeste con sus seres queridos, perdiéndose en el espacio, dejándola sola, en medio de la nada de un aeropuerto... Alfredo tendido en el CTI y ella observando detrás de un vidrio su sempiterna ausencia... Una niña llegando a casa de Miguel sin encontrarlo ese día y ningún otro ya, jamás.

Mira al cielo que hoy está despejado y radiante de sol. Cerrando los ojos, susurra:

—¡¡¡Otra vez me has abandonado!!!

Suspira hondo y descansa por un momento. Cuando vuelve a abrir los ojos se sorprende de hallarse recostada sobre el diván, en medio de su sesión de análisis.

—Yo estaba allí para despedirla —alcanza a musitar.

Vuelve a cerrar los ojos, queda en silencio y recita:

Todo se ha roto en el mundo

No queda más que el silencio

(Dejadme en este campo llorando)

Hay otro verso que dice que al llanto de la guitarra es imposible callarlo, pero no lo recuerdo. ¡A la vida es imposible callarla!

—¿Mmm...?

—Federico. Esa estúpida novela... me remueve... no sé bien por qué... demasiado. Creo que me estoy volviendo protagonista de una novela que estoy corrigiendo. Esa historia o lo que sea me va a volver loca, estoy empezando a buscar fantasmas por la calle. Me parece que vendrán por mí, que me están buscando, que van a detenerme y torturarme...

—¿Por qué? ¿Qué pudo haber hecho?

—No sé... parece ser algo que... que va a suceder...

—Algo va a suceder... un abandono... una despedida... algo roto...

Patty comienza a llorar sin sobresaltos. Las lágrimas fluyen y se derraman copiosamente sobre su rostro, sus mejillas, se deslizan luego del cuello a las orejas. Ella no hace ningún movimiento para impedirlo.

—Usted está allí en ese doloroso lugar despidiendo a alguien muy querido.

Sin fuerzas, exánime sobre el sillón, asiente. Cuando puede, parece reflexionar en voz alta:

—Creo que hablo de Alfredo, sí, creo que ya murió para mí. Ya no creo en él. No lo encuentro más a mi lado, ya no lo imagino junto a mí. Me veo sola... y soy yo la que lo despide esta vez. Yo lo estoy abandonando a él ...oh, eso parece más doloroso aún que las veces que él se ausentaba. Eso... duele, tiene un... un... se vuelve... ¡¡¡definitivo!!! —agrega sorprendida de lo que dice.

—Esta vez es una decisión que usted toma. ¡Definitiva!

—Es como salir dolorosamente. *Primero un pie, luego el otro*. Una manera de alejarme, de tomar distancia de... «lo mismo» de siempre. Eso que me angustiaba, me atrapaba en el mismo lugar.

—¿Qué lugar?

—Lugar del malhumor, que me hacía pelear, despreciar a la gente también. Aceptarlo o no era mi prerrogativa, pero yo apostaba que iba a cambiar. Es esta decisión de cortar con él lo que vengo postergando y padeciendo. Lo estoy captando, era lo que no podía hacer. Pensaba en él y no en mí misma... Sé que no va a resultar tan fácil como quiero hacer creer, pero tengo que volar de este lugar, este mal lugar... es necesario...

—¿?

—Para aterrizar en otra historia.

—¿Cuál?

—No, no sé, no lo tengo presente.



EPISODIO 13

Los duelos

(Relato de Rosario)

La pobrecilla...

Aquel mundo empujaba hasta desvencijar las paredes. El pueblo, todo, estaba ahí, presente. No faltó un solo hombre del olivar, ni el albañil ni la maestra. Os diré que también el dueño del colmado seguía el cortejo; poco acostumbrado a velorios, su boina morada, siempre encasquillada en su enorme cabeza, ese día giraba y giraba entre sus manos, dejando ver por primera vez la pelambre gruesa y negra que orlaba su cabeza

La multitud roturó el camino al cementerio. Aún los que nunca llegaron a conocerla —que en verdad eran los más— estaban allí para despedirla. Si bien nadie parecía recordar que esa anciana existía mientras estaba con vida, sus años de clausura conmovieron al pueblo. O tal vez atisbaron una época que desaparecía con ella; esa, su extraña manera de discurrirla.

¿Cómo pudo ella despojarse de todo? ¿Acaso era un juramento, un deseo, un regodeo doloroso? Sea como sea, desfalleció un solo instante, el necesario para dejar entrar a un solo ser: Antonio.

Supe de la compasión, de la suspicacia de las gentes en la trayectoria final, en el murmullo de los pequeños corros, mientras las señoras recogían los mantos que resbalaban de sus hombros.

—Sesenta años encerrada ¡lo puede uno creer!

—Amar así a un hombre.

—Es una historia de amor.

- Alguien tendría que escribirla.
—Pobrecilla ¡cuánto debió sufrir!
—Imagínate que tuvo que abandonar a su hijo...
—Dios debe haberla acogido ya en su regazo.
—Se ha ganado la gloria con tanto sacrificio.
—¡Mira cómo llora Antonio!
—Dicen que él era su hijo.
—Pobre hijo que lo supo tan tarde.
—Igual llora por ella, es un ángel.
—Tal vez llora por él mismo.
—Apuesta a eso.
—Y mirad a María Rosa ¡miradla!
—Por algo llora tan amargamente.
—Bien que se las hubo de traer, dicen que tan amigas que eran.
—¡... y nunca más se vieron!
—El novio era su hermano.
—¿Y qué con eso?
—Padre nuestro que estás en los cielos...
—...alabado sea tu nombre...
— ¡¡¡Amén!!!

La piedad cristiana crecía a medida que las revelaciones fluían. Verdaderas o no, sin protagonistas ni versiones oficiales, el pueblo amasaba la forma en que lo habría de guardar en la memoria.

Ya veo la imposible tarea en la que me estoy involucrando. La verdad es un juego de palabras, elegidas a veces sin saber por quién, predestinadas ya a inscribirse y congelar su sentido para siempre. Desear cambiarla ¿no es una quimera?

Me temo que nunca sabremos cómo tejió María Soledad aquellas hebras. Nadie se atrevió a abordarla y conocer *su* verdad. Ninguno osó siquiera golpear a su puerta, ¡liberarla de su cruel vergüenza!

Me resta una inquietante pregunta: ¿pude haber sido yo?

Tantos años de dolor adherido a los poros, dejan esa pátina de dignidad con la que cada quien compone el cuadro de su desdicha. Atesoramos ese color como un pecado de orgullo.

El cuchicheo era lo que trajinaba entre las gentes mientras María Soledad estuvo viva. Muerta ya, aquel rumor revelaba los lazos suspendidos y nunca concretados por la soledad que su nombre cargó para siempre. Tal vez por eso, el desconcierto anidaba en la concurrencia el día del velatorio; la gente no sabía qué decir, a quién dar el pésame. O tal vez precisamente por eso, todos eran dolientes.

Pensé que cierta maldad delataría la insidia pueblerina. No haré su defensa. Estuve allí y diré que aquel velorio se convirtió en una misión. Tal vez la propia contrición del pueblo... –acabo de pensarlo– consumó el lazo, restituyendo con su profusa presencia, la vieja deuda consigo misma. O la que la vida tenía con ella. O tal vez ella con el propio Dios.

¿Cómo se construye una verdad? ¿Mediante un acto de restitución?

Los laberintos son del alma, no de las verdades.

Un pueblo compadecido por una mujer que solo amó a un hombre. La mujer que por vergüenza ante ese mismo pueblo, ocultó y renegó de su hijo. Pero, ¿quién construye esos hechos? No logro admitir tal decoro como causa de la deshonra. Si la locura invadió su dolor, tal vez aborrecería al hombre y en extensión, a todos los hombres. ¡El odio puede sostener más que el amor! ¿Pudo erigir un muro de espanto para no revelar a su propio hijo, quién era?

¡Tantos muros!

El párroco precedía el féretro con su nueva sobrepelliz acompañando el humo del incienso. En pos del oscuro ataúd que equilibraban los vecinos, tres ancianas actuaban el dolor.

La compasión que traslucía el gentío mientras avanzaba detrás, tenía –no sé por qué– color verde agua. Ociosas del tiempo, sin servicios requeridos, las lloronas liberaron un gesto largamente contenido. El trío gimió con sus trágicos quejidos llenando el aire soleado del domingo, invocando la expiaciones de la difunta. La escolta de los adolescentes se fundía con otras pesadumbres y las tribulaciones de las mujeres más viejas se juntaban en una tonada plañidera.

Debajo de los mantones negros clamaba el llanto atávico contra la muerte. La súplicas y el sollozo fueron los protagonistas que se apoderaron del entierro y socavaron *la oscura raíz del grito*. La congoja fue de tal suerte que su eco resonó al final de la procesión: los hipidos de María Rosa tomaron cuerpo y derribando las barrera, estallaron estremecidos, a viva voz.

Fue tan impresionante lo que aconteció que para los detalles que he de dar, no sé elegir palabra. Porque de súbito, un relámpago azotó el espacio. El primer indicio apenas audible sonó como la deflagración de un cañón lejano. Vibrante, reverberó sobre nuestras cabezas incrementando su fuerza. Ya la bruma nos había rodeado y amenazaba tragarnos con su garganta cavernosa. El color del aire se tiñó de azul piedra.

Aquel trueno que pugnaba por soltarse, prodigó su estridencia hasta romper la membrana. Cuando quedó suspendido en la nada, se volvió alarido de terror.

El desgarrón intimidó al cielo que oscureció sobre los mortales. Desencajado, tembló el azogue. Una vertiginosa sucesión de rayos cruzó el cielo con su látigo de acero. La sorpresa y el pánico se tornaron exclamación ahogada como ante el estruendoso temblor de un *shofar*.

El pueblo agradeció cuando la anciana, la más agobiada de las tres, luego de cruzar señales entre ellas, recorrió la hilera de reata hasta unir sus ayes con los sollozos de María Rosa.

Entonces la tomó del brazo y la llevó consigo. Recorrieron de regreso la fila desordenada y ocuparon la cabecera junto a las otras. Estas figuras moviéndose como sombras, formaban un dique fantasmal. Parecían separar la muerte –que precedía la marcha con su féretro, párroco e incienso– del resto de la concurrencia que rezagada, aún no lograba descifrar sus signos. Las cuatro matronas enlazadas con su clamor, arrastraron consigo el sufrimiento de todos. Os puedo jurar que de pronto –lo juro por mi pueblo– todos habíamos dejado de sentir dolor.

¡Qué extraña belleza posee la muerte!

Si fueron señales, no supimos descifrarlas. Rotos los diques, la calma llegó al espíritu de todos y el llanto corrió libre como un río de aguas verdes.

Cerré los ojos y evoqué a María Rosa hincada ante su pequeño altar, testimoniando una y otra vez, a través de los tiempos, sin tregua. Ahora, exhumando su fardo de espanto a la vista de todos, su alma consentía sin pudor. Disipó su invierno de lamentación, consumó su aflicción; encontró su cauce en esa urdimbre de lloronas. El sosiego que se instaló en su rostro perduró hasta el final de sus días, aunque nadie parecía percibirlo.

Miré tras las sombras del olivar y vi jugar las adolescencias, sesenta años atrás, parloteando en las tardecitas, soñando con el futuro maravilloso. Las sombras rondaban su añoranza en torno a María Soledad, un canto sacro que armonizaba por fin cielo y tierra: sus amigas niñas, sus viejas amigas, la habían recobrado.

Eso sucedía aquella tarde de domingo en un entierro de pueblo, cuando un largo y agarrotado llanto desbordó sereno sobre la tierra revuelta. El sortilegio de los encuentros rozó la piel de los presentes: los más ancianos, los hombres curtidos, los adolescentes, los niños. El dolor comenzó a mudar en ternura y los más pequeños se dejaron consolar

¿Qué lloraba ese pueblo que éramos todos, apoyándonos unos en otros? Yo también lloraba. Tal vez por esa vida sin vivir que acabábamos de enterrar. Tal vez el eco desgarrador del grito que una anciana había osado revelar. Vierais que por un momento sentí miedo. Se me hizo cuesta arriba vislumbrar los sacrificios, las fatigas que aún me esperaban. Volvió aquel desasosiego que conozco bien.

Antonio mismo se desmoronaba. Mi padre político no lograba tenerse en pie. El llanto le doblaba las rodillas. Cuando no quiso resistir más, se dejó caer ocultando el rostro entre las manos y hundiéndose todo él en la tierra. Tal vez por primera vez sintió el derecho de llorar a su madre, disfrutada a hurtadillas. Era encontrarla y perderla en el mismo instante. También a sus padres despeñados, destrozados sus cuerpos. Sus amados padres, ignorantes y temerosos, que lo habían privado de una parte de su historia, en nombre del amor.

Mi padre acudió a llorar con él, por él y por María Soledad. Y todo lo no realizado lo absorbió la tierra, aquel día. Nadie necesitó cruzar palabra. Desbordando, la sensibilidad aprisionó lo imposible de decir.

La muerte deja ver con crudeza el entierro de los sueños: los que nunca se realizaron, los que aún no fueron soñados. Un verde río de renunciadas...

Hizo falta un hondo respiro para volver a hacerse uno. Lentamente cada quien retornó a su huella, a su vida, a su casa.

María de las Lilas abrazó el corpachón de Antonio para regresar con él. Yo tomé del brazo a mi marido José Antonio, dolida a mi vez por la honda tristeza que lo envolvía cuando miraba a su padre. El mío, junto a mi madre, sujetaba a Maruja del brazo: o tal vez se apoyaría en ella. Sin habernos puesto de acuerdo, todos enlazados nos encaminamos a casa de Antonio y Marilila.

Hacía falta algo que diera por terminado el dolor y nos trajera de regreso.

Atravesamos con lentitud el atrio de la Iglesia, la calle DeEnMedio, las vías del ferrocarril. En silencio subimos la cuesta, cruzamos las primeras casas y en LaCalleDelPañuelo –tan angosta– nos dimos de bruces con lo que había sido hasta hoy el hogar de María Soledad. De la segunda hilera de casas, la primera. Allí nos detuvimos. Recién pintada a manos del propio Antonio, su brillo blanco la destacaba del resto del caserío.

No sé si todos vimos lo mismo. Sobre las tejas, un pájaro gris de flequillo negro nunca visto en la zona, emprendía un vuelo torpe y breve hasta golpear la chimenea en su afán de alcanzar el tope. Con una rama de olivar demasiado pesada para su cuerpecito, repetía y repetía la operación. Aquel extraño acontecer, se me antojó que diseñaba en el espacio una bandera a media asta.

No lo dije. Me rezagué sin quitar la vista de aquel ejemplar gris desconocido. De pronto, con un giro cambió de rumbo y sobrevoló en círculo sobre mi cabeza sin soltar la rama. Me sobresalté y al mirar atrás, fui testigo del acopio de fuerzas que realizó el ave; y alcanzando por fin el borde de la chimenea, soltó la rama en su mismo centro, levantó vuelo y desapareció en una nube.

Me estremece pensar que solo a mí me fue dado verlo; cuando busqué a los otros, recién estaban llegando a destino. ¿Alguien va a creerme?

Cuando descendimos hacia los fondos por la CalleDelPañuelo ya vibraba el rasgido de la guitarra de Paco, el taconeo de Carmen y aquel anciano del olivar animando «Mi tarara» que se alternaba orgullosa con «Los toritos de Miura que no le tienen miedo a nadá». Entre una y otra *seguriya de soleá*, alguien

tiende otra guitarra. Antonio estira el brazo, la aprieta contra sí y con humedad en sus ojos, rasga y timbra la voz:

Ay, Ay, Ay...

Una sombra de ciprés

(Dejadme en este campo llorando)

Todo se ha roto en el mundo

No queda más que el silencio

(Dejadme en este campo llorando)

El horizonte sin luz

Está mordido de hogueras

(Ya os he dicho que me dejéis en este campo llorando)

Algunas cosas parecían volver a su lugar y otras, a uno mejor situado, tal vez. Todos pudimos dormir como benditos aquella noche.

La pobrecilla... Aquel mundo empujaba hasta desvencijar las paredes. El pueblo. Todo. Estaba ahí, presente. No faltó un solo hombre del olivar, ni el albañil ni la maestra. Os diré que también el dueño del colmado seguía el cortejo; poco acostumbrado a velorios, su boina morada...

—No puede ser —dice Patty en voz alta mientras lee el libro— no, no puede ser que me toque leer esto, hoy.

Siempre encasquillada. Ese día giraba y giraba entre sus manos, dejando ver...

La multitud roturó el camino al cementerio.

—No, —vuelve a repetir angustiada— no puedo leer esto ahora.

Aún los que nunca llegaron a conocerla —que en verdad eran los más— estaban allí para despedirla. Si bien nadie parecía recordar que esa anciana existía mientras estaba con vida, ...

Patty cierra el borrador sintiendo que le es difícil sustraerse del texto. Cierra los ojos mientras relámpagos de congoja atraviesan su cuerpo, su estómago, su pecho.

Un suspiro esbozado queda bloqueado con un ahogo imprevisto, surgido como un espasmo de su garganta. Y se atemoriza.

Finalmente deja caer la cabeza y se pone a llorar.



EPISODIO 14

La carta de José

*Federico, hombre
querido primo:*

Tú que has pasado por mi casa, por mi pueblo, por mi familia, esta que también es la tuya, me has hecho ver con tu presencia, cuán pusilánime puedo llegar a ser. Que parezca tan soltado, abierto a las jaranas del canto y las castañuelas ¡ay! hasta yo me lo creía. Pero tú, de estilo sereno, apenas una sonrisa, de reflexiones en silencio, tú con tus preguntas cándidas, tú y tu cálido desconcierto has engolosinado la atención de las gentes y a éstas, les has hecho trepidar todas sus memorias. Como el flautista de largo silbido les has seducido y te han hecho partícipe de acontecimientos que ni ellos mismos imaginaron desplegar. Esas apostillas he recibido de Felipe, del viejo pícaro de las aceiteras, también del mesero de la tasca y tantos otros que ni sé ya. ¡Cómo piensas restituir esas historias que de mi pueblo te llevaste, de las cuales sin conjeturas, te hemos hecho depositario! No las recibo yo que tanto parloteo y entono. Las obtienes tú con cautela y con gesto adusto.

Sí señor. Cuestión de estilo.

Ahora ha llegado mi turno de escribir lo que no te he dicho. Porque vaciló muchas veces en mí un conflicto de lealtades, a decir verdad, juramentos que marcándote la vida te inventan abismos; claro está que luego te abandonan al borde mismo del precipicio ¡coño! En principio, tus ancestros te ennoblecen dándote por herencia una joya –imagina lo que quieras– cuyo

resplandor iluminará el resto de la eternidad. Será solo tuya, prometen... ¡si juras no revelarla! ¡Nada, portezuela de vanidades! Hay que añejarse para volverse sabio, pero entonces ya es tarde, pobre de ti, nunca te advierten que a medio camino, ellos, los que ya no están, pero te consagraron el privilegio, los que invirtieron en ti, lo subvierten todo. Un día vuelves a justipreciarla y la agalma ha dejado de ser tu más atávica reliquia; se ha vuelto una fruslería y tú, un cobayo atrapado en tus propios y estúpidos juramentos. En ese instante escuchas una luen-ga y remota carcajada y te invade una sensación de vergüenza. Pero ¿quién tendió el lazo? ¡Y descubres con irritación, que tú quisiste verle brillo y el amo que adoraste –para peor– está muerto! Entonces te ves, con tus apostasías y reniegos, solo, timado, al borde de una maldición eterna.

Perdona mi larga alegoría, fruto de la secuencia de obsesiones que me quedaron desde que te fuiste. Me veo derribando el anuncio de neón que rezaba prohibido. He obedecido hasta este mismo momento el mandato de mi padre: el secreto que me endilgó en su lecho de muerte y el juramento que obtuvo de mí, su primogénito varón, quien moriría guardando esa confesión.

Pues verás primo, estuve pensando, nunca tuve arrestos de sacerdote. Pero si él no pudo guardar su secreto ¡coño!, pedir que yo haga lo que él no pudo... ¡no fue justo! No lo ha sido para mí, cuánto menos para ti que has venido a saber de tu padre y no te hemos ayudado. Todos removimos los recuerdos; bastó tu muerto para arrastrar consigo a todos los nuestros.

Tú sabes que Jesús, mi padre, compartía la habitación con Francisco cuando éste se fue. Ambos estaban muy enamorados de María Soledad, claro que mi padre nunca lo dejó traslucir.

Cuando Francisco de modo tan intempestivo desapareció del pueblo, mi padre alternó su propio dolor con su esperanza. María Soledad apesadumbrada aceptó su compañía. Algunas

semanas transcurrieron hasta que él se extravió, se precipitó. Ella retrocedió con horror ante su declaración; huyó con una explosión de llanto tan irrefrenable, que desconcertó a mi pobre padre. Al cabo de un par de días él recuperó su cordura pensando para sí «estos dos me están enloqueciendo». Y con la premura de quien se descubre famélico de verdad, se llegó donde María Soledad decidido a averiguar qué acontecía.

Querido primo, si mi estilo fuese el de mi hija Rosario, matizaría esta misiva con más música y colores que letras, tal vez lo mereciera. Pero siendo quien soy, lo haré a mi modo, qué coño, y sujétate de alguna balaustrada que te lo diré sin más ambages: María Soledad había quedado embarazada de Francisco, tu padre.

Te dejaré un par de renglones para reponerte.

¿Estás firme, primo? ¿Puedes imaginar el momento?

Déjame decirte lo que no echaste de ver. María Soledad fue la última esencia de aquella feminidad sostenida por los mitos. No la conocí yo –bien sabes que ella nunca salió de su hogar– solo recojo gracias de un rumor. A partir del cerco que impuso, desató añoranzas y pasiones en los hombres jóvenes. No olvides que en el pueblo escaseaban imágenes para encarnar amores; ella las proveyó. Los mozuelos, al soñar con aquella «virgen», se sentían partícipes de osadas y heroicas aventuras que los introducían en competencias viriles donde la dama sería la recompensa.

Pero volvamos a la gran aventura del caballero don Jesús Pereyra de las Fuentes Cataluñas y Amodio del Olivar.

Mi padre conmovido, puso a disposición su nombre para proteger el honor de la dama: le ofreció casamiento, amistad y amparo. Qué más puedo decirte. Si ella hubiese aceptado, no estaba yo relatándote intimidades ajenas. Pero hemos de reconocerle mucho valor para negarse, en verdad. Dijo a mi padre

que no le amaba y que no le destrozaría la vida. Que se debía a su hombre por siempre, regresase o no. Que tener el hijo y aguardar a Francisco era su destino. No me burlo, primo, que así me lo contó mi padre.

Luego de discutir durante días ella asumió –y no por vergüenza a la cual estaba dispuesta, sino por la de su hijo– no coartarle la posibilidad de una vida plena. Tendría al niño en casa de esa tía vieja con la que convivía, que ciega y sorda no percibiría sus cambios corporales. Mi padre encomendaría discreción a la comadrona, para que además de asistirle, encontrara padres para el crío.

Así se hizo. Había un matrimonio de labriegos en PeñasDeAbajo tan deseosos de tener un hijo como disgustados con Dios por no haberles bendecido.

Pasaron muchos años antes de que llegaran noticias de tu padre. Se había casado en Uruguay. Nadie supo cómo había llegado a aquel remoto país de Sudamérica. Tenía dos hijos, pues, tú y tu hermana.

María Soledad no quiso que Jesús le hiciera llegar noticia alguna. Y tu padre nunca lo supo.

Sé que tengo tu corazón en mi puño. Sé que un hombre tiene derecho a saber que tiene un hijo. Sé que una mujer también tiene derecho a saber qué puede esperar en su vida. Y sé, además, que las cosas que uno sabe, primo, las más de las veces, resultan una abstracción dolorosa, por demás, inservible para la vida.

Y sé que un hombre tiene derecho a saber quién es su hermano. ¿Recorres el resto de la hoja buscando el nombre de ese medio hermano tuyo? Sí, lo sabes, es Antonio. Apostaría que no te resultará tan ajeno. Algo te recorrió apenas le viste entrar en la tasca, el día en que Rosario vino por nosotros. Él cantó para ti. Y ese día perdiste empaque y cantaste con él. Pero estoy

apropiándome de pensamientos, que si bien son míos, los supongo tuyos.

Antonio, en cambio, sí lo sabe, pero el código del pueblo llama a silencio. Acaso la prehistoria ordena los acontecimientos, renueva los pactos de silencio y sella las amenazas. ¿Deseamos acaso los seres humanos conocer la verdad? Te envió esta nota, suponiendo esa necesidad en ti... pero, ¿si me equivoco...?

No sé porqué padre me lo dijo a mí, no sé porqué me pidió que no lo narrara jamás. Difícil entender de qué manera los secretos gravitan en esta vida humana tan efímera. ¿Alivianar el peso para morir en paz? ¿Por qué a mí? Nunca confesó su secreto al sacerdote. La Iglesia ha pervertido el dolor humano, lo ha explotado; él fue testigo. Nunca entenderán –solía decirnos– que es de la propia miseria humana que ellos se hartan, para reunir su medrosa grey.

Primo, ahora puedo sonreír y sentir que esto es lo que debo hacer. Te debo esta gentileza. En principio vacilé en nombre de las sempiternas olivas, cuya recolección marca el ritmo de los tiempos. Pero todo empalidece cuando una decisión –aunque mi mujer tema que te hiera– se vuelve irrevocable. Se introdujo en mi cabeza la idea que padre guardaba ese secreto para ti, aún sin conocerte. Yo solo he sido un mero testaferro. Sea como fuere, ya es tuyo. Ojalá responda alguna de las preguntas que te han atormentado desde que llegaste.

Queda algo más que he de revelarte y no son habladurías de mujeres: nuestro espíritu del olivar hace su aparición siempre –lee bien primo que no estoy loco– siempre antes de la cosecha. Juro que el viento comienza por ulular... y se va apoderando de mí una extraña desazón. Un soplo queda en suspenso por lapso indefinido hasta retomar el vuelo con un aleteo de pájaro herido. Le acontecía a mi padre y no lo tuve en buena estima

hasta que él se fue y yo comencé a experimentarlo. Confundí el mensaje; lo creí un alegato suyo mal enfocado, a medias entre la deslealtad a su hermano y lo suyo, tan inalcanzable.

Aprendí que cuando un hombre muere –tal vez tú ahora lo creas– su espíritu no resigna restos desatinados de amor: por eso su espíritu deambula donde el niño fue concebido. Tampoco ha de ser fácil para un espíritu restituir en su lugar a quien debió ocuparlo. Para ello necesita seres con vida. Heme aquí entonces, al servicio de deudas cósmicas que traerían paz a tan destempladas inmortalidades. Déjame formular estos votos e incluirte aunque no signifiquen mucho para ti:

«Ojalá en la próxima cosecha, cuando los olivares vuelvan a engalanarse de voluptuosos fandangos, el espíritu de tu padre alivie su desazón y encuentre entre las aceitunas, la paz que le urge: pues ahora sabe que tú estás en su huella.»

Si en este momento pudiese estar a tu lado, te palmearía las costillas con un fuerte abrazo. Creo así, primo, haber concluido la misión que me fue encomendada.

Tal vez por eso presiento que no volveremos a vernos.

Pero que te quiero, has de saberlo.

José Pereyra

TERCERA PROPINCUIDAD

—Ros, esa carta que le envió tu padre al mío, tú sabes... mi padre falleció sin leerla. Estuvo sobre la mesa todo un mes hasta que empecé a prestarle atención.

—P-pero ¿cómo... pudo mi padre enviar una carta así? Nos van a enloquecer, ¡esa no es la verdad!

—Es lo que él sabía y la envió luego de la muerte de María Soledad.

—¿Crees que no supo del vuelco que le dio la tía María Rosa a la historia?

—¿Cómo podría...?

—Pues... en un pueblo... ¡¡¡se sabe todo!!! Nunca me creí que solo yo supiera el secreto de María Rosa.

—¿Crees que se lo contó a alguien más?

—Sí. No. No por contarlo. ¡Pero han de saber...!

Pablo suelta una carcajada risueña y abre los brazos para declamar:

—Entonces hemos de reconocer, aunque te tome de sorpresa mi querida, que sí, que es posible poner a buen recaudo un gran secreto en el pueblo —Pablo vuelve a reír—. ¿No es así como surgen los mitos? Todo un pueblo se convence de un rumor creyendo a pies juntillas lo que no es.

—Pero la verdad...

—No importa demasiado... ¿no crees? ¿Cuál verdad, bonita? Siempre se trata de la que nuestra presunción se apropia. Así inventamos argumentos para las guerras, así matamos para doblegar a otros ante nuestra irrefutable verdad. Así dejamos

de amar por soberbia, destrozamos corazones con desdén. En realidad, ¡no la creí tan sagaz a la tía! En cuanto a ti, deberías sentirte orgullosa de tus privilegios.

—¡Ay, Pablo! Que acabas de leerlo; los privilegios que uno cree recibir terminan excusando la pesada carga que arrastran. Todo esto me sobresalta... ¿y si la verdad fuera la de mi padre?

—¿Negarías la confesión de María Rosa? —Él sonríe divertido—. Tú lo has dicho, el privilegio de su confesión te intimida —Rosario toma unas hojas y las retiene un momento en sus manos. Lo mira—. Aquí estoy contigo, sigue, sigue leyendo...

Con lentitud ella baja la cabeza.

Patty se sumerge en la lectura. Ya no la interrumpirá

Entre capítulo y capítulo, Patty se levanta, prepara un café, no atiende el celular que parece saltar ante la insistencia. Resopla cuando termina el capítulo. Cierra el libro, se recuesta, cierra los ojos. Luego retoma la lectura. A veces sonrío, a veces va negando con la cabeza, fuma sin dejar de leer, toma alguna nota..., suelta alguna maldición

El celular vuelve a encenderse. Esta vez lo toma y escucha. Deja el aparato a un lado, cierra los ojos decidida a no responder, pero eso no impide que la voz llegue hasta ella.

—Por favor, Patty, contestame. Ya salí del coma, te estoy hablando desde la habitación, estoy en la 202, quiero que vengas, necesito que vengas, te ruego que vengas... Patty, hay muchas cosas que tenemos que hablar, qué puedo decirte... sé que me estás escuchando... he cometido muchos errores Patty, me di cuenta. De verdad. Quiero convencerte, estoy hablándote con la verdad. Hace una semana que te llamo y no querés atender. Estoy bien, me voy a reponer, deseo rehacer mi vida. Quiero hacerlo contigo... Patty, sé que no vas a contestarme... me hacés decir cosas que deberíamos conversar personalmente. No sé cómo transmitírtelo. Entiendo tu enojo y no tengo cómo disculparme... pensalo por favor, ¡¡¡perdoname!!!. Hay tanta vida por delante, Patty, no tiremos nuestro lazo al abismo... Patty, también me gustaría tener una familia, podemos adoptar hijos si querés...

Patty no puede escuchar más. Toma el celular, lo apaga. Suelta un ronquido seguido de sollozos que la sacuden.



EPISODIO 15

Aparte III de la tía María Rosa

(Relato de Rosario)

—Acércate, hija, acércate.

María Rosa se hundió en el lino orgulloso de sus sábanas. El color de la arena envolvió la habitación revistiendo también las ventanas. Me gustaba el lugar. Me gustaba el crujido de la crea, el olor a nuevo que se desprendía del almidón. Desde su lecho de muerte, como ya lo hiciera con otros, la tía vieja había enviado por mí. A pesar de las infinitas veces que había traspuesto aquella puerta, ese día pesaba sobre mis hombros un manto de extrañeza; al amparo de un aura gris, por un brevísimo instante, fui parte de su antiguo santuario a punto de convertirse en leyenda.

No esperaba otra cosa que su bendición a la que respondería declarando inextinguible mi devoción por ella.

Lo primero que sus ojos reflejaron fue una mirada traviesa que nunca antes le había visto.

—Hija, he venido observando con qué sigilo te has ido apoderando de mis secretos, tomándolos por confidencia.

—P-p-pero... —atrapada en mi propia trampa, desconcertada, no supe qué decir. Ella acudió en mi socorro.

—No digas nada. Lo has tomado y es todo tuyo. No más secretos para ti, decidí contártelo todo. Dios teje los destinos, debo reconocer que a veces sabe cómo hacerlo. También perdona las necesidades que inventamos acerca de sus terribles injusticias. Todo eso gira en mi cabeza desde el día que una trovadora se

ocultó tras la columna de mi propia casa. Y luego aún, cuando la escena volvió a repetirse. Hiciste posible alivianar de pesadumbre mis silencios. Es hora de revelar lo que nadie conoce, pero tú has de jurar que nadie lo sabrá mientras yo viva, hasta que mi generación se extinga. Luego, podrás derramarlo en tus versos y hacerme retornar en ellos.

¿María Rosa iba a...? sentí una deferencia ilícita ante lo abusivo de mis procedimientos. Vacilé. Si tal providencia le había tomado más de medio siglo, si se veía serena como las aguas del Mediterráneo, ¿cómo iba yo a entorpecer...?

Volví a mirarla, ella esperaba, sonriente y confiada, mi juramento. Yo le entregué todo:

—Tía Marosa, os lo juro por la vida de mis padres y los hijos que habré de tener. Me asusta tanto honor, que no merezco si antes no pido su perdón. Y si esa es su voluntad, tía querida, juro que he de mantenerlo sellado sin revelarlo ante quien no conserve el debido respeto. ¡Lo prometo!

—Gracias, hija. —Palmeó la sábana satisfecha indicándome un lugar a su lado—. Mi sobrino vino en busca de verdades y murió sin saberlas. Mi hermano Francisco ha de estar furioso ¡para qué envió a su hijo al pueblo! Me mordí los nudillos queriendo contarle. Un hombre tiene que estar al corriente, conocer de dónde viene, quienes son los suyos. Pero era necesario que se enterase de lo que todo el pueblo supone. Debió saberlo apenas José envió la carta. Si ya no fue demasiado tarde.

Consternada. No hacía mucho que yo estaba al tanto y ella parecía saberlo todo. ¿¡Acaso mi propio padre no conocía la verdad!>? ¡Por qué todo se complica tanto!

Una larga pausa acompañó su mirada clavada en un rincón del techo. Ella parecía escuchar mis pensamientos.

—Nadie, créeme, nadie sabe la verdad. He querido que todos vivan en la ignorancia —mi gesto de sorpresa, la hizo

explicarse—. Tenía que pagar mi deuda con María Soledad, mi pobre amiga. Ahora que ella se ha ido, que ellos por fin están juntos, he de aliviar mis maletas.

Aunque esta vez yo escuchaba con pleno derecho, me abstraía tratando de detectar qué pensamientos había yo omitido. La realidad superaba la ficción o yo me sentía en el reino del absurdo. Como una ecuación matemática, un paréntesis se abría dentro de otro. Su núcleo más profundo escondía una de *Las mil y una noches*.

—¿Quieres hacerme alguna pregunta? —descubría la tía vieja.

Entre los titubeos del relato que avanzaba y retrocedía en mi cerebro, recordé el testimonio del ostracismo voluntario sucedido en aquella cueva; donde, de madre a hija, el dolor guardaba un velo de voluptuosidad solitaria y compartida.

Por fin lo dije:

—...que como hija menor acompañaras a madre en esa pena que iba a matarla, tía Rosa, vale, lo veo. Vale que las penas de amor cultiven más fidelidad que la vida misma, pues si la tristeza cierra las compuertas, no hay en tales horas llave con qué franquearla. Pero no encaja en mi cabeza que nadie, ni padre, ni hermanos, os visitase. ¿Era alguna extraña cuestión de honor, un hábito de clausura, era...?

Ella me observó con ternura y sonrió.

—Hice de ti mi elección mejor. Haces que vuelva a pensar, a entender. Nos asistían un par de sirvientas de PeñasDeAbajo enviadas para hacerse cargo de nosotras. ¡Lloronas, ellas!

La anciana se reclinó sobre las almohadas y su rostro distendido pareció haber perdido un par de décadas. Cerró los ojos y sonrió. Recitaba casi, cuando dijo:

—Me veo en la cueva asomando hacia las sierras. Solía sentarme sobre los troncos, lugar de refrigerio y descanso en tiempos de cosecha. Me distraía oteando los picos, las nubes,

buscando aves que cruzaran el horizonte. Un día, una nube rosada dibujó un águila con alas desplegadas. Sentí el rozar de alas y miré para todos lados con desconcierto. No veía nada, pero escuchaba el roce, cada vez más cerca. Centímetro a centímetro fueron apareciendo detrás de la cuesta. Primero un pañuelo negro cubriendo cabellos renegridos. Luego las frentes despejadas de rostros anchos, narices grandes y ojos pequeños. Veía sus pómulos firmes y la mirada oscura, concluyente. Una mayor, otra más joven. Un calco, una y otra. Cuerpos grandes y robustos que avanzaban balanceando hombros, brazos, manos. Vestidas de negro, cuesta arriba, sus corpachones se ensanchaban a cada paso, exagerándose a sí mismos. Por un instante la marcha suspendió su viaje y el águila se detuvo. En seguida todo reanudó su andar y volvió a interrumpirse. Y otra vez. Ellas sin cesar de llegar y el águila sin acabar de alzar vuelo. Mi atención también se contuvo. ¿O fue la brisa? Cuando levanté la mirada estaban delante de mí, qué digo delante, las tenía encima. ¡Una muralla de mujeres, faldas y mantos negros, de la cabeza a los pies! Aún olfateo el aroma a fresnos. La oscuridad inquietante fue la cripta del ave celestial. Al despejar mi vista, el águila había desaparecido. La nube había perdido su forma, pero ellas seguían allí.

La anciana respiró profundamente y abrió los ojos.

—Así perduró una larga noche, solidaria con la muerte. Era el confín del mundo; para mí, para mi madre y tal vez para ellas —su mirada se reavivó y me advirtió—: No te equivoques al relatarlo. La paz llegaba por fin de la mano de dos ángeles que se ocuparían de nuestro bien morir.

Necesitó un respiro y con un gesto señaló su medicación. Puse el comprimido sobre su mano y tomó las mías. Se recostó sobre los almohadones para sumergirse nuevamente en el relato.

—Aunque nunca antes las había frecuentado, tú sabes, una conoce el estilo; esos brazos fuertes que lo sostienen todo; me eché en ellos, tan falta de consuelo estaba. Y me desvanecí apenas verlas. Insensata de mí, sin decidirlo siquiera. Un vahído recorrió mis entrañas. El cielo se puso gris y sopló el viento del levante. Cómo no sentir la señal. Alcancé a ver su asombro y su premura al recoger mis escombros. Debieron alzarme, tenderme en el diván. Oraban con fruición cuando volví en mí, implorando la protección de Dios. Madre en su jergón, no hablaba. Tanto me acunaban sus diligencias, que concebía renacer inmaculada en otro mundo, donde no habría desdichas, porque los ángeles...

Hizo una pausa, pensativa.

—Vuelvo a repasar lo sucedido mientras te cuento. Ahora veo sus esmeros, tan turbadores. Sus brazos te aprisionan, sus atenciones te adormecen, sus celos terribles desconciertan. Te ves arrebatada a jurar fidelidad. Famélicos amores que ninguna demostración podrá saciar. Ni mi padre ni mis hermanos lograron aproximarse a menos de veinte metros de distancia.

—¿Ellas...?

—Los detenían ¡por nuestro bien! Necesitábamos descanso, sus presencias eran perturbadoras. Tan solo percibir proximidades extrañas agitaba nuestros fantasmas —les explicaban— fantasmas que en días sucesivos adoptarían formas turbulentas y enloquecidas; llevaría días volver a aquietarlos.

—Tía... proximidades extrañas, ¿tú permitiste... ?

—Gozaba en el sufrimiento...

—¿Y ellos acataron...?

—Yo no les veía, solo al ave que se echaba encima mío y me aterrorizaba. Creo que me veían desvariar y era de justicia la razón de las lloronas. El sufrimiento deja marcas, ¡sangre de Andalucía! Es la ceremonia de siempre, primero relucen los

puñales y cuando la muerte se hace soberana, abre su cortejo: las lloronas se apropian de la tragedia, de la situación, de tu propia alma y por qué no, de tu mismo dolor. Te desangran, se desangran contigo; te urden apetencias y harturas, te improvisan somnolencias y promesas... ¡¡¡el buitree!!!

Una mirada de terror creció en su rostro. Estaba viéndolo. Agitaba los brazos tratando de alejar la amenaza. Cuando cerró los ojos, me vi en apuros hasta percibir que esta era su manera de evocar aquella agonía. Palabras voraces que levantan vuelo y surcan el horizonte:

—Madre se fue muriendo... Su voz se perdía en el silencio de las cumbres serranas y yo en el eco. Me hundí peldaño tras peldaño mientras su postración avanzaba. No importaba demasiado qué padecía. Olvidada de mí, despojada de los sentidos, mi cuerpo carecía de peso y erraba en suspiros. Un reflejo de dolor en medio de las tinieblas anunciaba en sordina, su final. Enflaquecida, no intenté mantenerla con vida porque ya había decidido seguirla —hizo una pausa larga—. Ni mi vida ni mi muerte fueron como hubiese querido. El recuerdo duele más, ahora. No sé cuándo, mi vergüenza y mi dolor perdieron su causa y se tornaron padecimiento puro. Las matronas se mesaban los cabellos, clamaban de dolor acariciando el rostro de mi madre que perdía brillo, se apagaba —suspiró una vez más y cambió el tono de voz al declarar—: Mi tristeza se arrullaba en tan confortable lecho...

No parecía ese su modo de expresarse. Me pregunté quién estaba en ella describiendo... De súbito su mirada recuperó el dominio, cayó sobre mí y concentró mi atención:

—Oh, Rosario querida, aquella horrenda etapa en que viví desangrándome... ¡jocé con ello! —Volví a sorprenderme; no del goce que viviera en medio del dolor, sino de la lucidez que detentaba. Como en un espejo recibo de ella mi

propia sorpresa—. ¡Nunca lo había pensado así! ¡Hacerte saber... me hace saber!

Conmovida me acerqué a rodear sus cabellos cenicientos. Sus ojos estaban secos cuando apoyó la sien en mi brazo y exclamó:

—Pacto de sangre entre mujeres. Andalucía no sangra solo por sus varones. Nosotras purificamos la vida a la par de la sangre, ¿sabes? Cuando ya no albergaba más dolor, vaciada de sensaciones —una vez más María Rosa se irguió y cambió de tono— sucedía algo más que no quise discernir. Fue la sirvienta vieja que lo advirtió antes que saltara a la vista... yo estaba... ¡yo estaba embarazada!

La información cayó en medio del estómago como un meteoro. ¡Tampoco yo había querido desentrañarlo! Demoré la respiración y tía me concedió una pausa. Pareció remontar el tramo empinado de su confianza. Se detuvo; los silencios son tan necesarios como las palabras. Entre las mil renuncias que el coro de lloronas sellara, la clave de aquella tragedia emergió por fin.

—Esperaba un hijo... suyo. De Tomás.

No me creí tan afectada hasta que me sacudió el ataque de tos. Tuve que ir por un vaso con agua, indignada y avergonzada por mi reacción.

Al volver, ella extraviaba la mirada rumbo a las sierras.

—Mi deshonra solo competía con mi humillación. Ora postrada padecía mi castigo. Ora sentía latir mis propias entrañas. La cueva se poblaba de aves de rapiña que acechaban a mi niño. Despertaba traspirando con el buitre sobrevolando mi discernimiento. El pánico me ahogaba, me impedía gritar. El buitre amenazaba penetrar mis entrañas, hacer estallar mi piel. A veces escuchaba llantos desesperados de bebé porque el buitre le perseguía. Yo corría por la sierra llamándolo y el eco que

detonaba por los rincones, me ensordecía. Las sirvientas iban a mi encuentro escudriñando las sombras y gritando mi nombre. Mi resentimiento aumentaba. Me hallaban por fin, me tomaban en sus brazos y al ritmo de sus caricias me serenaba, la alucinación poblada de pajarracos, desaparecía. Cuando decidí morir con madre, aún no sabía que la vida anidaba dentro de mí. O tal vez percibir su latido aumentaba mi desesperación...

La pausa marcó una mueca de dolor. O de resentimiento. Su mirada se endurecía, su voz volvió a cambiar de tono y de tiempo. El mismo argumento que preserva la paz, hiere la dignidad.

—Mis ángeles custodios se ocupaban de todo. No tenía necesidades, nada me obligaba a incorporarme. *Nadie ha de saberlo* —juró la madre vieja. Y nadie lo supo. Ya ves, dudo que otro pequeño pueblo pueda jactarse de mantener tan hermético un secreto.

—¿Qué hubiera podido suceder en caso de hacerse público? —quise preguntarle.

—Tal vez habría saldado mis deudas, si no con Dios, al menos conmigo misma. No sé cuál ha pesado más.

—¿... tal vez las que tienes con tu hijo? —sabía que era una crueldad, pero tenía que tocar un fondo más sólido.

—No hay restitución ni expiación allí. Ningún perdón. Será mi castigo en la eternidad.

«Ha sido ya tu castigo en vida» —pensé, molesta.

¡Anatema! Casi escuchaba a *mi* público —yo era el suyo— abuchear el relato desde la platea. *¡No pretendas engañarnos, no ves que anticipa sus goces para toda la eternidad!* El bochorno de mi ingratitud me sofocaba. Por suerte María Rosa no perdía el hilo y continuaba:

—La comadrona Ña Esperancita traía hojas de hierba santa, jengibre, marcela, diente de ratón para sanar los males. También podías encargarle hierbas para adormecer fantasmas

o quitar penas. No despertaba recelos verla por allí, cuando todo el mundo requería de sus insignes oficios. Aquella santa trinidad tomó los hilos de la historia. Ña Esperancita se llevaría al niño. En esos días –Dios sabrá por qué hace coincidir esas cosas–, María Soledad habría de dar a luz a su niño y ellas lo sabían. Dios no quiso que ese secreto fuera tan celosamente guardado, pero yo puedo jurar que no salió de sus gargantas. Las lloronas no mancillan honores ajenos, porque de ellos depende el propio.

Un breve silencio preparó la siguiente frase con la que concluía su historia:

—El niño de María Soledad falleció a las pocas horas...

(Rosario ha interrumpido la lectura)



EPISODIO DE PROPINCUIDADES FINALES

Las hojas parecen desmayar en las manos de ella.

—¿Allí termina? —hace tiempo que Pablo percibe su atolladero.

Ella hace silencio. Vacila. Él se aproxima. Deja la copa de vino a un lado y se sienta en la alfombra, junto a ella. La observa.

—Toma tu tiempo. ¿Qué está pasando? ¡Dime!

—Ese era precisamente mi problema. Por eso vine. Pensé que a tu lado recuperaría el primer entusiasmo... pero llegando al mismo párrafo, vuelve a sucederme.

—Me intrigas —y Pablo no se burla esta vez.

—Voy a leerte lo que sigue. En principio era parte del libro, era lo que yo sentía... Pero te juro que ahora ya no...

—¡Lee!

Ahora el vértigo me invadía. Escuchaba mi propio abucheo. No niego que ya se venía gestando, pero de pronto invadió con estrépito. No sé decir porqué, solo sé que ya no quiero asumir en arriendo, esta revelación. No hay poesía ni lirismo en este melodrama que se derrumba encima de mí. Tampoco me importa su sello original con garantía de legitimidad. Me sé embretada promocionando una mercancía de descarte.

Ya sé que Jesús convino con Ña Esperancita la entrega del niño que María Soledad daría a luz. Al morir el niño, era de rigor que el hijo de María Rosa tomara su lugar. ¿Estoy ante un secreto de tal envergadura que ni el propio Jesús lo supo? Es el que han guardado con tanto celo María Rosa y sus lloronas, verdaderas damas de honor...

Rosario interrumpe la lectura para mirar a Pablo con los ojos húmedos y gesto cansino:

—Es patético, ¿lo ves?

—La Verdad lo es. Y tú escribes la tuya, tu pequeña verdad, ¿lo ves? ¡Lo que escribes es tuyo, sigue Rosario, di lo que tengas que decir!

Ella respira profundo para poder retomar:

¡Era el último respunte de toda esa urdimbre!

Si en verdad era una revelación asombrosa, ¿por qué me sentía tan harta y traicionada? Dejé pasar algún minuto. La anciana estaba pendiente del efecto que provocaba en mí. En cuanto a ella, no me atreví yo a desilusionarla.

—Entonces... —dije balanceando la cabeza, midiendo la trampa en la que había caído; compuse mi rostro para que su confianza almibarada no perdiese el sentido, que ya se había agotado para mí. María Rosa continuaba con tenacidad

—Mientras las matronas susurraban con Ña Esperancita, me sentí ajena a mí misma y a María Soledad. Ella y yo, ambas en la cima de lo que pudo haber sido la felicidad. ¡Sentí la injusticia en mi carne! Tenía que separarme de mi hijo, pobre bebé ya sin padre, hijo de un tunante de ojos azules, condenado a la tristeza, perdida su madre apenas nacido... —Respiraba con dificultad y creí que se ahogaría allí mismo—. Estuve en un estado de somnolencia que no sé cuánto tiempo me tuvo aprisionada, pero he de confesarte que el mismo día que di a luz, por primera vez en meses me sentí resucitar. Me sentía libre, era otra mujer. Yo surgía a la vida parida por los propios atavíos de la muerte.

Ya no podía escucharla. A la vez que sentía arruinarse la dignidad del relato, la tía María Rosa acumulaba firmeza con aquel discurso pretencioso:

—Así transcurrieron sesenta años. Mi amiga Soledad sintió orgullo mientras veía crecer a su hijo Antonio, cuando Jesús

cuidaba de él. Se las ingeniaba para tenerle cerca, le necesitaba. Alimentaba la prueba de que hubo una vez amor. Yo no podía desposeerla otra vez. Jamás hice un movimiento equívoco. Y purgaba mi conciencia cada vez que sentía deseos de gritar la verdad.

Por fin salí de aquel santuario. ¿Entraría yo en el caleidoscopio de las generaciones cuya lealtad eterna se sucede de una en otra? Atrapada en el lugar de la transmisión, percibí su bochornosa carga.

Me sentí desalentada. Enfurecida. Impotente ante este asunto, ridículo y grave a la vez. Invadida de tristeza, llena de ira. ¿Qué hacer?

Rosario vuelve a bajar la hoja

Mira a Pablo con una mirada ansiosa y le explica con desaliento.

—Hasta aquí llegué. No pude escribir más. Y vuelve a pasarme delante de ti. No quiero saber nada más de esta historia.

—¿Se te vuelve qué?

—Una telenovela melodramática

—Así mirada, puede ser. La vida lo es.

—Pero esta es mi familia.

—El carácter melodramático de la vida es algo que se hace en uno mismo. Te lo estás haciendo tú, ahora.

—Tal vez. Pero extravió todo el interés para mí, el sentido que te...

—¡Te cae absurda la realidad... de otro bebé en la ronda? Sí, lo es. ¿Qué esperabas, preferías el secreto sin develar, esperabas que todo concluyera en una gran verdad indiscutible y definitiva?

—Sí, pero saberla parece imposible.

—Esa es la verdad de ella, no sé cual sería otra: los hijos cambiados...

—(*sonríe*) Absurdo, ni resulta creíble. Pones un hijo en lugar de otro, le agregas un fantasma, salpicas la historia con alguna confesión guardada durante sesenta años desplegando los secretos pudorosos de una anciana... y ya tienes una telenovela igual a esas que andan por doquier. Ya no me siento ante un terrible secreto.

—Sin duda, no podemos negar que dejó de ser un secreto y a la luz del tiempo transcurrido, ni siquiera parece tan terrible.

—La tía María Rosa más bien me parece...

—¡Dilo, dilo!

—... una histérica trasnochada que se ha inventado una novela a medida, para gozar en el dolor y ese es el cúmulo de patrañas que me ha relatado. Y yo, estúpida de mí... que me viene la ira por prestarme a esta fantochada. ¡Y bien merecida que la tengo!

—¿Acaso no le crees? —Pablo está muy serio.

—Da lo mismo. Ella creó su novela cuando la huida de tu abuelo. Protagonizó una historia de amor y traición, en la que tu abuelo quedó como personaje secundario. Ni se enteró que había una feroz dictadura, que el ejército de Franco era omnipresente, que su propio pueblo iba a ser escenario del ajusticiamiento de un asesino. Nunca hubo más mundo para ella que sus pequeñas sensiblerías, sus frustraciones...

—¿Hay otro?

—Pablo, no me estás ayudando.

—Creo que de eso se trata. Su verdad no te gusta, no coincide con la que esperabas. ¿Qué te hubiera gustado que sucediera? ¿Cómo te metiste en esto?

—Qué sé yo, una cosa lleva a otra y cuando quieres reaccionar estás haciendo el ridículo metida dentro de un frasco pequeño, tapado. Te ahoga, no te deja respirar. Afuera, todos te están mirando y se burlan de ti. Te vas hundiendo

cada vez más y cuando quieres salirte, ya estás chapoteando en la guarrada.

—Genial, si tú pudieras dar cuenta de ello... Las cosas van sucediendo precisamente porque se van encadenando, no puedes planificar un inicio y un final.

—Quiero salirme, Pablo. No quiero publicar esta historia.

—La tía María Rosa no te pidió que lo hicieras.

—No. Pero es contigo que... decidimos hacerlo.

—Viniste entonces... a pedirme...

—¡Tu absolución!

—¿Qué harías?

—Arrojarla a la basura. Tirarla tal como está en este momento.

—¿Qué te hizo comenzarla?

—Vuelves a preguntarme...

—Tal vez lo sé.

—¿Lo sabes?

—Apostaría, sí. Ahora sé bien qué me hizo entrar a mí en este asunto.

Rosario se queda mirando a Pablo con un gesto de sorpresa.

—Nunca te lo pregunté.

—Piénsalo. ¿Por qué lo haría? Soy abogado, no tengo aspiraciones literarias. Tampoco obtendría ventajas hereditarias por rescatar historias familiares.

—Es la memoria de tu padre.

—No es suficiente motivo.

—¿Qué te traes?

—Te diré la verdad, hoy. La de mañana, nunca la sabremos. La verdad que he venido descubriendo y que no estaba a la vista, es que estoy enamorado de ti —él acaricia su mejilla— te deseo desde mi más profundo corazón, mi cuerpo, mi mente. Tú viniste a mí porque te pasa lo mismo. Y no puedes negármelo porque

estoy viendo esa mirada de disgusto que tienes cuando no quieres saber nada de la verdad.

—Pablo, te juro...

—¿Ahora vas a jurar? No jures, no protestes, no reniegues, no prometas. Ven, mírame. No dañamos a nadie, es nuestra verdad ahora.

Una mirada larga los sujeta. Por sí sola realiza el milagro de juntar sus labios. Una escena tan vieja como la del origen, tan joven como las horas que empiezan a transcurrir. Tan repetida como la de los ancestros, como la de los sucesores.

En una pequeña estancia, un abrazo vuelve a darle sentido a la vida. También reverdecen palabras viejas. Y el melodrama, una vez más, enseña los dientes.

Epílogo

Pablo abre la puerta, deja caer el portafolio y se acerca al sillón donde Rosario, de espaldas, sostiene en sus manos una galleta sin probar. La taza de café está vacía sobre la mesita. Los manuscritos, prolijamente ordenados. Su mirada se pierde cruzando el ventanal generoso, hacia el horizonte que el río deja ver.

Es evidente que no lo ha escuchado llegar.

Él la rodea con los brazos. Sin cambiar de posición, ella estira su brazo y rodea la cabeza de él. Todo se desliza en silencio. Él se acerca y pone un CD, la levanta para bailar, la besa. Ella responde poco, parece desmayar en sus brazos.

—Te amo —dice él— nunca creí poder decírtelo. Me conmueve amarte. Y que tú me ames me hace saber ahora qué es la felicidad.

Rosario no responde. Aunque estrechamente se abraza a él, está acongojada. Él la mira con atención y de pronto recuerda y se sobresalta.

—¿Fuiste al médico?

—Sí.

—¿Qué pasó? ¿Por qué te desmayaste?

Rosario cierra los ojos demorando la respuesta, pero ¡cuánto podría! Pablo ya inquieto la aparta de su pecho.

—¿Qué tienes? ¿Qué pasa? No me asustes. ¡Dímelo!

—Estoy... ¡embarazada!

El silencio los envuelve. Pablo la toma en brazos y la mira con determinación.

—Un hijo es una bendición.

—Jamás hubiese creído que recibiría la noticia con esta congoja. Lo he deseado toda mi vida.

—¡Nos casamos! Te quiero, tú me quieres...

—Pablo, no es tuyo ¿lo ves?

—Lo sé, lo sé, lo será, ¡será mío!

—¿Qué te pasa a ti ahora con la verdad, Pablo ? Es hijo de José Antonio, ¡tú lo sabes!

El silencio se impregna de un ruido ensordecedor.

—Nos queremos, Ros. ¿No es suficiente?

Imágenes desfilan ante los ojos de ambos. Son Francisco a los cincuenta y dos años y María Soledad con sus ochenta y cuatro. Son Tomás de veinte y María Rosa de ochenta y cuatro. Son Carmen y Federico. Son abrazos apasionados, besos tiernos que se despegan, miradas que se alejan, despidiéndose.

La orquesta de Cadaqués le hace lugar a Paco de Lucía y sus cuerdas se abren al adagio de Aranjuez. Al deslizarse los sonidos, las imágenes toman el relevo.

El sol baja por el lado oeste y hoy, rojo en sangre, se sumerge en el río tras los edificios de la costa montevideana.

De lejos, parece una ciudad blanca.

Patty respira hondo, cierra el libro, queda pensando.

Abre las ventanas, deja entrar el sol, toma su chaqueta, el libro, la cartera, pasa por el aparador del estar, recoge maníes del bol que está sobre la mesa, sale disparada. Se escucha el auto que arranca con fuerza.

Una hora después Patty está en el bar, charlando con el Gallego.

—Patty, qué gusto verte, hacía un mes que no aparecías, temí que te hubiese pasado algo.

—Necesitaba tomarme unos días. Estuve en Buenos Aires, fui al teatro con amigos, navegué en el Tigre, almorcé en maravillosos lugares, sin despreciar. —Sonríe con simpatía—. Vi una exposición de Dalí en el Museo de la Recoleta con relojes derriéndose, acompañada de amigos, Gallego, amigos. Es el capital que tenemos en la vida, lo más seguro que tenemos cuando los tenemos. Estoy empezando a valorar el rubro, ¿ves? Vos también sos un amigo, no me protestes, lo sé. Estoy tratando de renovar mi vida, José. Volví ayer y ya ves, aquí estoy, junto a un amigo. Hasta te nombro, digo tu nombre, José, José, ¿cuándo fue la última vez que te dije José?

El Gallego la mira entre sorpresa y ternura, le toma la mano, acaricia su mentón y agrega:

—Vaya, creo que hoy es mi día de suerte. Voy a jugar a la lotería.

—Quería venir a verte y... —de pronto percibe que se acerca demasiado a terrenos comprometidos y suelta un exabrupto defensivo— además me debés un whisky. Esas son cosas que no *perdono*.

—Ya estoy contigo. —Él se levanta contento y vuelve con una tabla de bocados, una botella, dos vasos y hielo. Sirve—. Algo te pasó, te conozco...

—No, —Patty sonrío tranquila— sólo quería charlar contigo, libremente. Ya entregué el libro además, estoy disponible...

—Me estás dando mensajes inesperados y prometedores, Patty. Ese libro, el romántico —se ríe— me parece que te... que te... bueno, te hizo un efecto... maravilloso, ¿no?

Patty se dispone a responder ácidamente a la ironía del Gallego cuando su celular suena. Con un gesto de fastidio, lo toma y dice:

—Sí, quién?

—...

—¿Quién? *(Escucha y le dice al Gallego un poco preocupada.)* ¿¡Es la policía!?

—¿Cómo, qué pasó?... ¿Cuándo? ¿Dónde?... Dígame de una vez todo, no me lo...

Su rostro queda demudado. Empalidece. Se desmorona en la silla, el celular se desliza sobre su falda. José lo sujeta y habla.

—Perdón, qué fue lo que sucedió... repítame... ¡Oh! Entiendo... dónde está ahora... está bien, ella está acá... sí... se lo diré.

Lentamente apaga el celular, lo sostiene un momento entre las manos, niega con la cabeza. Patty no se ha movido del lugar. Él pone la mano sobre su hombro, quedan en silencio.

Luego ella estira el brazo y toma el whisky con un gesto de ira.

—Es verdad, ¿entonces?

—Tuvo un accidente en la ruta, cerca del Chuy. Iba rumbo a Brasil, escuchaste ¿verdad? Tenía tu número de teléfono para emergencias. —hace una pausa y suspira— No iba solo, ¿te dijeron? —hace otra pausa y agrega—: ¡Los dos están muertos!

Un lienzo blanco parece deslizarse por delante de Patty y va

borrando lentamente todo lo que encuentra en el camino. Va despojando las imágenes, sonidos, recuerdos, colores. Ahora se devora los grises hasta ir deconstruyendo todo. Por momentos es necesario atravesar los trazos que se empeñan en aparecer, frágiles, breves, fugaces.

Cuando todo queda vaciado, inmaculadamente blanco, unos acordes de Falla se van escribiendo en el espacio trazando un pentagrama ondulante. La música se desliza desde un *pianissimo* al *forte*. Abruptamente se interrumpe y cede su lugar a una precipitación de rasguídos que padecen lamentos de cante jondo.

El verso olvidado resuena en las sienas de Patty que para capturarlo, cierra los ojos.

Y fluye, esta vez fluye sin interrupciones...

*Empieza el llanto
de la guitarra
se rompen las copas
de la madrugada
Empieza el llanto
de la guitarra
Es inútil
callarla
Es imposible
Callarla.*



ÍNDICE

- 1 / 15
- Episodio 1.
- El eco de mis pasos (*Relato de Francisco*) / 21
- 2 / 39
- Primera propincuidad / 45
- Episodio 2.
- Aparte I de la tía María Rosa (*Relatado por Rosario la hija de José*) / 53
- 3 / 61
- Episodio 3.
- Ecos de pícaros en el olivar (*Federico escribe para su hijo Pablo*) / 67
- Episodio 4.
- Ecos de impudicia en el olivar (*Carmen se lo ha relatado a Rosario*) / 83
- 4 / 89
- Episodio 5.
- Eco de espectros (*Relato de Francisco*) / 101
- 5 / 117
- Episodio 6.
- Aparte II de la tía María Rosa (*Relato de Rosario*) / 123
- 6 / 129
- Episodio 7.
- Ecos de pura cepa (*Relato de Francisco*) / 133
- 7 / 143
- Segunda propincuidad / 149
- 8 / 153
- Episodio 8.
- Eco de hadas en el olivar (*Relato de Rosario*) / 157
- 9 / 167
- Episodio 9.
- Eco de hados del olivar (*Relato de Francisco*) / 173

—Episodio 10.

Maruja relatará su propia historia y la de su yerno Antonio (*Introducción de Rosario*) / 181

—10 / 195

—Episodio 11.

Matar a un asesino (*Relato de Francisco*) / 201

—11 / 209

—Episodio 12.

¿Qué más vas a revelar de mi padre? (*Relato de Francisco*) / 215

—12 / 227

—Episodio 13.

Los duelos (*Relato de Rosario*) / 235

—13 / 243

—Episodio 14.

La carta de José / 245

—Tercera propincuidad / 251

—14 / 253

—Episodio 15.

Aparte III de la tía María Rosa (*Relato de Rosario*) / 255

—Episodio de propincuidades finales / 265

—Epílogo / 271

—15 / 273

CATÁLOGO de YAUGURÚ
Colección NARRATIVIVA

1. / *El infinito es solo una forma de hablar.*
Novela de Horacio Verzi, 2011.
2. / *Actores de segunda.*
Novela de Enrique Bacci, 2012.
3. / *La misma piedra.*
Novela de José Pedro Damiani, 2012.
4. / *La memoria de los nombres.*
Novela de Melba Guariglia, 2012.
5. / *El canto de los alacranes.*
Novela de Juan Introini, 2013.
6. / *Amanecer sin Lili Marleen.*
Novela de Domingo Trujillo, 2013.
7. / *Penúltima apuesta.*
Cuentos de Walter Bordoni, 2014.
8. / *Testigos contra olvidos.*
Novela de Raquel Lubartowski Nogara, 2014.
9. / *La revancha y otros cuentos*
de Gustavo Iribarne, 2014.
10. / *Hay un lobo muerto en mi orilla.*
Novela de Raquel Zieleniec, 2014.
11. / *Resaca.* Novela de Nelson Díaz, 2015.
12. / *De las aventuras de Germán Villemel. Experto en Fenómenos Paranormales.*
Cuentos de Marcos Ibarra, 2015.
(Co-edición con Espacio Mixtura).
14. / *Seres primordiales.*
Cuentos de Juan Manuel Cortelletti. 2015.
15. / *El infierno te odia y tu mamá no puede ayudarte.*
De Bonnie Bang Bang. 2015.
16. / *Y la nombraron mujer.*
Cuentos de Léonie Garicoïts
(con ilustraciones de Elián Stolarsky). 2015.
17. / *El dragón mecánico.*
Novela de Walter Biurrun. 2016.
18. / *Compañía.*
Libro de cuentos de Helvecia Pérez. 2016
19. / *El submario Perral.*
Cuentos de J. C. Mondragón, 2016.
20. / *La frontera y otros relatos.*
De Raquel Zieleniec, 2016.
21. / *Solo para ti.*
Relatos de Gladys Franco, 2016.
22. / *El caso Virginia Tiresias.*
Novela de Mariana Figueroa. 2016.

23. / Metástasis.
Novela de Nelson Díaz. 2017.
24. / Singladura.
Novela de Horacio D'Angelo. 2017.
25. / Vuelta de campana.
Novela de Héctor Baptista. 2017.
26. / El rincón del eco.
Novela de Raquel Zieleniec. 2017.

Colección del Clú de yaugurú (Sistema de suscriptores)

- mayo09 / *Se lu5tra*. CD de Fernando Cabrera, Popo Romano, Fernando Goicoechea, Luis Bravo con Pepe Danza y Berta Pereira, Tango marciano, Inés Trabal & Carlos da Silveira, Marcos Ibarra, Santiago Tavella & Roberto Musso, Alberto Restuccia, Martín Barea Mattos & Fico Silveira, Bardo Kan, Agamenón Castrillón, Pollo Píriz quinteto, Carmen Pi y Gustavo Wojciechowski.
- juniol09 / *Pabellón patrio*. Libro de poesía de Luis Pereira.
- julio09 / *Abisinia entre algunas otras cosas que pude haber escrito y que hoy ya no recuerdo*. Carpeta con elásticos, antología de Witold Borcich.
- agosto09 / *TT4* (cuarto taller de tipografía). Publicación con trabajos experimentales de tipografía.
- septiembre09 / *El tiempo circular*. Libro de poesía de Mariella Nigro, con ilustraciones de Cecilia Mattos.
- octubre09 / *Vocales.ui*. CD de Héctor Bardanca.
- noviembre09 / *Oriental*. Libro de haikú de Alejandro Tuana.
- diciembre09 / *Saludo*, postal + 20 x 20. Libro de poesía y diseño. 20 poetas argentinos interpretados por 20 diseñadores uruguayos / 20 poetas uruguayos interpretados por 20 diseñadores argentinos. Co-edición con Editorial Argonauta (Buenos Aires).
- enero-febrero10 / *40 años de performances e intervenciones urbanas*. Libro de Clemente Padín.
- marzo10 / *Costas de la aldea*. Libro de cuentos de Agamenón Castrillón, ilustrados por varios dibujantes y diseñadores.
- abril10 / *Mangueras rojas y azules*. Libro de jóvenes poetas ibero-americanas. Selección Cecilia Sainte-Naïve. Co-edición con Los libros de l(a) imperdible (España).
- mayo10 / *Aparato reproductor*. Libro de cuentos de Germán Di Pierro + Camiones. Plaqueta con textos de Rubén Olivera, Mauricio Ubal y Gustavo Wojciechowski.
- juniol10 / *Culito de rana (antología poética)* de Jotamario Arbeláez.
- julio10 / *Noche cerrada en un país de la memoria* (obra poética) de Susana Soca.
- agosto10 / *Texturas*. CD de varios autores (Popo Romano, Agamenón Castrillón, Abel García, Lautaro Hourcade, Cecilia Vignolo, Juan Ángel Italiano, Alberto Restuccia, Nicolás Mora, Raquel Diana, Alejandro Tuana, Jesusa Delbardo, Macunaíma, Walter Bordoni, Omar Tagore y Fernando Goicoechea).

- septiembre10 / *La rosa del manicomio*. Libro de poesía de Eduardo Curbelo.
- octubre10 / *Tamudando*. DVD de Luis Bravo, Berta Pereira, Alejandro Tuana, Pollo Píriz, Daniela Pássaro, Marcelo Vidal y Leonardo Barzelli. Coedición con Ediciones Ayuí.
- noviembre10 / los tres primeros títulos (plaquetas de poesía latino-americana) de la colección Pliegos del cordel.
- diciembre10 / *Corazonada*. Juego de naipes circulares de Paula Bader (poesía) y Silvia II G (pinturas).
- enero/febrero11 / *La sombra del jaguar*. Novela de Rafael Bernardi.
- marzo11 / *URUMEX (10 carteles mexicanos a partir de 10 poemas uruguayos / 10 carteles uruguayos a partir de 10 poemas mexicanos)*, de varios autores, coordinación: Carlos Palleiro y Gustavo Wojciechowski.
- abril11 / *Cieno*. Libro de poesía de Gerardo Ciancio (Primer Premio de Poesía Inédita MEC) + (*o: diáspora la lengua*), plaqueta de poesía de Laura Alonso.
- mayo11 / *Ruido de poemas*. CD de Eduardo Nogareda y Fernando Pareja.
- junio11 / *Z / M (escripciones a partir de fotogravias, Zaragoza / Montevideo)*. Libro de varios autores (fotografía y literatura). Co-edición con Los libros de l(a) imperdible (España).
- julio11 / *Lugar perfecto*. Libro de poesía de Roberto Apratto.
- agosto11 / *Santuario*. CD de Alejandro Tuana y Samantha Navarro.
- septiembre11 / *Vuelven los mutantes*. Libro de historietas de Marcos Ibarra.
- octubre11 / *Sastrería*. Libro de poesía de Laura Cesarco Eglín.
- noviembre11 / *Amarga misericordia*. Libro de poesía de Léonie Garicoïts.
- enero/febrero12 / *Actores de segunda*. Novela de Enrique Bacci.
- marzo12 / *Trasiego*. Poesía. Un texto de Gustavo Wojciechowski traducido a varios idiomas.
- abril12 / *El sur y el norte*. Poesía de Sergio Altesor, con ilustraciones de Domingo Ferreira.
- mayo12 / *Tata Vizcacha*. Poesía Washington Benavides.
- junio12 / *Bicho bola*. Poesía de Victoria Estol + *Nomenclatura y apología del carajo*. Poesía de Francisco Acuña de Figueroa.
- julio12 / *incorrección*. Poesía Hugo Achugar.
- agosto12 / *Santa poesía*. Poesía Rafael Courtoisie.
- setiembre12 / *Aliverti Liquida (Apto para señoritas)*. Poesía de la Troupe Ateniense (Co-edición con Irrupciones)
- octubre12 / *La memoria de los nombres*. Novela de Melba Guariglia.
- noviembre12 / *MOJOS* de Horacio Buscaglia.
- diciembre12 / *Bitácora del corazón roto* de Caf.-
- enero/febrero13 / *CUALQUIERCOSARIO* (poemas, cuentos, fotografías, dibujos, historieta) de varios autores. Co-edición con Los libros de l(a) imperdible (España).
- marzo13 / *La impureza*. Poesía de elbio chitaro.
- abril13 / *Terral*. Poesía de Felipe García Quintero.
- Mayo13 / *Juglar en flor*. Poesía de María Constanza Farfalla (con ilustraciones de Marcos Ibarra).
- junio13 / *Se ruega no dar la mano*. Poesía de Alfredo Mario Ferreiro. Edición

- fascímil. (Co-edición con Irupciones).
 juliol13 / *Estados de la maceta*. Libro de aforismos y dibujos de Mariano González.
 agosto13 / *El canto de los alacranes*. Novela de Juan Introini.
 septiembrel13 / *Un huésped en casa (memorias de una traducción)* de Teresa Amy. Seguido de *La más larga de las noches*, antología de poesía de Jan Skácel.
 octubre13 / *Mudanza/Mudança*. Libro de canciones de Fernando Cabrera, edición bilingüe (Co-edición con GRUA Livros).
 noviembrel13 / *Bailarina invisible*. Poesía de Víctor Guichón.
 diciembrel13 / Areñal CD de John Bennett & Luis Bravo (Co-edición con Ayuí).
 enero/febrerol14 / *Prohibido salivar al conductor* de Daniel Bello.
 marzol14 / *Sin palabras*. Poesía de Roberto Appratto.
 abril14 / *Menaje a trúa* de varios autores. Co-edición con Libros de l(a) imperdible (España) y Julieta Cartonera (Francia).
 mayol14 / *De entonces acá*. Poesía de Gustavo Wojciechowski.
 juniol14 / *Los hornos*. Poesía de Eduardo Nogareda.
 juliol14 / *Extremo explicit*. Poesía de Riccardo Boglione.
 agosto14 / *Viva el pollo*. Dibujos y texto de Carlos Liscano.
 septiembrel14 / *Idealidad de cántaro*. Poesía de Elbio Chitaro.
 octubre14 / *Celebridad del fauno*. Poesía de Martín Palacio.
 noviembrel14 / *Poesía: última trinchera*. Poesía de Juan Gustavo Cobo Borda (Colombia).
 diciembre14 / *GUAY* (20 poemas paraguayos intervenidos por 20 diseñadores uruguayos) + ; *mujeres* (plaqueta de 5 poetas iberoamericanas).
 enero/febrerol15 / *Resaca*. Novela de Nelson Díaz.
 marzol15 / *MECAGOENUSTÉ*. Libro con textos e imágenes, de varios autores. Co-edición con Libros de l(a) Impredible (España) y Amordemisamores (Francia).
 abril15 / *Espejo perfector*. CD de Bardo Kan.
 mayol15 / *Poesía* (los cinco primeros libros) de Roberto Appratto.
 juniol15 / *La culpa es del sueño*. Poesía de Mariela Laudecina (Argentina), ilustraciones de Maca.
 juliol15 / *Goliat*. Textos y dibujos de Mariano González.
 agosto15 / *Playa Ramírez*. Poesía de David Liquen (España).
 septiembrel15 / *Contraverso Contrapeso*. Poesía de Lucía Baltar (España).
 octubre15 / *El profesor de amor*. Poesía de José Parrilla.
 noviembrel15 / *Poemas encontrados cuando no había*. Poesía de Roberto López Beloso. (Obra ganadora del Premio Anual de Literatura 2014 del Ministerio de Educación y Cultura [poesía inédita]).
 diciembre15 / *Confección de atuendos verbales*. Libro artesanal de aforismos, de María Leguizamón.
 enero/febrerol15 / *Tierra, cielo y agua: Antología de poesía ambiental / Earth, Water and Sky: An Anthology of Environmental Poetry*. (Co-edición con SARAS).
 marzol16 / *El dragón mecánico*. Novela de Walter Biurrun + *Pequeña noche*, librito de dibujos y textos de Zuki.
 abril16 / *Acá no es*. Libro de poesía de Eduardo Nogareda.
 mayol16 / *Los pasados del presente*. Libro de poesía de Hugo Achugar.

junio16 / *El submarino Peral*. Libro de cuentos de J. C. Mondragón.
 julio16 / *35° de poesía de Centro América y el Caribe*. Varios autores.
 agosto16 / *Polcasola*. Libro de poesía de Enrique Bacci (Obra ganadora del Premio Anual de Literatura 2015 del Ministerio de Educación y Cultura [poesía inédita]).
 Septiembre16 / *La máquina*. Libro de poesía de Lalo Barrubia.
 Octubre16 / *MENÚ RAÍAZ* de Samantha Navarro y Juanita Fernández.
 Noviembre16 / *POESÍA 2* de Roberto Appratto.
 Diciembre16 / *Aguantaraz* de Elbio Chitaro (con ilustraciones de Fernando Stevenazzi).
 Enero/Febrero 17 / *El arte de pedirlo*. Poesía de Jotamario Arbeláez.
 Marzo 17 / *Unos cuantos textos con nombre propio* de Jotamario Arbeláez, Oscar Cruz, Mariano Dubín, Bob Dylar, Ferreira Gullar, Alfredo Fressia y Carlos Liscano.
 Abril 17 / *Metásatasis*. Novela de Nelson Díaz.
 Mayo 17 / *El mismo río*. Poesía de Jorge Castro Vega.

Colección RESCATE (la poesía no tiene fecha de vencimiento)

Primera Serie

Premio Primera Convocatoria a Premios Editoriales (CCE)

- 1 | *Zafarrancho solo* de Cristina Carneiro. 2008.
- 2 | *Paracaídas* de Enrique Ricardo Garet. 2008.
- 3 | *Estructuras* de Ernesto Cristiani. 2008.
- 4 | *Las anticipaciones del ángel amargo (Obra completa)* de Pedro Piccato. 2008.

Segunda Serie

A | *La salve multiforme* de Francisco Acuña de Figueroa.

(Co-edición con la Biblioteca Nacional). 2008.

P | *El profesor de amor* de José Parrilla. (Co-edición con la Biblioteca Nacional). 2008.

S | *Noche cerrada en un país de la memoria* (obra poética) de Susana Soca. 2010.

T | *Tata Vizcacha* de Washington Benavides. 2012.

N | *Nomenclatura y apología del carajo* de Francisco Acuña de Figueroa. 2012.

L | *Aliverti líquida (Apto para señoritas)* de la Troupe Ateniense (Co-edición con Irrupciones). 2012.

M | *MOJOS* de Horacio Buscaglia. 2012.

F | *Se ruega no dar la mano* de Alfredo Mario Ferreiro. (Co-edición con Irrupciones). 2013.

Colección BOCA A BOCA (Co-edición con GRUA Livros)

Serie literatura brasileña contemporánea

Las cosas | Arnaldo Antunes. 2012.

Antonio | Beatriz Bracher. 2013.

Espinas y alfileres | João Anzanello Carrascoza. 2012.
Mi alma es hermana de Dios | Raimundo Carrero. 2012.
Otra vida | Rodrigo Lacerda. 2012.
Pitanga | Carlos Eduardo de Magalhães. 2013.

Serie literatura uruguaya

Mudanza / Mudança | Fernando Cabrera. 2013.
Las hortensias / As hortensias | Felisberto Hernández. 2012.
El alma del mundo / A alma do mundo | Felipe Polleri. 2013.
Torquator | Henry Trujillo. 2012.

Colección todos los gallos están despiertos

1. / *Tatuado en mí.* (Poesía) Léonie Garicoïts. 2009.
2. / *Un día feliz y otros cuentos tristes.* Hugo Domínguez. 2010.
3. / *Mar de las lluvias.* (Poesía) Léonie Garicoïts. 2010.
4. / *Parque y sombra.* (Primer Premio del Concurso Literario Poesía. Intendencia de Montevideo) Daniel Morena. 2010
5. / *Corazonada.* (Poesía/pintura) Paula Bader / Silvia II G. 2010.
6. / *(o diáspora la lengua)* (Plaqueta de poesía) Laura Alonso. 2010.
7. / *Club.* Agustín Lucas, incluye postales con fotografías de María Noel Langone. 2011.
8. / *Falsas escrituras.* (Poesía) Sofía Rosa. 2011.
9. / *Planos del diluvio.* (Poesía) Radamés Buffa. 2011.
10. / *Renuncio.* (Poesía) Leonardo Martínez Mato. 2011.
11. / *Para las focas.* Juan Manuel Sánchez / *El ojo de la lluvia.* Alicia Preza. Premio Poesía Joven. Coedición con La cAsa de los Escritores del Uruguay. 2011.
12. / *Hacia Ítaca.* Hoski. Premio Narrativa Joven. Coedición con La cAsa de los Escritores del Uruguay. 2011.
14. / *Votivos.* (Poesía) de Jorge Nandéz Britos. 2011.
15. / *Jade.* (Poesía) Teresa Amy. 2011.
16. / *Canas de voyeur.* (Poesía) Nicole Sus. 2011.
17. / *Amarga misericordia.* (Poesía) Léonie Garicoïts. 2011.
18. / *La plaza del ángelus.* (Poesía) Andrés Echevarría. 2011.
19. / *Aprovechando al bondad de los fantasmas.* (Poesía) Walter Biurrún. 2011.
20. / *El corazón discurre.* (Poesía) Gabriel Weiss. 2011.
21. / *Bicho bola.* (Poesía) Victoria Estol. 2012.
22. / *De a ratos.* (Poesía) Ana Fornaro. 2012.
23. / *Virgenes y lobizonas.* (Poesía) Léonie Garicoïts. Incluye ilustraciones de Elián Stolarsky. 2012.
24. / *El niño del jardín.* (Cuentos). Pablo Bideagain. 2012.
25. / *Granada. Cuentos para leer en el auto.* Pablo Fernández. 2012.
26. / *Patio.* (Poesía) Leonardo Garet. 2012
27. / *Entre las mantas.* (Cuentos). Elena Solis. 2012
28. / *Juglar en flor.* (Poesía) María Constanza Farfalla. Incluye ilustraciones de Marcos Ibarra. 2013.
29. / *Tankas.* (Poesía) Leonardo Rossiello. 2012.

30. / *En el hilo del naufragio*. (Poesía) Mariana Rubio. 2013.
31. / *Las cajas del instrumento*. (Poesía) Ricardo Pallares. 2013.
32. / *Guerra relámpago*. (Poesía) Diego Cunha. 2013.
33. / *Memoria silenciosa*. (Poesía) Julia Galemire. 2013.
34. / *Bailarina invisible*. (Poesía) Víctor Guichón. 2013.
35. / *La pregunta indiscreta*. (Cuentos) Pablo Bidegain Ferrari. 2013.
36. / *La carne es devil*. (Poesía) Claudia Campos. 2013.
37. / *DIOS*. (Poesía) Flor de condominio. 2013.
38. / *El mar de Salvador (sobre textos de Salvador Puig)*. DVD de Andrés Stagnaro. 2013.
39. / *No sé qué hago en Inglaterra*. (Poesía) Ana Strauss. 2013.
40. / *Bailando sola cada noche (comedia más bien negra y patética)*. (Teatro) Raquel Diana. 2013.

Segunda serie (poesía)

1. / *Lotes de asombro* de Eduardo Laureiro. 2014.
2. / *En la luz del eclipse* de Ingrid Tempel. 2014.
3. / *Rizoma* de Ricardo Capurro. 2014.
4. / *Insectario* de Agustín Lucas (con dibujos de Pedro Dalton). 2014.
5. / *Descomposiciones* de Franco Rodríguez. 2014.
6. / *Brilla (20 poemas para Marco)* de Teresa Amy, con ilustraciones de Inés Olmedo. 2014.
7. / *Fábula de un hombre desconsolado* de Javier Etchevarren. 2014.
8. / *Torres/Towers* de Jesse Lee Kercheval. 2014.
9. / *Antárticos* de Ricardo Pallares (textos) y Raquel Barboza (dibujos). 2014.
10. / *La escritura sin escritor* de Matías Ygielka. 2014.
11. / *Los brazos de saguaro* de Laura Cesarco Eglin. 2015.
12. / *Stranger/Extranjera* de Jesse Lee Kercheval. 2015.
14. / *Transgénica* CD de Santiago Pereira. 2015.
15. / *Poemas encontrado cuando no había* de Roberto López Beloso. 2015.
Premio Anual de Literatura 2014 del Ministerio de Educación y Cultura de Uruguay (poesía inédita).
16. / *Durandarte, Durandarte* de Washington Benavides (incluye un CD con W. B. y Héctor Numa Moraes). 2015.
17. / *Muñeca* de Marcela Matta. 2015.
18. / *Con simple forma de ser* de Malena González. 2015.
19. / *La casa que me habita* de Melba Guargiglia. 2015
20. / *Contrapeso contraverso* de Lucía Baltar. 2015.
21. / *Así de inconsecuente puede ser* de Ana Chouhy. 2015.
22. / *Paseo* de Lau Bares. 2015.
23. / *S* de Andrea Estevan. 2015.
24. / *El león que ruge en mi paladar* de Miguel Ángel Olivera. 2015.
25. / *Poemas y dibujos frugálicos* de Heber Abimorad. 2015.
26. / *Trabajo para el silencio* de Diego R. Cubelli, 2015.
27. / *Obertura de la fiebre* de Alicia Preza, 2016.
28. / *Nelson Traba y los espectros* CD de Nelson Traba y los espectros, 2016.
29. / *En el pliegue de la noche* de Mariella Huelmo (incluye CD con canciones), 2016.
30. *MENÚ RAÍZ* de Samantha Navarro y Juanita Fernández, 2016.

31. / *La enunciación* de Teresa Korondi. 2016
32. / *Los trastos sin pulir* de Lara Campiglia (incluye obra escultórica de la autora). 2016.
33. / *El cuenco y otros bordes* de Mariam Legnani. 2016.
34. / *Ruidosa luz (100 Haikús)* de Javier Etchavarren. 2016.
35. / *Adiós a los árboles de Coal Creek* de Santiago Pereira. 2017
36. / *Animales domésticos* de Juan Pablo Moresco. 2017.
37. / *Café Sportman* de Horacio Da Rosa. 2017

Colección Pliegos del cordel (plaquetas de poesía latinoamericana)

- 1| *30* de Agamenón Castrillón y Gustavo Wojciechowski (Uruguay). 2010.
- 2| *Misión/es Poesía* de Marirró Amengual, Lia Colombino, Jan Kislo y Walter Tresols (Misiones, Argentina y Paraguay). 2010
- 3| *Montevideana* de Jotamario Arbeláez (Colombia). 2010.
- 4| ; *mujeres* de Mariela Laudecina (Argentina), Sibyá (México), Elisa Berna (España), Laura Ayesa (Argentina), Jessica Fraudenthal (Bolivia) (2014).
- 5| *GUAY (20 poemas paraguayos)* de varios autores (Paraguay). 2014.
- 6| *Unos cuantos textos con nombre propio* de Jotamario Arbeláez, Oscar Cruz, Mariano Dubín, Bob Dylar, Ferreira Gullar, Alfredo Fressia y Carlos Liscano. 2017.

Colección bordes&desbordes

1. / *La transferencia (una loca pasión)*. (Psicoanálisis) de Danielle Arnoux, Paola Behetti Belhot, Alba Fernández, Ana M.^a Fernández, Mauro Marchese, Adrián Villalba Francia. Coordinación: Carlos Etchegoyhen. 2010.
2. / *Juana de Ibarbourou. Las palabras y el poder* (ensayo) de Pablo Rocca. 2011.
3. / *Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca* (ensayo) de Alejandra Torres Torres. 2012.
4. / *El almanaque de Jorge Tiscornia* (derechos humanos) de Arturo Bentancour, José Pedro Charlo, Elbio Ferrario, Daniel Gil, José López Mazz, Sonia Mosquera, Ana Tiscornia y Jorge Tiscornia. Compiladores: José Pedro Charlo y Jorge Tiscornia. 2013
5. / *La ficcionalidad en el discurso literario y en el filmico* (ensayo) de Roberto Appratto. 2014.
6. / *Octaedro, Los Otros y Axioma. Relecturas del Arte Conceptual en el Uruguay durante la dictadura (1973-1985)* (ensayo) de May Puchet. 2014.
7. / *DISLOCACIONES. Arte contemporáneo desde América Latina*. (Ensayos de coyuntura). Gabriel Peluffo Linari. 2015.



Esta novela de Raquel Zieleniec se desarrolla en líneas de tiempo ensambladas de modo tal que conforman un relato en dos tiempos: un nivel de acción en el presente, donde el fluido ir y venir de los personajes se muestra con naturalidad y equilibrio mediante una profunda capacidad de observación que se vierte en descripciones y diálogos; y un nivel que remite a un pasado fundacional y lejano, pleno de referencias a una época y a una España donde lo trágico y lo telúrico emergen con nitidez en una atmósfera lorquiana donde prevalece un tono evocador y poético que, además de regocijar, induce al lector a la reflexión sobre el otro nivel, el presente, y sus vías abiertas y sus vías obliteradas.

El perfil psicológico de los personajes se labra con precisión notable, a la vez que el paisaje de ese “pasado” termina por ser un protagonista más, decisivo a la hora del desenlace. Es disfrutable en alto grado la capacidad de la autora para combinar descripciones, diálogos, género epistolar y evocaciones, en un todo coherente en el que resalta ese “pasado de olivares” pero para resignificar el presente.

Más allá de algunos episodios e intrigas, y, claro está, ciertos pasajes adjetivables como “trágicos”, la novela exhibe una apuesta vital, una sensación constante de que los ecos de “aquellos” tiempos son, a la vez, una proyección asertiva hacia el presente y el futuro, la seguridad de que, más allá de la muerte, existe siempre una posible “elaboración de duelo”, la certeza de que nos espera “mucho vida por delante”.

Rafael Courtoisie

LAUQUURU

